

# PK. DICK

PODEMOS  
FABRICARTE



Lectulandia

Cuando la empresa de órganos musicales eléctricos de Louis Rosen fabrica una réplica robótica perfecta de Abraham Lincoln, la firma acaba arrastrada bajo la influencia de un empresario de comportamiento turbio que quiere utilizar al Lincoln en beneficio propio. Mientras tanto, Rosen busca el consejo de Lincoln cuando corteja a una mujer incapaz de comprender las emociones humanas, alguien que quizás sea más robótica que la propia réplica de Lincoln.

**Lectulandia**

Philip K. Dick

# **Podemos fabricarte**

ePub r1.0

Watcher 23-04-2019

Título original: *We can Build You*  
Philip K. Dick, 1972  
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

Editor digital: Watcher  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---



*A Robert y Ginny Heinlein,  
cuyo trato amable con nosotros significó  
más de lo que se puede expresar con palabras.*

# 1

Nuestra técnica de ventas se perfeccionó a principios de los años setenta. Lo primero que hicimos fue poner un anuncio en un periódico local, en la sección de clasificados:

Espineta y órgano electrónico, procedente de embargo, en perfecto estado, SACRIFICIO. Se requiere pago al contado o buen riesgo crediticio en esta zona para hacer frente a los recibos mensuales y evitar tener que asumir el transporte de vuelta a Oregón. Contacto: Compañía de Pianos Frauentzimmer. Señor Rock, gerente de créditos, Ontario, Ore.

Llevamos publicando este anuncio desde hace años en los periódicos de una ciudad tras otra a lo largo y ancho de los estados occidentales y tierra adentro hasta llegar a Colorado. Todo el enfoque se desarrolló sobre una base científica y sistemática: utilizamos mapas y los fuimos comprobando exhaustivamente para no pasar por alto ninguna ciudad. Disponemos de cuatro camiones de turbina, siempre en la carretera, con un empleado en cada uno de ellos.

Así pues, ponemos el anuncio, pongamos por ejemplo, en el *San Rafael Independent Journal*, y no tardan en comenzar a llegarnos cartas a nuestra oficina de Ontario, Oregón, donde mi socio Maury Rock se encarga de toda esa parte. Revisa las cartas y elabora listas, y cuando tiene contactos suficientes en una zona concreta, digamos alrededor de San Rafael, mandamos un mensaje nocturno al camión. Supongamos que quien está en el condado de Marin es Fred. Cuando le llega el mensaje, saca su mapa y hace una lista de las llamadas en el orden adecuado. Luego busca una cabina telefónica y llama al primer posible cliente. Mientras tanto, Maury ha contestado por correo aéreo a todas las personas que han mandado un mensaje en respuesta al anuncio.

Estimado Tal y Tal:

Nos ha alegrado mucho recibir su respuesta al anuncio que publicamos en el *San Rafael Independent Journal*. La persona encargada de este tema lleva varios días fuera de la oficina, así que hemos decidido darle su nombre y dirección para que contacte con usted y lo informe de todos los detalles.

La carta continúa con una perorata, pero lo cierto es que este sistema a la empresa le lleva funcionando desde hace bastantes años. Sin embargo, las ventas de órganos electrónicos han caído últimamente. Por ejemplo, en la zona de Vallejo no hace mucho vendimos cuarenta espinetas, pero ni un solo órgano.

Este enorme desequilibrio a favor de la espineta frente al órgano eléctrico en términos de ventas provocó una discusión con mi socio, Maury Rock, y fue bastante tensa.

Volví tarde a Ontario, Oregón. Me había retrasado en el sur, en la zona de Santa Mónica, porque algunos fariseos habían avisado a ciertos agentes de la ley para que inspeccionaran nuestra empresa y nuestro modo de actuar. No fue más que un acto innecesario que no condujo a nada, por supuesto, ya que todas nuestras operaciones mercantiles son estrictamente legales.

Ontario no es mi ciudad natal, ni la de nadie. Yo vengo de Wichita Falls, Kansas, y cuando ya estaba en edad de ir al instituto nos mudamos primero a Denver, y luego a Boise, Idaho. En cierto modo, Ontario se puede considerar como las afueras de Boise. Está cerca de la frontera con Idaho —que se cruza por un largo puente metálico— y es un paraje llano, lleno de granjas. Los bosques de la zona oriental de Oregón no comienzan tan tierra adentro. La industria más importante es la fábrica de puré de patata Ore-Ida, sobre todo su departamento de electrónica, y también hay un montón de granjeros japoneses a los que trasladaron allí durante la segunda guerra mundial y que cultivan cebollas o algo así. El tiempo es seco, las casas son baratas y la gente hace sus compras en Boise, que es una ciudad que no me gusta porque no hay ningún restaurante chino en condiciones. Está cerca de la Senda de Oregón, y el tren pasa por allí en su camino a Cheyenne.

Tenemos la oficina en un edificio de ladrillo del centro de Ontario, frente a una ferretería. Alrededor del edificio han crecido lirios, cuyos colores resultan muy agradables de ver cuando llegas en coche procedente de las carreteras desérticas de California y Nevada.

Así pues, aparqué mi polvoriento Chevrolet Magic Fire descapotable de turbina y crucé la acera hasta nuestro edificio y el cartel que rezaba:

SAMA ASOCIADOS

SAMA es el acrónimo de Sistemas Acústicos Múltiples de América, un nombre de corte electrónico que inventamos a raíz de nuestra fábrica de órganos eléctricos, en la que estoy muy involucrado por mis lazos familiares. Fue a Maury a quien se le ocurrió lo de la Compañía de Pianos Frauenzimmer, ya que era un nombre que encajaba mejor con nuestras operaciones de transporte con camiones. Frauenzimmer es el apellido original de Maury. Lo de Rock también se lo inventó. Mi verdadero nombre es Louis Rosen, que quiere decir ‘rosas’ en alemán. Un día, le pregunté a Maury qué quería decir Frauenzimmer, y me contestó que ‘habitación para mujeres’. También le pregunté de dónde se había sacado el nombre de Rock.

—Cerré los ojos y toqué al azar uno de los volúmenes de la enciclopedia, el que iba desde Rock hasta Subud.

—Pues te equivocaste —le dije—. Deberías haberte llamado Maury Subud.

La puerta de entrada al edificio data de 1965, y deberíamos cambiarla, pero no tenemos dinero suficiente. La empujé para abrirla, y aunque es grande y pesada, gira sin problemas. Me dirigí al ascensor, uno de esos viejos cacharros automáticos. Un minuto más tarde ya estaba arriba, en nuestras oficinas. La gente bebía y hablaba en voz bastante alta.

—Nos hemos quedado atrás —me dijo Maury nada más verme—. Nuestro órgano electrónico está obsoleto.

—Te equivocas —le contesté—. En realidad, la tendencia es hacia el órgano electrónico porque así es cómo Estados Unidos va a llevar a cabo la exploración espacial: con la electrónica. Dentro de diez años, no venderemos ni una espineta al día, porque la espineta será una reliquia del pasado.

—Louis, por favor, mira lo que ha hecho nuestra competencia —me replicó Maury—. Puede que la electrónica esté avanzando, pero lo hace sin nosotros. Mira el órgano Hammerstein Mood, mira el Waldteufel Euphoria, y ahora dime por qué alguien se iba a contentar igual que tú con teclear y teclear música sin más.

Maury es un tipo alto con el nerviosismo emocional del hipertiroidismo. Le suelen temblar las manos y digiere la comida con demasiada rapidez. Le han recetado unas pastillas, y si no funcionan, algún día le tendrán que dar yodo radioactivo. Si dejara de andar encorvado mediría casi uno noventa. Tiene, o tenía, el cabello negro, largo pero ralo, y unos ojos grandes. Siempre muestra un ligero desconcierto, como si todo a su alrededor fuese mal.

—Ningún instrumento musical bueno se queda obsoleto. —Insistí.

Pero Maury tenía algo de razón. Nuestra perdición había sido el extenso mapeo cerebral de mitad de los años sesenta y las técnicas de electrodos profundos de Penfield, Jacobson y Olds; sobre todo, sus descubrimientos sobre el mesencéfalo. Las emociones residen en el hipotálamo, y al desarrollar y comercializar nuestro órgano electrónico, no habíamos tenido en cuenta el hipotálamo. La fábrica Rosen nunca se adentró en la transmisión de impactos de corto alcance de frecuencias selectivas, que estimula unas células muy concretas del mesencéfalo, y, sin duda, habíamos fallado desde el principio a la hora de ver lo fácil, y lo importante, que sería convertir los conmutadores del circuito en un teclado de ochenta y ocho piezas blancas y negras.

Al igual que la mayoría de la gente, yo también había jugueteado con las teclas del órgano Hammerstein Mood, y lo había disfrutado. Sin embargo, no tenía nada de creativo. Es verdad que se pueden crear nuevas configuraciones de estímulos cerebrales, y con ello producir emociones completamente nuevas en la cabeza, unas emociones que de otro modo nunca habrían aparecido. En teoría, se podía incluso llegar a crear la combinación que conduce al nirvana. Las dos corporaciones, la Hammerstein y la Waldteufel, ofrecían un gran premio a quien lo lograra. Pero eso no es música. Es una forma de escape. ¿Quién quiere tal cosa?

—Yo lo quiero —me había dicho Maury ya en diciembre de 1978.

Y a continuación había salido a contratar a un ingeniero electrónico despedido de la Agencia Espacial Federal con la esperanza de que creara una nueva versión de un órgano estimulador del hipotálamo.

Sin embargo, a pesar de ser un genio de la electrónica, Bob Bundy no tenía ninguna experiencia con órganos. Había diseñado circuitos de simulacros para el gobierno. Los simulacros eran los humanos sintéticos a los que siempre he considerado robots. Se los utilizaba en la exploración de la Luna, adonde se los enviaba de vez en cuando desde Cabo Cañaveral.

No están claras las razones por las que Bundy abandonó la agencia. Es cierto que bebe, pero eso no le resta capacidad de trabajo. Se va de putas, pero eso lo hacemos todos. Probablemente lo despidieron porque era un riesgo para la seguridad. No es que sea un comunista, porque a Bundy jamás se le habría pasado por la cabeza que las ideas políticas existieran, pero sí que es un riesgo porque parece sufrir una leve hebrefenia. En otras palabras: tiende a perder la cabeza sin previo aviso. Lleva la ropa sucia, no se peina, no se afeita durante días y no te mira a los ojos. Sonríe con expresión boba. A las personas como él los psiquiatras de la Oficina Federal de Salud Mental las

llaman «deterioradas». Si alguien le hace una pregunta para la que no tiene respuesta, se bloquea y no habla. Pero con las manos es un genio. Es capaz de hacer su trabajo, y de hacerlo muy bien, así que no se le puede aplicar la Ley McHeston.

Sin embargo, a lo largo de los muchos meses que Bundy ha estado trabajando para nosotros, nunca lo he visto inventar nada. Ha sido Maury sobre todo quien se ha ocupado de trabajar con él, porque yo casi siempre ando en la carretera.

—La única razón por la que sigues apegado a esa guitarra hawaiana de teclado electrónico es porque tu padre y tu hermano la fabrican —me dijo Maury—. Por eso no puedes enfrentarte a la verdad.

—Eso es utilizar un argumento *ad hominem* —le respondí.

—Erudición talmúdica —me replicó Maury.

Era obvio que iba bien cargado, él y todos los demás. Se habían puesto hasta arriba de bourbon Ancient Age mientras yo estaba en la carretera encargándome del transporte, de un lado a otro.

—¿Quieres disolver la sociedad? —le solté.

En ese momento, yo estaba más que dispuesto a hacerlo, por el insulto de borracho que Maury había soltado contra mi padre y mi hermano y toda la Fábrica de Órganos Electrónicos que había en Boise, con sus diecisiete empleados a jornada completa.

—Lo que digo es que las noticias que nos llegan desde Vallejo y sus alrededores avisan de la muerte de nuestro producto principal —contestó Maury—. Incluso con sus seiscientas mil combinaciones posibles de tonos, algunos jamás escuchados por los oídos humanos. Al igual que al resto de tu familia, a ti también te chiflan esos ruidos de vudú del espacio exterior que hacen tus cacharros electrónicos de mierda. Y tenéis la cara de llamarlo instrumento musical. No hay ni un Rosen que tenga oído musical. No metería en mi casa un órgano electrónico Rosen de mil seiscientos dólares aunque me lo vendiesen a precio de costo. Preferiría tener un juego de vibráfonos.

—¡Muy bien, vale, eres un purista! —le grité—. Y no son seiscientas mil combinaciones, son setecientas mil.

—Esos circuitos trucados sólo sueltan un sonido, una única clase de sonido, por mucho que se lo modifique. Básicamente, es un silbido —replicó Maury.

—Se puede componer con eso —le recordé.

—¿Componer? Utilizar ese trasto es como crear curas para enfermedades que no existen. ¿Sabes qué te digo?: que habría que quemar la parte de la

fábrica de tu familia que produce esos cacharros, o reconvertirla, Louis, cojones. Reconvertirla en algo nuevo y útil que la gente pueda utilizar durante su doloroso ascenso. ¿Me estás escuchando? —Se balanceó adelante y atrás mientras me apuntaba con el índice—. Ya estamos en el espacio, de camino a las estrellas. La humanidad ya no está anclada. ¿Me escuchas?

—Te escucho, pero si no recuerdo mal, se supone que tú y Bob Bundy erais los que estabais enfrascados en la creación de una solución nueva y útil para nuestros problemas. Y eso desde hace meses, y yo todavía no he visto nada.

—Tenemos algo, y cuando lo veas, estarás de acuerdo conmigo en que es una cosa bien orientada al futuro, sin ningún género de duda.

—Enséñamelo.

—Vale, te llevaré a la fábrica. Tu padre y tu hermano Chester también deberían venir. Es lo justo, ya que serán quienes lo fabriquen.

Bundy se puso en pie con la copa en la mano y me sonrió a su modo indirecto y furtivo. Probablemente toda esa comunicación interpersonal lo había puesto nervioso.

—Vais a llevarnos a la ruina. Tengo un presentimiento —le dije.

—Vamos camino de la ruina de todas maneras si seguimos emperrados en el órgano electrónico Wolfgang Monteverdi o lo que sea que tu hermano Chester ponga en el catálogo de este mes —me replicó Maury.

No se me ocurrió ninguna respuesta. Me limité a servirme una copa con gesto malhumorado.

## 2

El Jaguar modelo Mark VII Saloon es un enorme coche antiguo de color blanco, una pieza de coleccionista, con faros antiniebla, una rejilla como la del Rolls y asientos de cuero marrón confeccionados a mano, además de muchas luces interiores. Maury conservaba su increíblemente valioso Mark VII de 1954 en perfecto estado y puesto a punto, pero no pudimos correr a más de ciento treinta por hora por la autopista que comunica Ontario con Boise.

Aquella velocidad tan lenta hizo que me impacientara.

—Escucha, Maury, me gustaría que empezaras a explicarte. Tráeme el futuro ahora mismo, con palabras que pueda entender.

Maury se recostó apartándose del volante y le dio una calada al puro Corina Sport.

—¿Qué es lo que le interesa a Estados Unidos ahora mismo?

—El sexo.

—No.

—Pues entonces... dominar los planetas interiores del sistema solar antes de que lo hagan los rusos.

—No.

—Vale, pues dímelo tú.

—La guerra de Secesión de 1861.

—Por el amor de Dios...

—Es la verdad, colega. Esta nación está obsesionada con la guerra entre los estados. Te diré el porqué. Fue la primera y la única épica nacional en la que participamos como estadounidenses. Por eso. —Me lanzó una bocanada de humo de puro a la cara—. Nos hizo madurar como estadounidenses.

—A mí no me lo parece.

—Puedo pararme en cualquier cruce de calles del centro de cualquier ciudad grande de Estados Unidos, escoger al azar a diez ciudadanos y preguntarles en qué están pensando, y seis de esos diez dirían: «En la guerra

de Secesión de 1861». Desde que me di cuenta, hace unos seis meses, he estado trabajando en todo lo que eso implica, en el lado práctico de la cuestión. Tiene muchísima importancia para SAMA ASOCIADOS, bueno, si queremos que la tenga, claro. Si estamos atentos. Sabes que se celebró el centenario hace unos diez años, ¿lo recuerdas?

—Sí, en 1961.

—Y fue un fracaso. Unos cuantos tipos salieron a recrear unas cuantas batallas, pero no fue nada importante. Mira en el asiento trasero.

Encendí las luces interiores del coche y me di la vuelta. Lo que vi fue una larga figura de cartón envuelta en periódicos, con la silueta de uno de esos muñecos de escaparate, un maniquí. Por la falta de bultos en el pecho deduje que no era femenino.

—¿Y?

—Eso es en lo que hemos estado trabajando.

—¡Mientras yo fijaba nuevas zonas para los camiones! —exclamé.

—Así es —me contestó Maury—. Y, con el tiempo, todo el mundo se acordará de esto, mucho más que de todas las ventas de espinetas y de órganos electrónicos; tanto que te dará vueltas la cabeza. —Asintió con énfasis—. A ver, ahora, cuando llegemos a Boise... no quiero que tu padre y tu hermano nos compliquen las cosas. Por eso tienes que estar informado desde ya. Eso de ahí atrás vale mil millones de pavos para nosotros o para cualquier otro que lo descubra. Se me ha ocurrido salir de la carretera y hacerte una demostración, quizá en alguna cafetería. O incluso en una gasolinera. En cualquier lugar donde haya luz.

Maury parecía muy tenso y las manos le temblaban más de lo habitual.

—¿Seguro que no es una copia de Louis Rosen y que me vas a quitar de en medio para sustituirme por él?

Maury me miró con expresión rara.

—¿Por qué dices eso? No, no lo es, pero por casualidad casi aciertas, colega. Veo que nuestros cerebros todavía funcionan a la par, como lo hacían en los viejos tiempos, a principios de los setenta, cuando éramos jóvenes e inexpertos y no teníamos ningún apoyo, salvo quizá tu padre y ese «aviso para navegantes» que era tu hermano pequeño. Me pregunto por qué Chester no acabó siendo veterinario de animales grandes como él quería. Habría sido más seguro para todos nosotros. Nos habríamos librado. Pero en vez de eso, una fábrica de espinetas en Boise, Idaho. ¡Qué locura!

Meneó la cabeza.

—Tu familia no llegó ni a eso. Jamás crearon o construyeron nada. Simplemente fueron intermediarios, estafadores de baratillo en la industria textil. ¿Qué es lo que hicieron para ayudarnos a poner en marcha el negocio, como Chester o mi padre? ¿Qué es ese maniquí del asiento de atrás? Quiero saberlo ya, y no me voy a bajar en ninguna gasolinera ni ninguna cafetería. Tengo la sensación clara y meridiana de que estás intentando engañarme de alguna manera, así que sigue conduciendo.

—No puedo explicarlo con palabras.

—Seguro que puedes. Eres todo un artista en eso de lavarle el coco a la gente.

—Vale. Te diré por qué el centenario de la guerra de Secesión fue un fracaso: porque todos los participantes originales, que estaban dispuestos a luchar y a entregar sus vidas y morir por la Unión o por la Confederación, están muertos. Nadie vive hasta los cien años, o si lo logran, no valen para nada. No pueden luchar, ni siquiera empuñar un rifle. ¿Vale?

—¿Quieres decir que lo que tienes ahí atrás es una momia, o una de esas cosas que en las películas de terror llaman «no muertos»?

—Voy a decirte exactamente lo que tengo. En el asiento de atrás, en esos periódicos, tengo envuelto a Edwin M. Stanton.

—¿Y quién es ése?

—Era el Secretario de Guerra de Lincoln.

—¡Venga ya!

—No, de verdad.

—¿Cuándo murió?

—Hace mucho tiempo.

—Eso creía.

—Escucha, lo que tengo ahí atrás es un simulacro electrónico, ¿vale? Lo he fabricado yo. Bueno, más bien le encargué a Bundy que lo fabricase. Me costó seis mil dólares, pero mereció la pena. Mira, vamos a parar en el bar de esa gasolinera de ahí, y lo desenvuelvo para hacerte una demostración. Es la única manera de que lo entiendas.

Se me puso la piel de gallina.

—Lo vas a hacer sí o sí.

—¿Es que piensas que esto es una chorrada, colega?

—No. Creo que lo dices totalmente en serio.

—Así es —me aseguró. Redujo la velocidad y puso el intermitente—. Me voy a parar donde dice Tommy's Italian Fine Dinners y Lucky Lager Beers.

—Y luego, ¿qué? ¿En qué consiste la demostración?

—Lo vamos a desenvolver para que venga con nosotros a pedirse una pizza de pollo y jamón. A eso me refiero cuando hablo de una demostración.

Maury aparcó el Jaguar y se volvió por completo para inclinarse hacia el asiento trasero. Comenzó a arrancar el papel de periódico que envolvía el bulto con forma humana, y ahí estaba: al momento apareció la figura de un caballero de aspecto mayor con los ojos cerrados y una barba blanca, vestido con ropas de estilo antiguo. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

—Verás lo convincente que resulta este simulacro en cuanto pida su propia pizza —afirmó Maury.

Un momento después, empezó a trastear los botones que aquella cosa tenía en la espalda. De repente, en la cara apareció una expresión malhumorada.

—Amigo, quíteme las manos de encima, si no le importa —dijo aquello con un gruñido.

El simulacro cogió las manos de Maury y se las apartó. Mi colega me dedicó una sonrisa.

—¿Ves?

La cosa se incorporó lentamente hasta quedar sentada y comenzó a sacudirse el polvo del traje de forma metódica. Nos miró fijamente, con expresión vengativa, como si estuviera convencido de que le habíamos hecho daño de alguna manera, de que lo habíamos dejado inconsciente y se estuviera despertando en ese momento. Tuve claro que el camarero del Tommy's Italian Fine Dinners se tragaría que era un ser humano. Me di cuenta de que Maury ya me había demostrado que tenía razón. Si no hubiera visto cómo se activaba ante mis propios ojos, yo mismo hubiese creído que no era más que un señor mayor con una barba blanca partida y vestido con un traje antiguo que se estaba sacudiendo la ropa con aspecto enfadado.

—Ya veo.

Maury abrió la puerta trasera del Jaguar y el simulacro electrónico de Edwin M. Stanton se deslizó sobre el asiento para salir del coche y ponerse en pie con una postura digna.

—¿Tiene dinero? —le pregunté a Maury.

—Por supuesto —me confirmó—. No hagas preguntas tontas. Es el asunto más serio al que te has tenido que enfrentar en toda tu vida. —Maury siguió hablando mientras cruzábamos el suelo de gravilla en dirección al restaurante—. Nuestro futuro económico y el de Estados Unidos dependen de esto. Dentro de diez años, tú y yo podríamos ser ricos gracias a esta cosa.

Los tres comimos en el restaurante una pizza con los bordes quemados. El Edwin M. Stanton montó una escena y amenazó con el puño al propietario, y luego, tras pagar la cuenta, nos marchamos.

Para entonces ya íbamos con una hora de retraso, y empecé a preguntarme si llegaríamos en algún momento a la fábrica Rosen. Así que cuando nos montamos otra vez en el Jaguar, le pedí a Maury que pisara el acelerador.

—Este coche alcanza los trescientos kilómetros con ese nuevo combustible seco de cohetes que han inventado —dijo Maury mientras ponía en marcha el motor.

—No corra riesgos innecesarios a menos que los posibles beneficios sobrepasen con creces los peligros —intervino el Edwin M. Stanton con voz sombría en cuanto el coche estuvo en la carretera.

—Lo mismo le digo —le contestó Maury.

La Fábrica Rosen de Espinetas y Órganos Electrónicos de Boise, Idaho, no llama mucho la atención, ya que la estructura del edificio, denominada técnicamente «la planta», es un bloque de un solo piso que parece un pastel de una capa, con un aparcamiento en la parte trasera y un cartel sobre la oficina hecho con letras recortadas de plástico grueso, todo muy moderno, con luces rojas detrás. Las únicas ventanas están en la oficina.

A esa hora, la fábrica estaba cerrada y a oscuras, así que nos dirigimos a la zona residencial.

—¿Qué le parece el vecindario? —le preguntó Maury al Edwin M. Stanton.

—Bastante anodino y degradante —gruñó la cosa sentada en el asiento trasero del Jaguar.

—Pues mi familia vive aquí, cerca de la zona industrial de Boise, para estar lo bastante cerca de la fábrica como para llegar dando un paseo —le advertí.

Me enfureció oír a una simple imitación criticar a unos seres humanos auténticos, especialmente a una buena persona como mi padre. En lo que se refiere a mi hermano... pocos mutantes han conseguido destacar en la industria de espinetas y órganos electrónicos aparte de Chester Rosen. Las llaman personas «de nacimiento especial». Hay tanta discriminación y tantos prejuicios en tantos campos... No pueden acceder a la mayoría de las profesiones consideradas de estatus social alto.

A la familia Rosen siempre le ha supuesto un disgusto que Chester tenga los ojos debajo de la nariz y que su boca esté donde deberían estar esos

mismos ojos. Pero la culpa no la tiene él, la tienen las pruebas de la bomba nuclear de los cincuenta y los sesenta... Ni él ni todos los demás como él que hay ahora mismo en el mundo tienen la culpa de nada. Recuerdo que cuando era niño leí muchos libros de medicina sobre los defectos congénitos. Como es natural, el tema le ha interesado a mucha gente desde hace un par de décadas. Algunos defectos hacen que lo de Chester se quede en nada. Uno de ellos me deja siempre deprimido durante una semana, y es cuando el embrión se desintegra en el vientre y nace por partes, una mandíbula, un brazo, un puñado de dientes, dedos separados, como una de esas maquetas de plástico con las que los niños montan aviones a escala, sólo que las piezas del embrión no forman nada: no existe ninguna clase de pegamento en el mundo que pueda unirlos.

También están los embriones completamente cubiertos de pelo que parecen zapatillas hechas con piel de yak, y los que se resecan tanto que la piel se agrieta, como si hubiesen estado madurando al sol. Así que dejemos a Chester en paz.

El Jaguar se detuvo en la acera justo delante de la casa de mi familia, y allí nos quedamos. Vi luces encendidas, las del salón: mi madre, mi padre y mi hermano estaban viendo la televisión.

—Vamos a enviar al Edwin M. Stanton por su cuenta —propuso Maury—. Que llame a la puerta, y nosotros nos quedaremos aquí, en el coche, para ver lo que pasa.

—Mi padre se dará cuenta de que es una imitación nada más verlo. De hecho, seguro que le da una patada y lo manda rodando escaleras abajo, y te quedarás sin los seis mil que te costó.

O lo que fuese que Maury había pagado por la cosa, y que sin duda había cargado a las cuentas de SAMA.

—Me arriesgaré —respondió Maury mientras mantenía abierta la puerta trasera del coche para que la imitación pudiera salir—. Vaya donde pone 1429 y llame al timbre —le indicó—. Cuando salga un hombre, dígame: «Ahora pertenece a la historia». Y luego simplemente espere.

—¿Y qué significa eso? —quise saber—. ¿Qué clase de frase de presentación es ésa?

—Es el famoso comentario que hizo Stanton cuando murió Lincoln, y por el que él mismo pasó a la historia —me explicó Maury.

—«Ahora pertenece a la historia» —practicó el Stanton mientras cruzaba la acera y subía los escalones.

—Cuando llegue el momento, te explicaré cómo fabricamos el Edwin M. Stanton —me comentó Maury—. Cómo recogimos todos los datos referidos a la vida de Stanton y los transcribimos en la UCLA para crear una serie de cintas de datos, que transmiten la información a la mónada directora que a su vez actúa a modo de cerebro en el simulacro.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —le dije disgustado—. Vas a hundir a SAMA con esta tomadura de pelo. Con esta idea descabellada. No debí asociarme nunca contigo...

—Calla —me cortó Maury en el momento en el que el Stanton llamó al timbre.

La puerta se abrió y allí estaba mi padre, con sus pantalones, sus zapatillas y la bata nueva que le había regalado por Navidad. Era una figura bastante imponente, y el Edwin Stanton, que había comenzado su frase, se calló y cambió de idea.

—Señor, tengo el privilegio de conocer a su hijo Louis —dijo por fin.

—Ah, ¿sí? —contestó mi padre—. Ahora mismo está en Santa Mónica.

El Edwin M. Stanton pareció no saber muy bien qué era Santa Mónica y se quedó allí con expresión perdida. Maury, que esperaba junto a mí dentro del Jaguar, soltó un exabrupto de desesperación, pero a mí me pareció divertido ver al simulacro allí, confuso como un vendedor inútil, incapaz de pensar en nada que decir y, por tanto, inmóvil y en silencio.

Sin embargo, era impresionante ver a aquellos dos viejos caballeros de pie, uno frente al otro, el Stanton con su blanca barba partida y sus ropajes antiguos, y mi padre con una apariencia no mucho más contemporánea. Me recordó al encuentro entre dos patriarcas. Como si estuvieran en una sinagoga.

—¿Quiere usted pasar? —le dijo mi padre por fin.

Mantuvo abierta la puerta y la cosa entró y desapareció de la vista. La puerta se cerró, lo que dejó el porche iluminado pero vacío.

—Vaya, vaya —le dije a Maury.

Lo seguimos. La puerta no estaba cerrada con llave.

Allí estaba el Stanton, en el salón, sentado en el centro del sofá, con las manos en las rodillas y charlando con mi padre, mientras Chester y mi madre continuaban viendo la televisión.

—Papá, pierdes el tiempo hablando con esa cosa —le dije—. ¿Sabes lo que es en realidad? Es una máquina que Maury montó en su sótano por seis mil pavos.

Mi padre y el Edwin M. Stanton se callaron y me miraron.

—¿Este amable anciano? —preguntó mi padre, y en su rostro apareció una expresión justificada de ira. Frunció el ceño—. Recuerda, Louis, que el ser humano es un junco frágil, la criatura más débil de la naturaleza, pero, por Dios, *mein Sohn*, es un junco que piensa. No hace falta que el universo se prepare contra él; una simple gota de agua puede matarlo. —Me apuntó con el dedo mientras me seguía hablando—. Pero si el universo entero intentara aplastarlo, ¿sabes lo que pasaría? ¿Sabes lo que te digo? ¡Que el ser humano sería aún más noble! —Dio un golpe en el reposabrazos del sillón para añadir énfasis a lo que decía—. ¿Sabes por qué, *mein Kind*? Porque sabe que morirá, y te diré algo más: le lleva ventaja a todo el maldito universo porque el universo no sabe absolutamente nada de lo que pasa. Y toda nuestra dignidad consiste únicamente en eso. Quiero decir que el ser humano es pequeño y no puede llenar el tiempo y el espacio, pero está claro que puede hacer buen uso del cerebro que Dios le ha dado —remató, calmándose un poco—. Como es capaz de hacerlo lo que tú has llamado «cosa». No es ninguna cosa. Es *ein Mensch*, un hombre. Mira, os voy a contar un chiste.

A continuación, comenzó a contar un chiste medio en yidis medio en inglés.

Cuando terminó, todos sonreímos, aunque a mí me dio la impresión de que la sonrisa del Edwin M. Stanton era un poco forzada.

Intenté pensar en lo que había leído sobre Stanton y me acordé de que lo consideraban un individuo duro, tanto durante la guerra civil como en la reconstrucción posterior, especialmente cuando se enfrentó a Andrew Johnson y trató de que lo destituyeran. Probablemente no apreció la clase de chiste humanitario que había contado mi padre, porque Lincoln hizo lo mismo durante todos los días durante su mandato. Pero no había manera de parar a mi padre. Mi abuelo, su padre, había sido un especialista en Spinoza muy reputado, y aunque su hijo nunca llegó a pasar de séptimo en el colegio, él había leído todo tipo de libros y documentos y se había carteadado con eruditos de todo el mundo.

—Lo siento, Jerome, pero te hemos dicho la verdad. —Le insistió Maury cuando se calló un momento.

Se acercó al Edwin M. Stanton y le toqueteó algo detrás de una oreja.

—Glop —dijo el Stanton, y se quedó rígido, tan falto de vida como un maniquí de escaparate. La luz de su mirada se desvaneció, y los brazos permanecieron quietos, totalmente inmóviles.

Fue algo muy impactante y me volví hacia mi padre para ver cómo lo encajaba. Incluso Chester y mi madre apartaron la mirada de la televisión

durante un momento. Sin duda, era como para pararse un momento y pensar. Si no hubiera habido ya un cierto ambiente filosófico esa noche, aquello lo habría iniciado. Todos nos pusimos solemnes. Mi padre incluso se levantó y se acercó a inspeccionar de cerca la cosa.

—*Oy gewalt.*

Meneó la cabeza.

—Puedo volver a activarlo —le sugirió Maury.

—*Nein, das geht mir nicht.*

Mi padre volvió a su sillón, se puso cómodo y luego habló con voz tranquila y resignada:

—Bien, ¿cómo han ido las ventas en Vallejo, chicos?

Mientras nos disponíamos a contestar, sacó un puro Antonio y Cleopatra, le quitó el envoltorio y lo encendió. Era un habano de gran calidad, con un envoltorio verde, y el olor llenó inmediatamente la habitación.

—¿Habéis vendido muchos órganos y espinetas Amadeus Gluck? —preguntó con una leve risa burlona.

—Jerome, las espinetas se vendieron de maravilla, pero no hemos vendido ni un solo órgano —le contestó Maury.

Mi padre frunció el ceño.

—Nos hemos visto envueltos en una confabulación a alto nivel en lo que se refiere a este asunto con ciertos acontecimientos nuevos —dijo Maury—. El órgano electrónico Rosen...

—Espera —lo interrumpió mi padre—. No tan rápido, Maurice. A este lado del telón de acero, el órgano Rosen no tiene rival. —Se inclinó sobre la mesilla del salón y cogió una de las placas que tenía como muestra en las que había montadas resistencias, baterías solares, transistores, cables y similares—. Esto demuestra el funcionamiento del verdadero órgano electrónico Rosen —empezó a decir—. Esto es el circuito de eco rápido y...

—Jerome, sé muy bien cómo funciona el órgano. Déjame que te lo explique.

—Venga. —Mi padre dejó a un lado la placa, pero antes de que Maury pudiera decir nada, continuó hablando—: Pero si esperas que abandonemos nuestro principal modo de ganarnos la vida simplemente por una bajada de las ventas, y digo esto con conocimiento de causa, con cierta experiencia al respecto, porque la capacidad de vender ha disminuido...

—Escucha, Jerome —lo volvió a interrumpir Maury—. Lo que estoy sugiriendo es una expansión.

Mi padre arqueó una ceja.

—Mira, los Rosen podéis seguir fabricando todos los órganos electrónicos que queráis —le explicó Maury—, pero sé que las ventas van a disminuir con el tiempo, por únicos y maravillosos que sean vuestros productos. Lo que necesitamos es algo que sea realmente nuevo, porque, después de todo, Hammerstein fabrica un montón de órganos, y los hace tan bien que ha dominado por completo el mercado, así que no tiene sentido ir por ese camino. Lo que te presento aquí es mi idea.

Mi padre se llevó una mano a la oreja y encendió el audífono.

—Gracias, Jerome —dijo Maury—. Aquí tienes al simulacro electrónico de Edwin M. Stanton. Es tan real como si el propio Stanton estuviera aquí esta noche, hablando de cualquier tema con nosotros. La idea era utilizarlo con fines educativos, como, por ejemplo, en las escuelas. Pero eso no tiene ninguna importancia. Fue mi idea principal al comienzo, pero luego caí en el verdadero quid de la cuestión. Escucha: le propondremos al presidente Mendoza, en el Capitolio de nuestra nación, que prohíba la guerra y la sustituya por un centenario de la guerra de Secesión de Estados Unidos, celebrado cada diez años, y que la fábrica Rosen suministrará los *simulacra* (que es el plural en latín de simulacros) de todo el mundo, de absolutamente todos los participantes: Lincoln, Stanton, Jeff Davis, Robert E. Lee, Longstreet y unos tres millones de tipos anónimos que serán los soldados y de los que siempre tendremos ejemplares en el almacén. Lo que haremos será que en las batallas los participantes mueran de verdad, que esos simulacros hechos por encargo estallen en pedazos, y no lo que sale en esas películas de serie B, como si un puñado de escolares estuviese representando algo de Shakespeare. ¿Entiendes a lo que voy? ¿Entiendes las posibilidades que se abren?

Todos guardamos silencio. «Sí —pensé—, posibilidades ofrece, desde luego».

—Dentro de cinco años podríamos ser tan grandes como General Dynamics —añadió Maury.

Mi padre lo miró sin dejar de fumarse el puro.

—No sé, Maurice. No sé —respondió meneando la cabeza.

—¿Por qué no? Dime, Jerome, ¿qué fallo le ves?

—Creo que te has dejado llevar por el curso de los tiempos —dijo mi padre con voz baja cargada de cansancio. Suspiró—. ¿O es que me estoy haciendo viejo?

—¡Sí, te estás haciendo viejo! —exclamó Maury, muy irritado y acalorado.

—Puede que sí, Maurice. —Mi padre se quedó callado un rato y luego se irguió de nuevo para hablar—: No, tu idea es demasiado... ambiciosa. No somos tan grandes. Hay que tener cuidado de no ascender mucho, no sea que nos caigamos, *nicht wahr?*

—No me hables en ese alemán extranjero —gruñó Maury—. Si no vas a darle el visto bueno... pues nada, yo ya he ido muy lejos, así que voy a seguir adelante. He tenido un montón de ideas muy buenas en otras ocasiones que sí hemos utilizado, y ésta es la mejor de todas. Son los tiempos, Jerome. Tenemos que avanzar.

Mi padre continuó fumándose el puro con gesto triste, ensimismado.

### 3

Maury dejó al Stanton en casa de mi padre, en depósito, por así decirlo, con la esperanza de convencerlo, y volvimos a Ontario. Ya casi era medianoche, y como los dos estábamos un tanto deprimidos por la falta de entusiasmo y el derrotismo de mi padre, Maury me invitó a pasar la noche en su casa. Acepté encantado: sentía la necesidad de tener compañía.

Cuando llegamos, nos encontramos con su hija Pris, a la que yo hacía aún internada en la clínica Kasanin de Kansas City, bajo la custodia de la Oficina Federal de Salud Mental. Según me había contado Maury, Pris llevaba bajo custodia del gobierno federal desde su tercer año de instituto, cuando, en unas pruebas rutinarias llevadas a cabo en las escuelas públicas, habían detectado su «dinamismo de dificultad», como los psiquiatras lo llaman ahora. En lenguaje común, esquizofrenia.

—Ella te animará —me dijo Maury cuando, dudoso, me quedé atrás—. Es lo que los dos necesitamos. Ha crecido mucho desde la última vez que la viste. Ya no es una niña. Vamos, entra.

Me agarró de un brazo y prácticamente me arrastró al interior de la casa.

La vi sentada en el suelo de la sala, con unos pantalones pirata de color rosa. Tenía el pelo corto y había perdido peso desde la última vez que la había visto. A su alrededor se esparcían unos azulejos de colores que Pris estaba partiendo en trocitos irregulares con unos enormes alicates de mango largo.

—Ven a ver el cuarto de baño —me dijo mientras se ponía en pie de un salto.

La seguí con cierta precaución. Había dibujado todo tipo de peces y monstruos marinos en las paredes del baño, incluso una sirena, que estaban parcialmente cubiertos por trozos de azulejos de todos los colores imaginables. Le había puesto a la sirena unos pedazos rojos a modo de pechos, rematados por un trocito de azulejo brillante en el centro de cada uno.

La composición me repelió y me interesó a la vez.

—¿Por qué no le pones bombillitas que simulen pezones? —sugerí—. Cuando alguien entre para hacer sus cosas y encienda la luz, los pezones se iluminarán y le mostrarán el camino.

Sin duda, se había entregado a aquella orgía alicatadora debido a los años que había pasado en las sesiones de terapia ocupacional de Kansas City. A los encargados del departamento de salud mental les encantaba cualquier cosa creativa. El gobierno tiene literalmente a decenas de miles de pacientes en numerosas clínicas a lo largo de todo el país, y todos están muy ocupados tejiendo, pintando, bailando, haciendo joyas, encuadernando libros o cosiendo disfraces para las representaciones teatrales. Y todos los pacientes están ahí de forma involuntaria, obligados por la ley. Como Pris, a muchos de ellos los habían descubierto durante la pubertad, que es la época en la que tiende a atacar la psicosis.

Indudablemente, Pris estaba mucho mejor, de lo contrario no la habrían dejado salir del centro psiquiátrico. Sin embargo, seguía sin parecerme normal ni natural. La observé con más atención mientras volvíamos juntos a la sala de estar. Me fijé en su rostro pequeño en forma de corazón, con el pelo negro recogido y su pico de viuda. Tenía una extraña forma de maquillarse, con los ojos enmarcados en negro, lo que producía un efecto arlequinesco, y los labios casi purpúreos. El conjunto cromático la hacía parecer un ser irreal, casi una muñeca, algo que se ocultaba tras la máscara creada a partir de su cara, y la delgadez del cuerpo remataba el conjunto. Me pareció la intérprete de una danza de la muerte animada de algún modo inquietante, probablemente no a través de la asimilación corriente de alimento sólido y líquido... Quizá sólo masticase cáscaras de nueces. Pero, a pesar de todo, parecía estar bien, aunque tuviese un aspecto un poco extraño. Sin embargo, me seguía resultando menos normal que el Stanton.

—Cariño, hemos dejado el Edwin M. Stanton en casa del padre de Louis —le dijo Maury.

—¿Está desconectado? —le preguntó ella levantando la vista.

En sus ojos ardía una llama intensa y salvaje, que me asustó y me impresionó a la vez.

—Pris, los encargados del departamento de salud mental rompieron el molde cuando se ocuparon de ti. Te has convertido en una muchacha rara, aunque muy guapa, ahora que has crecido y has salido de allí.

—Gracias —me respondió en tono anodino.

De más pequeña, tenía un tono de voz absolutamente monótono, sin importar la situación, incluso en las grandes crisis. Y así seguía siendo.

—Vamos a preparar la cama para poder acostarme —le pedí a Maury.

Montamos juntos la cama plegable en la habitación de invitados. Le pusimos las sábanas, las mantas y una almohada. Su hija no hizo además alguno de ayudarnos. Se quedó en la sala de estar cortando azulejos.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando en ese mural del cuarto de baño? —le pregunté.

—Desde que volvió de Kansas. De eso ya hace bastante. Durante las dos primeras semanas tenía que presentarse ante los encargados de salud mental de la zona. En realidad, no la han dado de alta del todo: está a prueba y recibe terapia en consulta externa. Se podría decir que la tenemos prestada.

—¿Está mejor o peor?

—Mucho mejor. Nunca te llegué a contar lo mal que estaba en el instituto antes de que la diagnosticaran. No sabíamos qué le ocurría. La verdad es que le doy gracias a Dios por la Ley McHeston. Si no la hubieran diagnosticado, si hubiese empeorado, se habría convertido en una paranoica esquizofrénica absoluta o en una hebefrénica destrozada. Seguro que la habrían tenido que ingresar de forma permanente.

—Tiene un aspecto tan extraño...

—¿Qué te parece lo que está haciendo?

—No subirá el valor de la casa.

—Seguro que sí —replicó Maury irritado.

Pris apareció en la puerta de la habitación.

—Te he preguntado si está desconectado —dijo.

Nos miró fijamente, como si supiera que estábamos hablando de ella.

—Sí —le respondió Maury—. Bueno, a menos que Jerome lo haya activado de nuevo para hablar sobre Spinoza.

—¿Qué conocimientos tiene? —quise saber—. ¿Le habéis metido un montón de datos aleatorios e inútiles en la memoria? Porque si no es así, mi padre va a perder el interés enseguida.

—Almacena los mismos datos que el Edwin M. Stanton original —respondió Pris—. Investigamos su vida todo lo que pudimos y más.

Les pedí que salieran de la habitación y luego me desvestí para acostarme. Al cabo de un rato, oí que Maury le daba las buenas noches a su hija y se iba a su dormitorio. Y luego no oí nada... excepto, tal y como me esperaba, el chasquido del corte de los azulejos.

Pasé una hora intentando dormirme. Me adormecía y luego, de repente, el ruido me despertaba de nuevo. Finalmente, me levanté, encendí la luz, volví a vestirme, me peiné, me froté los ojos y salí de la habitación de invitados. Pris

seguía sentada exactamente en el mismo sitio donde estaba cuando llegué a primera hora de la noche, al estilo yogui, con un montón enorme de azulejos rotos alrededor.

—No puedo dormir con este jaleo —le dije.

—Mala suerte.

Ni siquiera me miró.

—Soy un invitado.

—Vete a otra parte.

—Sé qué es lo que simboliza para ti utilizar los alicates —le dije—. Es la castración de miles y miles de machos, uno detrás de otro. ¿Para eso te dejaron salir de la clínica Kasanin? ¿Para pasar toda la noche sentada aquí haciendo esto?

—No. Voy a buscar trabajo.

—¿En qué? El mercado laboral está saturado.

—No me preocupa. No hay nadie como yo en todo el mundo. Hay una empresa que ya me ha mandado una oferta. Se encarga de llevar a cabo el procesamiento de la emigración. El proceso conlleva una cantidad tremenda de tareas estadísticas.

—Así que será alguien como tú quien decidirá quién de nosotros puede irse de la Tierra.

—Rechacé el trabajo. No quiero ser una burócrata más. ¿Sabes quién es Sam K. Barrows?

—No —respondí, aunque el nombre me resultaba familiar.

—Salió un artículo sobre él en *Look*. Cuando tenía veinte años, se levantaba todos los días a las cinco de la mañana, se tomaba un cuenco de ciruelas estofadas, corría cinco kilómetros por las calles de Seattle, volvía a su habitación, se afeitaba y se daba una ducha fría. Luego se marchaba a estudiar Derecho.

—Entonces es abogado.

—Ya no. Mira en la estantería. El ejemplar de *Look* está por ahí.

—¿Y por qué me iba a interesar a mí esto? —repliqué, pero fui a buscar la revista.

En la portada a todo color, efectivamente, aparecía la foto de un hombre con el titular:

SAM K. BARROWS, EL NUEVO JOVEN MULTIMILLONARIO MÁS EMPRENDEDOR DE ESTADOS UNIDOS.

Era del 18 de junio de 1981, bastante reciente. Y allí estaba, en efecto, Sam, trotando por el paseo marítimo de Seattle, con unos pantalones cortos de color caqui y una camiseta gris durante lo que parecía ser la salida del sol, jadeando felizmente. Le brillaba la cabeza, porque la llevaba rapada, y los ojos parecían botones clavados en la cabeza de un muñeco de nieve, diminutos y sin expresión. No había emoción alguna en su gesto: sólo la mitad inferior de la cara parecía estar sonriendo.

—Si lo hubieras visto en la tele... —comentó Pris.

—Sí, sí que lo he visto —respondí. En ese momento me acordé, porque cuando lo vi, un año antes, me había parecido un individuo desagradable. Su forma monótona de hablar. Se había inclinado para acercarse al periodista y le había respondido musitando con rapidez—. ¿Por qué quieres trabajar con él?

—Sam Barrows es el mayor especulador de terrenos que existe ahora mismo. Piensa en eso.

—Probablemente por eso nos estamos quedando sin tierras. Todos los corredores de fincas están en bancarrota porque no tienen nada que vender. Sólo hay gente, pero no sitio donde meterla.

Y entonces me acordé. Barrows había resuelto el problema de la especulación de terreno. Gracias a una serie de iniciativas legales de envergadura, había conseguido que el gobierno de Estados Unidos permitiera especular con terrenos de otros planetas. Sin más ayuda, Sam Barrows había abierto el camino para las particiones de tierras en la Luna, Marte y Venus. Su nombre ya formaba parte de la historia para siempre.

—Así que ése es el hombre para el que quieres trabajar —dije—. El hombre que contaminó esos otros mundos que todavía estaban immaculados.

Sus empleados, desde oficinas situadas a lo largo y ancho de todo Estados Unidos, se dedicaban a vender las parcelas supuestamente maravillosas que tenía Barrows en la Luna.

—«Contaminó mundos todavía immaculados» —me imitó Pris haciendo una mueca—. Típico lema de los ecologistas.

—Pero es la verdad. Bueno, ¿y cómo va a hacer uso nadie de esas tierras una vez que las compre? ¿Cómo va a vivir nadie allí? No hay agua, ni aire, ni calor, ni...

—Habrà de todo —me cortó Pris.

—¿Cómo?

—Eso es lo que convierte a Barrows en la gran persona que es. Su visión. Empresas Barrows trabaja día y noche...

—Es un fraude —la interrumpí yo.

Nos quedamos callados, y fue un silencio tenso.

—¿Has hablado alguna vez de verdad con Barrows? —le pregunté—. Una cosa es que tengas un héroe: eres joven y es natural que idolatres a un individuo que está en las portadas de todas las revistas y en la tele y que es rico y que él solo ha puesto la Luna a disposición de los prestamistas sin escrúpulos y a los especuladores de terrenos. Pero de lo que hablamos aquí es de buscar trabajo.

—Solicité un puesto en una de sus empresas —comentó Pris—. Y les dije que quería verlo en persona.

—Y se rieron.

—No, me mandaron a su oficina. Me escuchó durante un minuto entero. Luego, naturalmente, tenía que ocuparse de otros asuntos, así que me llevaron a la oficina del encargado de personal.

—¿Qué le dijiste en un minuto?

—Lo miré. Y él me miró. No lo has visto en persona. Es tremendamente guapo.

—En la tele tiene una pinta espantosa.

—Le dije que podía hacerle de filtro de inútiles. Que si yo fuera su secretaria no dejaría pasar a nadie que le supusiera una pérdida de tiempo. Sé cómo ponerme dura con la gente, pero también sé a quién no hay que rechazar. Es una cosa que puedo conectar y desconectar, ¿me entiendes?

—Pero ¿sabes abrir cartas? —le pregunté con sorna.

—Ya tienen máquinas que lo hacen.

—Tu padre es lo que hace. Es el trabajo que hace Maury para nosotros.

—Y precisamente por eso nunca he querido trabajar para vosotros —contestó Pris—. Porque sois ridículamente pequeños. Apenas existís. No, no sé abrir cartas. No sé hacer trabajos rutinarios. Te diré lo que sí se hacer: la idea de construir el simulacro de Edwin M. Stanton fue mía.

Me sentí de lo más intranquilo.

—A Maury no se le habría ocurrido algo así —siguió diciendo—. Bundy es un genio. Tiene inspiración. Pero lo suyo es sabiduría de idiota: tiene el resto del cerebro totalmente deteriorado por el proceso hebefrénico. Yo diseñé el Stanton y él lo construyó, y ha sido un éxito, tú mismo lo has visto. No quiero llevarme el mérito, ni siquiera lo necesito. Fue divertido. Como esto. —Volvió a ponerse con la tarea de cortar azulejos—. Trabajo creativo.

—¿Qué hizo Maury? ¿Le ató los cordones de los zapatos?

—Maury fue el organizador. Se ocupó de que consiguiéramos los materiales que necesitábamos.

Tuve la terrible sensación de que lo que me estaba contando con tanta calma era la pura verdad. Por supuesto, podía comprobarlo preguntándoselo a Maury. Y, sin embargo... me daba la impresión de que Pris ni siquiera sabía contar una mentira. Era prácticamente lo contrario de su padre. Tal vez había salido a su madre, a la que no llegué a conocer nunca. Se habían divorciado y convertido en una familia rota mucho antes de conocer yo a Maury y convertirme en su socio.

—¿Cómo te va con tu psicoanálisis externo? —inquirí.

—Muy bien. ¿Cómo te va con el tuyo?

—No lo necesito.

—Pues ahí te equivocas. Estás muy enfermo, como yo. —Me sonrió—. Asume la realidad.

—¿Podrías dejar de armar todo ese ruido recortando azulejos y dejarme dormir?

—No —me contestó—. Quiero terminar el pulpo esta noche.

—Si no duermo, mañana estaré hecho polvo.

—¿Y?

—Por favor...

—Dos horas más.

—¿Todos son como tú? La gente que sale de las clínicas federales, digo. ¿Todos esos nuevos jóvenes a los que ponen otra vez en el buen camino? No me extraña que tengamos problemas para vender órganos.

—¿Qué clase de órganos? Personalmente, ya tengo todos los órganos que quiero —comentó Pris.

—Los nuestros son electrónicos.

—Los míos no. Son de carne y hueso.

—¿Y qué? —repliqué—. Pues sería mejor que fueran electrónicos y te fueras a la cama y dejaras dormir a tus invitados.

—No eres mi invitado, lo eres de mi padre. Y no me hables de irme a la cama o te hundo la vida. Le diré a mi padre que has intentado acostarte conmigo y eso acabará con SAMA ASOCIADOS y con tu carrera, y entonces desearás no haber visto nunca un órgano de ninguna clase, ya sea electrónico o no. Así que vuelve a la cama, colega, y alégrate de no tener problemas más graves que no poder dormir.

Y reanudó su tarea.

Me quedé allí de pie, sorprendido durante unos momentos, mientras me preguntaba qué hacer. Finalmente, di media vuelta y volví al cuarto de invitados, sin que se me hubiera ocurrido nada que decir.

«Dios mío —pensé—. Comparado con ella, el simulacro Stanton es todo un ejemplo de empatía y cordialidad».

Y, sin embargo, Pris no había mostrado ninguna hostilidad hacia mí. No le parecía que hubiera dicho nada cruel ni duro: simplemente continuó con su tarea. Bajo su punto de vista, no había pasado nada. Yo no le importaba en absoluto.

Si de verdad le hubiera resultado antipático... Pero ¿cómo iba a sentir Pris algo así? ¿Tenían sentido esas palabras para ella? Tal vez hubiera sido mejor, pensé mientras le echaba el pestillo a la puerta. Resultarle antipático a Pris habría sido algo más humano, más comprensible, pero que se deshicieran de uno de ese modo, para que no la molestara más y así poder continuar su tarea hasta acabarla, como si yo no fuera más que una molestia, una posible interferencia y nada más...

Llegué a la conclusión de que Pris sólo veía la parte más superficial de la gente. Debía de ser consciente de la presencia de los demás solamente en base a los efectos coercitivos o no coercitivos que ejercían sobre ella... Estaba pensando en eso cuando me tumbé con una oreja pegada contra la almohada y con el brazo tapándome la otra, en un intento por apagar el ruido de la interminable sucesión de chasquidos, que continuaban de forma incesante hasta el infinito.

Entendí el motivo por el que se sentía atraída por Sam K. Barrows. En cuanto a personalidad, eran dos gotas de agua, o más bien, de ácido. Cuando lo vi en el programa de televisión, y de nuevo en la portada de la revista, tuve la sensación de que a Barrows le habían extirpado el cerebro de debajo de la cúpula afeitada que formaba su cráneo y se lo habían sustituido de forma hábil por un servosistema o algún circuito de solenoides y relés, un mecanismo que se pudiese controlar a distancia, o que manejase algo que hubiese allí arriba, delante de los mandos, toqueteando los interruptores con pequeños movimientos convulsivos pero delicados.

Y qué extraño resultaba que esta muchacha hubiera ayudado a crear un simulacro electrónico casi agradable, como si a un nivel subconsciente se diera cuenta de la tremenda carencia que tenía, de esa falta de vida en su fuero interno, y se estuviera esforzando por compensarla.

A la mañana siguiente, Maury y yo desayunamos juntos en una cafetería cercana al edificio de SAMA. Allí sentados, uno frente al otro, le pregunté:

—Oye, ¿cómo de enferma está tu hija ahora mismo? Si los de salud mental todavía la tienen bajo custodia, será porque aún...

—Un trastorno como el suyo no se cura —me contestó Maury antes de darle un sorbo a su zumo de naranja—. Dura toda la vida y varía entre fases más o menos complicadas.

—¿La seguirían clasificando como hebrefénica según la Ley McHeston si la sometiesen ahora a la Prueba de Proverbios de Benjamin?

—No usarían la Prueba de Proverbios de Benjamin. En este momento de su vida utilizarían la prueba soviética, el test de los bloques de colores de Vigotsky-Luria. No eres consciente de lo pronto que se apartó Pris de lo normal, si es que se te puede considerar a ti dentro de lo «normal».

—En el colegio pasé la Prueba de Proverbios de Benjamin.

Desde 1975, era el *sine qua non* para establecer qué era normal, y en algunos estados, incluso antes.

—Yo diría, por lo que me contaron en Kasanin cuando fui a recogerla, que ahora mismo no la clasificarían como esquizofrénica —añadió Maury—. Sólo lo fue durante unos tres años, más o menos. Han revertido su trastorno a un punto anterior a ese momento, al nivel de integración que tenía con unos doce años aproximadamente. Y eso es un estado que no se considera psicótico y, por tanto, no entra dentro de lo previsto por la Ley McHeston... Así que tiene libertad para ir a donde quiera.

—Entonces es una neurótica.

—No, tiene lo que llaman un desarrollo «atípico» o psicosis latente o límite. Puede llegar a convertirse en una neurosis, de las de tipo obsesivo, o llegar a ser una esquizofrenia declarada, cosa que en el caso de Pris ocurrió durante su tercer año en el instituto.

Maury me contó la evolución de la afección de Pris mientras desayunaba. Al principio era una niña retraída, lo que se llama encapsulada o introvertida. No se relacionaba con los demás y tenía todo tipo de secretos, como un diario y lugares privados en el jardín. Más tarde, cuando ya tenía unos nueve años, empezó a sufrir terrores nocturnos, con unos miedos tan tremendos que a los diez años se pasaba buena parte de la noche dando vueltas por la casa. A los once, comenzó a interesarse por la ciencia. Tuvo un juego de química y después de clase no hacía más que enredar con él. No tenía amigos, y no parecía quererlos.

Los problemas de verdad empezaron en el instituto. Le daba miedo entrar en los edificios públicos grandes, en las aulas, e incluso subirse a los autobuses. Cuando se cerraban las puertas del autobús, sentía que se ahogaba. Y tampoco era capaz de comer en público. Bastaba que una sola persona la mirara para tener que llevarse el plato y comer a escondidas, como un animal

salvaje. Además, al mismo tiempo, se había vuelto compulsivamente escrupulosa. Todo debía estar en su sitio exacto. Se paseaba por la casa todo el día, incansable, asegurándose de que todo estuviese limpio. Se lavaba las manos diez y quince veces seguidas.

—Y no te olvides de que estaba engordando mucho —añadió Maury—. Estaba gordita cuando la conociste. Luego empezó un régimen. Se mató de hambre para perder peso. Y aún sigue. Siempre evitaba comer, saltarse una comida tras otra. Eso lo hace incluso ahora.

—¿Y te hizo falta que no superara la Prueba de Proverbios para darte cuenta de que tenía una enfermedad mental? —le pregunté—. ¿Con ese historial?

Se encogió de hombros.

—Nos autoengañábamos. Nos decíamos que simplemente era un poco neurótica. Que tenía fobias y rituales y cosas así...

Lo que más inquietaba a Maury era que su hija, en algún momento de su vida, había perdido todo el sentido del humor. En vez de ser risueña y superficial e irresponsable, se había convertido en alguien tan preciso como una calculadora. Y no sólo eso. En su juventud, le preocupaba el bienestar de los animales. Y después, durante su estancia en Kansas City, de repente decidió que no era capaz de soportar a los perros ni a los gatos. Sin embargo, había mantenido el interés por la química. Y eso, tener la posibilidad de una profesión, le había parecido algo bueno a Maury.

—¿La ha ayudado la terapia fuera del centro de internamiento?

—La mantiene estabilizada; no retrocede. Todavía tiene una fuerte tendencia hipocondríaca y sigue lavándose mucho las manos. Nunca dejará de hacerlo. Y aún es muy meticulosa y retraída. Te puedo decir cómo llaman a eso: «personalidad esquizoide». Llegué a ver los resultados de la prueba de las manchas que le realizó el doctor Horstowski. —Se quedó callado unos momentos—. Es su médico en esta zona, la Zona Cinco, según el criterio de zonas de la Oficina de Salud Mental. Se supone que Horstowski es bueno, pero tiene consulta privada, y nos cuesta una pasta.

—Hay mucha gente que tiene que pagar su propio tratamiento —comenté—. No estás solo en esto, o eso es lo que dicen los anuncios de la tele. ¿Cuántas eran? ¿A una de cada cuatro personas la han internado alguna vez en una clínica federal de salud mental?

—No me importa lo de la clínica porque es gratis; a lo que me opongo es a este seguimiento exterior tan caro. La idea de salir de la clínica de Kasaan y volver a casa se le ocurrió a ella, no a mí. Sigo pensando que debería volver,

pero se lanzó de lleno a diseñar el simulacro, y cuando no estaba haciendo eso se dedicaba a cubrir de mosaicos las paredes del cuarto de baño. No está ni un minuto quieta. No sé de dónde saca la energía.

—Me parece sorprendente la cantidad de gente que conozco que ha sufrido alguna enfermedad mental —respondí—. Mi tía Gretchen, que está ingresada en la clínica Harry Stack Sullivan en San Diego. Mi tío Leo Roggis. Mi profesor de inglés en el instituto, el señor Haskins. El viejo italiano de mi calle, George Oliveri, que vivía de una pensión. Recuerdo a un amigo mío del servicio militar, Art Boles. Sufría esquizofrenia y lo mandaron a la clínica Fromm Reichmann en Rochester, Nueva York. También estaba Alys Johnson, una chica con la que fui al colegio; está en la clínica Samuel Anderson en la Zona Tres, que debe de estar en Baton Rouge, Luisiana. Y un hombre para el que trabajé, Ed Yeats, que se volvió paranoico. Luego está Waldo Dangerfield, otro de mis amigos. Gloria Milstein, una chica que conocía con unos pechos enormes con forma de pera. Dios sabe dónde estará ahora, pero se lo detectaron en una prueba psicológica que le hicieron para un trabajo de mecanógrafa. Los federales aparecieron de la nada y se la llevaron sin más. Era muy guapa. Y John Franklin Mann, un vendedor de coches usados que conocí; lo diagnosticaron esquizofrénico profundo y lo internaron, probablemente en Kanan, porque tiene parientes en Misuri. Y Marge Morrison, otra chica a la que conocía, tenía hebefrenia, cosa que para mí es una preocupación constante. Ya le han dado el alta, me mandó una postal. Y Bob Ackers, un compañero de habitación que tuve. Y Eddy Weiss...

Maury se había puesto en pie.

—Será mejor que nos vayamos.

Salimos juntos del café.

—¿Conoces a ese tal Sam Barrows? —le pregunté.

—Claro. Bueno, no en persona. Lo conozco por su reputación. Es un tipo retorcido. Capaz de apostar a cualquier cosa. Si una de sus amantes, y de eso también se podría hablar, se tirara por la ventana de un hotel, apostaría a ver con qué se estrellaba primero contra el suelo, si con la cabeza o con el culo. Es como uno de esos especuladores de los viejos tiempos renacido, uno de los capitanes de las finanzas. La vida es una apuesta continua para él. Lo admiro.

—Pris también.

—Joder, ella lo adora. Lo conoció en persona. Se estuvieron mirando el uno al otro. Fue un empate. Él la galvanizó, la magnetizó o algo así. Después de aquello, apenas fue capaz de hablar durante semanas.

—¿Fue cuando estaba buscando trabajo?

Maury asintió.

—No consiguió el puesto, pero entró en el sanctasanctórum de este tipo. Louis, Barrows es capaz de oler posibilidades de negocio por todos lados, oportunidades que nadie más sabría ver ni en un millón de años. Deberías leer el *Fortune* de vez en cuando. Publicaron un reportaje a lo grande sobre él hace unos diez meses.

—Por lo que ella misma me dijo, Pris le soltó un buen discurso.

—Le dijo que tenía una valía increíble que nadie le reconocía. Se suponía que él, evidentemente, sí la reconocería. El caso es que además le soltó que, si trabajaba en su organización, llegaría a lo más alto y todo el mundo la conocería, pero que si no era así, seguiría siendo como era. Le dijo que también a ella le gustaba apostar; que lo había puesto todo en juego con tal de trabajar para él. ¿A que es increíble?

—No —respondí.

No me había contado esa parte. Maury se quedó callado unos momentos.

—El Edwin M. Stanton fue idea suya —dijo al cabo.

Entonces era verdad. Oír aquello me hizo sentir muy mal.

—¿Y también fue idea suya que fuera Stanton?

—No, eso se me ocurrió a mí. Ella quería que se pareciera a Sam Barrows, pero no teníamos datos suficientes que introducir en el sistema de guía de su múnada directora, así que conseguimos libros de referencia sobre personajes históricos. Siempre me ha interesado la guerra de Secesión, es una afición que desarrollé hace años, así que eso fue lo determinante.

—Ya veo.

—Pris no se quita a Barrows de la cabeza. Es lo que su analista llama una idea obsesiva.

Nos encaminamos hacia la oficina de SAMA ASOCIADOS.

## 4

Al entrar, nos encontramos con que mi hermano Chester estaba llamando justo en ese momento desde Boise para recordarnos que habíamos dejado al Edwin M. Stanton en el salón de su casa y pedirnos que fuésemos a recogerlo, por favor.

—Vale, intentaremos pasarnos por ahí a lo largo del día —le prometí.

—Está sentado donde lo dejaste —comentó Chester—. Papá lo conectó unos minutos esta mañana para ver si sabía las noticias.

—¿Qué noticias?

—Las de la mañana. El telediario, como el de David Brinkley.

Quería decir las noticias de verdad. Así pues, mi familia había decidido durante la noche que yo tenía razón, que era una máquina después de todo y no una persona.

—¿Las sabía? —pregunté.

—No —contestó Chester—. Se puso a disertar sobre la imprudencia antinatural de los comandantes en el campo de batalla.

—¿Y si Pris va a recogerlo? —dijo Maury cuando colgué el teléfono.

—¿Tiene coche? —le pregunté.

—Puede llevarse el Jaguar. Aunque quizá sea mejor que vayas con ella, por si tu padre al final cambia de opinión.

Pris apareció por la oficina más tarde, y al poco nos pusimos en camino hacia Boise.

Durante la primera parte del viaje, permanecimos callados. Pris conducía. De repente, habló:

—¿Tienes contactos que puedan estar interesados en el Stanton? —me preguntó mirándome.

—No. Qué pregunta más extraña.

—¿Cuál es el verdadero motivo de que vengas conmigo? Tienes un motivo oculto... Lo irradia cada poro de tu piel. Si fuera por mí, no te dejaría

acercarte a menos de cien metros del Stanton.

Volvió a mirarme, y supe que todavía me estaba diseccionando.

—¿Por qué no estás casado? —quiso saber.

—No lo sé.

—¿Eres homosexual?

—¡No!

—¿La chica de la que te enamoraste pensó que eras demasiado feo?

Solté un gruñido de queja.

—¿Cuántos años tienes?

Aquella pregunta me pareció bastante razonable, pero teniendo en cuenta la actitud general que mostraba, incluso eso me dio mala espina.

—Mmm —murmuré.

—¿Cuarenta?

—No. Treinta y tres.

—Pero tienes el pelo gris en las sienes y unos dientes irregulares muy graciosos.

Quise morirme.

—¿Cuál fue tu primera reacción al ver el Stanton? —me preguntó a continuación.

—Pensé: «Qué caballero de aspecto más amable».

—Me estás mintiendo, ¿verdad?

—¡Sí!

—¿Qué pensaste de verdad?

—Pensé: «Qué caballero de aspecto más amable envuelto en papel de periódico».

—Probablemente te atraigan los tipos mayores, así que tu opinión no cuenta para nada —comentó pensativa.

—Oye, Pris, sabes que alguien terminará por abrirte la cabeza con una barra de hierro, ¿verdad?

—Apenas eres capaz de contener la hostilidad, ¿no? ¿Es porque sientes que has fracasado? Quizá seas demasiado exigente contigo mismo. Cuéntame los sueños y las esperanzas que tenías cuando eras niño y te diré si...

—Ni por mil millones de dólares.

—¿Es que te da vergüenza? —Siguió estudiándome con atención—. ¿Hacías cosas sexuales vergonzosas, como las que ponen en los libros de psicología?

Sentí que estaba a punto de desmayarme.

—Está claro que he tocado un tema sensible —comentó Pris—. Pero no sientas vergüenza. Ya no lo haces, ¿verdad? Supongo que todavía podrías hacerlo... No estás casado, y las salidas habituales de desahogo sexual no están a tu alcance. —Se quedó pensando en aquello—. Me pregunto qué es lo que hará Sam en lo que se refiere al sexo.

—¿Sam Vogel? ¿Nuestro conductor, el que ahora está en Reno, en la zona de Nevada?

—No. Sam K. Barrows.

—Estás obsesionada —repliqué—. Lo que piensas, lo que dices, la forma en que estás alicatando el cuarto de baño, tu relación con el Stanton...

—El simulacro es original y brillante.

—¿Qué diría tu analista sobre eso?

—¿Milt Horstowski? Se lo conté. Ya me lo ha dicho.

—Pues cuéntamelo. ¿No te dijo que es alguna especie de compulsión lunática?

—No, se mostró de acuerdo en que haga cosas creativas. Cuando le conté lo del Stanton, me alabó y me deseó que saliera bien.

—Seguro que le contaste algo totalmente tendencioso a tu favor.

—No. Le conté la verdad.

—¿De verdad que le hablaste de volver a librar la guerra de Secesión con robots?

—Sí. Me dijo que le veía cierto estilo al asunto.

—Dios. Están todos locos.

—Todos menos tú, coleguita —me respondió alargando una mano y alborotándome el pelo—. ¿Verdad?

No fui capaz de responderle nada.

—Te tomas las cosas demasiado en serio —me contestó Pris arrastrando las palabras—. Relájate y disfruta de la vida. Estás en fase anal. Sometido por el deber. Deberías relajar esos esfínteres alguna vez y ver cómo te sientes. Quieres ser malo; es el deseo secreto de la gente en fase anal. Esa clase de personas siente que tiene que cumplir su deber, por eso son tan pedantes y tienen tantas dudas todo el tiempo. Como te pasa a ti con esto. Sigues dudando.

—No tengo dudas. Sólo tengo una sensación inmensa de miedo absoluto.

Pris se echó a reír y me alborotó otra vez el pelo.

—Es gracioso. Mi miedo abrumador. Vaya —dije.

—No es un miedo abrumador lo que sientes —dijo Pris con despreocupación—. Es simplemente un poco de lujuria y ansia carnal y

terrenal. En parte por mí y en parte por el dinero. Un poco por el poder. Un poco por la fama. —Aproximó el índice y el pulgar para indicar una pequeña cantidad—. Más o menos esto en total. Éste es el tamaño de tus grandes emociones abrumadoras.

Me miró con languidez y con cara de estar disfrutando.

Seguimos adelante.

En Boise, en casa de mi familia, recogimos el simulacro, lo envolvimos otra vez en papel de periódico y lo llevamos hasta el coche. Regresamos a Ontario y Pris me dejó en la puerta de la oficina. Hablamos poco durante el viaje de vuelta. Pris se mostró retraída y yo estaba lleno de ansiedad y resentimiento hacia ella. Mi actitud parecía divertirla. Sin embargo, fui lo bastante inteligente como para mantener la boca cerrada.

Cuando entré en la oficina, me encontré con una mujer morena, bajita y regordeta que estaba esperándome. Llevaba puesto un abrigo grueso y tenía en la mano un maletín.

—¿Señor Rosen?

—Sí —contesté, y me pregunté si acaso me iba a entregar una citación judicial.

—Me llamo Colleen Nild. Vengo de la oficina del señor Barrows. El señor Barrows me pidió que viniera a verlo, y que hablara con usted, si dispone de un momento —dijo con una voz baja e insegura, y me pareció que su aspecto era el de la sobrina de alguien.

—¿Y qué es lo que quiere el señor Barrows? —pregunté con cautela a la vez que le señalaba una silla. Luego me senté frente a ella.

—El señor Barrows me ordenó hacer una copia para usted de una carta que ha preparado para la señorita Pris Frauenzimmer. —Sacó entonces tres hojas de papel cebolla. Vi algo borroso, un tanto confuso, pero era obvio que se trataba de correspondencia comercial mecanografiada muy correctamente—. Son ustedes la familia Rosen de Boise, ¿verdad? La gente que propone fabricar los simulacros, ¿no?

Revisé la carta y vi que la palabra «Stanton» aparecía una y otra vez. Era la respuesta de Barrows a una carta de Pris relacionada con el tema. Pero no lograba comprender lo que quería decir Barrows. Todo era demasiado confuso.

De pronto, lo entendí todo.

Era obvio que Barrows había malinterpretado a Pris. Pensaba que la idea de volver a librar la guerra de Secesión con simulacros electrónicos,

producidos en nuestra fábrica de Boise, era una iniciativa cívica, un esfuerzo patriótico bienintencionado con la intención de mejorar la educación en las escuelas y recuperar los desiertos, no una propuesta de negocio real. «Esto es lo que recibe por respuesta», me dije. Sí, tenía razón: Barrows le daba las gracias por su idea, por pensar en él para ese asunto... pero, le respondía, le llegaban peticiones similares a diario, y ya estaba muy ocupado con otras iniciativas muy valiosas. Por ejemplo, dedicaba buena parte de su tiempo a luchar por cerrar una empresa de material bélico en algún lugar de Oregón... La carta se volvía tan confusa a partir de ese punto que perdí el hilo por completo.

—¿Puedo quedarme con esto? —le pedí a la señorita Nild.

—Claro, por favor. Y si quiere hacer algún comentario al respecto, estoy segura de que al señor Barrows le interesará cualquier cosa que pueda decirle.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja para el señor Barrows?

—Ocho años, señor Rosen —me contestó con lo que me pareció felicidad.

—¿De verdad que es multimillonario, como dicen los periódicos?

—Supongo que sí, señor Rosen.

Sus ojos marrones parpadearon, agrandados por las gafas.

—¿Trata bien a sus empleados?

Ella sonrió sin contestar nada más.

—¿Qué es ese proyecto inmobiliario, el de Green Peach Hat, del que el señor Barrows habla en la carta?

—Es otro nombre para el Gracious Prospect Heights, uno de los complejos residenciales de unidades múltiples en la zona noroeste de la costa del Pacífico. El señor Barrows siempre lo llama así, aunque originalmente era un término despectivo. La gente que quiere derribarlo se inventó ese nombre y el señor Barrows se lo apropió, el nombre, digo, para proteger a la gente que vivía allí, para que no se sintieran menospreciados. Es un detalle que los vecinos han apreciado mucho. Le mandaron una carta dándole las gracias por su ayuda para detener los procesos de derribo firmada por casi dos mil personas.

—Entonces ¿la gente que vive allí no quiere que lo derriben?

—No, no. Están ferozmente apegados a la zona. Un grupo de presuntos bienintencionados han decidido entrometerse, algunas amas de casa y otros miembros de la sociedad que lo que quieren es aumentar el valor de sus propiedades. Quieren que los terrenos se utilicen para construir un club de campo o algo por el estilo. Se hacen llamar el Comité de Ciudadanos del Noroeste por una Vivienda Mejor. Los lidera una tal señora Devorac.

Recordé que había leído algo sobre ella en los periódicos de Oregón. Aparecía bastante en los círculos de moda, siempre relacionada con causas nobles. Su foto salía de forma habitual en la primera página de la segunda sección.

—¿Por qué quiere el señor Barrows salvar todas las casas de esa zona?

—Lo indigna la idea de que algunos ciudadanos estadounidenses se vean privados de sus derechos. La mayoría de esa gente es pobre. No tienen otro sitio adonde ir. El señor Barrows comprende muy bien cómo se sienten, porque él vivió en pensiones durante muchos años... ¿Sabía usted que su familia tenía tan poco dinero como cualquier otra? ¿Que él se ganó su fortuna a base de trabajo y esfuerzo?

—Sí —respondí. Me miró con cara de esperar que continuara, así que añadí—: Está bien que todavía pueda sentirse identificado con la clase trabajadora, aunque ahora sea multimillonario.

—Ya que el señor Barrows ganó la mayor parte de su dinero con bienes inmobiliarios, es muy consciente de los problemas a los que se enfrenta la gente que intenta conseguir una casa digna. Para las señoras de la alta sociedad como Silvia Devorac, Green Peach Hat no es más que una desagradable aglomeración de edificios viejos. Nadie de su clase ha entrado jamás en una de esas casas; nunca se les ocurriría hacer algo así.

—Que sepa que oír todas estas cosas sobre el señor Barrows me ayuda a pensar que nuestra civilización no está en decadencia.

Me sonrió con gesto cálido e informal.

—¿Qué es lo que sabe sobre el simulacro electrónico Stanton? —le pregunté.

—Sé que han fabricado uno. La señorita Fraenzimmer lo comentó en las comunicaciones que mantuvo con el señor Barrows, tanto por carta como por teléfono. Creo recordar que el señor Barrows me dijo que la señorita Fraenzimmer quería subir el simulacro electrónico Stanton a un autobús de largo recorrido y que viajara sin acompañante alguno hasta Seattle, donde se encuentra el señor Barrows. Iba a ser su forma de demostrar la capacidad del simulacro para interactuar con los seres humanos sin llamar la atención.

—Excepto por su curiosa barba partida y sus ropas anticuadas.

—No conocía esos factores.

—A lo mejor el simulacro se ponía a discutir con algún taxista sobre cuál es el camino más corto desde la estación de autobuses hasta la oficina del señor Barrows —comenté—. Eso supondría una prueba más de su capacidad humana.

—Le comentaré la idea al señor Barrows —contestó Colleen Nild.

—¿Conoce el órgano electrónico Rosen o nuestras espinetas, por casualidad?

—No sabría decirle.

—La fábrica Rosen de Boise produce los mejores órganos electrónicos que existen ahora mismo. Son muy superiores al órgano Hammerstein Mood, que emite un sonido que no es mejor que el de una flauta modificada.

—Eso tampoco lo sabía —añadió la señora, o señorita, Nild—. Se lo mencionaré al señor Barrows. Siempre le ha gustado mucho la música.

Todavía estaba leyendo la carta de Barrows cuando Maury regresó de tomarse un café durante el descanso del mediodía. Se la enseñé.

—Con que Barrows le ha escrito a Pris... —comentó mientras se sentaba a leerla atentamente—. Quizá lo hayamos conseguido, Louis. ¿Podría ser? Supongo que, después de todo, la historia ésta no es sólo una invención de la mente de Pris. Dios, es difícil comprender lo que dice este tipo. ¿Dice que le interesa el Stanton, o que no?

—Lo que me parece que dice es que, de momento, está totalmente enfrascado con un proyecto propio, esa barriada de casas llamada Green Peach Hat.

—Yo viví allí —comentó Maury—. A finales de los cincuenta.

—¿Cómo es?

—Louis, es un infierno. Ese vertedero tendrían que quemarlo hasta los cimientos. Sólo una cerilla, sólo eso, podría ayudar a ese lugar.

—Hay alguna gente con supuestas buenas intenciones que están de acuerdo contigo.

—Pues si quieren que alguien les encienda esa cerilla, yo lo haré encantado —respondió Maury en voz baja y tensa—. Puedes decir que lo he dicho. Y el propietario de todo eso es Sam Barrows.

—Ah, vaya.

—Está haciéndose rico con los alquileres. El alquiler de casas en esa clase de barrios bajos es uno de los mejores chanchullos con los que se puede ganar dinero en estos tiempos. Puedes recuperar entre un quinientos y un seiscientos por cien de la cantidad que hayas invertido. Bueno, supongo que no deberíamos permitir que una opinión personal interfiera en un posible trato comercial. Barrows sigue siendo un hombre de negocios muy inteligente y la mejor persona que existe para avalar la idea de los simulacros, aunque sea un buitre ricachón. Pero lo que dices es que en la carta rechaza la idea, ¿no?

—Puedes llamarlo por teléfono y enterarte bien. Por lo que parece, Pris ya lo ha hecho.

Maury cogió el teléfono y marcó.

—Espera —le dije.

Se me quedó mirando.

—Tengo un mal presentimiento. De un desastre.

—Con el señor Barrows, por favor —dijo Maury al teléfono.

Le quité el auricular y colgué.

—¡Serás...! —Se estremeció de rabia—. Menudo cobarde. —Cogió el auricular de nuevo y volvió a marcar—. Operadora, me han cortado la comunicación.

Miró a su alrededor buscando la carta en la que aparecía el número de teléfono. Cogí el papel antes que él e hice una bola que lancé al otro lado de la habitación.

Maury colgó de un golpe a la vez que me insultaba. Nos quedamos mirándonos el uno al otro, jadeantes.

—¿A ti qué te pasa? —me preguntó.

—Creo que no deberíamos hacer negocios con un hombre así.

—¿Así cómo?

—¡Los dioses primero vuelven locos a quienes quieren destruir!

Se quedó impactado.

—¿Qué quieres decir? —murmuró a la vez que inclinaba la cabeza hacia un lado y me miraba como un pájaro—. Crees que estoy loco por llamar, ¿verdad? Que debería estar en una de esas estupendas clínicas para zumbados. Puede que sí, pero voy a intentarlo de todas maneras.

Pasó a mi lado, recuperó el trozo de papel, lo alisó, memorizó el número y volvió junto al teléfono. Marcó de nuevo.

—Será nuestro fin. —Le insistí.

Hubo una pausa.

—Hola —dijo Maury de repente—. Póngame con el señor Barrows, por favor. Soy Maury Rock, de Ontario, Oregón.

Otra pausa.

—¡Señor Barrows! Soy Maury Rock. —En su rostro apareció una gran sonrisa. Se inclinó hacia delante y apoyó un codo en el muslo—. He recibido la carta que le mandó a mi hija, Pris Frauentzimmer... Sobre nuestro invento, el que conmocionará al mundo, el simulacro electrónico, con el ejemplo de ese encantador personaje antiguo que fue secretario de guerra de Lincoln,

Edwin MacMasters Stanton. —Se produjo otra pausa durante la que Maury me miró con ojos inexpresivos—. ¿Le interesa, señor?

Hubo otra pausa, mucho más larga que las anteriores.

«No vas a conseguir hacer la venta, Maury», me dije a mí mismo.

—Señor Barrows —dijo entonces—. Sí, entiendo lo que quiere decir. Eso es verdad, señor. Pero permítame subrayar algo, por si acaso se le ha pasado por alto.

La conversación divagó durante lo que me pareció un tiempo interminable. Por fin, Maury le dio las gracias a Barrows, se despidió y colgó.

—No hay trato —dije.

Me miró fijamente con gesto cansado.

—Ufff.

—¿Qué ha dicho?

—Lo mismo que en la carta. Todavía no lo ve como un asunto comercial. Cree que somos una organización patriótica. —Parpadeó y meneó la cabeza asombrado—. Como has dicho tú, no hay trato.

—Mala suerte.

—Tal vez sea lo mejor —comentó Maury.

Pero sonaba simplemente resignado; todavía no parecía creerse del todo la negativa. Algún día lo intentaría de nuevo. Seguía teniendo esperanzas.

Estábamos más distanciados que nunca.

## 5

Los vaticinios de Maury sobre la caída de pedidos del órgano electrónico Rosen parecieron cumplirse. Todos los camiones informaron de pocas ventas, o incluso de ninguna. Nos enteramos además de que la gente de Hammerstein había empezado a anunciar uno de sus órganos de la clase Mood por menos de mil dólares. Por supuesto, ese precio no incluía los gastos de envío ni los bancarios, pero, a pesar de eso, seguía siendo una mala noticia para nosotros.

Mientras tanto, el Stanton entraba y salía de nuestro despacho. A Maury se le ocurrió la idea de organizar una exposición para los viandantes y poner al Stanton a practicar con las espinetas. Le di permiso para llamar a un contratista y que remodelara la planta baja del edificio. Las obras empezaron mientras el Stanton se distraía en el piso de arriba ayudando a Maury con el correo y escuchando lo que iba a tener que hacer cuando todo estuviera a punto. Maury le sugirió que se afeitara la barba, pero después de discutirlo acaloradamente, retiró la idea y el Stanton continuó como siempre, con su larga barba blanca bifurcada.

—Más adelante, pienso ponerlo a hacer demostraciones de sí mismo —me explicó Maury cuando el Stanton no estaba presente—. Ahora mismo estoy acabando un discurso promocional a tal efecto.

Me explicó que lo que tenía pensado era introducir el discurso promocional en la mónada directora del Stanton mediante una cinta con instrucciones grabadas. De ese modo no habría discusiones, como había ocurrido con la barba bifurcada.

Mientras tanto, Maury también se ocupó de idear un segundo simulacro. La cosa estaba en una de las zonas de reparación de camiones de SAMA, sobre uno de los bancos de trabajo, en pleno proceso de montaje. El jueves me permitió verlo por primera vez.

—¿Quién va a ser? —pregunté mientras lo estudiaba con cierta sensación ominosa.

Estaba compuesto por un gran conjunto de solenoides, cables, circuitos y piezas semejantes, todo ello montado sobre paneles de aluminio. Bundy andaba enfrascado en la prueba de la torreta de una mónada central. Mantenía un voltímetro conectado a los cables y estudiaba con atención las lecturas del aparato.

—Aquí tienes a Abraham Lincoln —me respondió Maury.

—Has perdido la cabeza.

—En absoluto. Quiero tener algo importante de verdad que llevarle a Barrows cuando lo visite el mes que viene.

—Ah, ya veo. No me has contado nada de eso.

—¿Creías que iba a dejar de intentarlo?

—No —admití—. Sabía que no ibas a dejarlo; te conozco.

—Tengo instinto —respondió Maury.

A la tarde siguiente, tras reflexionar con cierto pesimismo, busqué en la guía de teléfonos el número del doctor Horstowski. La consulta del psiquiatra externo de Pris se encontraba en la mejor zona residencial de Boise. Lo llamé y pedí una cita lo antes posible.

—¿Puedo preguntar quién le ha recomendado al doctor? —quiso saber su enfermera.

—La señorita Priscilla Frauentzimmer —respondí con cierto disgusto.

—Muy bien, señor Rosen. El doctor Horstowski puede recibirlo mañana a la una y media.

En teoría, se suponía que yo debía volver a la carretera para buscar zonas donde mandar nuestros camiones. Se suponía que debía estar confeccionando mapas y poniendo anuncios en los periódicos. Sin embargo, desde que Maury había llamado a Sam Barrows, sentía que algo había cambiado dentro de mí.

Tal vez guardase alguna relación con mi padre. Desde el mismo día que vio al Stanton y descubrió que no era más que una máquina construida para parecerse a un humano, se había debilitado cada vez más y más. En vez de ir a la fábrica como todas las mañanas, a menudo se quedaba en casa, normalmente encorvado delante del televisor. Cada vez que lo visitaba, tenía una expresión preocupada en la cara y sus facultades mentales parecían afectadas.

Se lo comenté a Maury.

—Pobre hombre —dijo éste—. Louis, no me gusta nada tener que decírtelo, pero Jerome está perdiendo la cabeza.

—Ya me doy cuenta.

—No podrá seguir trabajando mucho tiempo.

—¿Qué sugieres que haga?

—Apártalo del ajeteo y de la tensión del negocio. Háblalo con tu madre y con tu hermano; entérate de qué afición ha tenido desde que era pequeño. Tal vez le guste tallar modelos de los aviones de la primera guerra mundial, como el Fokker Triplano o el Spad. Deberías enterarte, Louis, hazlo por el pobre anciano. ¿No te parece que tengo razón, amigo?

Asentí.

—Esto, en parte, es culpa tuya —añadió Maury a continuación—. No te has preocupado por él como debías. Cuando un hombre llega a su edad necesita apoyo, y no me refiero a apoyo financiero. Hablo... joder... hablo de algo espiritual.

Al día siguiente, fui a Boise y, a la una y veinte, aparqué delante del moderno edificio de oficinas de diseño arquitectónico del doctor Horstowski.

Cuando éste apareció en el pasillo para indicarme que entrara en su despacho, me vi frente a un hombre que parecía un huevo. Tenía el cuerpo redondeado, al igual que la cabeza, y llevaba unas gafitas también redondeadas. No había ninguna clase de línea recta ni quebrada en él, y cuando andaba, lo hacía con un movimiento fluido y suave, como rodando. Su voz era igualmente baja y suave. Y, sin embargo, después de entrar en su despacho y sentarme, lo miré de cerca y vi que había otro rasgo en su cara en el que no me había fijado hasta ese momento: tenía una nariz grande y curvada como el pico de un loro. Y al percatarme de ello, pude percibir en su voz un tono desagradable y contenido de gran aspereza.

Se sentó con una libreta de hojas a rayas y una pluma, se cruzó de piernas y comenzó a hacerme preguntas aburridas y rutinarias.

—¿Para qué quería verme? —me preguntó por fin con una voz que apenas llegaba al mínimo de lo audible pero que, a la vez, era claramente inteligible.

—Bueno, es que tengo un problema. Soy socio de la firma SAMA ASOCIADOS, y me parece que mi socio y su hija se han puesto en mi contra y hacen planes a mi espalda. En concreto, creo que lo que pretenden es humillar y destruir a mi familia, sobre todo a mi padre, un anciano llamado Jerome, que ya no tiene ni la salud ni las fuerzas suficientes como para hacer frente a este tipo de situaciones.

—¿Qué «tipo de situaciones»?

—Esta destrucción consciente implacable de la fábrica Rosen de órganos electrónicos y espinetas y de todo nuestro sistema de ventas a favor de un

plan enloquecido y delirante para salvar a la humanidad o para derrotar a los rusos o algo semejante. Para serle sincero, no tengo muy claro de qué se trata.

—¿Por qué no «lo tiene muy claro»?

La pluma del doctor no dejaba de rascar el papel.

—Porque todo cambia de un día para otro. —Me callé un momento. La pluma también se detuvo—. Me da la impresión de que ese plan está diseñado para reducirme a la indefensión, y como resultado, Maury se pondrá al mando del negocio y tal vez también de la fábrica. Están metidos en tratos con un individuo siniestro, además de tremendamente rico y poderoso: Sam K. Barrows, de Seattle. Probablemente habrá visto su foto en la portada de la revista *Look*.

Me quedé callado.

—Continúe —pronunció con claridad como si fuera un profesor de retórica.

—Bueno, además de todo eso, creo que la hija de mi socio, que es la principal promotora de todo esto, es una antigua psicótica peligrosa de la que sólo se puede decir que es dura como el acero y que carece totalmente de escrúpulo alguno.

Me quedé mirando al psiquiatra con expectación, pero no dijo nada ni mostró ninguna reacción visible.

—Pris Frauentzimmer —añadí.

El doctor asintió.

—¿Qué es lo que opina usted? —continué.

—Pris tiene una personalidad dinámica —dijo el doctor Horstowski, antes de sacar la lengua y consultar sus notas.

Esperé unos momentos, pero eso fue todo.

—¿Cree que todo esto es cosa mía? —quise saber.

—¿Cuál cree que es el motivo que tienen ellos para hacer todo eso? —me preguntó a su vez.

Me pilló por sorpresa.

—No lo sé. ¿Es que tengo que averiguarlo yo? Mierda, quieren venderle los simulacros a Barrows y hacerse ricos. ¿Qué van a querer si no? Supongo que también querrán ganar mucho prestigio y poder. Tienen unos sueños bastante enloquecidos.

—Y usted se interpone en su camino.

—Así es —le confirmé.

—Usted no tiene esa clase de sueños.

—Soy realista. O al menos intento serlo. Por lo que a mí se refiere, ese Stanton... ¿lo ha visto?

—Pris lo trajo una vez. Se quedó sentado en la sala de espera mientras duró la sesión.

—¿Qué hizo?

—Leyó la revista *Life*.

—¿No se le heló la sangre al verlo?

—Diría que no.

—¿No le dio miedo pensar que esos dos, Maury y Pris, fueran capaces de imaginarse algo tan antinatural y peligroso como eso?

El doctor Horstowski se encogió de hombros.

—¡Dios! —exclamé con amargura—. Usted está aislado. Está a salvo aquí, en su consulta. ¿Qué le importa lo que suceda ahí fuera, en el mundo?

El doctor Horstowski sonrió durante un momento fugaz, pero con una expresión que me pareció petulante. Eso me enfureció.

—Doctor, se lo voy a decir claro: Pris le está gastando una broma bastante cruel. Fue ella quien me envió aquí. Soy un simulacro, como el Stanton. Se suponía que no debía destapar el pastel, pero ya no puedo continuar con esto. Sólo soy una máquina, fabricada con circuitos e interruptores. ¿Se da cuenta de lo siniestro que es todo esto? Pris se lo haría incluso a usted. ¿Qué piensa?

El doctor Horstowski dejó de escribir.

—¿Me ha dicho usted que estaba casado? Si fuese así, ¿cómo se llama su esposa, cuántos años tiene? ¿Tiene alguna ocupación? ¿Y dónde nació?

—No estoy casado. Antes salía con una chica italiana que cantaba en un club nocturno. Era alta y tenía el pelo negro. Se llamaba Lucrezia, pero quería que la llamáramos Mimi. Murió de tuberculosis. Eso fue después de que nos separáramos. Discutíamos mucho.

El psiquiatra anotó cuidadosamente todo lo que le contaba.

—¿No me va a contestar a lo que le he preguntado? —Insistí.

Fue inútil. Si el doctor había sentido algo al ver el simulacro sentado en su consulta leyendo la revista *Life*, no iba a revelármelo. O tal vez no había sentido nada; a lo mejor no le importaba a quién pudiera ver leyendo sus revistas. Tal vez se había enseñado a sí mismo desde hacía mucho tiempo que debía aceptar a cualquiera y a cualquier cosa que encontrase allí.

Pero al menos podría conseguir alguna respuesta sobre Pris, a quien yo consideraba algo mucho más maligno todavía que el simulacro.

—Tengo un revólver Special del 45 con sus correspondientes balas —le dije—. Eso es todo lo que necesito cuando llegue el momento. Tan sólo es

cuestión de tiempo que ella intente hacerle a alguien la misma crueldad que me hizo a mí. Creo que mi misión sagrada es acabar con ella, es la verdad del propio Dios.

Horstowski me estudió con atención antes de hablar.

—Su verdadero problema, tal y como lo ha expresado usted mismo, y creo que de forma muy acertada, es la hostilidad que siente, una hostilidad silenciosa y apagada, que busca una forma de salir, contra su socio y su hija de dieciocho años, una muchacha que ya tiene sus propios problemas y que está buscando activamente soluciones a su manera y lo mejor que puede.

Dicho así, no sonaba nada bien. Eran mis propios sentimientos los que me acosaban, no un enemigo. En realidad, no había ningún enemigo. Tan sólo estaba mi propia vida emocional, reprimida y negada.

—Bueno, ¿qué puede hacer por mí? —quise saber.

—No puedo hacer que le agrade su situación real. Pero puedo ayudarlo a comprenderla. —Abrió un cajón de su escritorio. Vi cajas y botes y sobres de píldoras, un pequeño botín de muestras médicas desordenadas y amontonadas. Rebuscó un poco y acabó sacando un bote pequeño, que abrió—. Puedo darle esto. Tome dos al día, una cuando se levante y otra cuando se vaya a dormir. Es hubricina.

Me pasó el bote.

—¿Qué es lo que hace?

Me lo metí en el bolsillo.

—Se lo puedo explicar porque está usted familiarizado profesionalmente con el órgano Hammerstein Mood. La hubricina estimula la parte anterior de la región septal del cerebro. Verá, señor Rosen, la estimulación de esa zona le proporcionará una mayor sensación de alerta, más alegría y la creencia de que cualquier situación se resolverá por sí sola. Es comparable al órgano Hammerstein Mood.

Me pasó un pequeño papel impreso y doblado, y vi que contenía las instrucciones de uso del Hammerstein.

—Sin embargo, el efecto de esta droga es mucho más intenso. Como bien sabe, la amplitud del efecto posterior producido por el órgano está tremendamente limitada por ley.

Leí con mucha atención el folleto. Por Dios, al traducirlo a notas musicales era parecido a la obertura del Cuarteto de Cuerda n.º 16 de Beethoven. «¡Qué reconocimiento para los entusiastas del tercer período de Beethoven!», pensé. Me bastó mirar las cifras para sentirme mejor.

—Casi puedo tararear esta droga —comenté—. ¿Quiere que lo intente?

—No, gracias. Debe comprender que si esta terapia no funciona en su caso, siempre podemos intentar operar los lóbulos temporales. Por supuesto, nos basaremos para ello en un extenso mapeo cerebral que tendrá que realizarse en el hospital U. C. de San Francisco o en el Mount Zion. Aquí no disponemos de esas instalaciones. Preferiría evitar la operación todo lo posible, ya que a menudo la sección de los lóbulos temporales afectada no se puede recuperar. El gobierno ha dejado de realizar esas intervenciones en sus clínicas, ya sabe.

—Yo también preferiría que no me operaran —admití—. Tengo amigos a los que han operado... pero a mí me aterra. Quiero preguntarle algo: ¿tiene por casualidad una droga cuyo efecto, en unos términos semejantes a los del órgano Hammerstein, corresponda a algunos fragmentos del movimiento coral de la Novena de Beethoven?

—No me he encontrado con nada así —respondió Horstowski.

—Cuando toco un órgano Mood, me afecta especialmente interpretar la parte en la que el coro canta «*Mus' ein Lieber Vater wohnen*», y luego suben, como los ángeles, los violines y la parte soprano del coro canta en respuesta «*Ubrem Sternenzelt*».

—Lo cierto es que no estoy familiarizado con esa pieza hasta ese punto —admitió Horstowski.

—Preguntan si existe un Padre Celestial, y luego llega la respuesta, muy alta, y es que sí, más allá de las estrellas. Esa parte, si es que es capaz de encontrar una equivalencia en términos de farmacología, podría beneficiarme muchísimo.

El doctor Horstowski sacó una enorme carpeta repleta de hojas sueltas y empezó a revisarla.

—Lo siento, pero no logro encontrar ninguna pastilla que corresponda a eso, pero puede consultárselo a los ingenieros de la Hammerstein.

—Buena idea.

—Y ahora, en lo relativo a su relación con Pris, creo que exagera un poco al considerarla una amenaza. Después de todo, no está obligado en absoluto a relacionarse con ella, ¿no?

Me observó con expresión astuta.

—Supongo que así es.

—Pris lo ha desafiado. Tiene una personalidad provocadora. Supongo que la mayoría de las personas que la conocen tienen la misma reacción que usted. Es la forma que tiene de hacer que la gente responda, de hacerlos reaccionar. Probablemente se debe a sus inclinaciones científicas. Es una forma de

curiosidad. Quiere saber qué es lo que incomoda a la gente —explicó con una sonrisa.

—Pues en este caso, estuvo a punto de acabar con su espécimen en cuanto empezó a investigarlo —le repliqué.

—¿Cómo? —preguntó llevándose una mano a la oreja como para oír mejor—. Sí, un espécimen. A veces ve a la gente de ese modo, pero yo no dejaría que eso me incomodara. Vivimos en una sociedad donde el desapego es algo casi esencial.

El doctor Horstowski escribió algo en su libro de citas mientras hablaba.

—¿En qué piensa cuando piensa en Pris? —murmuró.

—En leche.

—¡Leche! —Abrió mucho los ojos—. Qué interesante. Leche...

—No voy a volver a su consulta —le indiqué—. No servirá de nada que me dé su tarjeta de visita. —Sin embargo, la acepté—. ¿Ya se acabó nuestro tiempo por hoy?

—Lamentablemente, así es —respondió el doctor Horstowski.

—No estaba bromeando cuando le dije que era uno de los simulacros de Pris. Antes había un Louis Rosen, pero ya no. Ahora sólo estoy yo. Si me ocurre algo, Pris y Maury tienen las cintas de instrucciones para crear otro. Pris fabrica el cuerpo con azulejos del cuarto de baño. El resultado es muy bueno, ¿verdad? Lo ha engañado a usted, a mi hermano Chester y casi engaña también a mi padre. Ésa es la verdadera razón por la que mi padre está tan triste: porque adivinó la verdad.

Tras decir aquello, me despedí con un gesto de asentimiento y salí del despacho. Crucé la sala de espera y salí a la calle.

«Pero usted nunca lo adivinará, doctor Horstowski —pensé—. Ni en un millón de años. Soy lo bastante bueno como para engañarlo a usted y a todos los que son como usted».

Me subí a mi Chevrolet Magic Fire y conduje lentamente de vuelta a mi despacho.

## 6

Después de decirle al doctor Horstowski que yo era un simulacro, no pude sacarme la idea de la cabeza. Antiguamente había existido un Louis Rosen verdadero, pero ya había desaparecido y yo ocupaba su lugar, engañando a casi todo el mundo, incluido a mí mismo.

La idea persistió durante toda la siguiente semana, desvaneciéndose poco a poco cada día, pero sin llegar a desaparecer del todo.

Y, sin embargo, a otro nivel, tenía claro que era una idea irracional, nada más que una serie de estupideces que se me habían ocurrido por culpa del resentimiento que sentía hacía el doctor Horstowski.

El efecto inmediato que tuvo esa idea fue generarme ganas de echarle un vistazo al simulacro de Edwin M. Stanton. Cuando volví a la oficina después de la visita al médico, le pregunté a Maury dónde podía encontrar la cosa.

—Bundy le está grabando una nueva cinta de datos. Pris encontró una biografía de Stanton en la que hay material nuevo —me contestó Maury antes de ponerse de nuevo a leer cartas.

Vi a Bundy en el taller con el Stanton. Había terminado con la cinta y lo estaba montando de nuevo mientras le hacía preguntas.

—Andrew Johnson traicionó a la Unión por su incapacidad de concebir a los estados rebeldes como... —Al verme, Bundy dejó de recitar—. Hola, Rosen.

—Quiero hablar con la cosa, ¿vale?

Bundy se marchó y me dejó a solas con el Stanton. Estaba sentado en un sillón tapizado de color marrón, con un libro abierto en el regazo. Me miró con gesto ceñudo.

—Señor, ¿me recuerda? —le pregunté.

—Sí, señor, así es. Usted es el señor Louis Rosen de Boise, Idaho. Recuerdo una noche muy interesante con su padre. ¿Se encuentra bien?

—No tan bien como yo quisiera.

—Una pena.

—Señor, me gustaría hacerle una pregunta: ¿No le parece raro que, aunque usted nació hacia el año 1800, todavía esté vivo en 1982? ¿Y no le parece extraño que lo desconecten del mundo de vez en cuando? ¿Y que esté compuesto por transistores y relés? No era así en el pasado, porque en 1800 no existían ni los transistores ni los relés.

Me callé y me quedé esperando.

—Sí —admitió el Stanton—. Todo eso es muy curioso. Tengo aquí un volumen —dijo levantando el libro— que trata sobre la nueva ciencia de la cibernética, y esta ciencia ha arrojado luz sobre mi perplejidad.

Eso me emocionó.

—¡Su perplejidad!

—Sí, señor. Durante mi charla con su padre discutí con él algunos puntos desconcertantes de esta naturaleza. Cuando pienso en el breve espacio de tiempo que ocupa mi vida, devorada por la eternidad anterior y posterior, el pequeño espacio que ocupó, o que ni siquiera llego a ver, rodeado por la infinita inmensidad de espacios que no conozco y que no me conocen, siento miedo.

—Creo que es lo normal.

—Siento miedo, señor, y me pregunto por qué estoy aquí y no allí, ya que no hay razón alguna para que esté aquí en vez de allí, ahora en vez de entonces.

—¿Ha llegado a alguna conclusión?

El Stanton carraspeó para aclararse la garganta y luego sacó un pañuelo de lino con el que se sonó cuidadosamente la nariz.

—Me parece que el tiempo debe moverse en una serie de extraños saltos que lo hacen pasar sobre ciertas épocas, pero por qué lo hace, o incluso cómo, eso no lo sé. Llega un punto en el que la mente ya no puede saber nada más.

—¿Quiere oír mi teoría?

—Sí, señor.

—Yo creo que ya no hay ningún Edwin M. Stanton ni ningún Louis Rosen. Los hubo en el pasado, pero ya están muertos. Somos máquinas.

El Stanton me miró, con su cara redonda y arrugada torcida en un gesto de concentración.

—Puede que haya algo de cierto en eso —dijo al cabo de unos momentos.

—Y Maury Rock y Pris Frauenzimmer nos diseñaron, y Bob Bundy nos construyó. Y ahora mismo están trabajando en un simulacro de Abraham Lincoln.

La expresión de la cara redonda y arrugada se ensombreció.

—El señor Lincoln está muerto.

—Lo sé.

—¿Quiere decir que lo van a traer de vuelta?

—Sí.

—Pero... ¿por qué?

—Para impresionar al señor Barrows.

—¿Quién es el señor Barrows? —quiso saber el anciano con voz ronca.

—Un multimillonario que vive en Seattle, Washington. Fue quien influyó para que los corredores de fincas pudieran empezar a vender parcelas en la Luna.

—Señor, ¿alguna vez ha oído hablar de Artemus Ward?

—No —admití.

—Si reviven al señor Lincoln, sufriré una interminable persecución humorística sacada de los escritos del señor Ward.

El Stanton volvió a coger el libro con el ceño fruncido y se puso a leer de nuevo. Tenía la cara enrojecida y le temblaban las manos.

Era obvio que me había equivocado al decirle todo aquello.

La verdad era que no sabía mucho sobre Edwin M. Stanton. Puesto que hoy día todo el mundo venera a Abraham Lincoln, no se me había ocurrido que quizá el Stanton no sintiera esa veneración. Pero uno aprende de sus errores. Después de todo, la actitud del simulacro se debía a una situación que se había producido hacía más de un siglo, y no se puede hacer mucho para cambiar una actitud tan antigua.

Me despedí y el Stanton apenas levantó la vista para asentir. Bajé la escalera para salir a la calle y dirigirme a la biblioteca. Quince minutos más tarde, tenía la Enciclopedia Británica abierta sobre una mesa. Busqué tanto a Lincoln como a Stanton y luego la propia guerra de Secesión.

La entrada sobre Stanton era corta pero interesante. Stanton odiaba a Lincoln al comienzo de su relación. El viejo había militado en el Partido Demócrata, y odiaba al recién creado Partido Republicano, del que desconfiaba. Describía a Stanton como un individuo de carácter hosco, algo de lo que ya me había dado cuenta, y contaba los numerosos enfrentamientos que había tenido con varios generales, sobre todo con Sherman. Sin embargo, también decía que el anciano había cumplido bien sus tareas bajo el mandato de Lincoln: había despedido a los contratistas fraudulentos y mantenido a las tropas bien equipadas. Al finalizar las hostilidades, fue capaz de desmovilizar

a 800.000 soldados, una tarea nada fácil después de una guerra civil encarnizada.

Los problemas no empezaron hasta que Lincoln murió. La hostilidad entre Stanton y el presidente Johnson había ido en aumento. De hecho, parecía que el Congreso iba a tomar el mando absoluto y ser el único cuerpo gobernante. A medida que leía, comencé a hacerme una idea bastante clara del anciano. Era un individuo feroz. Tenía un carácter agresivo y una lengua afilada. Casi logró echar a Johnson y convertirse en un dictador militar.

Pero la Enciclopedia Británica también añadía que Stanton era absolutamente honrado y un auténtico patriota.

La entrada sobre Johnson decía sin tapujos que Stanton había sido desleal a su superior y se había aliado con sus enemigos. Llamaba odioso a Stanton. Había sido un milagro que Johnson consiguiera echar al anciano.

Cuando puse de nuevo los volúmenes de la Británica en la estantería, dejé escapar un suspiro de alivio: en aquellos artículos se captaba a la perfección el ambiente de puro veneno que presidía aquellos días, las intrigas y los odios, como situaciones salidas de la Rusia medieval. De hecho, todos los complots de los últimos tiempos de la vida de Stalin eran muy semejantes.

Mientras caminaba lentamente de regreso a la oficina, pensé: «un anciano afable...». ¡Y una leche! El equipo Rock-Frauenzimmer había despertado con su codicia algo más que un simple hombre; había despertado a alguien poderoso y temible en la historia de este país. Hubiera sido mejor haber hecho un simulacro de Zachary Taylor. No me cabía ninguna duda de que Pris y su mente perversa y nihilista fueron las que habían concebido este plan de poner a semejante bufón como comodín de la baraja sobre la mesa, las que habían hecho esa elección concreta de entre todas las miles, incluso millones, de posibilidades. ¿Por qué no elegir a Sócrates? ¿O a Gandhi?

Y ahora esperaban con toda la tranquilidad y alegría dar vida a un segundo simulacro: alguien contra quien Edwin M. Stanton había sentido una gran hostilidad. ¡Idiotas!

Entré de nuevo en el taller y vi que el Stanton seguía leyendo igual que antes. Casi había acabado ya el libro de cibernética.

Allí, a no más de tres metros de distancia, en una de las mesas de trabajo de SAMA, estaba el amasijo de circuitos a medio terminar de lo que algún día sería el Abraham Lincoln. ¿Se habría dado cuenta el Stanton de aquello? ¿Habría relacionado aquella madeja electrónica con lo que le había contado yo? Le eché un vistazo al nuevo simulacro. No parecía que nadie, ni nada, hubiera hurgado en todo aquello de un modo inapropiado. El cuidadoso

trabajo de Bundy era lo único evidente. Sin duda, si el Stanton le hubiera hecho algo mientras yo no estaba, se verían algunos segmentos rotos o quemados. No vi nada parecido.

Llegué a la conclusión de que Pris probablemente estaría en casa en esos momentos, dándoles los últimos toques de color a las mejillas hundidas del caparazón del Abraham Lincoln que contendría todas aquellas piezas. Aquello en sí mismo era una tarea a tiempo completo. La barba, las manos grandes, las piernas flacas, los ojos de mirada triste. Se trataba de un ámbito en el que la creatividad y el alma artística de Pris podrían desplegarse por completo sin cortapisa alguna. No regresaría hasta que hubiera acabado un trabajo de primera clase.

Volví a subir al piso de arriba y me enfrenté a Maury.

—Escucha, colega, el Stanton ese va a ir a por el Honesto Abe y va a pegarle un porrazo en la cabeza. ¿O es que no te has molestado en leer ningún libro de historia? —Fue entonces cuando lo comprendí—. No tuviste más remedio que leerte los libros para crear las cintas de instrucciones, ¡así que sabes mucho mejor que yo lo que el Stanton siente hacia Lincoln! ¡Sabes que es muy posible que en cualquier momento quemé al Lincoln hasta convertirlo en chatarra oxidada!

—No te metas en las cosas del pasado. —Maury dejó las cartas en la mesa y suspiró—. El otro día fue mi hija, ahora es el Stanton. Siempre hay alguna clase de horror siniestro acechando. Sabes que tienes la mente de una vieja, ¿verdad? Lárgate y déjame trabajar.

Bajé de nuevo al taller.

Allí, al igual que unos momentos antes, seguía sentado el Stanton, pero ya había terminado el libro y estaba reflexionando.

—Joven —me llamó—. Proporcióneme más información sobre ese tal Barrows. ¿Dijo que vive en el Capitolio de nuestra nación?

—No, señor, en el estado de Washington.

Le expliqué dónde estaba ese estado.

—¿Y es cierto, como me ha dicho el señor Rock, que ese Barrows hizo que la Exposición Universal se celebrara en esa ciudad gracias a su gran influencia?

—Eso he oído decir. Por supuesto, cuando un hombre es tan rico y excéntrico como él, la gente se inventa todo tipo de leyendas sobre su persona.

—¿Se celebra aún la Exposición?

—No, eso ocurrió hace años.

—Una pena —murmuró el Stanton—. Me hubiese gustado ir.

Aquello me conmovió. Sentí de nuevo la primera impresión que tuve al verlo: que Dios nos ayudara, pero, en muchos aspectos, era más humano que nosotros, que Pris o Maury o incluso que yo mismo, Louis Rosen. Tan sólo mi padre lo superaba en dignidad. El doctor Horstowski era otra criatura sólo humana a medias, empequeñecido por este simulacro electrónico. «¿Y qué me dices de Barrows? —pensé—. ¿Qué aspecto tendría comparado con el Stanton?».

Y luego pensé en el Lincoln. Me pregunté qué expresiones y sentimientos nos despertaría.

—Me gustaría que me diera su opinión respecto a la señorita Fraenzimmer, señor —le dije al simulacro—. Si tiene tiempo para hacerlo.

—Tengo tiempo, señor Rosen.

Me senté en un neumático de camión que estaba frente a su sillón.

—Conozco a la señorita Fraenzimmer desde hace cierto tiempo. No sé con seguridad cuánto exactamente, pero eso no importa. Nos conocemos bien. Ha salido hace poco de la clínica Kasanin de Kansas City, en Misuri, y ha vuelto aquí, con su familia. De hecho, ahora mismo vivo en casa de los Fraenzimmer. Tiene los ojos de color gris claro y mide un metro sesenta y ocho. Ahora pesa unos cincuenta y cuatro kilos, aunque me han comentado que ha perdido peso recientemente. Siempre he pensado que es muy hermosa. Ahora voy a hablarle de temas más importantes: su linaje es de los mejores, aunque sea inmigrante, ya que tiene completamente asumido el sueño americano, el que dice que a una persona tan sólo la limitan sus capacidades y que puede llegar a cualquiera que sea el estatus en la vida más acorde a esas capacidades. Sin embargo, eso no implica que todos los seres humanos puedan ascender igual en la vida. Muy al contrario. Pero la señorita Fraenzimmer tiene razón al negarse a aceptar cualquier labor que le niegue la capacidad de expresar esas capacidades y responde a cualquier posibilidad de que esto ocurra con un destello iracundo en sus ojos grises.

—Me parece que ha reflexionado mucho hasta llegar a tener esa opinión —le dije.

—Señor, se trata de un asunto que merece cierta consideración. Usted mismo lo ha señalado para que ambos hablemos sobre ello, ¿no es así? —Sus ojos de mirada dura pero sabia destellaron durante un momento—. La señorita Fraenzimmer es, básicamente, una buena persona. Se superará. Es un poco impaciente, y es verdad que tiene todo un carácter. Pero, señor, el carácter es el yunque de la justicia, sobre el que deben forjarse los duros

hechos de la realidad. Las personas sin carácter son como animales sin vida. Es la chispa que convierte un trozo de pelo, piel, carne y grasa en una expresión viva del Creador.

Tuve que admitir que me había impresionado el discurso del Stanton.

—Lo que me preocupa de Priscilla —añadió el Stanton— no es su fuego ni su espíritu. Muy al contrario. Cuando confía en su corazón, hace lo correcto. Pero Priscilla no siempre sigue los dictados de su corazón. Siento decirlo, señor, pero a menudo presta atención a los dictados de su cabeza. Y entonces es cuando aparecen las dificultades.

—Ah —respondí.

—Eso se debe a que la lógica de una mujer no es la lógica de un filósofo. De hecho, es una sombra pálida y viciada del conocimiento del corazón y, al ser más una sombra que una entidad, no es una guía apropiada. Las mujeres, cuando obedecen a su cabeza y no a su corazón, caen de inmediato en el error, y eso es algo que se ve con claridad en el caso de Priscilla Frauenzimmer, ya que cuando se deja guiar por la cabeza, una gran frialdad la envuelve.

—¡Ah! —exclamé con nerviosismo.

—Exacto. —El Stanton asintió y agitó el dedo índice delante de mi cara—. Usted también, señor Rosen, ha captado esa sombra, esa frialdad especial que emana de la señorita Frauenzimmer. Y veo que eso le ha inquietado el alma, igual que le ha ocurrido a la mía. No sé cómo hará frente a esto en el futuro, pero debe hacerlo, ya que el Creador tiene planeado para ella que se acepte, y ahora mismo, ella no ve con buenos ojos esa parte de su personalidad, ese lado frío, impaciente y tremendamente razonable pero, ay, a la vez tan calculador de su personalidad, ya que posee lo que muchos de nosotros hallamos en nosotros mismos: una tendencia a permitir la insidiosa entrada de una filosofía escasa y confusa en nuestras relaciones diarias, aquellas que tenemos con nuestros iguales, con nuestros vecinos de cada día... Y nada es más peligroso que este compendio pueril, antiguo y venerado de opiniones, creencias, prejuicios y las ciencias del pasado ya obsoletas. Todos estos racionalismos abandonados conforman la fuente estéril y truncada de sus actos, mientras que si ella simplemente se sintiera inclinada a escuchar, oiría la expresión individual y sana de su propio corazón, de su propio ser.

El Stanton se calló. Había acabado su pequeño discurso sobre el asunto de Pris. ¿De dónde lo había sacado? ¿Se lo habría inventado? ¿O acaso Maury había metido el discurso allí mediante una cinta de instrucciones, preparado para que el Stanton lo utilizara en una ocasión como ésta? Lo cierto es que no

me sonaba a algo propio de Maury. ¿Sería la responsable la propia Pris? ¿Acaso aquello era alguna clase de extraña ironía amarga, esa idea de insertar en la boca de su artilugio mecánico ese lúcido y profundo análisis de sí misma? Tenía la sensación de que así era. Demostraba que el gran proceso esquizofrénico, esa extraña división interna, seguía activo dentro de Pris.

No pude evitar comparar aquello con las breves respuestas esquivas que me había dado el doctor Horstowski.

—Gracias —le dije al Stanton—. He de admitir que estoy muy impresionado por sus observaciones tan espontáneas.

—Espontáneas —repitió el Stanton.

—Sin tenerlas preparadas.

—Pero lo cierto es que he pensado mucho en ello, señor. Me he preocupado tremendamente por la señorita Frauenzimmer.

—Yo también.

—Y ahora, señor, le quedaría muy agradecido si me contara algo sobre el señor Barrows. Según tengo entendido, ha mostrado cierto interés sobre mi persona.

—A lo mejor puedo conseguirle el artículo de *Look*. Lo cierto es que nunca lo he visto en persona. Hablé hace poco con su secretaria, y me mandó una carta.

—¿Puedo ver esa carta?

—La traeré mañana.

—¿También usted tuvo la impresión de que el señor Barrows sentía cierto interés por mí?

El Stanton me miró fijamente.

—Bueno... eso creo.

—Parece dudarle.

—Debería hablar con él usted mismo.

—Tal vez lo haga. —El Stanton reflexionó mientras se rascaba la nariz—. Le pediré al señor Rock o a la señorita Frauenzimmer que me lleven allí y me ayuden a tener una reunión *tête-à-tête* con el señor Barrows.

Asintió en silencio, en un claro gesto de que había tomado una decisión.

## 7

Ahora que el Stanton había decidido visitar a Sam K. Barrows, era obvio que lo único que quedaba por determinar era el cuándo. Incluso yo fui capaz de ver lo inevitable que era.

Y el simulacro de Abraham Lincoln ya casi estaba terminado. Maury planificó las primeras pruebas del conjunto de los componentes para la semana siguiente. Todos los módulos estarían montados y listos para funcionar.

Cuando Pris y Maury me trajeron el caparazón del Lincoln a la oficina, me quedé atónito. Incluso en su estado inerte, sin los mecanismos que hacían que funcionara, tenía un aspecto tan vivo que parecía estar preparado para comenzar sus tareas diarias en cualquier momento. Pris y Maury, con la ayuda de Bob Bundy, bajaron aquella criatura alargada hasta el taller. Los seguí y los observé mientras lo dejaban sobre la mesa de trabajo.

—Tengo que decirte algo —le comenté a Pris.

Ella supervisaba todo el proceso de pie, con gesto sombrío, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo. Su mirada tenía un aspecto más oscuro, más profundo, y su piel mostraba una tonalidad tremendamente pálida. No se había maquillado, y supuse que se había quedado levantada toda la noche para acabar su tarea. También me dio la impresión de que había perdido peso, porque me pareció realmente delgada. Llevaba una camiseta de algodón de rayas y unos pantalones vaqueros debajo del abrigo, y, en apariencia, ni siquiera necesitaba utilizar sujetador. Llevaba unas zapatillas de cuero de tacón bajo y tenía el pelo recogido en un moño.

—Hola —murmuró, balanceándose sobre sus talones y mordiéndose los labios mientras observaba a Bundy y Maury depositar el Lincoln en la mesa.

—Has hecho un trabajo magnífico —dije.

—Louis, sácame de aquí —respondió Pris—. Llévame a cualquier parte e invítame a un café, o caminemos simplemente.

Se dirigió a la puerta y, tras un instante de duda, la siguió.

Paseamos juntos por la acera. Pris no apartó la mirada del suelo mientras le daba patadas a una piedra para hacerla avanzar delante de ella.

—El primero no ha sido nada comparado con éste —me comentó—. Stanton no era más que una persona corriente, y a pesar de eso, casi nos resulta demasiado difícil. En casa tengo un libro con todas las imágenes que existen de Lincoln. Las he estudiado todas tanto que probablemente conozca su cara mejor que la mía. —Le dio una última patada a la piedra y la coló en una alcantarilla—. Me ha sorprendido lo buenas que eran todas esas fotografías antiguas. Utilizaban placas fotográficas de vidrio y la persona tenía que quedarse sentada y sin moverse. Construyeron sillas especiales para eso, con un soporte para la cabeza, de modo que no se inclinara a los lados. Louis —se detuvo de repente—, ¿crees que de verdad tendrá vida?

—No lo sé, Pris.

—Es un autoengaño. La verdad es que no podemos devolverle la vida a algo que está muerto.

—¿Es eso lo que estás haciendo? ¿Así es como tú lo ves? Si lo planteas así, estoy de acuerdo. Tengo la impresión de que estás demasiado involucrada emocionalmente. Será mejor que te apartes un poco y cojas algo de perspectiva.

—Quieres decir que tan sólo estamos creando una imitación que camina y habla como el verdadero original. No tiene el espíritu, sólo la apariencia.

—Sí —le confirmé.

—Louis, ¿alguna vez has ido a una misa católica?

—Nops.

—Creen de verdad que el pan y el vino son el cuerpo y la sangre. Eso es un milagro. A lo mejor, si conseguimos grabar unas cintas perfectas, y la voz y el aspecto físico y...

—Pris —la interrumpí—. Nunca pensé que te vería atemorizada.

—No estoy atemorizada. Es que es demasiado para mí. Cuando era más niña, en el instituto, Lincoln era mi héroe. Hice un trabajo sobre él en segundo. Ya sabes lo que pasa cuando eres una cría. Todo lo que aparece en los libros es real. Lincoln era real para mí, pero, por supuesto, me lo inventé todo. Lo que quiero decir es que mis fantasías eran reales para mí. Tardé años en sacármelas de la cabeza, todas esas fantasías sobre la caballería de la Unión y las batallas y Ulysses S. Grant... Ya sabes.

—Sí, claro.

—¿Crees que algún día alguien fabricará un simulacro de ti y de mí? ¿Y que tendremos que volver a la vida?

—Que idea más morbosa.

—Ahí estaremos, muertos y sin recordar nada... Y entonces sentiremos que algo se mueve. Quizá un destello de luz. Y luego todo nos llegará de golpe, toda la realidad de nuevo. Seremos incapaces de detener el proceso, tendremos que volver... ¡resucitados! —Y se estremeció.

—Eso no es lo que estás haciendo. Sácate esa idea de la cabeza. Tienes que separar al verdadero Lincoln de este...

—El verdadero Lincoln existe en mi cabeza.

Me quedé asombrado.

—No te lo crees de verdad. ¿Qué quieres decir con eso? Quieres decir que tienes esa idea en la cabeza, ¿no?

Inclinó la cabeza a un lado y me miró fijamente.

—No, Louis. De verdad que tengo a Lincoln en la cabeza, y he estado trabajando una noche tras otra para transferirlo hacia fuera, de regreso al mundo exterior.

Me eché a reír.

—Nuestro mundo es demasiado horrible como para traerlo —continuó Pris—. Mira, Louis, quiero explicarte algo: sé cómo librarme de esas avispas tan horribles que le pican a todo el mundo. No hay que asumir ningún riesgo... y no cuesta dinero. Lo único que hace falta es un cubo de arena.

—Vale.

—Esperas a que sea de noche, para que todas esas avispas estén metidas y dormidas en su nido bajo tierra. Entonces te acercas a su agujero y vacías el cubo de arena justo encima, de modo que forme un montículo. Atiende. Creerás que la arena las asfixia, pero no es exactamente así. Lo que ocurre es que, a la mañana siguiente, las avispas se despiertan y descubren que la salida está tapada por la arena, así que comienzan a excavar para quitarla. No tienen ningún sitio al que llevarla que no sean otras partes del nido, así que montan una fila de transporte y se llevan la arena grano a grano a la parte trasera del nido, pero por cada grano de arena que quitan, otro cae en su lugar.

—Entiendo.

—¿No es horrible?

—Sí, sí que lo es —admití.

—Lo que hacen es llenar poco a poco de arena su nido. Lo hacen ellas mismas. Cuanto más se esfuerzan por despejar de arena la salida, con más rapidez ocurre, y terminan asfixiándose. Es igual que una de esas torturas

orientales, ¿verdad? Louis, cuando me enteré de esto, me dije a mí misma que prefería estar muerta, que no quería vivir en un mundo donde ocurriesen cosas así.

—¿Cuándo te enteraste de esta técnica de la arena?

—Hace años. Tenía siete. Louis, solía imaginarme lo que sería estar allí abajo, en el nido. Estaba dormida. —De repente me agarró del brazo sin dejar de caminar a mi lado y cerró los ojos con fuerza—. Todo completamente a oscuras. A mi alrededor, otras como yo. En ese momento... ¡pum! Es el sonido que me llega de arriba. Alguien que deja caer la arena. Pero para nosotras no significa nada, así que seguimos durmiendo. —Me dejó que la guiara por la acera mientras se apretujaba contra mí—. Dormitamos. Dormitamos el resto de la noche porque hace frío... pero cuando llega la mañana, la tierra se calienta. Sin embargo, seguimos a oscuras. ¿Por qué no hay luz? Nos dirigimos a la entrada del nido. Encontramos todas esas partículas. Sentimos miedo. ¿Qué está pasando? Todas colaboramos y nos ponemos manos a la obra. Procuramos no caer presas del pánico. No agotamos el oxígeno. Nos organizamos por grupos. Trabajamos en silencio, de forma eficiente.

La conduje al otro lado de la calle. Seguía con los ojos cerrados. Fue igual que llevar a una niña pequeña.

—No volvemos a ver la luz del sol, Louis. No importa cuántos granos de arena quitemos. Trabajamos y esperamos, pero nunca brilla de nuevo. Nunca. —Calla un momento antes de volver a hablar con una voz entrecortada y cargada de angustia—. Louis, morimos ahí abajo, en la oscuridad.

Entrelazo los dedos con los suyos.

—¿Te apetece tomar un café?

—No. Sólo quiero pasear.

Seguimos caminando un rato.

—Louis, esos insectos, como las avispas y las hormigas... —dice al cabo de un rato— hacen tantas cosas en sus nidos... Es muy complicado.

—Sí. También las arañas.

—Las arañas sobre todo. Como la araña trampera. Me pregunto cómo se sentirá una araña cuando alguien le destroza la tela.

—Probablemente dirá «¡Porras!». —Bromeé.

—No —respondió Pris con toda solemnidad—. Se enfurece y luego pierde toda esperanza. Al principio está dolida. Te picaría hasta matarte si pudiera. Luego, llega esa lenta sensación de desesperación angustiosa. Sabe que, aunque la reconstruya, volverá a pasar lo mismo.

—Pero las arañas se ponen enseguida a reconstruirla.

—Es que tienen que hacerlo. Es algo que han heredado. Por eso sus vidas son peores que las nuestras. No pueden abandonar y morir. Tienen que seguir adelante.

—Deberías ver el lado bueno de las cosas de vez en cuando. Eres toda una artista creativa, como con esos azulejos, como el trabajo que has realizado en los simulacros. Párate a pensarlo. ¿Es que no te alegra? ¿Es que no te inspira ver los resultados de tu creatividad?

—No, porque lo que yo hago no tiene importancia —replicó Pris—. No es suficiente.

—¿Y qué sería suficiente?

Pris se quedó pensativa. Ya había abierto los ojos, a la vez que me soltaba la mano. Me pareció un gesto automático. No mostró indicio alguno de que se diera cuenta de lo que hacía. Un acto reflejo, pensé. Como el de las arañas.

—No lo sé —dijo al cabo de unos momentos—. Pero lo que sé es que no importa lo mucho que me esfuerce o durante cuánto tiempo o lo que logre... No será suficiente.

—¿Quién lo dice?

—Yo lo digo.

—¿No crees que cuando el Lincoln cobre vida te sentirás orgullosa?

—Sé lo que sentiré: una desesperación más grande que nunca.

La miré. «¿Por qué?», me pregunté. La desesperación ante el éxito... No tenía sentido. Entonces, ¿qué sentiría ante el fracaso? ¿Euforia?

—Voy a contarte algo, algo que tiene que ver con el mundo de la naturaleza. A ver qué te parece.

—Vale —dijo, y me escuchó con atención.

—Un día, de camino a la oficina de correos de una ciudad de California, vi que había unos cuantos nidos en el alero del edificio. Un polluelo había intentado volar o se había caído de uno de los nidos, y estaba en mitad de la acera. Sus padres volaban alrededor llenos de angustia. Me acerqué con la idea de recogerlo y volver a ponerlo en el nido, si es que podía llegar hasta allí. —Me callé un momento—. ¿Sabes lo que hizo cuando me puse a su lado?

—¿Qué?

—Abrió el pico, como si esperara que yo le diera de comer.

Pris frunció el entrecejo y se quedó pensativa de nuevo.

—Verás —le expliqué—, eso demuestra que sólo había conocido formas de vida que lo habían alimentado y protegido, y que cuando me vio, aunque

no me parecía en absoluto a ningún otro ser vivo que hubiera visto, supuso que lo iba a alimentar.

—¿Y eso para ti qué significa?

—Demuestra que existe la benevolencia y la ternura y el amor mutuo y la ayuda altruista en la naturaleza, lo mismo que otras cosas horribles y desagradables.

—No, Louis. Eso fue fruto de la ignorancia por parte del pájaro. No ibas a alimentarlo.

—Pero iba a ayudarlo. Acertó al confiar en mí.

—Ojalá fuera capaz de ver ese lado de la vida, Louis, como tú lo haces. Pero para mí... no es más que ignorancia.

—Inocencia —la corregí.

—Es lo mismo: inocencia ante la realidad. Sería genial que hubiera conservado eso, ojalá lo hubiera conservado. Pero eso lo pierdes al vivir, porque vivir significa experimentar, y eso significa...

—Eres una cínica —la interrumpí.

—No, Louis. Simplemente soy realista.

—Me doy cuenta de que no sirve de nada —le respondí—. Nadie puede atravesar tus barreras y llegar a tu interior. ¿Y sabes por qué? Porque así es como quieres ser. Lo prefieres así. Es más fácil, es la forma más fácil. Eres perezosa, a unos niveles horribles, y seguirás siendo así hasta que te veas obligada a actuar de otra manera. Nunca cambiarás por propia voluntad. De hecho, irás a peor.

Pris se echó a reír, pero de forma aguda, con frialdad.

Así fue como volvimos a la oficina sin decirnos ni una palabra más.

Cuando regresamos al taller, nos encontramos con que el Stanton estaba observando atentamente a Bob Bundy mientras trabajaba en el Lincoln.

—Eso va a ser el hombre que solía escribir todas esas cartas sobre el perdón a los soldados —le dijo Pris al Stanton.

El Stanton no respondió. Siguió mirando fijamente la figura tumbada, con una expresión de cierto distanciamiento altanero en su rostro arrugado.

—Eso parece —contestó al cabo de unos instantes.

Se aclaró la garganta de forma ruidosa, tosió y se apoyó en el respaldo entrelazando los dedos detrás de la nuca. Luego se balanceó adelante y atrás sin cambiar la expresión de la cara. «Esto es asunto mío —parecía decir—. Todo lo que tenga importancia pública es asunto mío».

Llegué a la conclusión de que casi había adoptado la misma actitud que había asumido durante su vida real. Había vuelto a su forma de ser habitual. No fui capaz de decidir si aquello era algo bueno o malo. Sin duda, todos éramos claramente conscientes de la presencia del Stanton a nuestra espalda mientras contemplábamos el Lincoln. No podíamos hacer caso omiso de aquello, ni olvidarlo. Quizá así era como se había comportado Stanton durante su vida: siempre ahí, sin que nadie pudiera hacer caso omiso de su presencia ni olvidarlo, sin importar lo que sintieran por él, ya fuera odio o temor o adoración.

—Maury, creo que éste ya funciona mejor que el Stanton. Mira, ya se mueve un poco.

Era cierto. El Lincoln tumbado se había agitado levemente.

—Sam Barrows debería estar aquí —declaró Pris con emoción a la vez que unía las manos—. ¿Qué nos pasa? Si viera esto estaría sobrecogido. Sé que lo estaría. Incluso él, Maury, ¡incluso Sam K. Barrows!

Resultaba impresionante. De eso no cabía duda alguna.

—Recuerdo cuando la fábrica produjo el primer órgano electrónico —comentó Maury—. Todos lo tocamos, durante todo el día, hasta la una de la madrugada. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—Tú, yo, Jerome y ese hermano tuyo con la cara del revés hicimos que el trasto sonara como un clavecín, una guitarra hawaiana y un órgano de vapor. Tocamos toda clase de piezas... Bach, Gershwin. ¿Recuerdas también que nos preparamos esos combinados de ron helado con la licuadora? Y después de eso, ¿qué hicimos?: creamos nuestras propias composiciones y descubrimos toda clase de ajustes de tono, miles de ellos. Creamos nuevos instrumentos musicales que antes no existían. ¡Compusimos! Y conseguimos esa grabadora y la conectamos mientras componíamos. Tío, fue genial.

—Fue un gran día.

—Y me tumbé en el suelo y apreté los pedales que dan esas notas bajas. Me desmayé al llegar al sol menor, o eso recuerdo. Y siguió sonando. Cuando me desperté al día siguiente, esa puñetera nota seguía sonando como una sirena de niebla. Joder. Ese órgano... ¿dónde crees que estará ahora, Louis?

—En la sala de estar de alguien. No se deterioran porque no generan ningún calor, y no hace falta afinarlos jamás. Alguien debe de estar tocando alguna pieza ahora mismo.

—Seguro que no te equivocas.

—Ayudadlo a incorporarse —les indicó Pris.

El simulacro de Lincoln había comenzado a retorcerse y a agitar sus grandes manos en el aire en un esfuerzo por incorporarse. Parpadeó, torció el gesto y su rostro cobró vida. Maury y yo nos apresuramos a ayudarlo para que se incorporara. Dios, pesaba mucho, como una gran barra de plomo. Pero por fin conseguimos hacer que se quedara sentado y lo dejamos apoyado contra la pared para que no se tumbara de nuevo.

Soltó un gruñido.

Algo en aquel sonido hizo que me estremeciera. Me volví hacia Bob Bundy.

—¿A ti qué te parece? ¿Está bien? No está sufriendo, ¿verdad?

—No lo sé. —Bundy se mesó los cabellos una y otra vez en un gesto nervioso. Me di cuenta de que le temblaban las manos—. Voy a comprobar los circuitos de dolor.

—¡Circuitos de dolor!

—Claro, los necesita o se estrellaría contra una pared o cualquier otro objeto y se destrozaría. —Bundy señaló con el pulgar al Stanton—. Eso también los tiene. ¿Cómo no iba a tenerlos, por Dios?

Sin duda, estábamos contemplando el nacimiento de una criatura. Había comenzado a reparar en nuestra presencia. Sus ojos, de color negro intenso, se movieron de un lado a otro, arriba y abajo, observándonos en conjunto. No mostraba ninguna expresión en la mirada, tan sólo la simple percepción de nuestra existencia, con una cautela que iba más allá de lo que se podía imaginar en un ser humano. Era la astucia de una forma de vida procedente de un punto situado en el límite de nuestro universo, de una tierra completamente ajena. Una criatura que había caído en mitad de nuestro tiempo y espacio, consciente de nosotros y de su propia existencia aquí. Los ojos negros opacos giraron una y otra vez, enfocados y desenfocados repetidamente mientras lo contemplaban todo, pero, en cierto sentido, sin captar nada. Como si todavía se encontraran en suspensión. Esperaba con una prudencia tan inmensa que me permitió adivinar el tremendo miedo que lo atenazaba, un miedo tan intenso que no se lo podía considerar una emoción. Era el miedo como existencia absoluta. La base de su vida. Lo habían separado, arrancado de alguna unión que nosotros no podíamos experimentar, al menos de momento. Quizá en el pasado todos nosotros habíamos yacido tranquilamente en esa fusión. Para nosotros, esa ruptura se había producido hacía mucho tiempo ya; para el Lincoln acababa de ocurrir, estaba teniendo lugar en ese mismo momento.

Sus ojos inquietos no se posaron en nada ni en nadie. Se negaron a percibir ningún objeto individual.

—Dios, nos mira rarísimo —murmuró Maury.

Aquella cosa tenía integrada alguna especie de habilidad. ¿La habría introducido Pris? No lo creía. ¿Maury? Menos todavía. Ninguno de los dos lo había hecho, ni tampoco Bob Bundy, para quien la idea de pasarlo bien era conducir a toda velocidad hasta Reno a apostar e irse de putas. Habían infundido vida en la oreja de aquella cosa, pero no se trataba más que de una transferencia, no era una verdadera creación. Habían transmitido la vida, pero ésta no se había originado en ninguno de ellos. Era un contagio. Todos la habían cogido alguna vez y ahora esos materiales la habían contraído también... durante cierto tiempo. Y menuda transformación. La vida es una forma que la materia adopta. Llegué a esa conclusión mientras contemplaba cómo la cosa Lincoln nos percibía a nosotros y a sí misma. Es algo que la materia hace. La forma más asombrosa, la más asombrosa de verdad, de todo el universo, aquella que, si no existiera, jamás se podría haber predicho o ni siquiera imaginado.

Y mientras contemplaba cómo el Lincoln establecía poco a poco una relación con lo que lo rodeaba, comprendí algo: la base de la vida no es el ansia por existir, ni ningún deseo de ninguna clase. Es el miedo, el miedo que vi en sus ojos. Y ni siquiera era miedo; era algo mucho peor. Se trataba de un espanto absoluto. Un espanto paralizante tan intenso que era capaz de provocar apatía. Sin embargo, el Lincoln se estremeció y salió de ese estado. ¿Por qué? Porque tenía que hacerlo. El movimiento, cualquier acto, se derivaba de la dimensión de aquel espanto. Por su propia naturaleza, ese estado no se podía soportar durante mucho tiempo.

Todas las actividades de la vida eran un esfuerzo por salir de ese estado, una serie de intentos de mitigar la situación que teníamos ante nosotros en ese momento.

Llegué a la conclusión de que el nacimiento no es agradable. Es peor que la muerte. Se puede filosofar sobre la muerte, y probablemente lo harás. Todo el mundo lo ha hecho. Pero ¡el nacimiento!... No hay forma de tratar filosóficamente el tema, ni de aliviar la situación. Y la prognosis es terrible: todos los actos y acciones y pensamientos no harán otra cosa que embrollarte aún más en la vida.

El Lincoln gimió de nuevo. Luego, con un gruñido ronco, empezó a murmurar palabras.

—¿Qué? ¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó Maury.

Bundy soltó una risita.

—Joder, es la cinta de voz. Funciona, pero la grabación va al revés.

Ésas fueron las primeras palabras de la cosa Lincoln: pronunciadas al revés debido a un error de conexión.

## 8

Hicieron falta varios días para reconectar el simulacro de Lincoln. Esos días los pasé conduciendo desde Ontario hacia el oeste, por las sierras de Oregón, y atravesé la pequeña ciudad maderera de John Day, que ha sido desde siempre mi ciudad favorita de la zona occidental de Estados Unidos. Sin embargo, no me detuve allí. Estaba demasiado intranquilo. Seguí viajando hacia el oeste hasta que me incorporé a la autopista que cruzaba el país de norte a sur. Esa carretera recta, la vieja ruta 99, atraviesa centenares de bosques de coníferas. En el extremo de California recorre montañas volcánicas, negras, apagadas y cubiertas de cenizas, los restos de una época de gigantes.

Dos diminutos pinzones de color amarillo que jugaban y luchaban en el aire aparecieron de repente delante del capó del coche. Ni oí ni sentí nada, pero supe por su desaparición y el repentino silencio que se habían estrellado contra la rejilla del radiador. Muertos y cocinados en un momento, me dije mientras bajaba de velocidad. Y allí estaban. El encargado de la siguiente gasolinera los encontró. Dos manchas amarillas chillonas atrapadas en la rejilla. Las envolví en pañuelitos de papel y las llevé al borde de la autopista para dejarlas caer dentro del contenedor lleno de latas de cerveza y de cartones mohosos.

Delante de mí se alzaba el monte Shasta y el puesto de control en California. No me apetecía entrar. Esa noche la pasé en un motel de Klamath Falls, y al día siguiente volví por el camino de la costa por el que ya había bajado.

Eran las siete y media de la mañana y había muy poco tráfico en la carretera. Encima de mí vi algo y me paré en el arcén a contemplarlo. Ya había visto algo así similar con anterioridad, y siempre me había hecho sentir a la vez muy humilde y tremendamente animado. Era una nave enorme que regresaba de la Luna o de alguno de los planetas y que pasaba lentamente por

encima de mí en dirección a una pista de aterrizaje situada en algún punto del desierto de Nevada. Unos cuantos aviones a reacción de la Fuerza Aérea la acompañaban. A su lado, no parecían más que unos puntitos negros.

Los pocos coches que también circulaban por la carretera habían hecho lo mismo y estaban aparcados en el arcén para contemplar el espectáculo. La gente había salido afuera, e incluso había un hombre tomando fotografías. Una mujer y un niño pequeño saludaban con la mano. La gran nave terminó de pasar por encima haciendo temblar el suelo con sus tremendos retrocohetes. Vi que tenía el casco marcado y cubierto de quemaduras por la reentrada en la atmósfera.

«Ahí dentro van nuestras esperanzas», pensé mientras me protegía los ojos del sol haciendo visera con la mano para seguir su trayectoria. ¿Qué llevaría a bordo? ¿Muestras de tierra? ¿La primera vida extraterrestre descubierta por fin? ¿Cerámica rota hallada bajo la ceniza de un volcán ya apagado, pruebas de una antigua raza civilizada?

Lo más probable era que se tratara de un puñado de burócratas. Funcionarios federales, congresistas, técnicos, observadores militares, científicos de naves espaciales que volvían a casa, probablemente unos cuantos periodistas y fotógrafos de *Life* y de *Look* y quizá equipos de televisión de la NBC y de la CBS. Aun así, se trataba de algo impresionante. Saludé con la mano, lo mismo que la mujer y su hijo pequeño.

Al entrar de nuevo en el coche pensé que quizá algún día habría pequeñas casitas alineadas en la superficie lunar. Con sus antenas de televisión y, a lo mejor, espinetas Rosen en sus salas de estar...

Puede que dentro de una década o así me viese poniendo anuncios de ofertas por embargos en periódicos de otros mundos.

¿No sería algo heroico? ¿Es que eso no unía nuestro negocio a las estrellas?

Pero teníamos algo que nos unía de forma mucho más directa. Sí, era capaz de captar un atisbo de la pasión que dominaba a Pris, esa obsesión con Barrows. Era la conexión moral, física y espiritual entre nosotros, simples mortales, con el universo sideral. Abarcaba ambos mundos, con un pie en la Luna y el otro en las propiedades inmobiliarias de Seattle, Washington, y en las de Oakland, en California. Sin Barrows, todo no era más que un simple sueño. Él era quien lo convertía en algo tangible. También tenía que admirarlo como hombre. No se amedrentaba con la idea de que los seres humanos colonizaran la Luna. Para él, era otra oportunidad de hacer negocios, una inmensa oportunidad, eso sí. La posibilidad de obtener unos enormes

beneficios por una inversión, más incluso que con el alquiler de aquellas casas del barrio bajo.

Bueno, habrá que volver a Ontario, me dije, para hacerle frente al simulacro, nuestro nuevo y atractivo producto, diseñado para atraer al señor Barrows, para hacernos perceptibles a su vista. Para hacernos parte del nuevo mundo. Para hacernos estar... vivos.

Cuando regresé a Ontario, me dirigí directamente a SAMA ASOCIADOS. Mientras recorría la calle en busca de un aparcamiento, vi a una multitud agolpada delante de nuestro edificio de oficinas. Estaban contemplando la nueva exposición que había decidido hacer Maury. Vaya, me dije con un profundo fatalismo.

En cuanto conseguí aparcar, me acerqué para unirme a la multitud.

Allí, en el salón con los productos expuestos, se encontraba la figura alta, barbuda e inclinada de Abraham Lincoln. Estaba sentado detrás de un escritorio de cortina de madera de nogal y diseño antiguo. Era una mesa que yo conocía: pertenecía a mi padre. La habían sacado de la fábrica en Boise para llevarla hasta allí y que el simulacro de Lincoln la utilizara.

Eso me enfureció. Sin embargo, tuve que admitir que encajaba a la perfección. El simulacro, que llevaba puesta una ropa muy semejante a la del Stanton, estaba ocupado escribiendo una carta con una pluma de ave. Me asombró la apariencia tan realista que mostraba el simulacro. Si no hubiera sabido la verdad, habría creído que se trataba del propio Lincoln reencarnado de algún modo antinatural. Pero, después de todo, ¿no era precisamente eso? ¿No tenía razón Pris al fin y al cabo?

No tardé en fijarme en el cartel que había en el cristal del escaparate. Impreso de una forma muy profesional, le explicaba a la multitud lo que estaba contemplando.

Esto es una reconstrucción auténtica de Abraham Lincoln, decimosexto presidente de Estados Unidos. Ha sido construido por SAMA ASOCIADOS en colaboración con la fábrica de órganos eléctricos Rosen, de Boise, Idaho. Es el primero de su clase. Todo el sistema neuronal y de memoria de nuestro gran presidente de la guerra de Secesión se ha reproducido fielmente en la mónada directora de esta máquina, y es capaz de llevar a cabo todos los actos, discursos y decisiones del decimosexto presidente hasta un punto estadísticamente perfecto.

Estamos a su disposición para todo lo que deseen preguntar.

El estilo sensiblero me indicó que el texto era obra de Maury. Enfurecido, me abrí paso entre la multitud y tiré de la puerta que daba al interior de la exposición. Estaba cerrada, pero tenía la llave, así que la abrí y entré.

En una esquina, sentados en un sofá recién comprado, estaban Maury, Bob Bundy y mi padre. Observaban en silencio al Lincoln.

—Hola, colega —me saludó Maury.

—¿Habéis empezado a recuperar la inversión? —le pregunté.

—No, no le estamos cobrando nada a nadie. Simplemente lo estamos mostrando en acción.

—Fue a ti a quien se le ocurrió ese cartel de niño de sexto curso, ¿verdad? Sé que has sido tú. ¿Qué clase de peatón crees que se va a parar a hacer preguntas? ¿Por qué no pones esa cosa a vender latas de cera para coches o jabón de lavavajillas? ¿Por qué se queda ahí sentado escribiendo? ¿O es que está participando en alguna especie de concurso de desayunos?

—Está contestando a su correo habitual —me contestó Maury.

Tanto él como Bundy y mi padre tenían un aspecto serio.

—¿Dónde está tu hija?

—Ya volverá.

—¿No te importa que utilice tu escritorio? —le pregunté a mi padre.

—No, *mein Kind* —me respondió—. Ve a hablar con él. Cuando lo interrumpen, mantiene una calma que me asombra. Bien podríamos aprender de él.

Jamás había visto a mi padre tan contenido.

—Vale.

Me acerqué a la mesa de escritorio y a la figura que seguía escribiendo. La multitud que se encontraba al otro lado del cristal no dejaba de mirar fijamente.

—Señor presidente —murmuré. Tenía la garganta seca—. Señor, disculpe que lo moleste.

Me sentía nervioso, a pesar de que sabía perfectamente que lo que tenía delante no era más que una máquina. Al acercarme y hablarle de aquella manera, me vi inmerso en la ficción, en el espectáculo, convertido en un actor, como la propia máquina. Nadie me había suministrado una cinta de instrucciones. No tenían por qué hacerlo. Estaba representando mi papel en toda aquella estupidez de forma voluntaria. Y, sin embargo, no podía evitarlo. ¿Por qué no lo llamaba «señor Simulacro»? Después de todo, era la verdad.

¡La verdad! ¿Qué significaba eso? Aquello era como cuando un niño va a hablar con el Papá Noel de un centro comercial. Si se enterase de la verdad, le estallarían la cabeza. ¿Quería yo que me pasara eso? En una situación como aquella, enfrentarse cara a cara con la verdad significaría el final de todo, de mí el primero. El simulacro no sufriría. Maury, Bob Bundy y mi padre ni

siquiera se enterarían. Así que seguí adelante, porque me estaba protegiendo a mí mismo, y lo sabía, lo sabía mejor que cualquiera que estuviera allí, incluida la multitud que permanecía fuera mirándolo todo con expresión embobada.

El Lincoln levantó la vista y dejó a un lado la pluma antes de hablarme con una voz un tanto aguda y agradable.

—Buenas tardes. Supongo que usted es el señor Louis Rosen.

—Sí, señor.

Un momento después, la estancia me estalló en la cara. La mesa reventó en un millón de trozos que se estrellaron contra mí volando lentamente. Cerré los ojos y caí hacia delante, desplomado en el suelo. Ni siquiera extendí los brazos. Sentí cómo me estampaba con fuerza. Me rompí en pedazos al chocar, y la oscuridad me envolvió por completo.

Me había desmayado. Fue demasiado para mí. Había perdido el conocimiento por completo.

Cuando desperté, estaba arriba, en mi despacho, apoyado contra una esquina. Vi a Maury Rock sentado junto a mí, fumándose uno de sus Corina Larks mientras me miraba fijamente y sostenía una botella de amoníaco doméstico debajo de mi nariz.

—Dios —exclamó cuando vio que me había despertado—. Tienes un chichón en la frente y un labio partido.

Me llevé la mano a la frente y palpé el chichón. Me pareció que era tan grande como un limón, y noté los bordes de la herida del labio.

—Me desmayé —dije.

—Sí, sí que te desmayaste.

Luego vi a mi padre, que estaba de pie cerca de nosotros. También, por desgracia, Pris Frauentzimmer, con su largo abrigo de paño gris. Caminaba arriba y abajo por la estancia, de un lado a otro, sin dejar de mirarme con exasperación y un cierto aire de divertido desdén.

—Te dice apenas dos cosas y te desmayas —me soltó—. Vaya por Dios.

—¿Y qué? —logré contestar con voz débil.

—Eso demuestra lo que dije. Es efectivo —le comentó Maury, sonriente, a su hija.

—¿Qué... qué hizo el Lincoln cuando me desmayé? —quise saber.

—Se puso en pie, te cogió en brazos y te trajo aquí —me contó Maury.

—Dios —murmuré.

—¿Por qué te desmayaste? —quiso saber Pris a la vez que se inclinaba hacia mí para mirarme fijamente—. Vaya chichón. Idiota. Bueno, el caso es que le encantó a la multitud, tendrías que haberlos oído. Yo estaba fuera, con ellos, intentando abrirme paso. Ni que hubiésemos creado a Dios... Estaban rezando, pero de verdad, y un par de ancianas se santiguaban. Y no te lo creerás, pero había algunos que...

—Vale —la interrumpí.

—Déjame acabar.

—No. Cierra la boca, ¿vale?

Nos miramos fijamente durante unos momentos, y luego Pris se puso en pie.

—¿Sabes que tienes una buena herida en el labio? Sería mejor que te pusieran un par de puntos.

Me toqué el labio con los dedos y me di cuenta de que todavía estaba sangrando. Tal vez tuviese razón.

—Te llevaré al médico —se ofreció ella. Se dirigió hacia la puerta y se detuvo en el umbral para esperarme—. Vamos, Louis.

—No me hacen falta puntos —le dije, pero me puse en pie y la seguí con paso inseguro.

—No eres muy valiente, ¿verdad? —me preguntó Pris mientras esperábamos el ascensor.

No le contesté.

—Reaccionaste peor que yo, peor que ninguno de nosotros. Me sorprende. Debes de tener una vena mucho menos estable que ninguno de nosotros conocemos. Y apuesto a que algún día, bajo la tensión, aparecerá. Algún día vas a mostrarnos que tienes graves problemas psicológicos.

La puerta del ascensor se abrió. Entramos y las puertas se cerraron de forma automática.

—¿Tan malo es reaccionar ante algo? —le pregunté.

—En Kansas City aprendí a no reaccionar a menos que me interesara hacerlo. Eso fue lo que me salvó y me sacó de allí y acabó con mi enfermedad. Eso fue lo que hicieron por mí. Siempre es mala señal que haya una reacción, como ha sido en tu caso. Siempre es señal de que existe un fallo de ajuste. En Kansas City lo llaman parataxis; es la emocionalidad que interfiere en las relaciones interpersonales y las complica. No importa que se trate de odio o de envidia o, como en tu caso, de miedo; todas son formas de parataxis. Y cuando adquieren la fuerza suficiente, tienes una enfermedad

mental. Y cuando toman el control, tienes esquizofrenia, como me pasaba a mí. Eso es lo peor.

Me puse un pañuelo en el labio y me cubrí la herida sin dejar de enjugarla. No tenía manera de explicarle mi reacción a Pris. Ni lo intenté.

—¿Te doy un beso? —dijo Pris—. Para que se te cure.

La miré fijamente, pero entonces vi que en su cara había auténtica preocupación.

—¡Joder! —dije al tiempo que me ruborizaba—. Estoy bien. —Me sentía avergonzado y no pude mirarla. Me sentí como si fuera otra vez un niño pequeño—. Los adultos no hablan así entre ellos —murmuré—. Besar para que se te cure, ¿qué clase de bobada es ésa?

—Quiero ayudarte. —La boca le tembló—. Ay, Louis... Se acabó.

—¿Qué es lo que se acabó?

—Está vivo. Ya no podré tocarlo más. ¿Qué voy a hacer ahora? Ya no tengo ningún otro objetivo en la vida.

—Dios —solté.

—Mi vida está vacía... Es como si me hubiese muerto. Todo lo que he hecho y en lo que he pensado ha sido en el Lincoln. —La puerta del ascensor se abrió y Pris salió al vestíbulo del edificio—. ¿Quieres elegir tú al médico? Supongo que sólo te acompañaré hasta allí.

—Será suficiente.

Pris volvió a hablarme mientras entrábamos en el Jaguar blanco.

—Dime qué hago ahora, Louis. Tengo que ponerme a hacer algo ahora mismo.

—Superarás esta depresión —respondí sin saber en realidad qué decir.

—Nunca me había sentido así antes.

—Estoy pensando... Quizá podrías presentarte a papa.

Fue lo primero que se me ocurrió. Una tontería.

—Ojalá fuera hombre. A las mujeres se les impide hacer tantas cosas... Tú podrías ser lo que quisieras, Louis. ¿Qué puede ser una mujer? Ama de casa, dependienta, mecanógrafa o maestra.

—Sé doctora —dije—. Sutura labios heridos.

—No puedo soportar a las criaturas enfermas, heridas o defectuosas. Lo sabes, Louis. Por eso te llevo al médico. Tengo que mirar a otro lado por lo destrozado que estás.

—¡No estoy destrozado! ¡Sólo tengo una herida en el labio!

Pris puso en marcha el coche y comenzamos a recorrer la calle.

—Voy a olvidarme del Lincoln. Nunca volveré a pensar en eso como si fuera un ser vivo. A partir de ahora, para mí no va a ser más que un objeto. Algo que hay que vender.

Hice un gesto de asentimiento.

—Voy a ver si Sam Barrows lo compra. No tengo otra tarea en la vida más que ésa. De ahora en adelante, todo lo que piense o haga tendrá a Sam Barrows como objetivo.

Si me hubieran entrado ganas de reírme por lo que había dicho, sólo hubiese tenido que mirarla a la cara: mostraba una expresión tan desolada, tan falta de felicidad, alegría o incluso humor, que sólo pude limitarme a asentir. Pris había decidido a qué iba a dedicar su vida, su futuro y todo lo que ello implicaba mientras me llevaba en coche al médico para que me suturaran el labio. Era una especie de impulso enloquecido, y me di cuenta de que había salido a la superficie por pura desesperación. Pris no era capaz de soportar la idea de pasar un solo momento sin estar ocupada en algo. Necesitaba tener un objetivo. Era su forma de obligar al universo a tener sentido.

—Pris, lo que te pesa es que eres muy racional.

—No, no lo soy. Todo el mundo dice que hago exactamente lo que me da la gana.

—Lo que te motiva es una lógica a prueba de todo. Es terrible. Tienes que librarte de eso. Díselo a Horstowski; dile que te libre de tu lógica. Te comportas como si una prueba geométrica fuera la responsable del funcionamiento de tu vida. Afloja, Pris. Sé despreocupada, insensata y estúpida. Haz algo que no sirva para nada, ¿vale? Ni siquiera me lleves al médico; déjame delante de alguna tienda de limpiabotas y haré que le saquen brillo a mis zapatos.

—Tus zapatos ya están limpios.

—¿Lo ves? ¿Por qué tienes que comportarte con lógica en todo momento? Para el coche en el próximo cruce. Nos bajaremos y lo dejaremos ahí, o vamos a una floristería a comprar flores para lanzárselas a los motoristas.

—¿Y quién va a pagar las flores?

—Las robaremos. Saldremos corriendo sin pagarlas.

—Deja que me lo piense.

—¡No te lo pienses! ¿Nunca robaste nada cuando eras una niña? ¿Nunca rompiste algo simplemente porque te dio la gana, algún objeto público, como una farola?

—Una vez robé una barra de caramelo de una tienda.

—Pues eso es lo que vamos a hacer ahora. Busquemos una tienda y seamos niños otra vez. Robaremos una barra de caramelo cada uno, buscaremos un sitio a la sombra y nos tumbaremos en el césped a comérnoslas, por ejemplo.

—No puedes hacer eso, no con el labio así.

—Vale, es cierto —admití con voz razonable pero apremiante—. Pero tú sí puedes, ¿verdad? Reconócelo. Podrías entrar en una tienda ahora mismo y hacerlo, incluso sin mí.

—¿Entrarías conmigo de todas maneras?

—Si quieres, sí. También podría quedarme en el coche con el motor en marcha y arrancar en cuanto aparezcas. Así podrías huir.

—No. Quiero que entres conmigo en la tienda y estés allí a mi lado —dijo Pris—. Podrías decirme qué barra de caramelo debería llevarme. Necesito que me ayudes.

—Lo haré.

—¿A cuánto te condenan por hacer algo así?

—Cadena perpetua.

—Me tomas el pelo.

—No. Lo digo en serio.

Y era verdad. Hablaba muy en serio.

—¿Te estás quedando conmigo? Creo que sí. ¿Por qué lo haces? Porque soy ridícula, ¿verdad?

—¡Dios, no!

Pero ella ya había decidido que lo era.

—Sabes que me lo creo todo. En el colegio se reían de mí por mi credulidad. Me llamaban Crédula de Vil.

—Venga, entremos en una tienda y te lo mostraré. Déjame demostrártelo. Para salvarte.

—¿Salvarme de qué?

—De la certidumbre absoluta de tu mente.

Se estremeció. La vi tragar saliva, luchar consigo misma mientras se esforzaba por saber lo que debería hacer y si había cometido un error. Luego se volvió hacia mí y me habló en tono serio.

—Louis, te creo en lo de la tienda. Sé que no te reirías de mí. Puede que me odies, de hecho me odias, a muchos niveles, pero no eres de esa clase de gente que disfruta burlándose de los débiles.

—Tú no eres débil.

—Lo soy, pero tú no tienes el instinto necesario para verlo. Yo soy al revés, Louis: tengo ese instinto y no soy buena.

—Vale, genial —exclamé en voz alta—. Mira, para de una vez con eso, Pris. Estás deprimida porque ya has terminado todo tu trabajo creativo en el Lincoln, ahora mismo no tienes nada que hacer, y como muchas otras personas creativas sufres un bajón entre un...

—Hemos llegado al médico —me interrumpió Pris mientras detenía el coche.

Después de que el médico me examinara y me despidiera sin ver la necesidad de ponerme puntos en la herida, conseguí convencer a Pris para que entráramos en un bar. Necesitaba tomar algo. Le expliqué que era un modo de celebrarlo, algo que había que hacer. Era lo que se esperaba de nosotros. Habíamos visto al Lincoln cobrar vida y eso había sido un gran momento, quizá el momento más importante de toda nuestra vida. Y, sin embargo, por importante que fuera, había algo en ese acto que parecía ominoso y triste, algo que nos inquietaba, que era demasiado grande como para que fuéramos capaces de asumirlo.

—Yo quiero una cerveza —me dijo Pris mientras cruzábamos la calzada.

Una vez en el bar, pedí su cerveza y un café irlandés para mí.

—Veo que aquí te sientes como en casa, en un sitio como éste, quiero decir —comentó Pris—. Pasas mucho tiempo haciendo el vago en los bares, ¿verdad?

—He estado pensando en algo sobre ti y te lo tengo que preguntar —dije—. ¿De verdad te crees todos esos comentarios cortantes que haces sobre los demás? ¿O simplemente los improvisas con la intención de hacer que la gente se sienta mal? Y si es así...

—¿Tú que crees? —me preguntó con un tono de voz tranquilo.

—No lo sé.

—¿Y por qué te importa?

—Despiertas en mí una curiosidad insaciable, por conocer cada detalle y motivo.

—¿Por qué?

—Creo que tu vida es fascinante. Eras esquizoide a los diez años, neurótica obsesivo-compulsiva a los trece, esquizofrénica absoluta a los diecisiete y acabaste internada por el gobierno federal. Ahora estás medio curada y de vuelta entre los seres humanos, pero todavía... —Me callé. Su vida escabrosa no era el motivo—. Te diré la verdad. Me he enamorado de ti.

—Me estás mintiendo.

—Puede que me haya enamorado de ti —añadí en un intento de corregir lo dicho.

—¿Puede?

Parecía tremendamente nerviosa. La voz le temblaba.

—No lo sé. Hay algo que me frena.

—El miedo.

—Puede que sí. Puede que tan sólo sea miedo.

—¿Te estás quedando conmigo, Louis? Con lo de que me quieres, digo.

—No. No me estoy quedando contigo.

Se echó a reír, algo temblorosa.

—Si lograras superar tu miedo, podrías conquistar a una mujer. No a mí, pero a cualquier otra mujer. Todavía no me hago a la idea de lo que me acabas de decir. Louis, tú y yo somos opuestos, ¿es que no lo sabes? Tú muestras tus sentimientos, y yo siempre mantengo ocultos los míos. Yo soy mucho más profunda. Si tuviéramos un hijo, ¿cómo sería? No entiendo a las mujeres que siempre andan teniendo hijos, son como perras... con una camada cada año. Debe de ser agradable ser biológica y terrenal de esa manera. —Me miró de reojo—. Eso es algo incomprensible para mí. Se sienten realizadas a través de su sistema reproductor, ¿no? Impresionante. He conocido a mujeres así, pero yo nunca podría ser como ellas. No me siento feliz a menos que esté creando algo con las manos. Me pregunto a qué se deberá.

—No lo sé.

—Debe de haber una explicación; todo tiene una causa. Louis, no lo puedo recordar con exactitud, pero me parece que ningún chico me había dicho que estuviese enamorado de mí antes.

—Bueno, seguro que sí te lo han dicho. En el colegio.

—No. Tú eres el primero. La verdad es que no sé qué hacer... Ni siquiera estoy segura de que me guste. Me parece algo muy extraño.

—Acéptalo.

—Amor y creatividad —murmuró Pris casi para sí misma—. Lo que hemos hecho ha sido dar nacimiento al Stanton y al Lincoln; amor y nacimiento; ambas cosas van unidas, ¿no? Amas lo que haces nacer, y puesto que me amas, Louis, debes querer unirme a mí para darle vida a algo nuevo, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Somos como dioses por lo que hemos hecho, esta tarea que hemos llevado a cabo, esta gran labor. Stanton y Lincoln, la nueva raza... Sin embargo, al darles vida, nos vaciamos nosotros. ¿No te sientes vacío ahora?

—Joder, no.

—Bueno, eres tan diferente a mí... No entiendes realmente el sentido de esta tarea. Venir aquí, a este bar... ha sido un impulso momentáneo al que te has rendido. Maury, Bob y tu padre y el Stanton están en SAMA con el Lincoln. No eres consciente de ello porque lo que quieres es estar sentado en un bar tomando algo.

Me sonrió con alegría, con cierta tolerancia.

—Supongo que sí —respondí.

—Te estoy aburriendo, ¿verdad? Lo cierto es que no tienes ninguna clase de interés en mí; sólo estás interesado en ti mismo.

—Es verdad. Acabo de darme cuenta de que tienes razón.

—¿Por qué has dicho que querías saberlo todo sobre mí? ¿Por qué has dicho que casi estabas enamorado de mí pero que el miedo te contenía?

—Pues no lo sé.

—¿No intentas de vez en cuando recapacitar para entender tus motivos? Yo siempre me estoy analizando.

—Pris, sé sensata aunque sólo sea por un momento —le respondí—. Tan sólo eres una persona más entre otras muchas, ni mejor ni peor. Miles de norteamericanos van a clínicas de salud mental, están allí ahora mismo, sufren de esquizofrenia y están ingresados por la Ley McHeston. Eres atractiva, lo admito, pero hay muchas actrices suecas o italianas que lo son más que tú. Tu inteligencia es...

—Creo que estás tratando de convencerte a ti mismo.

—¿Qué? —exclamé sorprendido.

—Tú eres el que me idolatra y te estás resistiendo a esa idea —dijo Pris sin alterarse.

Eché a un lado mi café irlandés.

—Volvamos a SAMA.

La herida del labio me escocía mucho por el alcohol.

—¿Es que he dicho algo malo? —Por un momento pareció desconcertada. Pensó en lo que le había dicho, lo arregló y lo mejoró—. Lo que quiero decir es que tienes sentimientos contradictorios respecto a...

La cogí del brazo.

—Termínate la cerveza y vámonos.

—Estás disgustado conmigo otra vez —me dijo con voz débil mientras salíamos del bar.

—No.

—Intento ser amable contigo, pero siempre me equivoco con la gente cuando me esfuerzo deliberadamente por ser educada con ellos y decirles lo que debo decir... No se me da nada bien ser artificial. Ya te expliqué que no debía entrar en una serie de pautas de conducta que me resultan falsas. Nunca funciona.

Me lo dijo en un tono acusatorio, como si la idea hubiera sido mía.

—Escucha —le dije mientras entrábamos en el coche para unirnos de nuevo al tráfico—. Vamos a volver y a retomar nuestra entregada tarea de convertir a Sam Barrows en el centro de todo lo que hagamos, ¿vale?

—No —dijo Pris—. Eso sólo puedo hacerlo yo. Tú no estás capacitado para ello.

Le di unas palmaditas en el hombro.

—Fíjate, ahora te comprendo mucho mejor, más que antes. Creo que ambos estamos empezando a desarrollar una relación estable, sana y muy buena.

—Puede que sí —me contestó Pris, sin darse cuenta del sarcasmo. Me sonrió—. Eso espero, Louis. La gente debería saber entenderse.

Cuando estuvimos de vuelta en SAMA, Maury nos recibió emocionado.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —Sacó un trozo de papel—. Le mandé un telegrama a Sam Barrows. Toma, léelo.

Me lo puso en las manos.

Desdoblé el papel algo intranquilo y leí lo que Maury había escrito.

Aconsejo que venga en avión cuanto antes. Simulacro de Lincoln éxito increíble. Esperamos su decisión. Reservamos mercancía para su primera inspección. Solicitud por teléfono. Es mucho mejor de lo que imaginábamos. Espero llamada hoy.

MAURY ROCK,  
SAMA ASOCIADOS

—¿Ha contestado ya? —pregunté.

—Todavía no, pero es que acabamos de mandar el telegrama.

Oímos un barullo y apareció Bob Bundy.

—El señor Lincoln me ha pedido que te traslade su preocupación y averigüe cómo estás —me dijo.

Parecía bastante nervioso.

—Dile que me encuentre bien. Y dale las gracias —añadí.

—De acuerdo.

Bundy se marchó y cerró la puerta del despacho cuando salió.

—Debo admitirlo, Rock —le confesé a Maury—. Tienes algo importante entre manos. Estaba equivocado.

—Gracias por darte cuenta.

—Estás malgastando tu agradecimiento con él —terció Pris.

—Nos queda mucho trabajo por delante —dijo Maury entre nerviosas caladas a su puro—. Sé que ahora conseguiremos llamar la atención de Barrows. Pero con lo que debemos tener cuidado es con... —Bajó la voz—. Un individuo como él podría quitarnos de en medio de un manotazo, ¿no es verdad, amigo?

—Tienes razón —respondí.

Yo también había pensado en esa posibilidad.

—Probablemente ya se lo habrá hecho un millón de veces a otras pequeñas empresas a lo largo de su carrera. Los cuatro debemos mantenernos unidos. Los cinco, si incluimos a Bob Bundy. ¿Estáis de acuerdo?

Nos miró a los tres: Pris, mi padre y yo.

—Maury, tal vez deberías comunicarle esto al gobierno federal —sugirió mi padre. Me miró con cierta timidez—. *Hab ich nicht Recht, mein Sohn?*

—Ya se ha puesto en contacto con Barrows —le respondí—. Ahora mismo, es posible que Barrows ya esté de camino.

—Podríamos decirle que no —intervino Maury—. Aunque aparezca. Bueno, si creemos que esto deberíamos mandarlo a Washington D. C.

—Pregúntaselo al Lincoln —sugerí.

—¿Qué? —exclamó Pris con un tono de voz seco—. Oh, por el amor de Dios.

—Lo digo en serio. Que nos dé su opinión.

—¿Qué iba saber de Sam K. Barrows un político del siglo pasado? —respondió Pris con sarcasmo.

—Tú prueba, Pris —le dije con toda la tranquilidad que pude—. De verdad.

—No empecemos a pelearnos —se apresuró a decir Maury—. Todos tenemos derecho a expresar nuestras opiniones. Creo que deberíamos seguir adelante y enseñarle el Lincoln a Barrows, y si por alguna razón increíble...

Se calló. El teléfono había empezado a sonar. Lo cogió.

—SAMA ASOCIADOS. Maury Rock al habla.

Silencio.

Maury se volvió hacia nosotros y pronunció en silencio «Barrows».

Ya está, me dije. La suerte está echada.

—Sí, señor —dijo Maury por teléfono—. Lo recogeremos en el aeropuerto de Boise. Sí, nos veremos allí.

En la cara se le notaba el entusiasmo, y me guiñó un ojo.

—¿Dónde está el Stanton? —le pregunté a mi padre.

—¿Qué, *mein Sohn*?

—El simulacro de Stanton... No lo veo por ningún lado.

Recordé su expresión de hostilidad hacia el Lincoln, así que me levanté y fui hasta donde se encontraba Pris intentando oír la otra parte de la conversación telefónica de Maury.

—¿Dónde está el Stanton? —le pregunté sin bajar la voz.

—No lo sé. Bundy lo dejó en alguna parte. Probablemente esté abajo, en el taller.

—Espere un momento. —Maury apartó el auricular de la oreja y me habló con una expresión extraña en la cara—. El Stanton está en Seattle. Con Barrows.

—Oh, no —le oí decir a Pris.

—Se subió a un autobús Greyhound anoche —nos explicó Maury—. Ha llegado allí esta mañana y ha ido a buscarlo de inmediato. Barrows dice que ha tenido una larga charla muy interesante con él. —Maury tapó el auricular con una mano—. Todavía no ha recibido nuestro telegrama. En lo que está interesado es en el Stanton. ¿Le hablo del Lincoln?

—Es mejor que lo hagas —le respondí—. Va a recibir el telegrama.

—Señor Barrows, acabamos de enviarle un telegrama —dijo Maury de nuevo al teléfono—. Sí. Tenemos el simulacro electrónico de Lincoln en funcionamiento y ha sido un éxito increíble, aún más que el Stanton. —Me miró de reojo con una sonrisa incómoda antes de seguir hablando—. Señor, el Stanton irá con usted en el avión, ¿verdad? Estamos impacientes por recuperarlo. —Maury se quedó callado unos momentos antes de apartar el teléfono de la oreja una vez más—. Barrows me dice que el Stanton le ha insistido en que quiere quedarse en Seattle un día o dos y visitar la ciudad. Quiere cortarse el pelo y visitar la biblioteca y, si le gusta la ciudad, a lo mejor incluso se decide a abrir un bufete de abogados y establecerse allí.

—¡Por Dios! —exclamó Pris apretando los puños—. ¡Dile a Barrows que lo convenza para que vuelva aquí!

—¿Puede convencerlo de que vuelva con usted, señor Barrows? —dijo Maury al teléfono. Un nuevo silencio—. Se ha ido —nos informó, pero sin

cubrir el auricular con la mano esta vez—. Se despidió de Barrows y se marchó. —Frunció el ceño con un gesto de profunda inquietud.

—No importa, termina de hablar sobre lo del vuelo —le dije.

—Vale. —Maury recuperó la compostura y una vez más habló por el teléfono—. Estoy seguro de que el puñetero trasto estará bien. Tenía dinero, ¿no? —Silencio—. Y usted también le dio veinte dólares, además. Bien. Bueno, de todas formas, nos veremos. El Lincoln es aún mejor. Sí, señor. Gracias. Adiós. —Colgó y se quedó mirando al suelo, con los labios torcidos en una mueca—. Ni siquiera me di cuenta de que se había marchado. ¿Crees que estaba dolido por el Lincoln? Puede que sí. Tiene muy mal carácter.

—No merece la pena lamentarse por lo que ha pasado —le dije.

—Es verdad —murmuró Maury mordisqueándose el labio—. ¡Y tiene batería para seis meses! Es posible que no lo veamos hasta el año que viene. Dios, hemos metido miles de dólares en este proyecto. ¿Y qué pasa si Barrows nos está mintiendo? A lo mejor lo tiene encerrado en alguna cámara acorazada.

—Si lo tuviera en su poder, no vendría aquí —respondió Pris—. De hecho, quizá todo esto nos beneficie. Puede que Barrows no viniese de no haber sido por el Stanton, por lo que dijo e hizo. Tenía que verlo. A lo mejor el telegrama no lo hubiera hecho venir. Y si el Stanton no se hubiese marchado, puede que él se hubiese apoderado del simulacro y nos habríamos quedado sin él, ¿no?

—Sí —dijo Maury mientras asentía lentamente.

—El señor Barrows tiene buena reputación, ¿verdad? —preguntó mi padre—. Un hombre con tantas preocupaciones sociales como muestra... Por ejemplo, la carta que mi hijo me enseñó sobre la zona residencial con esa pobre gente a la que está protegiendo.

Maury volvió a asentir lentamente.

—Sí, Jerome —dijo Pris dándole a mi padre unas palmaditas en el brazo—. Es un tipo con una ética cívica. Te va a caer bien.

Mi padre miró fijamente a Pris y luego a mí.

—Parece que todo está yendo bien, *¿nicht wahr?*

Todos asentimos con una mezcla de angustia y de miedo.

La puerta se abrió y apareció Bob Bundy con una hoja de papel doblada en la mano.

—Tienes una nota del señor Lincoln —me dijo.

La abrí. Era un breve texto de apoyo.

Señor Louis Rosen.

Estimado señor Rosen:

Agradecería tener noticias sobre su estado de salud, con la esperanza de que haya experimentado alguna mejoría.

Atentamente,

A. LINCOLN

—Me voy a acercar para darle las gracias —le dije a Maury.

—Sí, por favor —me contestó.

## 9

Mientras esperábamos en la explanada bajo el gélido viento a que tomase tierra el vuelo procedente de Seattle, me dije a mí mismo: «¿En qué se diferencia él del resto de la gente?».

El Boeing 900 aterrizó y se deslizó por la pista. Desplegaron las escalerillas, abrieron las puertas y las azafatas ayudaron a salir a los pasajeros. Al final de cada escalerilla, los empleados de la compañía aérea se aseguraron de que nadie tropezara y se diera de bruces contra el asfalto. Mientras tanto, los vehículos de transporte de equipaje correteaban alrededor como ciempiés enormes y un camión de repostaje de la Standard Stations aguardaba aparcado a un lado con las luces de estacionamiento parpadeando.

Comenzaron a aparecer todo tipo de pasajeros, que surgían del avión a través de ambas puertas y descendían por las escalerillas velozmente, como si de un enjambre de hormigas se tratase. A nuestro alrededor, los amigos y familiares se empujaban unos a otros para avanzar y salir a la pista, tan lejos como les estaba permitido. A mi lado, Maury no paraba de moverse, inquieto.

—Vayamos a recibirlos.

Tanto él como Pris echaron a andar, de modo que fui tras ellos. Un oficial de la compañía aérea que vestía uniforme azul nos dio el alto y nos indicó por señas que volviéramos atrás. Sin embargo, ni Maury ni Pris le hicieron caso. Yo hice lo mismo y llegamos hasta el pie de la escalerilla de primera clase. Nos detuvimos allí. Los pasajeros descendían uno tras otro, algunos de ellos sonrientes, los hombres de negocios con rostro inexpresivo. Algunos parecían cansados.

—Ahí está —dijo Maury.

Un hombre delgado, con traje gris y el abrigo colgado del brazo, bajaba la escalerilla de primera clase sonriendo con sutileza. Conforme se aproximaba a nosotros, me dio la impresión de que lucía el traje con mayor naturalidad que el resto de hombres. No había duda de que era un traje hecho a medida,

probablemente en Inglaterra o en Hong Kong. Además, también parecía más relajado que el resto. Llevaba unas gafas de sol de montura al aire con cristales verdosos. Tenía el pelo muy corto, casi como un recluta del ejército, igual que en las fotos. Tras él avanzaba una atractiva mujer que yo ya conocía: Colleen Nild, que llevaba un portafolio con documentos bajo el brazo.

—Es una comitiva de tres —comentó Pris.

Había otro hombre, muy bajito y corpulento. Vestía un traje que no era de su talla, y las mangas y las perneras le quedaban demasiado largas. Tenía la cara colorada, con la nariz ganchuda y una cabellera negra de pelo lacio y fino peinada como una cortinilla hacia atrás que le cubría un cráneo con forma de huevo. Llevaba un alfiler de corbata, y el modo en que caminaba a zancadas tras el señor Barrows me convenció de que era abogado. Se asemejaba a como los abogados se alejan de su asiento durante un juicio, como el entrenador de un equipo de béisbol que se adentra a zancadas en el campo para quejarse al árbitro. El gesto de protesta, concluí mientras lo observaba, es el mismo en cualquier profesión: avanzas derecho hacia el frente, hablando y gesticulando con los brazos mientras te aproximas.

El abogado daba la sensación de estar alerta y activo en todo momento, y hablaba a gran velocidad con Colleen Nild. Me pareció un individuo agradable, alguien con una tremenda energía bulliciosa, la clase de abogado que me esperaba que Barrows tuviera en nómina. Colleen, como la vez anterior, llevaba un vestido azul oscuro de tela guateada que parecía pesado. En esta ocasión, se había arreglado más: guantes, sombrero y un bolso nuevo de cuero parecido a las sacas de los carteros. Caminaba escuchando al abogado, quien, mientras le hablaba, hacía gestos en todas direcciones, como un decorador de interiores o el capataz de un equipo de albañiles. Algo en el abogado me transmitió una sensación de calidez amistosa y me sentí menos tenso. Me pareció un gran bromista. Me pareció que lo entendía.

En ese momento, Barrows llegó al pie de la escalerilla, con los ojos ocultos tras las gafas oscuras y la cabeza un poco inclinada hacia abajo para poder verse los pies. También estaba escuchando al abogado. Maury se le acercó cuando comenzó a caminar por la pista de aterrizaje.

—¡Señor Barrows!

Éste se paró y se volvió para después echarse a un lado con agilidad y apartarse para que los que venían detrás pudieran bajar de la escalerilla. Le tendió la mano.

—¿Señor Rock?

—Así es, señor —respondió Maury estrechándole la mano. Colleen Nild y el abogado se colocaron a su alrededor. Pris y yo hicimos lo mismo—. Le presento a Pris Frauzimmer. Y éste es mi socio, Louis Rosen.

—Encantado, señor Rosen. —Barrows me estrechó la mano—. Le presento a la señorita Nild, mi secretaria. Este caballero es el señor Blunk, mi abogado. —Todos nos estrechamos la mano—. Aquí fuera hace frío, ¿no?

Barrows comenzó a caminar hacia la entrada del edificio. Se movió con tanta rapidez que todos tuvimos que corretear detrás de él como una manada de grandes animales torpes. El señor Blunk movía sus cortas piernas como si estuviese en una película antigua a cámara rápida. Sin embargo, aquello no pareció importarle; continuó irradiando buen ánimo.

—Boise —comentó a la vez que miraba a su alrededor—. Boise, Idaho. ¿Qué se les ocurrirá la próxima vez?

Colleen Nild, a mi lado, me habló:

—Me alegro de volver a verlo, señor Rosen. La criatura Stanton nos pareció encantadora.

—Un artefacto fabuloso —dijo Blunk con voz estruendosa volviéndose hacia nosotros. Nos estábamos quedando atrás—. Pensamos que era de la Oficina de Impuestos Internos.

Me sonrió con una expresión cálida y cercana.

Delante de nosotros caminaban Barrows y Maury. Pris se había quedado atrás porque la puerta de entrada era demasiado estrecha para los tres. Barrows y Maury entraron, y Pris fue la siguiente en pasar, luego el señor Blunk, después Colleen Nild y por fin yo, cerrando la marcha. Para cuando atravesamos por completo el edificio y llegamos de nuevo a la puerta que daba a la calle, donde esperaban los taxis, Barrows y Maury ya habían localizado la limusina. El conductor de uniforme tenía abierta una de las puertas traseras y Barrows y Maury entraron por ella.

—¿Y el equipaje? —le pregunté a la señorita Nild.

—No traemos. Se pierde demasiado tiempo esperando a que lo entreguen. Sólo vamos a pasar aquí unas pocas horas y volveremos en otro vuelo. Probablemente esta misma noche. Si al final tenemos que quedarnos, compraremos lo que necesitamos.

—Ajá —dije, impresionado.

Los demás también entramos en el coche. El conductor se apresuró a rodear el vehículo para ponerse al volante y no tardamos en estar inmersos en el tráfico para llegar a la ciudad de Boise en sí.

—No se me ocurre ninguna manera de que el Stanton pueda fundar un bufete en Seattle —le dijo Maury al señor Barrows—. No tiene los permisos necesarios para practicar la abogacía en el estado de Washington.

—Pues sí, creo que algún día lo hará.

Barrows le ofreció a Maury, y luego a mí, un cigarrillo de su pitillera.

En resumen, llegué a la conclusión de que Barrows se diferenciaba del resto de nosotros porque daba la impresión de que su traje gris de lana inglesa le había crecido encima, de la misma forma que le crece la piel a un animal. Simplemente, era una parte de él, como las uñas y los dientes. Barrows no era en absoluto consciente de ello, como no lo era de su corbata, de sus zapatos, de su pitillera. No era consciente de nada de lo que se refería a su aspecto.

«Así que esto es ser multimillonario», pensé.

Está muy lejos de mi posición, en el último peldaño, allí donde la mayor preocupación es preguntarte si llevas la bragueta abierta. Ésa es la diferencia. La gente como yo somos la escoria, y de vez en cuando miramos hacia abajo a escondidas. Sam K. Barrows jamás había bajado la vista para mirarse de reojo la bragueta. Si la llevaba abierta, simplemente se la cerraba. Ojalá fuera rico, me dije.

Me deprimí. Mi situación era desesperada. Ni siquiera había llegado a la etapa de preocuparme por el nudo de la corbata, como otros hombres. Probablemente no lo haría nunca.

Y además, Barrows era un tipo de aspecto de lo más atractivo, al estilo de Robert Montgomery. No guapo como el actor, ya que al quitarse las gafas oscuras le vi bolsas debajo de los ojos. Pero sí tenía una constitución atlética, probablemente de jugar al frontón en alguna pista privada que hubiese costado cinco mil dólares. Y seguro que también tenía un médico de primera clase que no le dejaba beber licor barato ni cerveza de ningún tipo. Nunca comería en bares de carretera, y probablemente tampoco comiese cualquier carne de cerdo, sino sólo esas chuletitas de cordero y filetes de ternera a la plancha.

Naturalmente, con una dieta así, no tenía ni un gramo de grasa sobrante. Eso me hizo sentir todavía más deprimido.

Fue entonces cuando me di cuenta de que aquellos cuencos de ciruelas estofadas que desayunaba a las seis de la mañana y los cinco kilómetros de carrera a través de las calles desiertas a las cinco de la madrugada encajaban. El joven millonario excéntrico cuya foto aparecía en *Look* no iba a morirse de repente a los cuarenta años de un ataque al corazón; tenía toda la intención de

vivir y disfrutar de su dinero. Ninguna viuda lo heredaría, a diferencia de lo que era común a nivel nacional.

¿Excéntrico? Y una mierda.

Era listo.

Eran poco más tarde de las siete cuando nuestra limusina entró en Boise y el señor Barrows y sus dos acompañantes nos dijeron que no habían cenado. ¿Conocíamos algún buen restaurante en Boise?

No hay ningún buen restaurante en Boise.

—Simplemente un sitio donde podamos encontrar gambas fritas —apuntó Barrows—. Una cena ligera. Nos hemos tomado unas copas en el avión, pero ninguno de nosotros llegó a cenar. Estábamos demasiado ocupados charlando.

Encontramos un restaurante aceptable. El camarero nos condujo a un reservado con forma de herradura y tapicería de cuero, al fondo del local. Nos quitamos los abrigos y nos sentamos.

Pedimos las bebidas.

—¿De verdad ganó su primera fortuna jugando al póquer en el ejército? —le pregunté a Barrows.

—No, fue a los dados. Una partida de seis meses a bordo de un barco. Para el póquer hace falta habilidad; yo tengo suerte.

—No fue la suerte lo que lo llevó al negocio inmobiliario —comentó Pris.

—No, eso fue porque mi madre solía alquilar habitaciones en nuestra antigua casa de Los Ángeles —respondió Barrows mirándola fijamente.

—Tampoco fue la suerte lo que lo convirtió en el don Quijote que recurrió con éxito ante el Tribunal Supremo de Estados Unidos para que fallase contra la Agencia Espacial y sus ansias monopolizadoras de la Luna y los planetas —continuó Pris con la misma voz tensa.

Barrows asintió.

—Eres muy generosa al describirme así. Tenía en mi poder lo que creía que eran títulos válidos de parcelas en la Luna, y quería verificar la validez de esos títulos de propiedad de manera que nunca pudieran volver a cuestionarse. Oye, yo te conozco de algo.

—Sí —dijo Pris con los ojos brillantes.

—Pero no recuerdo de dónde.

—Fue sólo durante un momento. En su despacho. No le reprocho que no se acuerde. Sin embargo, yo sí que lo recuerdo.

Pris no le había quitado los ojos de encima.

—¿Eres la hija de Rock?

—Sí, señor Barrows.

Esa noche tenía mucho mejor aspecto. Se había peinado, y llevaba el maquillaje suficiente para ocultar su palidez, pero no tanto como para darle el aspecto de máscara estridente que le había visto en otras ocasiones. Al quitarse el abrigo vi que llevaba puesto un atractivo jersey de manga corta de lana esponjosa, con un broche de oro, un alfiler con forma de serpiente, sobre el pecho derecho. Dios, me fijé también en que se había puesto sujetador, de esos que abultan donde no hay bultos. Pris había conseguido sacar pecho para esta extraordinaria ocasión. Cuando se levantó a colgar el abrigo, vi que con aquellos zapatos de tacón alto parecía tener unas piernas bonitas. Así pues, cuando la ocasión lo exigía, era capaz de arreglarse más que adecuadamente.

—Déjame ayudarte —dijo Blunk, casi quitándole el abrigo de las manos para luego acercarse a la percha y colgarlo allí. Regresó, hizo una reverencia, le sonrió con alegría y volvió a sentarse—. ¿Estás segura de que este viejo verde es tu padre de verdad? —dijo señalando a Maury—. ¿No estará cometiendo usted un pecado, señor, el pecado de violación de menores? —Señaló cómicamente con el dedo a Maury—. ¡Qué vergüenza, señor!

Luego nos sonrió a todos.

—La quieres sólo para ti —dijo Barrows antes de sacar de un mordisco la cola de una gamba y dejar el resto a un lado—. ¿Cómo sabes que esta chica no es otro de esos simulacros, como el Stanton?

—¡Me pido una docena! —exclamó Blunk con los ojos brillantes.

—De verdad que es mi hija. Ha estado fuera, en un instituto —respondió Maury, que parecía incómodo.

—Y ha vuelto... —Blunk bajó la voz. Se inclinó de forma exagerada hacia Maury y le susurró con voz áspera—: A los nueve meses, ¿no?

Maury sonrió con inquietud.

—Me alegro de volver a verla, señorita Nild —dije para cambiar de tema.

—Gracias.

—Menudo susto nos llevamos con ese robot Stanton suyo —nos comentó Barrows, tanto a Maury como a mí tras apoyar los codos sobre la mesa y cruzar los brazos.

Ya se había acabado las gambas y mostraba un aspecto satisfecho y elegante a la vez. Para tratarse de un individuo que comenzaba el día tomando ciruelas estofadas, parecía disfrutar mucho de la comida. No pudo más que parecerme bien: personalmente, lo consideré una señal alentadora.

—¡Hay que felicitarlos! —exclamó Blunk—. ¡Han creado un monstruo! —Se echó a reír de forma ruidosa, encantado de su broma—. ¡Yo digo que

matemos esa cosa! ¡Busquemos a una muchedumbre con antorchas! ¡A por ella!

No nos quedó más remedio que reírnos con aquello.

—¿Cómo acabó muriendo el monstruo de Frankenstein? —preguntó Colleen.

—Con hielo —dijo Maury—. El castillo ardió por completo, y lo rociaron con mangueras y el agua se convirtió en hielo.

—Pero en la siguiente película encontraron al monstruo congelado en el hielo —añadí—. Y lo revivieron.

—Luego desapareció en un pozo de lava burbujeante —apuntó Blunk—. Yo estaba allí. Me guardé un botón de su abrigo. —Sacó un botón del bolsillo de la chaqueta y nos lo mostró a cada uno—. Sacado del mundialmente famoso monstruo de Frankenstein.

—Es de tu chaleco, Dave —le replicó Colleen.

—¿Qué? —Blunk bajó la mirada frunciendo el ceño—. ¡Es verdad! ¡Es mi propio botón!

Volvió a reírse.

Barrows se hurgó los dientes con la uña del pulgar antes de hablarnos de nuevo.

—¿Cuánto costó diseñar y montar el robot Stanton?

—Unos cinco mil —dijo Maury.

—¿Y cuánto costaría si se construyera en serie? Digamos... si se fabrican unos cuantos cientos de miles.

—Vaya... —respondió Maury en seguida—. Diría que unos seiscientos dólares, más o menos. Eso suponiendo que sean idénticos, que tengan las mismas mónadas directoras y que se les inserten las mismas cintas.

—Esto es el equivalente en una versión a tamaño real de las muñecas parlantes que estuvieron tan de moda en el pasado —le dijo Barrows—. Corríjame si...

—No —dijo Maury—. No exactamente.

—Bueno, esta cosa habla y anda. —Insistió Barrows—. Cogió el autobús para ir a Seattle. ¿Eso no es el principio de cualquier autómeta, pero un poco más complejo? —Continuó hablando antes de que Maury pudiera responder—. A lo que voy es a que esto no tiene nada de nuevo, ¿verdad?

Se produjo un silencio.

—Por supuesto que sí —protestó Maury, que en ese momento ya no parecía tan feliz, y me di cuenta de que también Pris había perdido de repente el buen humor.

—Bueno, explíquemelo, por favor —continuó Barrows, aún con su tono amable e informal. Cogió la copa de vino blanco y le dio un sorbo—. Adelante, Rock.

—No tiene nada que ver con un autómatas —contestó Maury—. ¿Sabe algo del trabajo de Grey Walter en Inglaterra? ¿Las tortugas? Es lo que se conoce como un sistema homeostático, algo aislado de su entorno que produce sus propias respuestas. Es como la fábrica totalmente automatizada que se repara a sí misma. ¿Sabe a lo que se refiere la palabra «retroalimentación»? En los sistemas eléctricos existe un...

Dave Blunk puso una mano sobre el hombro de Maury.

—Lo que el señor Barrows quiere saber tiene que ver con la patentabilidad, si me permite utilizar un término tan poco manejable, de los robots Lincoln y Stanton.

Pris habló en voz baja y controlada:

—Estamos totalmente cubiertos en la oficina de patentes. Disponemos de una representación legal experta.

—Me alegra oír eso —respondió Barrows sonriéndole mientras se hurgaba entre los dientes—. Porque, de otro modo, no habría nada que comprar.

—En esto hay involucrados muchos principios nuevos —le explicó Maury—. El simulacro electrónico Stanton representa un trabajo desarrollado a lo largo de un período de años por muchos equipos de investigación, dentro y fuera del gobierno, y si no le importa que lo diga, todos estamos tremendamente satisfechos, incluso asombrados, por el magnífico resultado... Como usted mismo pudo ver cuando el Stanton se bajó del autobús en Seattle y subió a un taxi para llegar a su despacho.

—Fue andando —dijo Barrows.

—¿Perdón?

—Digo que fue caminando desde la estación de autobuses hasta mi despacho.

—De todas maneras, lo que hemos conseguido no tiene precedente en el mundo de la electrónica —sentenció Maury.

Después de cenar, fuimos a Ontario, y llegamos a la oficina de SAMA ASOCIADOS a las diez de la noche.

—Es una pequeña ciudad bastante curiosa —comentó Dave Blunk mientras contemplaba las calles desiertas—. Todo el mundo está ya en la cama.

—Espere a ver al Lincoln —le respondió Maury cuando salimos del coche.

Se habían detenido delante del escaparate de la sala de exposición y estaban leyendo el cartel referido al Lincoln.

—¡Vaya tela! —exclamó Barrows. Pegó la cara al cristal y miró el interior—. Aunque no lo veo por ningún lado. ¿Qué está haciendo? ¿Duerme de noche? ¿O lo asesinan todas las tardes, más o menos a las cinco, cuando la calle está llena de transeúntes?

—El Lincoln probablemente estará en el taller —respondió Maury—. Vamos a bajar.

Abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarnos pasar.

No tardamos en llegar a la entrada del taller, que estaba a oscuras. Nos quedamos esperando mientras Maury buscaba el interruptor de la luz. Al fin lo encontró.

Y allí, con expresión pensativa, estaba el Lincoln. Había permanecido sentado en silencio en la oscuridad.

—Señor presidente —dijo Barrows de inmediato.

Vi cómo le daba un suave codazo a Colleen Nild. Blunk sonrió entusiasmado, con la calidez impaciente y animada de un gato hambriento pero confiado. Era evidente que todo aquello lo divertía muchísimo. La señorita Nild estiró el cuello y soltó una leve exclamación. Estaba claro que se sentía impresionada. Barrows, por supuesto, había entrado en el taller sin dudar, a sabiendas de lo que tenía que hacer exactamente. No le ofreció la mano al Lincoln, sino que se detuvo a unos pocos pasos de él para mostrarle así su respeto.

El Lincoln giró la cabeza hacia él y lo miró con expresión melancólica. Jamás había visto semejante desesperación en un rostro, y retrocedí un paso. Maury hizo lo mismo. Pris no mostró reacción alguna, y simplemente se quedó de pie en el umbral de la puerta. El Lincoln se puso en pie, titubeó, y después, la expresión de dolor de su rostro se desvaneció poco a poco.

—¿Sí, señor? —le respondió con voz débil y aguda, que desentonaba totalmente con su alta figura.

Observó a Barrows con educación e interés. Los ojos le brillaban un poco.

—Me llamo Sam Barrows. Es un gran honor conocerlo, señor presidente —se presentó el multimillonario.

—Gracias, señor Barrows —contestó el Lincoln—. ¿Querrían usted y sus amigos entrar y ponerse cómodos?

Dave Blunk me miró con los ojos abiertos de par en par, con una expresión silenciosa de sorpresa y admiración. Me dio unas palmadas en la espalda.

—Vaaaaaaya —dijo en voz baja.

—¿Me recuerda, señor presidente? —le dije al simulacro.

—Sí, señor Rosen.

—¿Y a mí? —añadió Pris con sequedad.

El simulacro hizo una leve y formal reverencia.

—Señorita Frauentzimmer. Y usted es el señor Rock, la persona sobre la que se cimenta esta empresa, ¿verdad? —El simulacro sonrió—. El propietario o copropietario, si no estoy equivocado.

—¿Qué ha estado haciendo? —le preguntó Maury.

—Estaba discutiendo sobre un comentario que hizo Lyman Trumbull. Como sabe, el juez Douglas se reunió con Buchanan y hablaron de la Constitución Lecompton y de Kansas. El juez Douglas más tarde se enfrentó a Buchanan, a pesar de la amenaza, al tratarse de una medida administrativa. Yo no apoyé al juez Douglas, como hicieron unas cuantas personas muy queridas por mí en mi propio partido, los republicanos y su causa. Pero en Bloomington, donde me encontraba a finales de 1857, no vi a ningún republicano mostrar cercanía a Douglas, como se leía en el *Tribune* de Nueva York. Le pedí a Lyman Trumbull que me escribiera a Springfield para contarme si...

Barrows interrumpió al simulacro Lincoln en mitad de la frase.

—Señor, le ruego me disculpe. Todavía tenemos que resolver ciertos asuntos y luego este caballero, el señor Blunk, la señorita Nild y yo debemos volar de vuelta a Seattle.

El Lincoln hizo una reverencia.

—Señorita Nild. —Extendió la mano hacia ella y, con una risa nerviosa, Colleen Nild se le acercó para estrecharla—. Señor Blunk. —Hizo lo propio con seriedad con el abogado bajito y regordete—. No será usted pariente de Nathan Blunk de Cleveland, ¿verdad?

—No, no lo soy —respondió Blunk mientras le estrechaba con fuerza la mano al simulacro—. Usted fue abogado, ¿verdad, señor Lincoln?

—Así es, señor —replicó el Lincoln.

—Mi profesión.

—Ya veo —dijo el Lincoln con una sonrisa—. Posee usted la capacidad divina de mediar sobre cosas triviales.

Blunk se echó a reír con unas fuertes carcajadas.

Barrows se acercó al lado de Blunk y le habló al simulacro:

—Hemos venido desde Seattle para tratar con el señor Rosen y el señor Rock sobre una transacción financiera que implicaría un apoyo económico a SAMA ASOCIADOS por parte de Empresas Barrows. Antes de cerrarlo queríamos conocerlo y charlar con usted. Hace poco, conocimos al Stanton, ya que vino a visitarnos en autobús. Lo que haríamos, sería adquirirlos a usted y al Stanton como activos económicos de SAMA ASOCIADOS, además de las patentes básicas. Como antiguo abogado, probablemente esté familiarizado con transacciones de esta clase. Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas: ¿Qué opinión tiene respecto al mundo moderno? ¿Sabe lo que es una vitamina, por ejemplo? ¿Sabe en qué año estamos?

Estudió con atención el simulacro.

El Lincoln no respondió de inmediato, y mientras estaba pensando, Maury le indicó con un gesto a Barrows que se apartara con él a un lado. Me uní a ellos.

—Eso ha sido pasarse —dijo Maury—. Sabe perfectamente que no se lo construyó para enfrentarse a temas como éstos.

—Cierto —admitió Barrows—. Pero siento curiosidad.

—Pues no la sienta. No le haría gracia que por su culpa algunos de sus circuitos primarios se quemaran.

—¿Tan delicado es?

—No, pero lo está provocando demasiado.

—No, no lo creo. Su vitalidad es tan convincente que quiero saber lo consciente que es de su nueva existencia.

—Déjelo en paz. —Insistió Maury.

Barrows hizo un gesto brusco.

—Por supuesto. —Llamó con un gesto de la mano a Colleen Nild y a su abogado—. Vamos a acabar con este asunto y volvamos a Seattle. Dave, ¿te das por satisfecho con lo que has visto?

—No —respondió Blunk mientras se reunía con nosotros. Colleen se quedó junto a Pris y el simulacro. Le estaban preguntando algo sobre los debates con Stephen Douglas—. Lo cierto es que me parece que no funciona tan bien como el Stanton.

—¿A qué se refiere? —quiso saber Maury.

—Es que... titubea mucho.

—Lo acabamos de crear —le dije.

—No, no se trata de eso —replicó Maury—. Es porque tiene una personalidad distinta. Stanton es más inflexible, más dogmático. —Se volvió

hacia mí—. Conozco muy a fondo la vida de esos dos. Lincoln era así. Yo hice las cintas. Tenía períodos en los que estaba taciturno, y así es como se sentía cuando hemos entrado. En otras ocasiones, es más alegre. —Se dirigió a Blunk—. Ése es su carácter. Si se queda aquí durante cierto tiempo, lo verá con otros estados de ánimo. Tiene una personalidad cambiante. No es como el Stanton, no es un individuo seguro de sí mismo. A lo que voy es a que no es así por un fallo electrónico: se supone que debe comportarse así.

—Entiendo —respondió Blunk, aunque no sonó muy convencido.

—Sé lo que quieres decir —añadió Barrows—. Parece tosco.

—Exacto —le confirmó Blunk—. No tengo muy claro que lo hayan perfeccionado. Puede que todavía queden un montón de errores que revisar.

—Y esa justificación de no preguntarle sobre asuntos contemporáneos... ¿Te has dado cuenta?

—Claro que sí —volvió a confirmarle Blunk.

—Sam —le dije a Barrows interviniendo de golpe en su conversación—, no se está dando cuenta en absoluto de la cuestión. Quizá sea porque acaba de llegar en avión desde Seattle y luego ha tenido que hacer todo ese viaje desde Boise. Sinceramente, creí que había comprendido el principio subyacente a los simulacros, pero dejaremos el tema en aras de la cordialidad, ¿vale? —dije, y le sonreí.

Barrows se me quedó mirando sin contestar. Blunk hizo lo mismo. Maury estaba sentado en un rincón, sobre una banqueta, y el puro dejaba escapar nubes de un humo azul y solitario.

—Comprendo su decepción con el Lincoln —añadí—. Los entiendo. Para ser sinceros, al Stanton lo instruimos.

—Ah —exclamó Blunk, y los ojos le brillaron.

—No fue cosa mía. Mi socio estaba nervioso y quiso tenerlo todo preparado. —Señalé con un gesto de la cabeza hacia Maury—. Se equivocó al hacerlo, pero en cierto modo, ese asunto ya ha quedado atrás. Con lo que queremos negociar es con el simulacro Lincoln, porque es la base del auténtico descubrimiento de SAMA ASOCIADOS. Volvamos e interróguelo de nuevo.

Los tres nos acercamos hasta donde se encontraban la señorita Nild y Pris, que estaban escuchando lo que les contaba el simulacro encorvado y barbudo.

—... me citó en ese sentido textualmente que los negros estaban incluidos en ese apartado de la Declaración de la Independencia que proclama que todos los hombres fueron creados iguales. Eso fue en Chicago, donde el juez Douglas dice que cité eso, y luego añade que en Charleston aseguré que los

negros pertenecían a una raza inferior. Y también afirma que mantuve que no se trataba de un tema de moral, sino de una cuestión de grado, y que en Galesburg me eché atrás y dije que era una cuestión moral una vez más. —El simulacro nos sonrió con aquella sonrisa amable y compungida—. En ese momento, alguien que estaba en el público exclamó: «¡Tiene razón!». Me alegré de que alguien pensara que yo tenía razón, porque me parecía que el juez Douglas me tenía atrapado.

Pris y la señorita Nild se rieron con admiración. Los demás nos mantuvimos en silencio.

—Probablemente los mejores aplausos que consiguió el juez Douglas fueron cuando dijo que todo el Partido Republicano de la parte norte del estado defendía la doctrina de que no existían más estados esclavistas, y que esa misma doctrina la repudiaban los republicanos de la otra parte del estado... Y el juez se preguntaba si el señor Lincoln y su partido no representaban el caso que el señor Lincoln había citado de las Escrituras, aquél de que una casa dividida, cae sobre sí misma. —La voz del simulacro había adquirido un cierto tono divertido—. Y el juez se preguntó si mis principios eran los mismos que los del Partido Republicano. Por supuesto, no tuve la oportunidad de responderle hasta octubre, en Quincy. Pero allí le dije que podía discutir que un pájaro carpintero es lo mismo que un carpintero un poco pájaro. Era bien cierto que yo no tenía intención de promover una equidad política y social entre las razas blanca y negra. Existe una diferencia física entre las dos que, según mi opinión, probablemente impedirá para siempre que vivan juntas en perfecta igualdad. Pero sostengo que los negros tienen tanto derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad como los blancos. Un negro no es mi igual en muchos sentidos, ciertamente no en el color, quizá tampoco en los aspectos morales e intelectuales, pero en su derecho a comer el pan que él se gane con sus propias manos, sin tener que pedirle permiso a nadie, es mi igual y el igual del juez Douglas y de cualquier otro hombre. —El simulacro se quedó callado un momento—. Recibí un montón de vítores en ese momento.

—Hay una cinta de buen tamaño funcionando en el interior de esa cosa, ¿verdad? —me preguntó Sam Barrows.

—Es libre de decir lo que quiera —le repliqué.

—¿Cualquier cosa? ¿Quiere decir que es capaz de dar un discurso? —Era obvio que Barrows no me creía—. No veo que sea otra cosa que el clásico hombre mecánico provisto de un montón de datos históricos. Se hizo una

demostración igual en la Exposición Universal de San Francisco, en 1939, con Pedro el Vodor.

Al simulacro Lincoln no se le había pasado por alto aquella discusión que estaba manteniendo con Barrows. De hecho, tanto el simulacro como Pris y la señorita Nild nos estaban observando.

El Lincoln se dirigió al señor Barrows.

—¿Lo he oído bien, hace un momento, cuando ha expresado la idea de que iba a «adquirirme» como una especie de recurso activo? ¿Lo recuerdo correctamente? Si es así, me pregunto cómo puede adquirirme a mí o a cualquier otro, cuando la señorita Frauenzimmer me ha dicho que hoy en día existe una mayor imparcialidad entre las razas, más que nunca en el pasado. Estoy un poco confuso en ciertos aspectos de este asunto, pero creo que en la actualidad ya no se «adquiere» a ningún ser humano, ni siquiera en Rusia, donde es algo notorio.

—Eso no incluye a las personas mecánicas —le contestó Barrows.

—¿Se refiere usted a mí? —preguntó el simulacro.

—Vale, sí, me refiero a usted —contestó Barrows riéndose.

El abogado Dave Blunk, que estaba junto a Barrows, se acariciaba la mandíbula con gesto pensativo mientras paseaba la mirada de Barrows al simulacro y viceversa.

—Señor, ¿podría decirme usted qué es una persona? —lo interrogó el simulacro.

—Sí, podría —afirmó Barrows, e intercambió una mirada con Blunk. Era obvio que el abogado estaba disfrutando con aquello—. Una persona es un rábano hendido —añadió—. ¿Le es familiar esa definición, señor Lincoln?

—Sí que lo es, señor —respondió el simulacro—. Shakespeare hizo que su Falstaff pronunciara esas palabras, ¿no es así?

—Así es. Y yo añadiría que una persona se puede definir como un animal que lleva un pañuelo en el bolsillo. ¿Qué le parece? El señor Shakespeare no dijo eso.

—No, señor, no lo hizo —respondió el simulacro mostrándose de acuerdo. Se echó a reír de buena gana—. Aprecio su sentido del humor, señor Barrows. ¿Me permite utilizar ese comentario para algún discurso?

Barrows hizo un gesto de asentimiento.

—Gracias. Ha definido a las personas como animales con pañuelos en los bolsillos. Pero ¿qué es un animal? —preguntó el simulacro.

—Puedo decirle que usted no lo es —respondió Barrows con las manos en los bolsillos del pantalón. Parecía tener una autoconfianza plena—. Un animal

tiene una herencia biológica y una configuración de la que usted carece. Usted dispone de válvulas, cables y conectores. Es una máquina. Como una... —Se calló y pensó un momento— Como una de las primeras hiladoras mecánicas. Como un motor de vapor. —Le guiñó un ojo a Blunk—. ¿Acaso un motor de vapor puede considerarse a sí mismo con derecho a acogerse al apartado de la Constitución que usted ha mencionado? ¿Tiene derecho a comer el pan que produce, como una persona blanca?

—¿Puede hablar una máquina? —quiso saber el simulacro.

—Por supuesto: radios, fonógrafos, grabadoras, teléfonos... todas parlotean como locas.

El simulacro se quedó pensativo durante unos momentos. No sabía lo que eran esas cosas, pero podía adivinarlo; había dispuesto de tiempo suficiente para pensar bastante. Todos nos dimos cuenta de ello.

—Entonces, señor, ¿qué es una máquina? —le preguntó a Barrows al cabo de un momento.

—Usted lo es. Estos individuos lo construyeron. Les pertenece.

La cara larga y arrugada de barba negra del simulacro mostró un cansado gesto de diversión al mirar a Barrows.

—Entonces, señor, usted es una máquina, ya que también tiene un Creador. Igual que «estos individuos». Él lo hizo a Su imagen y semejanza. Creo que Spinoza, el gran erudito hebreo, defendió esa opinión en lo referente a los animales; que eran máquinas inteligentes. El detalle crucial, creo, es el alma. Una máquina puede hacer cualquier cosa que haga un ser humano... seguro que estará usted de acuerdo en eso, pero carece de alma.

—No existe el alma —replicó Barrows—. Eso son bobadas.

—En ese caso, una máquina es lo mismo que un animal —siguió explicando el simulacro con un tono de voz seco y paciente—. Y un animal es lo mismo que un ser humano. ¿No es así?

—Un animal está hecho de carne y hueso, y una máquina está hecha de cables y tubos, como usted. ¿Qué sentido tiene hablar de todo esto? Usted sabe muy bien que es una máquina. Cuando entramos aquí, se encontraba sentado en la oscuridad pensando en ello. ¿Y qué? Sé que es usted una máquina, y no me importa. Lo único que me importa es si funciona bien o no. Por lo que a mí respecta, no funciona lo suficientemente bien como para que me interese. Tal vez más adelante, cuando muestre menos errores. Lo único que sabe hacer es hablar sobre el juez Douglas y un montón de bobadas políticas y sociales que le importan un bledo a la gente.

Su abogado, Dave Blunk, se volvió para mirarlo con expresión pensativa. Todavía se estaba acariciando el mentón.

—Creo que deberíamos volver ya a Seattle —le dijo Barrows. Se dirigió a nosotros—. Esto es lo que he decidido: vamos a participar, pero si contamos con una participación mayoritaria que nos permita dirigir la política aplicable. Por ejemplo, esa idea sobre la guerra de Secesión es absurda tal y como está planteada.

—¿Q... qué? —tartamudeé, pillado totalmente por sorpresa.

—El plan sobre la guerra de Secesión sólo podría proporcionar beneficios de una forma. Nunca se les ocurriría el modo, ni en un millón de años. Sería volver a librar la guerra de Secesión con robots, sí, pero los beneficios saldrían de que se organizara de manera que se pudiera apostar sobre el resultado.

—¿Qué resultado?

—Pues el de ver cuál de los dos bandos vence —me explicó Barrows—. Los azules o los grises.

—Como en los campeonatos mundiales —dijo Dave Blunk, frunciendo el ceño pensativo.

—Exactamente —confirmó Barrows asintiendo.

—El Sur no tenía manera de ganar —contestó Maury—. No tenía industria.

—Entonces hay que preparar un sistema que equilibre la situación —dijo Barrows.

Maury y yo nos quedamos sin saber qué decir.

—No lo dice en serio —conseguí contestar por fin.

—Lo digo muy en serio.

—¿Una épica nacional convertida en una carrera de caballos? ¿De perros? ¿Una especie de lotería?

Barrows se encogió de hombros.

—Les he proporcionado una idea que vale un millón de dólares. Pueden desdeñarla; tienen derecho a ello. Lo que les puedo asegurar es que no existe otro modo de conseguir beneficios si utilizan a sus muñecos para la idea esa de la guerra de Secesión. Yo los utilizaría para algo completamente distinto. Sé dónde trabajaba Robert Bundy, su ingeniero. Sé muy bien que con anterioridad estuvo empleado en la Agencia Federal Espacial diseñando circuitos para sus simulacros. Después de todo, para mí es tremendamente importante saber todo lo que se pueda saber sobre la tecnología empleada en

la investigación espacial. Sé de muy buena tinta que su Stanton y su Lincoln son leves modificaciones de los sistemas del gobierno.

—Modificaciones importantes —lo corrigió Maury con voz ronca—. Los simulacros del gobierno no son más que máquinas móviles que van de aquí para allá sobre superficies sin atmósfera donde los seres humanos no pueden sobrevivir.

—Le contaré lo que se me ha ocurrido. ¿Pueden producir simulacros que tengan personalidad amistosa? —les dijo Barrows.

—¿Qué? —le preguntamos Maury y yo a la vez.

—Podría utilizar unos cuantos simulacros diseñados para parecerse a la típica familia de la casa de al lado. Una familia amistosa y servicial que fuesen buenos vecinos. La típica gente que te gustaría que se mudase a tu barrio, gente como la que uno recuerda de su infancia en Omaha, Nebraska.

—Quiere decir que los va a vender a montones —aclaró Maury tras un breve silencio.

—No, a vender no —repuso Barrows—. A regalar. La colonización tiene que empezar; ya se ha retrasado demasiado tiempo. La Luna está vacía, sin poblar. La gente va a estar muy sola allí. Nos hemos dado cuenta de que es difícil conseguir que alguien sea el primero en ir. Compran la tierra, pero no se establecen allí. Queremos que surjan ciudades. Para que eso sea posible, debemos ofrecer alicientes.

—¿Sabrán los pobladores realmente humanos que sus vecinos no son más que simulacros? —pregunté.

—Por supuesto —respondió Barrows con soltura.

—¿No intentará engañarlos?

—No, por Dios —terció Dave Blunk—. Eso sería un fraude.

Miré a Maury, y él me miró a mí.

—Se les podrían dar nombres —le dije a Barrows—. Buenos nombres hogareños y norteamericanos. La familia Edwards: Bill y Mary Edwards, y su hijo Tim, que tiene siete años. Van a ir a la Luna; no tienen miedo del frío, de la falta de atmósfera ni de los páramos vacíos y desolados.

Barrows me miró con fijeza.

—Y cuanta más gente se vaya estableciendo, antes se podrían comenzar a retirar los simulacros discretamente —añadí yo—. La familia Edwards y la familia Jones y todas las demás... Venderán sus casas y se mudarán, hasta que al final sus barrios, todas esas casas adosadas, estén habitados por gente de verdad. Y nadie lo sabría nunca.

—Yo no contaría con que esa idea funcionara —comentó Maury—. Algún colono de verdad podría intentar acostarse con la señora Edwards y entonces se daría cuenta. Ya sabemos cómo es la vida en las casas adosadas.

Dave Blunk saltó con unas risotadas estruendosas.

—¡Muy bueno!

—Yo creo que funcionaría —respondió Barrows con tranquilidad.

—No le queda más remedio —apuntó Maury—, con todas esas parcelas que tiene ahí arriba. Así que la gente se resiste a emigrar... Creí que había un clamor constante por hacerlo, y que lo único que se lo impedía eran esas leyes tan estrictas.

—Las leyes son estrictas —confirmó Barrows—. Pero seamos realistas. Ahí arriba hay un ambiente que en cuanto lo ves... Bueno, digámoslo de otro modo: diez minutos allí son suficientes para la mayoría de la gente. Ya he estado allí una vez, y no volveré.

—Gracias por ser tan sincero con nosotros, señor Barrows —le dije.

—Sé que los simulacros del gobierno han funcionado como debían en la superficie de la Luna. Sé qué es lo que tienen ustedes: una buena modificación de esos simulacros. Sé cómo han conseguido esa modificación, y la quiero, y modificada de nuevo, esta vez según mi propio criterio. Cualquier otro acuerdo está completamente descartado. Excepto para la exploración planetaria, sus simulacros no tienen ningún verdadero valor de mercado. Esa idea de la guerra de Secesión es un sueño imposible. No haré negocios con ustedes bajo ningún concepto, salvo para lo que he propuesto. Y lo quiero por escrito.

Se volvió hacia Blunk, y éste asintió con gesto seco.

Miré boquiabierto a Barrows, sin saber si debía creerlo o no. ¿Lo decía en serio? ¿Unos simulacros que se hicieran pasar por seres humanos, viviendo en la Luna para crear una ilusión de prosperidad? Simulacros de hombres, mujeres y niños viviendo en casas, tomando cenas falsas, yendo a cuartos de baño falsos... Era horrible. Era una forma de sacar a aquel individuo de los problemas en los que se había metido. ¿De verdad queríamos que nuestro futuro dependiera de algo así?

Maury estaba sentado y fumaba con gesto triste su puro. Sin duda, estaba pensando más o menos lo mismo que yo.

Sin embargo, entendía la situación en la que se encontraba Barrows. Tenía que convencer a la gente de que emigrar a la Luna era algo deseable. Su fortuna dependía de ello. Y tal vez el fin justificara los medios. La raza humana tenía que superar sus miedos, sus aversiones, y habitar en un entorno

alienígena por primera vez en su historia. Esa idea podría ayudar a persuadir a la gente. Había consuelo en la solidaridad. Construirían cúpulas con aire y calefacción para proteger las hileras de viviendas adosadas... La vida no sería físicamente mala, tan sólo la realidad psicológica era lo terrible, el aura del entorno lunar. Nada vivo, nada que creciera... Todo inmutable para siempre. Una casa iluminada al lado, con una familia sentada a la mesa tomando desayuno, charlando y pasándolo bien. Barrows podría proporcionar esa familia, lo que también proporcionaba aire, calor, casas y agua.

Tuve que reconocérselo. Desde mi punto de vista, estaba bien, salvo por un pequeño detalle. Obviamente, habría que esforzarse todo lo posible para guardar el secreto. Pero si todos esos esfuerzos fallaban, si la noticia se hacía pública, Barrows acabaría probablemente arruinado, incluso quizá procesado y lo enviarían a la cárcel. Y nosotros iríamos con él.

¿Cuánta parte del imperio de Barrows se habría fraguado de esa manera? Mediante apariencias para cubrir la falsedad...

Conseguí derivar el tema de conversación al problema que supondría volver a Seattle aquella misma noche. Logré convencer a Barrows de que llamara a un hotel cercano y reservara allí habitaciones. Él y su grupo se quedarían hasta la mañana siguiente y luego regresarían a Seattle.

Esa distracción me dio la oportunidad de hacer una llamada por mi cuenta. Telefoneé a mi padre a Boise cuando nadie podía oírme.

—Nos está arrastrando a algo que nos viene demasiado grande —le conté—. No sabemos qué hacer. No podemos manejar a este tipo.

Por supuesto, mi padre ya se había ido a la cama. Sonaba medio dormido.

—Ese tal Barrows, ¿está ahí ahora mismo?

—Sí. Y tiene una mente brillante. Incluso discutió con el Lincoln y cree que ganó. A lo mejor ganó de verdad; citó a Spinoza, algo sobre que los animales eran máquinas inteligentes en vez de vivas. No Barrows... Lincoln. ¿De verdad Spinoza dijo eso?

—Lamentablemente he de confesar que así es.

—¿Cuándo puedes pasarte por aquí?

—Esta noche no —respondió.

—Mañana, entonces. Se van a quedar a dormir. Ahora nos despediremos y reanudaremos los negocios mañana. Necesitamos tu amable humanismo, así que asegúrate de venir.

Colgué y volví con el grupo. Los cinco (seis, si contábamos al simulacro) estaban juntos y charlando en el despacho principal.

—Vamos a salir a tomar algo antes de irnos a la cama —me informó Barrows—. Usted viene con nosotros, por supuesto. —Señaló con un gesto de la barbilla al simulacro—. Me gustaría que él también viniera.

Bufé en mi fuero interno, pero me mostré de acuerdo en voz alta.

No tardamos en estar sentados en un bar y el camarero comenzó a prepararnos las bebidas.

El Lincoln se había mantenido callado mientras pedíamos, pero Barrows había pedido un Tom Collins para él. Cuando lo trajeron, le tendió el vaso.

—Salud —le dijo Dave Blunk al simulacro alzando su vaso de whisky.

—Aunque no soy una persona abstemia, rara vez bebo —dijo el simulacro con su voz fría y extraña.

Examinó la copa con gesto de duda, y luego le dio un sorbo.

—Habrían estado en mejor posición si hubieran estructurado un poco más la lógica de su situación —dijo Barrows—. Pero ya es demasiado tarde para eso. Les digo ahora mismo que, valga lo que valga este muñeco de tamaño natural como idea vendible, el plan de utilizarlo en la exploración espacial vale lo mismo... quizá incluso más. Así que los dos elementos se anulan mutuamente. ¿No están de acuerdo?

Miró a su alrededor con expresión interrogativa.

—La idea de la exploración espacial fue del gobierno federal —le respondí.

—Bueno, pues mi modificación de esa idea, entonces —dijo Barrows—. Lo que quiero decir es que es un trato justo.

—No sé a lo que se refiere, señor Barrows —dijo Pris—. ¿Qué es un trato justo?

—Su idea, la de que los simulacros se parecen tanto a un ser humano que no se los puede diferenciar, y la nuestra, la de llevarlos a la Luna a una casa moderna, pero al estilo de un rancho californiano, con dos dormitorios, y llamarlos la familia Edwards.

—¡Esa idea la tuvo Louis! —exclamó Maury con desesperación, y se volvió bruscamente para mirarme—. ¡Lo de la familia Edwards! ¿No es verdad, Louis?

—Sí —le confirmé.

Al menos, creí que lo era. «Tenemos que salir de aquí —me dije—. Nos están empujando más y más contra la pared».

El Lincoln le dio un sorbo a su Tom Collins sin decir nada.

—¿Qué le parece la bebida? —quiso saber Barrows.

—Tiene buen sabor. Pero embota los sentidos —contestó el simulacro, aunque siguió dándole sorbos.

Eso era justo lo que nos hacía falta, pensé: ¡sentidos embotados!

# 10

En aquel momento conseguimos ponerle fin a la noche.

—Encantado de haberlo conocido, señor Barrows —le dije, y le tendí la mano.

—Igualmente.

Me estrechó la mano, después a Maury y finalmente a Pris. El Lincoln estaba un poco apartado, con su triste mirada habitual... Barrows no le tendió la mano ni se despidió de él.

Poco después, los cuatro regresamos por la oscura acera a SAMA ASOCIADOS, inspirando hondo el frío y puro aire de la noche. Olía bien y nos despejó la mente.

En cuanto llegamos a la oficina, sin la gente de Barrows alrededor, sacamos la botella de Old Crow. Cogimos unos vasos de plástico y nos servimos el bourbon con agua.

—Tenemos un problema gordo —dijo Maury.

Los demás asentimos.

—¿Usted qué dice? —le preguntó Maury al simulacro—. ¿Qué opina de él?

El Lincoln contestó:

—Es como un cangrejo, que avanza hacia delante arrastrándose de lado.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Pris.

—Sé lo que quiere decir —dijo Maury—. Ese tipo nos ha presionado tanto que no sabemos lo que estamos haciendo. Somos como niñas. ¡Niñas! Y tú y yo... —Me señaló a mí—. Nos hacemos llamar vendedores, pero vaya, nos han dado por todos lados. Si no hubiésemos pospuesto el resto de la reunión hasta mañana, a estas alturas ya se habría quedado con todo el negocio, de cabo a rabo.

—Mi padre... —comencé a decir.

—¡Tu padre! —exclamó Maury con rencor—. Él es mucho más estúpido que nosotros. Ojalá nunca nos hubiésemos mezclado con el Barrows de las narices. Ahora jamás conseguiremos librarnos de él, al menos, hasta que no consiga lo que quiere.

—No tenemos que hacer negocios con él —apuntó Pris.

—Le podemos decir que se vuelva a Seattle —añadí.

—¿Estás de broma? No podemos decirle nada. Estará aquí mañana llamando a la puerta al amanecer, lleno de energía, como dijo, para agotarnos y acosarnos y...

Maury se me quedó mirando con la mirada un poco perdida y la boca algo abierta.

—No dejes que te saque de quicio —le aconsejó Pris.

—Creo que Barrows está en una situación desesperada —afirmé—. Su gigantesca apuesta económica, esa colonización de la Luna, está fracasando, ¿no os parece? No estamos ante un hombre poderoso y de éxito. Es un individuo que arriesgó todo lo que tenía para comprar propiedades en la Luna y luego subdividirlas en parcelas con casas y construir cúpulas que mantengan el aire y el calor, y montar convertidores que transformen el hielo en agua, y ahora no consigue que la gente vaya allí. Me da lástima.

Todos me miraron fijamente.

—Barrows ha recurrido a este fraude como su última baza —continué—. Esta mentira de crear pueblos de simulacros que se hagan pasar por colonos humanos es un plan fruto de la desesperación. Al principio, cuando he empezado a oírlo hablar de ello, he pensado que seguramente fuese otra de esas visiones audaces que tienen personas como Barrows, y que los demás nunca tenemos porque somos simples mortales. Pero ahora no estoy nada seguro. Creo que está corriendo, presa del miedo, de tanto miedo que ha perdido el juicio. Esa idea no es lógica. No puede engañar a nadie. El gobierno federal lo va a saber de inmediato.

—¿Cómo? —preguntó Maury.

—El Departamento de Salud examina a todas las personas que tienen intención de emigrar. Es la obligación del gobierno. ¿Cómo va a sacarlos Barrows de la Tierra?

—A ver, no es asunto nuestro lo sensato o factible que sea su plan. No estamos en posición de juzgarlo. Sólo el tiempo lo dirá, y si no hacemos negocios con él, ni siquiera el tiempo tendrá que ocuparse de eso —declaró Maury.

—Estoy de acuerdo —dijo Pris—. Deberíamos limitarnos a decidir qué sacamos nosotros de todo esto.

—No sacaremos nada si lo atrapan y va a la cárcel —respondí—. Que es a donde irá, y donde merece estar. Yo digo que nos apartemos y no hagamos ninguna clase de negocios con ese tipo. Es un plan temerario, arriesgado, deshonesto y totalmente estúpido. Nuestras propias ideas ya son lo bastante locas.

—¿Podría estar aquí el señor Stanton? —intervino el Lincoln de repente.

—¿Qué? —dijo Maury.

—Creo que sería una gran ventaja si el señor Stanton estuviera aquí y no en Seattle, donde dicen que se encuentra.

Nos miramos los unos a los otros.

—Tiene razón —lo apoyó Pris—. Deberíamos traer al señor Stanton. Nos sería de mucha ayuda; es muy inflexible.

—Necesitamos mano dura —asentí—. Firmeza. Nos estamos ablandando demasiado.

—Está bien, lo traeremos —aceptó Maury—. Esta misma noche. Podemos fletar un avión privado, volar al aeródromo de Sea-Tac, a las afueras de Seattle, conducir por la ciudad hasta que lo encontremos y regresar. Lo tendríamos aquí para mañana por la mañana, cuando nos tengamos que ver las caras con Barrows.

—Pero estaríamos exhaustos, y eso en el mejor de los casos —señalé—. Y podríamos tardar días en encontrarlo. Puede que ni siquiera esté ya en Seattle; a lo mejor se ha largado a Alaska, o a Japón, o está en una de las parcelas de Barrows en la Luna.

Le dimos un sorbo al bourbon en nuestros vasos de plástico, todos menos el Lincoln, que lo había dejado a un lado.

—¿Alguna vez habéis probado la sopa de cola de canguro? —dijo Maury de repente. Todos lo miramos, incluido el simulacro—. Tengo una lata por aquí. Podemos calentarla en el hornillo; está espectacular. Voy a prepararla.

—Yo paso —dije.

—No, gracias —respondió Pris.

El simulacro esbozó una leve sonrisa.

—Os voy a contar cómo la conseguí —siguió diciendo Maury—. Estaba en el supermercado, en Boise, esperando en la caja. El cajero le decía a un tipo: «No, ya no vamos a traer más sopa de cola de canguro». De repente, desde el otro lado del expositor de cajas de cereales o algo así, una voz hueca dijo: «¿Que no vais a traer más sopa de cola de canguro? ¿Nunca?». Y aquel

tipo salió corriendo con su carrito para comprar las últimas latas que quedaban. Así que cogí un par de ellas. Probadla, os sentará bien.

—¿Os dais cuenta de cómo Barrows ha conseguido rebajar nuestras expectativas? Primero llama autómatas a los simulacros, luego artilugios, y al final acaba llamándolos muñecos.

—Es una táctica —dijo Pris—. Una táctica de ventas. Nos está segando la hierba bajo los pies.

—Las palabras son armas —sentenció el simulacro.

—¿No puede decirle usted nada? —le pregunté al Lincoln—. Lo único que ha hecho ha sido discutir con él.

El simulacro negó con un gesto de la cabeza.

—Por supuesto que no puede hacer nada —terció Pris—. Porque sus argumentos son justos, tal y como le enseñamos. Ésa es la forma en la que discutían a mediados del siglo pasado. Barrows no discute honestamente, y no hay forma de atraparlo. ¿Verdad, señor Lincoln?

El simulacro no respondió, pero su sonrisa pareció, al menos para mí, volverse aún más triste, y su rostro más largo, con una expresión de mayor preocupación.

—Ahora las cosas están peor que antes —añadió Maury.

«Aun así», pensé, «tenemos que hacer algo».

—Por lo que sabemos, al Stanton podría hasta tenerlo bajo llave. A lo mejor lo ha desmontado por completo en alguna parte y sus ingenieros están construyendo uno propio ligeramente rediseñado para no infringir nuestras patentes. —Me dirigí a Maury—. Tenemos una patente, ¿verdad?

—Están pendientes de confirmación —respondió él—. Ya sabes cómo funciona esto. —No parecía muy animado—. No dudo que pueda robar lo que tenemos, ahora que ha visto nuestra idea. Es el tipo de cosa que, si sabes que se puede hacer, la haces tú mismo, si dispones del tiempo suficiente.

—Ah, muy bien, como el motor de combustión interna. De todos modos, llevamos ventaja: podemos empezar a producirlos en la fábrica Rosen lo antes posible. Pongamos los nuestros en el mercado antes de que lo haga Barrows.

Me miraron con los ojos abiertos de par en par.

—Creo que tienes razón —admitió Maury mientras se mordisqueaba el pulgar—. ¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Crees que tu padre podría poner la línea de montaje a funcionar de inmediato? ¿Será lo bastante rápido para hacer los cambios necesarios, así de repente?

—Rápido como una serpiente —dije.

Pris habló en tono burlón.

—No nos engañes. ¿El viejo Jerome? Tardará por lo menos un año en hacer los moldes con los que fabricar las piezas, y el cableado tendrá que hacerlo en Japón. Tendrá que ir a Japón, y querrá viajar en barco, como antes.

—Oh. Ya veo que en eso también pensaste —le dije.

—Claro —dijo Pris con cierto desprecio—. De hecho, lo tuve muy en cuenta.

—En cualquier caso, es nuestra única esperanza —respondí—. Tenemos que conseguir poner en el mercado minorista esas malditas cosas, ya hemos perdido demasiado tiempo.

—De acuerdo —convino Maury—. Vamos a hacer lo siguiente: mañana iremos a Boise y le pediremos al viejo Jerome y a tu curioso hermano Chester que comiencen el trabajo. Que empiecen a hacer los moldes y viajen a Japón. Pero ¿qué le vamos a decir a Barrows?

Nos quedamos estupefactos, de nuevo en silencio.

—Que el Lincoln ha explotado —se me ocurrió—. Que se ha averiado y lo hemos retirado del mercado. Entonces ya no lo querrá y regresará a Seattle.

Maury se acercó a mí y me habló en voz baja.

—Te refieres a desconectarlo. Apagarlo.

Asentí.

—Odio tener que hacerlo —dijo Maury.

Ambos miramos al Lincoln, que nos observaba con ojos melancólicos.

—Insistirá en verlo por sí mismo —señaló Pris—. Dejad que lo vea un par de veces más, si quiere. Que lo sacuda como una máquina de chicles; si está desconectado, no hará nada.

—Está bien —accedió Maury.

—Bien —asentí—. Entonces, ya está decidido.

Apagamos el Lincoln en ese mismo momento. En cuanto acabamos, Maury bajó la escalera, se montó en su coche y se fue a casa, a meterse en la cama, según dijo. Pris se ofreció a llevarme a mi motel en el Chevy, que luego se llevaría a su casa para recogerme al día siguiente. Estaba tan cansado que acepté la oferta.

—Me pregunto si todos los hombres ricos y poderosos son así —comentó mientras conducía por Ontario, con todo cerrado.

—Por supuesto. Todos los que se han ganado su propia fortuna, no los que la heredaron.

—Ha sido terrible —dijo Pris—. Apagar el Lincoln. Verlo... sin vida, como si lo hubiéramos matado de nuevo. ¿No crees?

—Sí.

Más adelante, cuando se paró delante de mi motel, me hizo una pregunta:

—¿Crees que ésa es la única manera de ganar mucho dinero? ¿Ser como él?

Sam K. Barrows la había cambiado, no cabía duda. Se había convertido en una mujer joven y seria.

—No me preguntes a mí. Yo gano setecientos cincuenta al mes, en el mejor de los casos.

—Pero es alguien digno de admirar.

—Sabía que ibas a decir eso más tarde o más temprano. En cuanto has dicho «pero» he sabido lo que venía después.

Pris suspiró.

—Entonces soy un libro abierto para ti.

—No, tú eres el mayor enigma con el que me he topado jamás. Sólo que en este momento me he dicho: «Pris va a soltar: “Pero es alguien digno de admirar”», y lo has hecho.

—Y seguro que también crees que poco a poco voy a volver a sentirme como antes, sin «peros», a admirarlo de nuevo y punto.

Aunque no dije nada, tenía razón.

—¿Te has dado cuenta de que he soportado que apagáramos el Lincoln? —comentó Pris—. Si puedo aguantar algo así, podré aguantar cualquier cosa. Incluso me ha gustado, aunque no lo he demostrado, por supuesto.

—Estás mintiendo para fastidiarme.

—He notado una sensación de poder bastante agradable, de poder supremo. Le dimos la vida y ahora se la hemos arrebatado. ¡Chas! Así de fácil. Aunque, de todos modos, la carga moral no recae sobre nosotros; recae sobre Sam Barrows, y él no habría sentido ni la más leve punzada, le habría encantado. Fíjate en la fuerza que tiene, Louis. Ojalá fuéramos como él. No me arrepiento de haberlo apagado. Lamento estar emocionalmente afectada, me desprecio a mí misma por ser lo que soy. No me extraña que yo esté aquí abajo con todos vosotros y Sam Barrows esté en la cima. La diferencia entre él y nosotros es más que visible, está bastante clara.

Se quedó callada un momento, encendió un cigarrillo y se acomodó en el asiento.

—¿Qué pasa con el sexo? —dijo al cabo.

—El sexo es aún peor, incluso más que apagar un buen simulacro.

—Quiero decir que el sexo te cambia. La experiencia de la relación sexual.

Se me heló la sangre al oírla hablar así.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—Me asustas.

—¿Por qué?

—Hablas como si...

Pris acabó la frase por mí:

—Como si estuviera mirando mi propio cuerpo desde arriba. Y así es. No soy yo. Soy un alma.

—Como ha dicho antes Blunk: demuéstramelo.

—No puedo, Louis, pero es cierto, no soy un cuerpo físico en el tiempo y en el espacio. Platón tenía razón.

—¿Qué pasa con el resto de nosotros?

—Bueno, eso es asunto vuestro. Os percibo como cuerpos, así que tal vez lo seáis; a lo mejor no sois más que eso. ¿No lo sabéis? Si no lo sabéis, yo no puedo decíroslo. —Apagó el cigarrillo—. Mejor me voy a casa, Louis.

—Está bien —dije, y abrí la puerta del coche.

En el motel, todas las habitaciones estaban a oscuras. Ni siquiera el gran letrero de neón estaba encendido. La pareja de mediana edad que dirigía el lugar sin duda se encontraba ya a buen recaudo en la cama.

—Louis, llevo un diafragma en el bolso —me dijo.

—¿De aquel que tienes que meterte? ¿O del que tienes en el pecho para poder respirar?

—No bromees. Esto es muy serio para mí, Louis. El sexo, digo.

—Está bien, entonces dame un poco de diversión sexual.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Nada de nada.

Comencé a cerrar la puerta del coche detrás de mí.

—Voy a decir algo cursi —dijo Pris mientras bajaba la ventanilla del coche de mi lado.

—No, no lo vas a hacer, porque no te voy a escuchar. Odio las frases cursis de gente moralmente seria. Es mejor que te mantengas como un alma remota que se burla de los animales que sufren. Al menos... —Titubeé, pero qué demonios—. Al menos así puedo odiarte y temerte de un modo honesto y sobrio.

—¿Cómo te sentirás después de oír esa frase cursi?

—Pediré cita en el hospital mañana y les diré que me castren o como quiera que lo llamen.

—Quieres decir que soy sexualmente deseable cuando actúo de manera cruel y esquizoide, pero si me pongo sensible, entonces ni tan siquiera eso — dijo con lentitud.

—No digas «ni tan siquiera». Eso es muchísimo.

—Llévame a tu habitación y fóllame.

—Estás hablando de una manera que no termino de pillar, y que en cierto modo deja algo que desear.

—Eres un gallina y punto.

—No.

—Sí.

—No, y no te lo voy a demostrar haciéndolo. No soy ningún gallina, de verdad. En mis tiempos, me he acostado con todo tipo de mujeres. En serio. No hay nada que me asuste en el sexo; soy demasiado viejo. Estás hablando de cosas de niños de instituto, de la primera caja de anticonceptivos.

—Pero aun así no me vas a follar.

—No —admití—. Porque no sólo eres insensible, eres brutal. Y no conmigo solamente, sino contigo misma, con el cuerpo físico que desprecias y afirmas que no se corresponde contigo. ¿No recuerdas la discusión entre Lincoln, el simulacro de Lincoln, quiero decir, Barrows y Blunk? Un animal está cerca de ser una persona, y ambos están hechos de carne y hueso. Eso es lo que intentas no ser.

—No lo intento. No lo soy.

—¿En qué te convierte eso? En una máquina.

—Pero una máquina tiene cables. Yo no tengo cables.

—Entonces ¿qué? —dije—. ¿Qué crees que eres?

—Sé lo que soy: el tipo esquizoide es muy común en este siglo, como la histeria lo fue en el siglo XIX. Es una forma de alienación psíquica profunda, penetrante y sutil. Ojalá no lo fuera, pero lo soy... Tienes suerte, Louis Rosen, estás chapado a la antigua. Haría algún negocio contigo. Siento que mi forma de hablar sobre sexo sea vulgar. Te he asustado. Lo siento mucho.

—Vulgar no. Peor. Es inhumana. Habrías... Sé lo que habrías hecho si te hubieras acostado con alguien, si es que lo has hecho. —Me notaba confundido y cansado—. Lo habrías observado todo el tiempo; mentalmente, espiritualmente, en todos los sentidos. Siempre consciente.

—¿Eso está mal? Creí que era lo que hacía todo el mundo.

—Buenas noches.

Comencé a bajarme del coche.

—Buenas noches, cobarde.

—Anda y que te den —le espeté.

—Oh, Louis —exclamó ella con un escalofrío de angustia.

—Perdóname.

—Qué cosa tan horrible me has dicho —dijo entre sollozos.

—Por el amor de Dios, perdóname. Tienes que perdonarme. Yo soy el enfermo, por decirte eso; es como si algo se hubiera apoderado de mi lengua.

Aún sollozando, asintió en silencio. Arrancó el motor del automóvil y encendió las luces.

—No te vayas. Mira, achácalo a un intento demente e irracional por mi parte de llegar hasta ti, ¿no te das cuenta? Todo lo que has estado diciendo, esa admiración que incluso ahora más que nunca profesas por Sam Barrows me ha vuelto loco. Te tengo mucho cariño, de verdad; me encanta ver cómo te abres un instante a un punto de vista cálido y humano, y luego vuelves...

—Gracias por intentar que me sienta mejor —dijo casi en un susurro.

Me mostró una pequeña sonrisa.

—No dejes que esto te haga sentir peor. —Insistí, agarrado a la puerta del coche, con miedo de que se fuera.

—No lo haré. De hecho, casi ni me ha afectado.

—Vamos adentro. Siéntate un momento, ¿de acuerdo?

—No. No te preocupes. Es sólo la tensión a la que estamos todos sometidos. Sé que te he molestado. La razón por la que uso unas palabras tan vulgares es porque no conozco otras mejores. Nadie me ha enseñado a hablar de cosas que no se pueden explicar.

—Sólo hace falta experiencia. Pero, Pris, prométeme una cosa: prométeme que no te vas a autoconvencer de que no te he hecho daño. Es bueno poder sentir lo que acabas de sentir, es bueno...

—Es bueno que te hagan daño.

—No, no me refiero a eso; quiero decir que es alentador. No estoy intentando arreglar lo que he hecho. Mira, Pris, que ahora hayas sufrido tanto por lo que yo...

—No he sufrido ni de coña.

—Sí que has sufrido. No mientas.

—Vale, Louis, tienes razón, no voy a mentirte —reconoció, y bajó la cabeza.

Abrí la puerta del coche.

—Ven conmigo, Pris.

Apagó el motor y las luces del coche y salió. La agarré del brazo.

—¿Es éste el primer paso de una placentera relación íntima? —me preguntó.

—Te estoy dando a conocer las cosas que no se pueden explicar.

—Sólo quiero poder hablar de ellas, no quiero tener que hacerlas. Por supuesto, estás bromeando; nos sentaremos el uno al lado del otro y luego me iré a casa. Eso es lo mejor para los dos. Es la única posibilidad, en realidad.

Entramos en la pequeña y oscura habitación del motel y encendí la luz, luego la calefacción y por último la televisión.

—¿Eso es para que nadie nos oiga jadear? —Apagó la televisión—. Yo apenas jadeo; no es necesario. —Se quitó el abrigo y lo sostuvo en alto hasta que lo cogí y lo colgué en el armario—. Ahora dime dónde me siento y cómo. ¿En esa silla? —Se sentó en una silla, con la espalda recta, cruzó las manos sobre el regazo y me miró con aire solemne—. ¿Cómo va esto? ¿Qué más debería quitarme? ¿Los zapatos? ¿Toda la ropa? ¿O te gusta hacerlo tú mismo? Si lo haces, la falda no tiene cremallera; se desabrocha con botones, y ten cuidado, no tires demasiado fuerte o el botón de arriba se caerá y tendré que coserlo de nuevo. —Se dio la vuelta para que lo viera—. Ahí están los botones, en el lado.

—Todo esto es muy instructivo, pero en absoluto esclarecedor.

—¿Sabes lo que me gustaría? —El rostro se le iluminó—. Quiero que cojas el coche y vayas a algún sitio y me traigas un poco de carne en conserva *kosher*, cerveza y pan judío, y unos cuantos *halvah* de postre. Esa exquisita carne de cordero cortada en rodajas finas que vale dos con cincuenta el medio kilo.

—Lo haría encantado, pero no hay dónde conseguir nada de eso en cientos de kilómetros.

—¿No los venden en Boise?

—No. —Colgué mi abrigo—. De todos modos, es demasiado tarde para la carne en conserva *kosher*. No me refiero a que sea demasiado tarde porque es de noche. Es demasiado tarde en nuestras vidas. —Me senté frente a ella, acerqué la silla y le agarré las manos. Eran pequeñas, secas y bastante duras. Tenía los brazos nervudos y los dedos fuertes de cortar baldosas—. Huyamos. Cojamos el coche y vayamos hacia el sur y no regresemos jamás, y no volvamos a ver nunca a los simulacros, ni a Sam Barrows, Ontario ni Oregón.

—No —se negó Pris—. Estamos obligados a hacer negocios con Sam; ¿no lo notas a nuestro alrededor? ¿En el aire? Me sorprendes. Pensar en subirte a un coche y marcharte. Esto es algo que no podemos eludir.

—Perdóname.

—Te perdono, pero no te entiendo. A veces pareces un bebé, desconectado del mundo.

—Lo que he hecho ha sido cortar pequeñas porciones de realidad de aquí y de allá y me he familiarizado con ellas, como una oveja que aprende un camino por el campo y nunca se desvía.

—¿Te sientes seguro haciendo eso?

—Casi siempre me siento seguro, pero nunca cuando estoy cerca de ti.

—Yo soy la hierba para ti.

—Es una manera de decirlo.

Soltó una risa repentina.

—Es como si estuviera haciendo el amor con Shakespeare. Louis, puedes decirme que vas a cosechar, navegar, pastar, entre mis encantadoras colinas y valles y, en particular, en mis divinos prados arbolados, ya sabes, donde los fragantes helechos silvestres y la hierba se agitan profusamente. No tengo que explicártelo, ¿verdad? —Los ojos le brillaban—. Ahora, por el amor de Dios, quítame la ropa, o al menos haz el intento.

Comenzó a quitarse los zapatos.

—No —dije.

—¿No pasamos por la etapa de la poesía hace mucho tiempo? ¿No podemos prescindir de más de lo mismo e ir al grano?

Comenzó a desabrocharse la falda, pero le agarré las manos y la detuve.

—Soy demasiado ignorante para continuar. Simplemente no puedo, Pris. Demasiado ignorante, demasiado torpe y demasiado cobarde. Las cosas ya han ido mucho más allá de mi limitada comprensión. Estoy perdido en un reino que no comprendo. —Le agarré las manos con fuerza—. Lo más que puedo pensar en hacer, lo más que puedo hacer en este momento, sería darte un beso. Tal vez en la mejilla, si te parece bien.

—Estás anticuado. Eso es lo que pasa. Eres parte de un mundo moribundo del pasado. —Giró la cabeza y se inclinó hacia mí—. Como un favor, voy a dejar que me beses.

Le di un beso en la mejilla.

—En realidad, si te digo la verdad, los fragantes helechos silvestres y la hierba no se agitan profusamente; sólo hay un par de helechos y cuatro hierbas, eso es todo. No estoy muy desarrollada, Louis. Apenas hace un año que empecé a usar sujetador, y algunas veces hasta se me olvida ponérmelo, como ahora; casi no lo necesito.

—¿No puedo besarte en la boca?

—No, eso es demasiado íntimo.

—Puedes cerrar los ojos.

—Mejor apaga las luces. —Apartó las manos, se levantó y se dirigió al interruptor de la pared—. Yo lo haré.

—Para —dije—. Tengo un presentimiento horrible.

Se quedó inmóvil junto al interruptor de la pared.

—No es propio de mí ser indecisa. Me agotas, Louis. Lo siento. Tengo que seguir.

Apagó la luz y la habitación desapareció en la oscuridad. No podía ver nada.

—Pris, voy a ir a Portland, Oregón, y te traeré la carne en conserva *kosher*.

—¿Dónde puedo dejar la falda? —dijo Pris en la oscuridad—. Para que no se arrugue.

—Esto tiene que ser una especie de sueño de locos.

—No, es felicidad. ¿No reconoces la dicha cuando te alcanza y te golpea de frente en la cara? Ayúdame a colocar la ropa. Tengo que irme dentro de quince minutos. ¿Puedes hablar y hacer el amor al mismo tiempo o emites gruñidos animales?

Oía en la oscuridad cómo buscaba a tientas la cama.

—No hay cama —la avisé.

—Entonces en el suelo.

—Te rasparás las rodillas.

—Tus rodillas, no las mías.

—Tengo una fobia. Necesito tener las luces encendidas para no creer que estoy con algo hecho de cuerdas, alambre de piano y la vieja colcha color naranja de mi abuela.

Pris se echó a reír.

—Ésa soy yo —me dijo de cerca—. Has descrito mi esencia a la perfección. Casi te tengo. —Se golpeó contra algo—. No te escaparás.

—Para. Voy a encender la luz.

Logré encontrar el interruptor; lo pulsé y la habitación volvió de nuevo a la vida, cegándome, y allí estaba ella, completamente vestida. No se había quitado la ropa, y yo la miré con asombro mientras Pris se reía en silencio al ver mi expresión.

—Es una ilusión. Te iba a decir que no en el último momento, sólo quería excitarte y luego... —Chasqueó los dedos—. Bueeeenas noooches.

Traté de sonreír.

—No me tomes en serio. No te enamores de mí. Te romperé el corazón.

—¿Quién está enamorado? —dije con voz entrecortada—. Es un juego al que la gente juega en la oscuridad. Sólo quería pillar cacho.

—No conozco esa frase. —Ya no se reía, ni le brillaban los ojos. Me miró con frialdad—. Pero capto la idea.

—Y te voy a decir algo más. Prepárate. En Boise hay carne en conserva *kosher*. Podría haber ido a comprarla en cualquier momento sin problema.

—Cabrón.

Se sentó, cogió los zapatos y se los puso.

—Entra arena por la puerta.

—¿Qué? —Miró a su alrededor—. ¿De qué estás hablando?

—Estamos atrapados aquí abajo. Alguien ha arrojado un montón de piedras sobre nosotros, nunca saldremos de aquí.

—Basta —me dijo con brusquedad.

—Nunca deberías haber confiado en mí.

—Sí, lo vas a usar en mi contra para atormentarme.

Fue al armario en busca de su abrigo.

—¿Yo no estaba atormentado? —le dije mientras la seguía.

—¿Justo ahora, quieres decir? Oh, joder, puede que no hubiera salido corriendo, a lo mejor me habría quedado.

—Si yo hubiera hecho lo correcto.

—No me había decidido. Dependía de ti, de tus habilidades. Tengo las expectativas muy altas. Soy muy idealista.

Encontró el abrigo y comenzó a ponérselo. La ayudé de forma instintiva.

—Nos estamos volviendo a poner la ropa sin habérmola quitado —comenté.

—Ahora te arrepientes. Arrepentimiento. Es para lo único que sirves.

Me miró con tal odio que me estremecí.

—Yo también podría decir unas cuantas cosas malas sobre ti —respondí.

—No lo harás, porque sabes que si lo haces mi respuesta será tan dura que caerás muerto en el acto.

Me encogí de hombros, incapaz de hablar.

—Era miedo —dijo Pris.

Caminó lentamente hacia donde tenía aparcado el coche.

—Miedo, correcto —dije mientras la acompañaba—. Miedo basado en el conocimiento de que algo así tiene que nacer de la comprensión mutua y el acuerdo entre dos personas. Uno no puede forzar al otro.

—Miedo a la cárcel, te refieres. —Abrió la puerta del coche, entró y se sentó detrás del volante—. Lo que deberías haber hecho, lo que un hombre de

verdad hubiera hecho, era cogermelo por la cintura y llevarme a la cama sin prestarle atención a lo que tenía que decir...

—Si hubiera hecho eso, nunca habrías dejado de quejarte, primero ante mí, luego a Maury, después a un abogado, luego a la policía y por último a un tribunal de justicia internacional.

Ambos nos quedamos en silencio.

—De todos modos, conseguí darte un beso.

—Sólo en la mejilla.

—En la boca —la corregí.

—Eso es mentira.

—Yo lo recuerdo en la boca —dije, y cerré la puerta del coche tras ella.

Bajó la ventanilla.

—Así que ésa va a ser tu versión, que te has tomado algunas libertades conmigo —dijo.

—Lo recordaré y lo atesoraré, también. En mi corazón.

Me puse la mano en el pecho.

Pris arrancó el motor, encendió las luces y se alejó.

Me quedé allí de pie durante un momento y luego regresé por el camino a mi habitación del motel. «Nos estamos volviendo locos —me dije a mí mismo—. Estamos tan cansados, tan desmoralizados, que hemos terminado exhaustos. Mañana tenemos que deshacernos de Barrows. Pris... la pobre Pris se está llevando la peor parte. Desconectar el Lincoln. Ése fue el punto de inflexión».

Con las manos en los bolsillos, caminé de regreso a mi puerta abierta.

A la mañana siguiente, el sol brillaba con fuerza, y yo me sentía mucho mejor sin siquiera haber salido de la cama. Luego, después de levantarme y afeitarme, desayunar en la cafetería del motel con pan recién hecho, beicon, tortitas y zumo de naranja, y haber leído el periódico, me encontraba como nuevo. Recuperado por completo.

«Esto demuestra lo que hace el desayuno», me dije. ¿Curado, tal vez? ¿Soy el mismo de antes? ¿Un hombre sano de nuevo?

No. Estamos mejor, pero no curados. Porque antes no estábamos sanos, y no se puede recuperar la salud donde no la había. ¿Qué es esta enfermedad?

Pris la tenía casi hasta al borde de la muerte. Y me la había contagiado, se me había metido dentro y quedado ahí alojada. Y en Maury, en Barrows, y después de él, en todos los demás, hasta en mi padre; a mi padre era a quien menos afectaba.

¡Papá! Lo había olvidado; iba a venir.

Corrí hacia fuera y llamé a un taxi.

Fui el primero en llegar a las oficinas de SAMA ASOCIADOS. Un momento después, desde la ventana de la oficina, vi mi Chevrolet Magic Fire aparcando. De él se bajó Pris. Llevaba un vestido azul de algodón y una blusa de manga larga; tenía el pelo recogido y la cara limpia y brillante.

Cuando entró en la oficina, me sonrió.

—Siento haber usado anoche las palabras equivocadas. Quizá a la próxima salga bien. Ningún problema por mi parte.

—Ningún problema.

—¿Lo dices de verdad, Louis?

—No —contesté, y le devolví la sonrisa.

La puerta de la oficina se abrió y entró Maury.

—He dormido estupendamente toda la noche. Maldita sea, chicos, le vamos a sacar a ese inútil de Barrows hasta el último céntimo que tenga.

Detrás de él venía mi padre, con su traje oscuro a rayas de conductor de tren. Saludó a Pris con formalidad y luego se dirigió a Maury y a mí.

—¿Está aquí ya?

—No, papá —dije—. Llegará en cualquier momento.

—Creo que hay que volver a conectar el Lincoln. No deberíamos tenerle miedo a Barrows —comentó Pris.

—Estoy de acuerdo —afirmé.

—No, y os diré por qué —se negó Maury—. Eso despertaría el apetito de Barrows. ¿No creéis? Pensadlo.

Después de un momento, contesté:

—Maury tiene razón. Lo dejaremos apagado, Barrows puede protestar y patear, pero no lo volveremos a encender. Es la codicia lo que lo motiva.

«Y es el miedo lo que nos motiva a nosotros —pensé—. Gran parte de lo que hemos hecho últimamente ha venido inspirado por el miedo, no por el sentido común...».

Llamaron a la puerta.

—Aquí está —dijo Maury, y me lanzó una mirada temblorosa.

La puerta se abrió. Allí estaban Sam K. Barrows, David Blunk y la señorita Nild. Y con ellos, la sombría y oscura figura de Edwin M. Stanton.

—Nos lo hemos encontrado por la calle —nos explicó Dave Blunk con entusiasmo—. Venía hacia aquí y nos hemos ofrecido a traerlo en el taxi.

El simulacro de Stanton nos miró con amargura.

«Dios mío —me dije—. Esto no lo habíamos previsto... ¿Supone alguna diferencia? ¿Nos perjudica en algo, y si es así, hasta qué punto?».

No lo sabía. Pero en cualquier caso, teníamos que seguir adelante, y esta vez nos dirigíamos hacia un enfrentamiento. De una forma u otra.

# 11

—Hemos aparcado un poco lejos, y por el camino hemos mantenido una charla con Stanton, aquí presente. Parece ser que por lo menos hemos llegado a un acuerdo en algunas cosas —dijo Barrows afablemente.

—Ah, ¿sí? —contesté.

A mi lado, Maury había adoptado una expresión rígida y severa. Pris se estremeció.

Mi padre alargó la mano para estrechar la de Barrows y le dijo:

—Soy Jerome Rosen, dueño de la espineta Rosen y de la planta de órganos electrónicos de Boise, Idaho. ¿Tengo el honor de conocer al señor Samuel Barrows?

«Así que cada bando tiene una sorpresa para el otro —me dije—. Vosotros habéis conseguido en algún momento de la noche haceros con el Stanton; y nosotros (si es que se puede comparar) hemos conseguido traer a mi padre».

¡Maldito Stanton...! Como decía la Enciclopedia Británica, había conspirado con el enemigo sólo para su beneficio personal, ¡qué canalla! Fue entonces cuando me di cuenta de algo: seguramente había estado con Barrows en Seattle todo el tiempo, no había ido a abrir ningún bufete de abogados ni a visitar la ciudad. Habían estado, sin duda alguna, negociando desde el principio.

Nuestro propio simulacro nos había vendido.

Qué presagio tan alarmante.

El Lincoln nunca haría algo así, en ningún caso. Me sentí mucho mejor al darme cuenta de ello.

Más nos valía conseguir poner en marcha al Lincoln de nuevo, pensé. Me dirigí a Maury.

—Ve y dile al Lincoln que venga, por favor. —Arqueó una ceja—. Lo necesitamos.

—Sí, lo necesitamos —repitió Pris.

Maury asintió y se fue.

Habíamos empezado algo. Pero ¿el qué?

—Cuando vimos por primera vez a Stanton, aquí presente, lo tratamos como a un simple cacharro mecánico —dijo Barrows—, pero entonces el señor Blunk me recordó que ustedes aseguran que está vivo. Me gustaría saber cuánto le pagan a mi amigo Stanton.

«¿Pagar?», pensé enfadado.

—Existen leyes laborales —comentó Blunk.

Me quedé mirándolo boquiabierto.

—¿Tienen un contrato laboral con el señor Stanton? —siguió Blunk—. Si es así, espero que cumpla los requisitos de salario mínimo. En realidad, hemos estado hablando sobre esta cuestión con él, y dice que no recuerda haber firmado ningún contrato, por lo que no veo ningún inconveniente en que el señor Barrows lo contrate por seis dólares la hora. Estarán de acuerdo en que ese sueldo es más que justo. Con estas condiciones, el señor Stanton ha aceptado volver con nosotros a Seattle.

Permanecimos en silencio.

Se abrió la puerta y entró Maury. Junto a él llegó, arrastrando los pies, la alta, jorobada y barbuda figura del simulacro de Lincoln.

—Creo que deberíamos aceptar su oferta —dijo Pris.

—¿Qué oferta? —preguntó Maury—. No sé nada de ninguna oferta. —Me miró—. ¿Tú sabes algo de alguna oferta? —Negué con la cabeza. Maury se dirigió a Pris esta vez—: ¿Has estado tú hablando con Barrows?

—Aquí está mi oferta —intervino éste—. Vamos a tasar SAMA por un valor de setenta y cinco mil dólares. Yo pondré...

—¿Habéis estado vosotros dos hablando? —lo interrumpió Maury.

Ni Pris ni Barrows dijeron nada, pero a todos nos quedó claro que así era.

—Yo pondré ciento cincuenta mil —continuó Barrows—, y por supuesto me llevaré la mayor parte de los beneficios.

Maury negó con la cabeza.

—¿Podemos discutir esto entre nosotros? —le preguntó Pris a Barrows.

—Por supuesto.

A continuación, nos retiramos a un cuartito de suministros situado al otro lado del vestíbulo.

—Estamos perdidos —aseguró Maury, pálido—. Arruinados.

Pris no dijo nada, pero se podía ver la tensión en su rostro.

Tras un largo rato, mi padre dijo:

—Evitad a Barrows. No forméis parte de una empresa en la que él esté al mando, lo sé por experiencia.

Me volví hacia el Lincoln, que permanecía de pie en silencio escuchando todo lo que decíamos.

—Usted es abogado. Por Dios, ayúdenos.

—Louis, el señor Barrows y sus compatriotas están en una posición dominante. Sus actos no albergan engaño alguno. Él tiene las de ganar.

Tras expresar aquella reflexión, el simulacro se dio la vuelta y se dirigió hacia la ventana para mirar la calle. Se volvió hacia nosotros de golpe, con los labios apretados, y habló de nuevo, con el rostro surcado por el dolor pero con los ojos brillantes:

—Sam Barrows es un hombre de negocios, pero usted también. Venda su pequeña empresa a Jerome Rosen por un dólar. Así, pasará a formar parte de la espineta de Rosen y de su fábrica de órganos, que tiene muchas acciones. Para hacerse con SAMA ASOCIADOS, Sam Barrows tendrá entonces que comprar la empresa completa, con la fábrica incluida, cosa para la que no está preparado. Con respecto a Stanton, sólo diré que no seguirá colaborando con ellos durante mucho tiempo. Puedo hablar con él y convencerlo de que vuelva. Stanton es una persona muy temperamental, pero es un buen hombre. Lo conozco desde hace muchos años; trabajaba para la Administración de Buchanan, y aunque me llovieron las protestas, yo elegí que continuase en el cargo, a pesar de sus maquinaciones. Aunque es impulsivo y le importa mucho su posición, es honrado. Sé que, al final, no se unirá a esos canallas. No quiere abrir un bufete de abogados, ni volver a ejercer. Lo que más desea es estar en un puesto de poder público, y está preparado para ello: sería un buen funcionario. Le diré que quieren hacerlo jefe de su junta directiva, y entonces querrá quedarse.

—Nunca se me habría ocurrido algo así —dijo Maury.

—Yo no estoy de acuerdo. No deberíamos vender SAMA a la familia Rosen, eso es indudable. Y Stanton no aceptaría una oferta así —replicó Pris.

—Sí que lo hará —respondió Maury. Mi padre asintió, y yo hice lo mismo—. Lo convertiremos en un hombre importante para nuestra empresa, ¿por qué no? Yo lo veo capaz. Dios mío, a lo mejor consigue que el negocio valga un millón de dólares en menos de un año.

—No se arrepentirán de depositar su confianza, y su negocio, en las manos de Stanton —dijo Lincoln amablemente.

Volvimos a la oficina. Barrows y los suyos estaban esperándonos, expectantes.

Maury fue el primero en hablar.

—Esto es lo que tenemos que decir —carraspeó—. Bueno, le hemos vendido SAMA a Jerome Rosen. —Maury señaló a mi padre—. Por un dólar.

Barrows parpadeó.

—¿De verdad? Qué interesante.

Miró a Blunk, que levantó las manos en gesto de resignación irónica.

—Edwin, el señor Rock y los señores Rosen desean que formes parte de su nueva empresa como jefe de la junta directiva —le dijo el Lincoln al Stanton.

Los rasgos amargados, duros y severos del Stanton titubearon. Las emociones iban y venían.

—¿Es ésa la situación real?

—Sí, señor —intervino Maury—. Es una oferta en firme. Lo que necesitamos es a un hombre con sus habilidades. Estamos deseando ofrecerle ese puesto a usted.

—Efectivamente —corroboré yo.

Mi padre fue el siguiente en hablar:

—Estoy de acuerdo, señor Stanton. Y también hablo por mi otro hijo, Chester. Es una propuesta sincera.

Maury se sentó frente a una de las viejas máquinas de escribir Underwood de SAMA, insertó una hoja de papel y comenzó a escribir.

—Ahora mismo lo pongo por escrito para que lo pueda firmar, y así podremos ponerlo todo en marcha.

—Todo esto me parece una traición fraudulenta, no sólo al señor Barrows, sino a todo por lo que hemos luchado —dijo Pris en un tono frío, casi inaudible.

Maury se quedó mirándola perplejo.

—Cállate ya.

—No pienso seguir con esto. Está mal —continuó Pris. Tenía un tono de voz totalmente controlado, como si estuviese haciendo un pedido de ropa por teléfono a unos grandes almacenes—. Señor Barrows, señor Blunk, si desean que coopere con ustedes, lo haré.

Ninguno de nosotros dábamos crédito, tampoco Barrows ni Blunk. Sin embargo, Barrows se recuperó con rapidez de la sorpresa.

—Tú ayudaste a construir los dos simulacros, ¿verdad? ¿Crees que podrías construir otro?

Se quedó mirándola.

—No, no podría —saltó Maury—. Lo único que hizo fue diseñar la cara. ¿Qué sabrá ella de la parte electrónica? ¡Nada!

Miró fijamente a su hija.

—Bob Bundy vendrá conmigo —respondió ella.

—¿Por qué? —pregunté. Me temblaba la voz—. ¿Él también? ¿Tú y Bundy habéis estado...?

No pude terminar la frase.

—Bob me tiene mucho cariño —contestó ella sin inmutarse.

Barrows se llevó la mano al bolsillo y sacó la billetera.

—Te daré dinero para el vuelo —le dijo a Pris—. Puedes seguirnos, pero viajaremos por separado, para que no haya complicaciones legales.

—Me parece bien. Estaré en Seattle dentro de un par de días. Guárdese el dinero, yo ya tengo el mío.

Barrows le hizo un gesto de asentimiento a Dave Blunk.

—Bueno, creo que aquí ya hemos terminado. Deberíamos volver. —Se dirigió esta vez al Stanton—. Lo dejaremos aquí, señor Stanton, si eso es lo que quiere de verdad.

—Sí, señor —dijo el simulacro agradecido.

—Que pasen un buen día —se despidió Barrows.

Blunk nos dijo adiós con la mano en un gesto cordial. La señorita Nild se dio la vuelta para seguir a Barrows, y se fueron.

—Pris, estás loca —le dije.

—Eso es un juicio de valor —replicó ella en un tono lejano.

—¿Tenías intención de hacer todo esto? —le preguntó Maury, pálido—. ¿De irte con Barrows? ¿De largarte a Seattle con él?

—Sí.

—Voy a llamar a la policía para que te retengan. Eres una menor. No eres más que una cría. Meteré a los de salud mental en esto, y conseguiré que te lleven de nuevo a Kasanin.

—No, no vas a llamar a nadie. Puedo hacerlo, y la organización de Barrows me ayudará. Los de salud mental no pueden ingresarme si no vuelvo yo voluntariamente, cosa que no haré, o si estoy desquiciada, que tampoco. Estoy siendo muy capaz de gestionar mis asuntos, así que no empieces con tus rabietas emocionales, porque no te servirán de nada.

Maury se pasó la lengua por los labios, tartamudeó, y luego enmudeció. No había duda de que Pris estaba en lo cierto: todo podía organizarse sin ningún problema. Y les demostraría a los empleados de Barrows que no había ningún vacío legal. Ellos tenían los conocimientos necesarios, y también mucho que ganar.

—No creo que Bob Bundy vaya a dejarnos para irse contigo —le dije yo, pero supe por su expresión que sí lo haría. Ella sabía que sí. ¿Cuánto tiempo hacía que estaban así? No había manera de saberlo. Era el secreto de Pris, y nosotros teníamos que creérselo. Me dirigí al Lincoln esta vez—: No se esperaba esto, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Nos hemos librado de ellos —dijo Maury con la voz rota—. Todavía tenemos la empresa, y al Stanton. Ellos no van a volver. Pris y Bob Bundy no me importan lo más mínimo. Si los dos quieren unirse a ellos, pues buena suerte.

Le lanzó una mirada llena de tristeza a Pris, y ella se limitó a mirarlo con la misma lejanía de antes. Nada la alteraba. En situaciones de crisis, era todavía más fría y eficiente que nunca.

«Quizá sea una suerte que se vaya —me dije amargamente—. Seguro que al final no hubiéramos sido capaces de lidiar con ella, al menos yo no. ¿Podrá hacerlo Barrows? Quizá él sí logre utilizarla o explotarla... O ella dañarlo a él, o incluso destruirlo. O ambas cosas a la vez. Pero también tienen a Bundy; y entre Bundy y Pris pueden construir un simulacro sin muchos problemas. Desde luego, no necesitan a Maury para nada, y mucho menos a mí».

Lincoln se inclinó hacia mí para hablarme.

—Van a beneficiarse de la capacidad del señor Stanton para tomar decisiones firmes. Él, con la energía que tiene, podrá servir de ayuda a su empresa casi desde el primer momento.

Stanton protestó.

—Mi salud no es tan buena como lo era antes. —No obstante, parecía estar satisfecho y seguro de sí mismo—. Haré lo que pueda.

—Siento lo de tu hija —le dije a mi compañero.

—Dios santo. ¿Cómo ha podido hacerlo?

—Volverá —añadió mi padre, dándole una palmadita en la espalda—. Volverá seguro. Los *Kindern* siempre vuelven.

—No quiero que vuelva —respondió Maury. Pero era evidente que sí quería.

—Vamos a tomar un café al otro lado de la calle —intervine yo.

Había una cafetería de desayunos muy buena.

—Id vosotros delante —dijo Pris—. Creo que me voy a casa, tengo muchas cosas que hacer. ¿Puedo llevarme el Jaguar?

—No —se limitó a decir Maury.

Pris se encogió de hombros, cogió el bolso y salió de la oficina. La puerta se cerró tras ella. Y se fue, en ese preciso momento.

Mientras estábamos en la cafetería pensé que el Lincoln nos había ayudado mucho con respecto al tema de Barrows. Consiguió encontrar la manera de sacarnos del atolladero. Después de todo, no era culpa suya que la situación hubiese dado ese giro; nadie hubiera podido imaginar que Pris se iría, ni tampoco de saber lo de Bundy y ella: que tuviese a nuestro ingeniero comiendo de la palma de su mano con sus encantos juveniles. Yo no lo hubiese adivinado, y Maury tampoco.

La camarera nos había estado mirando, y al final se acercó.

—Ése es el maniquí de Abraham Lincoln, ¿verdad?

—No, en realidad es la figura de W. C. Fields, pero con un disfraz de Lincoln.

—Oh. Mi novio y yo vimos una demostración suya el otro día. Parece de verdad. ¿Puedo tocarlo?

—Claro.

Alzó la mano cautelosamente para tocar la del Lincoln.

—Oh. ¡Está caliente! ¡Y bebe café!

Al final, conseguimos que se fuera y pudimos retomar nuestra discusión melancólica.

—Desde luego, se ha adaptado usted magníficamente a la sociedad, mejor que algunos de nosotros —le dije al simulacro.

El Stanton habló en un tono brusco.

—El señor Lincoln siempre ha tenido la capacidad de estar a bien con todo el mundo, con su viejo truco de contar un chiste.

El Lincoln sonrió mientras le daba un sorbo al café.

—Me pregunto qué estará haciendo Pris ahora —dijo Maury—. Seguramente, las maletas. Es horrible no tenerla aquí y que ya no sea parte del equipo.

Me di cuenta de que habíamos perdido a mucha gente en la oficina. Nos habíamos deshecho de Barrows, de Dave Blunk, de la señorita Nild y, para nuestra sorpresa, también de Pris Frauentzimmer y de nuestro único ingeniero, Bob Bundy. Me pregunté si volveríamos a ver a Bob Bundy. También me

pregunté si volveríamos a ver a Pris y, en caso de ser así, si estaría cambiada o no.

—¿Cómo ha podido vendernos así? —dijo Maury, pensando en voz alta—. Se ha cambiado de bando. Ni esa clínica ni el doctor Horstowski han hecho nada, absolutamente nada, con todo este tiempo y dinero invertidos. Pris no ha mostrado ninguna lealtad. Quiero que me devuelvan todo el dinero que he gastado. Y en cuanto a ella, me da igual si no la vuelvo a ver. No quiero saber nada. Va en serio.

Me dirigí al Lincoln para cambiar de tema.

—¿Tiene algún otro consejo que darnos, señor? ¿Qué deberíamos hacer?

—Me temo que no he ayudado tanto como me hubiese gustado. Con una mujer nunca se sabe, el destino es caprichoso. De todas formas, propongo que me mantengan como su asesor legal, del mismo modo que ellos tienen al señor Blunk.

—Una idea estupenda —dije, sacando mi talonario de cheques—. ¿Cuánto quiere por adelantado?

—Con diez dólares basta —respondió el Lincoln.

Escribí la cantidad en el cheque. Él lo aceptó y me dio las gracias.

Maury, absorto en sus pensamientos, levantó la cabeza.

—El mínimo para los adelantos es de al menos doscientos dólares hoy día. El dólar ya no es lo que era antes.

—Con diez está bien —afirmó el Lincoln—. Voy a empezar a redactar los papeles de venta de SAMA a su fábrica de pianos de Boise. Sugiero crear una sociedad limitada, como dijo el señor Barrows. Estudiaré las leyes actuales para ver cómo deben repartirse las acciones. Me temo que tardaré algún tiempo en hacer esas investigaciones, así que tienen que ser pacientes.

—No hay problema —contesté yo.

Desde luego, la pérdida de Pris nos había afectado mucho, especialmente a Maury. Como temíamos, pasar por las manos de Barrows nos había aportado más pérdidas que beneficios. Y, aun así, ¿teníamos alguna manera de escapar? El Lincoln estaba en lo cierto. Las cosas impredecibles regían nuestras vidas. Barrows se había sorprendido tanto como nosotros.

—¿Podremos construir simulacros sin ella? —le pregunté a Maury.

—Sí. Pero no sin Bob Bundy.

—Puedes buscar a alguien que lo reemplace.

Pero a Maury no le importaba Bundy. Lo único en lo que seguía pensando era en su hija.

—Te voy a decir lo que la echó a perder: ese puñetero libro, *Marjorie Morningstar*.

—¿Por qué? —pregunté.

Era horrible ver a Maury cavilando de esa manera, llegando a conclusiones aleatorias y sin sentido. Estaba tan conmocionado que parecía senil.

—Con el libro ese Pris se convenció de que tenía que conocer a alguien rico, famoso y guapo. Como quien ya sabéis. Alguien como Sam K. Barrows. Es una idea anticuada, rural, sobre el matrimonio. Casarse a sangre fría, sólo por conveniencia. Los jóvenes de este país se casan por amor, y puede que sea cursi, pero al menos no es de mentes calculadoras. Cuando Pris leyó ese libro, empezó a volverse más calculadora con el amor. Lo único que podría haberla salvado habría sido enamorarse perdidamente de algún muchacho. Pero ahora se ha ido. —Se le quebró la voz—. Afrontémoslo, todo esto no es sólo un negocio. A ver, sí que es un negocio, pero no el de los simulacros. Ella lo que quiere es venderse y conseguir algo a cambio, ya sabes a qué me refiero, Louis. —Meneó la cabeza, mirándome desalentado—. Y él puede darle a Pris lo que ella ansía. Y Pris lo sabe.

—Sí —respondí.

—No tendría que haber permitido jamás que Barrows se acercase a ella. Pero no se lo reprocho, la culpa la tiene Pris. Todo lo que le pase a partir de ahora será sólo su culpa. Todo lo que haga y en lo que se convierta estando cerca de él. Será mejor que estemos pendientes de los periódicos, Louis. Ya sabes que siempre escriben sobre lo que hace el señor Barrows. Podremos saber cosas de Pris gracias a los malditos periódicos.

Giró la cabeza y bebió ruidosamente de su taza de café, impidiéndonos verle la cara.

Todos estábamos avergonzados. Todos agachamos la cabeza.

Después de un rato, fue el Stanton el que habló:

—¿Cuándo puedo asumir mis responsabilidades como jefe de la junta directiva?

—Cuando quiera —respondió Maury.

—¿Están de acuerdo, caballeros? —nos preguntó el Stanton. Mi padre y yo asentimos, y el Lincoln hizo lo propio—. Entonces, entiendo que asumo el puesto ahora mismo, caballeros. —Se aclaró la garganta y se sorbió la nariz, moviendo el bigote varias veces—. Tenemos que empezar con el trabajo que tenemos por delante. La fusión de las dos empresas traerá un nuevo período de actividad. He estado pensando sobre el producto que deberíamos fabricar.

Creo que no sería sensato crear más simulacros de Lincoln, ni de... —En su rostro brilló una expresión sarcástica—. Ni de Stanton. Con uno de cada es suficiente. Para el futuro, construyamos algo mucho más sencillo. Cosa que además aliviará nuestros problemas mecánicos, ¿no les parece? He de examinar a los trabajadores y el equipo para ver si todo funciona como debería. No obstante, confío en que nuestra empresa pueda fabricar productos que merezcan la pena y todo el mundo desee, simulacros que sean necesarios, más que únicos o complejos. Quizá los propios trabajadores puedan producir por su cuenta más simulacros.

Pensé que, aunque terrorífica, era una buena idea.

—En mi opinión —continuó el Stanton—, deberíamos diseñar, ejecutar, y comenzar a construir de inmediato un producto estándar, uniforme. Sería el primer simulacro oficial fabricado por nuestra empresa, y mucho antes de que el señor Barrows haya podido aprovechar el conocimiento y el talento de la señorita Frauentzimmer, nosotros tendremos ese simulacro en el mercado y anunciado por todas partes. —Todos asentimos—. Concretamente, propongo un simulacro que desempeñe una única tarea doméstica, y venderlo como tal: una niñera. Deberíamos aligerar su complejidad para que sea posible venderlo muy barato, a cuarenta dólares, por ejemplo. —Todos nos miramos. A decir verdad, no era ninguna mala idea—. He tenido la oportunidad de detectar esta necesidad y sé que, si el simulacro fuera adecuado para cuidar a los hijos de una familia en todo momento, sería un producto totalmente vendible, y no tendríamos en el futuro problemas financieros. Así que voy a someter la propuesta a votación. Todos los que estén a favor, que digan «sí».

—Sí —dije yo.

—Sí —afirmó Maury.

Después de pensarlo unos instantes, fue el turno de mi padre.

—Sí, yo también.

—Entonces, se aprueba la moción —declaró el Stanton. Le dio unos sorbos al café, para después dejar la taza en la barra y decir en un tono severo y convencido—: La empresa necesita un nombre, un nombre nuevo. Propongo que la llamemos R Y R ASOCIADOS DE BOISE, IDAHO. ¿Les parece bien? —Miró a su alrededor. Estábamos todos asintiendo—. Perfecto. —Se secó la boca dándose golpecitos con la servilleta de papel—. Pues empecemos cuanto antes. Señor Lincoln, como nuestro abogado, ¿podría comprobar que tenemos toda la documentación legal en orden? Si lo necesita, puede buscar a un abogado más joven, que esté más familiarizado con las legalidades actuales. Lo autorizo para ello. Debemos empezar cuanto antes. Nuestro futuro está

lleno de trabajo honrado y activo, y tenemos que dejar de vivir en el pasado, en los disgustos y contratiempos que hemos experimentado tan recientemente. Caballeros, es esencial que miremos hacia delante, no hacia atrás. ¿Somos capaces, señor Rock? ¿A pesar de todas las tentaciones?

—Sí —contestó Maury—. Tiene razón, Stanton. —Sacó cerillas del bolsillo de su chaqueta. Se levantó del taburete para acercarse a la caja registradora de la barra y rebuscó en las cajas de puros que había allí. Volvió con dos puros largos envueltos en papel dorado y le dio uno a mi padre—. El Conde de Güell. Hechos en Filipinas.

Desenvolvió el suyo y lo encendió. Mi padre hizo lo mismo.

—Nos irá bien —dijo mi padre, echando una bocanada.

—Sí.

Los demás nos limitamos a terminarnos el café.

## 12

Me había dado miedo que la marcha de Pris siguiendo a Barrows hubiese hundido tanto a Maury que ya no sirviera para mucho como socio. Pero estaba equivocado. De hecho, pareció redoblar sus esfuerzos. Se puso a responder cartas sobre órganos y espinetas, a preparar envíos desde la fábrica a todos los destinos del Pacífico Noroeste, y a California, Nevada, Nuevo México y Arizona, y además se lanzó a la nueva tarea de diseñar e iniciar la producción de los simulacros de niñera.

Sin Bob Bundy no podíamos desarrollar nuevos circuitos, así que Maury se vio obligado a modificar los viejos. Nuestras niñeras serían una evolución del Lincoln; su prole, por así decirlo.

Años atrás, en un autobús, Maury había leído en una revista de ciencia ficción llamada *Thrilling Wonder Stories* un relato sobre asistentes robots en forma de enormes perros mecánicos que protegían a los niños. Los llamaron «Nanny», sin duda como derivación del nombre de la perra de *Peter Pan*. A Maury le gustó el nombre, y cuando se reunió la junta directiva —con Stanton como presidente, además de Maury, Jerome, Chester y yo mismo, y nuestro abogado Abraham Lincoln— propuso la idea de usarlo.

—Supongamos que la revista o el autor nos demandan —apunté.

—Ha pasado mucho tiempo —respondió Maury—. La revista ya no existe y probablemente el autor ya esté muerto.

—Pregúntale a nuestro abogado.

Después de una cuidadosa consideración, el señor Lincoln decidió que la idea de llamar Nanny a una asistente mecánica de niños ya era de dominio público.

—Por lo que he visto, todos ustedes saben sin haber leído la historia de dónde procede ese nombre —señaló.

Así pues, llamamos Nanny a nuestras niñeras-simulacro. No obstante, tomar la decisión nos llevó varias semanas muy valiosas, ya que, para llegar a

una determinación, el Lincoln tuvo que leerse el libro de *Peter Pan*. Lo disfrutó tanto que se lo llevaba a las reuniones de la junta y lo leía en voz alta, con muchas risas, sobre todo las partes que lo divertían especialmente. No había otra elección: tuvimos que soportar todas esas lecturas.

—Ya se lo advertí —nos dijo el Stanton después de una larga lectura que nos obligó a meternos en el baño de caballeros a fumar un rato.

—Lo que me saca de quicio es que es un puñetero libro para niños. Si tiene que leer algo en voz alta, ¿por qué no lee algo útil como el *New York Times*? —se quejó Maury.

Entretanto, éste se había suscrito a los periódicos de Seattle con la esperanza de averiguar algo sobre Pris. Estaba seguro de que no tardaría en aparecer en un artículo. Pris se encontraba en Seattle, sin duda, porque una furgoneta de mudanzas había llegado a la casa y se había llevado el resto de sus pertenencias, y el conductor le había dicho a Maury que tenía instrucciones de transportarlo todo a esa ciudad. Obviamente, era Sam K. Barrows quien pagaba la factura; Pris no tenía tanto dinero como para algo así.

—Todavía puedes llamar a la policía —le recordé a Maury.

—Tengo fe en Pris —me respondió con voz sombría—. Sé que por su propia voluntad encontrará el camino correcto y regresará con su madre y conmigo. De todos modos, hay que asumirlo: está bajo la tutela del gobierno. Ya no soy su tutor legal.

Por mi parte, seguía albergando la esperanza de que Pris no regresara; en su ausencia me había sentido mucho más relajado y en armonía con el mundo en general. Además, me parecía que, a pesar de su aspecto sombrío, Maury estaba sacando más provecho de su trabajo. Ya no tenía todas esas preocupaciones en casa que le roían el ánimo. Ni tampoco la enorme factura del doctor Horstowski cada mes.

—¿Crees que Sam Barrows habrá encontrado un buen psicólogo privado para Pris? —me preguntó una tarde—. A saber cuánto le estará costando. Tres días a la semana a cuarenta dólares la visita son ciento veinte por semana; eso son casi quinientos por mes. ¡Y sólo para curarle esa mente desquiciada!

Meneó la cabeza en un gesto negativo.

Me acordé de ese lema sobre la salud mental que las autoridades habían pegado en todas las oficinas de Estados Unidos hacía ya más o menos un año.

¡LIDERE EL CAMINO HACIA LA SALUD MENTAL! ¡SEA EL PRIMERO EN SU FAMILIA EN INGRESAR EN UNA CLÍNICA DE SALUD MENTAL!

También recordé a los colegiales que, con sus brillantes insignias, tocaban el timbre por las tardes para recaudar fondos destinados a la investigación en salud mental. Habían dominado a la población, le habían arrancado una fortuna, todo por la buena causa de nuestra era.

—Lo siento por Barrows —añadió Maury—. Espero por su bien que Pris se haya puesto de nuevo manos a la obra y le haya diseñado un cuerpo de simulacro, pero lo dudo. Sin mí, Pris no es más que una aficionada. Seguro que está haciendo el tonto, dibujando cosas bonitas. Ese mural de baño... Eso fue una de las pocas cosas que llegó a terminar en su vida. Y le sobraron cientos de dólares en material.

—Vaya —dije.

Me felicité una vez más, a mí y al resto, por nuestra buena suerte: la de que Pris ya no estuviera con nosotros.

—Esos proyectos creativos que tiene... —añadió Maury—. Cuando se le ocurre uno, se implica de lleno, al menos al principio. —Y entonces me habló en tono de advertencia—: Nunca la subestimes. Mira cómo diseñó los cuerpos del Stanton y del Lincoln. Hay que reconocer que es buena.

—Es buena —admití.

—¿Y quién nos va a diseñar la Nanny ahora que Pris ya no está? Tú no. No tienes ni una pizca de habilidad artística. Yo tampoco. Ni esa cosa que salió reptando de debajo de la tierra y a la que tú llamas hermano.

Aquello me preocupó.

—Oye, Maury —dije de repente—. ¿Y si hacemos unas niñeras mecánicas modelo «guerra de Secesión»?

Me miró con incertidumbre.

—Ya tenemos el diseño —continué—. Haremos dos modelos, uno para niñera yanqui en azul, y el otro en gris rebelde. Piquetes cumpliendo con su deber. ¿Qué me dices?

—Digo que qué es un piquete.

—Como un centinela, pero en grupo.

Maury respondió después de una larga pausa.

—Sí, el soldado sugiere devoción al deber. Y a los niños los atraería. Se alejaría del diseño tipo robot; no sería frío e impersonal. —Asintió con la cabeza—. Es una buena idea, Louis. Convoquemos una reunión de la junta y expongamos la propuesta, o mejor dicho, tu propuesta, para poder comenzar a trabajar en ella. ¿Te parece? —Avanzó apresurado hacia la puerta, lleno de entusiasmo—. Voy a llamar a Jerome y a Chester y luego bajaré corriendo a contárselo al Lincoln y al Stanton.

Los dos simulacros tenían habitaciones separadas en el piso inferior de la casa de Maury; se trataba de dos estancias que antes Maury tenía puestas en alquiler, pero que ahora se reservaban para este uso. Antes de irse, añadió:

—No irán a oponerse, ¿verdad? Sobre todo el Stanton; es tan testarudo... A lo mejor cree que es una blasfemia o algo así. Bueno, en ese caso, tendremos que coger la idea y tirarla a la basura.

—Si ponen alguna objeción, seguiremos insistiendo y al final lo sacaremos adelante. ¿Qué van a tener en contra de esa idea? Nada, más allá de alguna extraña concepción puritana por parte del Stanton.

Y, sin embargo, pese a que la idea había sido mía, sentí una extraña sensación de cansancio, como si en mi momento de creatividad, en mi último estallido de inspiración, nos hubiera derrotado a todos nosotros y todo lo que estábamos tratando de conseguir. ¿Y eso por qué? ¿Es que era una idea demasiado fácil? Después de todo, se trataba simplemente de una adaptación de lo que nosotros mismos, o más bien, Maury y su hija, habíamos puesto en marcha. Al principio, habían soñado con la idea de volver a librar toda la guerra de Secesión, con todos sus millones de participantes. Y ahora estábamos entusiasmados ante la mera concepción de un sirviente mecánico modelo guerra de Secesión para aliviar al ama de casa de sus tareas diarias mortalmente aburridas. En algún momento del camino habíamos perdido la parte más valiosa de nuestras ideas.

De nuevo éramos poco más que una empresa pequeña que quería ganar dinero; no teníamos una gran visión, sólo un plan para enriquecernos. Éramos otro Barrows, pero en una escala pequeña y miserable. Teníamos su codicia, pero no su tamaño. Pronto, si era posible, comenzaríamos una operación de niñera de baratillo; probablemente pondríamos nuestro producto en el mercado a través de una política comercial falsa, un truco comparable al anuncio de «reventa» en clasificados que habíamos estado usando.

—No —le dije a Maury—. Es una idea horrible. Olvídala.

Se detuvo en seco en la puerta y gritó:

—¿Por qué? ¡Es genial!

—Porque es...

No fui capaz de expresarlo. Me sentía agotado y desesperado... Y aun más que eso: me sentía solo. ¿A quién o qué echaba de menos? ¿A Pris Fraenzimmer? ¿A Barrows...? ¿A todo el grupo: Barrows, Blunk, Colleen Nild, Bob Bundy y Pris? ¿Qué estarían haciendo en ese momento? ¿Qué plan loco, salvaje e impracticable estaban tramando? Anhelaba saberlo. A

nosotros, a Maury, a mí, a Jerome y a mi hermano Chester, nos habían dejado atrás.

—Dilo —siguió Maury mientras caminaba de un lado a otro lleno de exasperación—. ¿Por qué?

—Es... cursi.

—¿Cursi? ¡Y una leche!

Se me quedó mirando, de lo más confuso.

—Olvida esa idea. ¿Qué crees que Barrows estará haciendo en este momento? ¿Crees que estará fabricando la familia Edwards? ¿O quizá nos haya robado la idea del centenario? ¿O estará planeando algo completamente nuevo? Maury, no tenemos ninguna idea visionaria. Eso es lo que pasa. Que nos faltan ideas visionarias.

—No nos faltan. Sí que tenemos.

—No. ¡Porque no estamos locos! Estamos sobrios y cuerdos. No somos como tu hija, no somos como Barrows. ¿Acaso no es así? ¿En serio me vas a decir que no lo ves? ¿Que nos falta eso, aquí en esta casa? ¿Que nos falta un lunático que se enfrasque en un monstruoso proyecto de locos hasta altas horas de la noche, y que a lo mejor lo deje a medias en mitad del proceso y se ponga a otra cosa, otra chifladura similar?

—Tal vez sí —admitió Maury—. Pero por Dios Todopoderoso, Louis, no podemos tumbarnos a dejar que nos lleve la muerte, así sin más, sólo porque Pris se haya pasado al otro bando. ¿Crees que no he pensado cosas parecidas? La conozco mucho mejor que tú, amigo, muchísimo mejor. Pensamientos como éstos me atormentan todas las noches, la idea de que estén todos juntos, pero tenemos que seguir y hacerlo lo mejor que podamos. Esta idea tuya puede que no sea comparable a la luz eléctrica o a la cerilla, pero es buena. Es algo pequeño y es vendible. Funcionará. Aparte de eso, ¿tenemos algo mejor? Al menos esto nos ahorrará dinero, nos ahorrará tener que contratar a un diseñador externo que se ocupe del cuerpo de las niñeras, y a un ingeniero que cubra el puesto de Bundy, suponiendo que pudiéramos encontrar a alguien. ¿No es así, amigo mío?

«Ahorrarnos dinero», pensé. Pris y Barrows no se habrían molestado en preocuparse de eso. Fíjate en ellos: mandan una camioneta para llevar las cosas de Pris desde Boise hasta Seattle. Somos poca cosa. Somos pequeños.

Somos escarabajos.

Sin Pris. Sin ella.

Pero ¿qué he hecho? ¿Me he enamorado de ella? ¿De una mujer con ojos de hielo, de una persona esquizoide, calculadora y ambiciosa, que está bajo la

tutela de la Oficina de Salud Mental del gobierno federal y que necesitará psicoterapia durante el resto de su vida? ¿De una antigua psicótica que se dedica a proyectos enloquecidos de excitación catatónica, que vilipendia y ataca a quienes no le dan exactamente lo que quiere cuando lo quiere? Qué mujer, qué cosa de la que enamorarse. ¿Qué terrible destino me espera ahora?

Era como si Pris, para mí, fuera al mismo tiempo la vida misma y la antividia, la muerte, la crueldad, el corte y el desgarró, y, sin embargo, también el espíritu de la existencia. Movimiento: era movimiento en sí misma. La vida en su realidad creciente, planificadora, calculadora, dura e irreflexiva. No podía soportar tenerla cerca; no podía soportar estar sin ella. Sin Pris, yo menguaba hasta convertirme en nada y finalmente morir como un insecto en el patio trasero, sin que nadie se diera cuenta y sin importarle a nadie. Con ella cerca, me acuchillaba, me acosaba, me cortaba en pedazos, me pisoteaba, pero de alguna manera estaba vivo: en eso, era real. ¿Disfrutaba sufriendo? No. Lo que ocurría era que, en apariencia, sufrir formaba parte de la vida, parte de estar con Pris. Sin Pris no había sufrimientos, nada era errático, injusto, desequilibrado. Pero tampoco había nada vivo, sólo planes de baratillo y pocas miras, una pequeña oficina polvorienta con dos o tres hombres escarbando en la arena...

Dios sabía que no quería sufrir a manos de Pris ni de nadie más. Pero el sufrimiento era un indicio de que la realidad estaba cerca. En un sueño hay miedo, pero no dolor corporal de verdad, lento, ese tormento diario que Pris nos hacía soportar con su sola presencia. No era algo que ella nos hiciese de forma deliberada; se trataba de una consecuencia natural de lo que era Pris.

Podíamos eludir todo eso librándonos de ella, y eso habíamos hecho: la habíamos perdido. Y con Pris se había ido la propia realidad, con todas sus contradicciones y peculiaridades; la vida ahora sería predecible. Fabricaríamos las niñeras-soldado de la guerra de Secesión, tendríamos una cierta cantidad de dinero, y así sucesivamente. Pero ¿qué significaba eso? ¿Qué importancia tenía?

—Escucha —me dijo Maury—. Tenemos que seguir.

Asentí.

—Lo digo en serio. —Me insistió Maury en voz alta al oído—. No podemos darnos por vencidos. Voy a convocar una reunión de la junta, como habíamos dicho, y tú les vas a contar tu idea, vas a luchar por tu idea como si creyeras en ella. ¿Vale? ¿Lo prometes? —Me dio una palmada en la espalda—. Vamos, joder, o te doy un puñetazo en el ojo que te mando al hospital. ¡Venga, hombre!

—Vale, sí, pero tengo la sensación de que estás hablando con alguien muerto y enterrado.

—Sí, y es lo que pareces, desde luego. Pero de todos modos, vamos a ponernos en marcha. Baja tú a convencer al Stanton. Sé que el Lincoln no nos dará ningún problema. Lo único que hace es estar sentado en su habitación y reírse con *Winnie the Pooh*.

—¿Qué puñetas es eso? ¿Otro libro para niños?

—Así es, amigo —me confirmó Maury—. Bueno, venga, baja.

Lo hice, un poco más animado. Aunque en realidad nada iba a devolverme la vida, nada salvo Pris. Tenía que asumirlo y enfrentarme a ello con cada vez más fuerza conforme avanzase el día.

La primera noticia que encontramos en los periódicos de Seattle relacionada con Pris casi se nos pasó, porque no parecía guardar ninguna conexión con ella. Tuvimos que leer el artículo una y otra vez hasta estar seguros.

Hablaba sobre Sam K. Barrows, eso fue lo que nos llamó la atención. Y sobre una artista joven y deslumbrante con la que lo habían visto en varios clubes nocturnos. El nombre de la chica, según el columnista, era Pristine Womankind.

—¡Dioos! —chilló Maury con el rostro enrojecido—. Es su nombre; es una traducción de *Frauenzimmer* al inglés. Aunque no lo sea. Te lo cuento, amigo; es algo que siempre le explico a todo el mundo, a ti y a Pris y a mi exmujer. *Frauenzimmer* no significa *womankind* en inglés, no significa ‘habitación para mujeres’ ni ‘género femenino’; significa ‘señoras de placer’. Ya sabes. Mujeres de la calle. —Releyó el artículo con incredulidad—. Se ha cambiado el nombre, pero no lo sabe; joder, sería Pristine Meretriz. Menuda farsa. Es una locura. ¿Sabes lo que ocurre? Todo es culpa de ese *Marjorie Morningstar*, el libro que protagoniza la propia Marjorie, que en realidad se llamaba Morgenstern, o ‘estrella de la mañana’, *Morningstar* en inglés, claro. Y de ahí ha sacado la idea Pris. Y de Priscilla a Pristine. Me estoy volviendo loco. —Caminaba frenéticamente arriba y abajo por la oficina, releyendo el artículo del periódico una y otra vez—. Sé que es Pris; tiene que serlo. Escucha la descripción. Dime si ésta no es Pris.

Visto en Swami's: nada menos que Sam Barrows (el Gran Hombre), escoltando a lo que a los niños que se quedan despiertos hasta bien tarde nos gusta llamar su «nueva protegida», una chica más afilada que el lápiz de corregir de un maestro y que se hace llamar —para quien se lo trague— Pristine Womankind, con expresión de creerse mejor que el resto, como si no nos entendiera a los simples mortales, de cabello negro y una figura que haría enverdecer de envidia a los viejos mascarones de proa de cualquier barco (ya sabéis a qué me refiero).

También lo acompañaba Dave Blunk, el abogado, que nos cuenta que Pris es una artista, con otros talentos que NO se ven... Y Dave sonrío y añade que tal vez aparezca en la televisión algún año de estos, como actriz, ¡nada menos!...

—Dios, qué basura —exclamó Maury arrojando el periódico al suelo—. ¿Cómo pueden escribir así estos columnistas amarillistas? Están zumbados. De todos modos, podemos deducir que es Pris. ¿Qué significa eso de que vaya a aparecer como actriz en televisión?

—Barrows debe de tener una cadena de televisión o acciones en alguna de ellas.

—Es dueño de una compañía de comida para perros que enlata grasa de ballena —dijo Maury—. Y patrocina un programa de televisión una vez por semana, una especie de espectáculo de circo y variedades. Probablemente los estará presionando para darle a Pris un par de minutos. Pero ¿haciendo qué? ¡Si no sabe actuar! ¡No tiene talento para el espectáculo! Creo que voy a llamar a la policía. Dile al Lincoln que venga. Quiero el consejo de un abogado.

Traté de calmarlo. Estaba agitado y descontrolado.

—¡Se está acostando con ella! ¡Esa bestia se está acostando con mi hija Pris! ¡Ese tipo es la corrupción en sí misma! —Maury comenzó a llamar al aeródromo de Boise para tratar de conseguir un vuelo en cohete a Seattle—. Voy a ir allí y pienso arrestarlo —me dijo furibundo—. Voy a llevar un arma. A la mierda con llamar a la policía. Sólo tiene dieciocho años. Es un delito grave. Tenemos un caso *prima facie* contra él. Le voy a destrozár la vida. Se pasará veinticinco años metido entre rejas.

—Escucha, Barrows lo tiene todo más que estudiado, como hemos dicho una y otra vez. Blunk, el abogado, lo sigue a todas partes. Están cubiertos. No me preguntes cómo, pero han pensado en todo lo que puede pasar. Sólo porque un columnista de cotilleos haya decidido escribir que tu hija es...

—Entonces, la mataré —exclamó Maury.

—Espera. Por el amor de Dios, cállate y escucha. Si se está acostando con él o no, como tú dices, no lo sé. Probablemente sea su amante, sí. Creo que tienes razón. Pero demostrarlo es algo completamente distinto. Ahora bien, puedes intentar obligarla a regresar aquí, a Ontario, pero seguro que Barrows tiene una forma de evitar incluso eso.

—Ojalá Pris estuviera otra vez en Kansas City. Ojalá nunca hubiera salido de la clínica de salud mental. ¡No es más que una pobre niña expsiccótica! —Se calmó un poco—. ¿Cómo podría recuperarla?

—Barrows es capaz de hacer que algún idiota de su organización se case con Pris. Y una vez que eso suceda, nadie tendrá autoridad sobre ella. ¿Quieres que pase eso?

Había hablado con el Lincoln y lo sabía. El Lincoln ya me había mostrado lo difícil que era obligar a un hombre como Barrows, que conocía tan bien las leyes, a hacer cualquier cosa, cualquiera. Barrows podía doblegar la ley como si fuera una pajita. Para él no era cuestión de normas u obstáculos; era cuestión de conveniencia.

—Eso sería terrible —respondió Maury—. Ya veo a qué te refieres. Barrows lo haría como pretexto legal para poder mantenerla en Seattle.

Tenía el rostro gris.

—Y entonces nunca la recuperarás.

—Y ella se estará acostando con dos hombres, el imbécil de su marido, algún mensajero desgraciado de una de las fábricas de Barrows, y... con Barrows. —Me miró fijamente con los ojos abiertos de par en par.

—Maury, tenemos que afrontar la realidad. Es muy probable que Pris ya se haya acostado con chicos, por ejemplo en el instituto. —Su expresión se volvió más enfurecida—. Odio tener que decírtelo, pero una noche me habló de una manera que...

—Vale —me cortó Maury—. Vamos a dejarlo correr.

—Acostarse con Barrows no la matará, ni a ella ni a ti. Al menos no se quedará embarazada, Barrows es lo suficientemente inteligente como para asegurarse de eso. Se encargará de que Pris se tome la píldora.

Maury asintió.

—Tengo ganas de morirme —dijo.

—Y yo. Pero recuerda lo que me dijiste hace menos de dos días: que tenemos que seguir adelante, sin importar lo mal que nos sintamos. Y ahora te lo digo yo a ti. No importa cuánto significara Pris para nosotros dos. ¿De acuerdo?

—Sí —asintió por fin.

Así pues, continuamos con el plan y lo retomamos donde lo habíamos dejado. En la reunión de la junta, el Stanton se había opuesto a que las niñeras vistieran el gris rebelde. Estaba dispuesto a aceptar la ambientación de la guerra de Secesión, pero todos los soldados tenían que ser leales a la Unión. ¿Quién, argumentó el Stanton, confiaría su hijo a un rebelde? Nos dimos por vencidos y le dijeron a Jerome que comenzara a preparar la fábrica de Rosen. Mientras tanto, en Ontario, en la oficina de R Y R ASOCIADOS, comenzamos a

planear los diseños consultando a un ingeniero de electrónica japonés al que incorporamos a tiempo parcial.

Varios días después, apareció un segundo artículo en un periódico de Seattle. Lo vi antes que Maury.

La señorita Pristine Womankind, joven y brillante estrella de pelo negro descubierta por la organización Barrows, entregará una pelota de béisbol de oro a los campeones de la Liga Juvenil. Así se lo comunicó hoy Irving Kahn, el secretario de prensa del señor Barrows, a los representantes de los servicios informativos. Dado que aún queda por jugar un juego de las eliminatorias de la Liga Juvenil, sigue siendo...

Así que Sam K. Barrows tenía contratado a un agente de prensa, aparte de a Dave Blunk y al resto. Barrows le estaba dando a Pris lo que ella siempre había deseado; estaba cumpliendo su parte de cualquiera que fuese el trato que hubieran hecho. De eso no me cabía duda alguna. Y tampoco tenía dudas de que ella también estaba cumpliendo su parte.

«Está en buenas manos —me dije—. Probablemente no haya un ser humano en Norteamérica más capacitado para darle a Pris lo que quiere de la vida».

El artículo se titulaba «La Liga Profesional otorga la pelota de béisbol de oro a los jugadores de ligas menores». Pris jugaba ya en la Liga Profesional. Tras un repaso más profundo del artículo, deduje que el señor Sam K. Barrows había pagado los uniformes del club de la Liga Juvenil que se esperaba que ganara la pelota de oro. No hace falta decir que Barrows financiaba dicha pelota. En la espalda de las camisetas se leían las palabras:

#### ORGANIZACIÓN BARROWS

En la parte delantera, por supuesto, aparecía el nombre del equipo, sin importar la zona o la escuela de la que vinieran los niños.

No tenía ninguna duda de que Pris era muy feliz. Después de todo, la famosa actriz Jayne Mansfield había comenzado siendo la señorita Espalda Recta, elegida por los quiroprácticos de Estados Unidos en los cincuenta. Ése había sido su primer salto publicitario. En aquel tiempo, era una de tantas personas adictas a la comida sana.

«Así que mira lo que le espera a Pris —me dije—. Primero entrega una pelota de béisbol dorada a un equipo de niños y de allí asciende rápidamente hacia la cima. Tal vez Barrows le pueda conseguir un reportaje de fotos desnuda para *Life*, cosa nada descartable, ya que la revista publica un desnudo cada semana. De esa manera, alcanzaría una fama enorme. Lo único que

tendría que hacer sería quitarse la ropa en público, ante un fotógrafo experto en color, en vez de en privado, ante los ojos de Sam K. Barrows.

»Luego podría casarse fugazmente con el presidente Mendoza, que se ha casado ya... a ver... cuarenta y una veces, algunas de ellas no más de una semana. O al menos la invitasen a una de esas reuniones de hombres solteros en la Casa Blanca, o a navegar por alta mar en el yate presidencial, o a pasar un fin de semana en el lujoso satélite de vacaciones del presidente. Pero mejor a esas reuniones de solteros. Las chicas invitadas allí nunca son las mismas después de acudir. Tienen la fama asegurada y se les abren puertas en todo tipo de carreras, especialmente en el campo del entretenimiento. Porque si el presidente Mendoza las quiere, todos los hombres de Estados Unidos las querrán, porque como todos saben, el presidente de Estados Unidos tiene un gusto increíblemente elegante, además de poder elegir el primero en...».

Me estaba volviendo loco con esos pensamientos.

«¿Cuánto tiempo tardará?», me pregunté. «¿Semanas? ¿Meses? ¿Puede hacerlo de inmediato o se tarda un tiempo?».

Una semana después, mientras repasaba la guía de televisión, descubrí que Pris figuraba en el programa semanal patrocinado por la compañía de alimentos para perros de Barrows. Según el anuncio y el comentario, hacía de azafata en un acto de lanzamiento de cuchillos: le lanzaban cuchillos en llamas mientras ella bailaba el *fling* lunar vestida con uno de los nuevos trajes de baño transparentes. La escena la habían filmado en Suecia, ya que ese traje de baño seguía siendo ilegal en las playas de Estados Unidos.

No le enseñé la guía de televisión a Maury, pero de todos modos la encontró por su cuenta. Un día antes del programa, me pidió que fuese a su casa y me la enseñó. En la revista también había una pequeña foto de Pris en la que sólo salían la cabeza y los hombros. Sin embargo, estaba hecha de tal manera que dejaba ver que no llevaba nada de ropa. Los dos la miramos con ferocidad y desesperación. Y, sin embargo, parecía feliz. Probablemente lo era.

Detrás de Pris, en la imagen, se veían colinas verdes y agua. Las maravillas naturales y saludables de la Tierra. Y recortada contra ese fondo aparecía esa sonriente chica delgada de cabello negro, llena de vida, emoción y vitalidad. Llena de... de futuro.

El futuro le pertenece, me di cuenta al examinar la imagen. Da igual que aparezca desnuda sobre una alfombra de pelo de cabra, o de tejido vegetal teñido, en *Life*, o que se convierta en la amante del presidente durante un fin de semana, o que baile locamente, desnuda de cintura para arriba, mientras le

arrojan cuchillos llameantes durante un programa de televisión para niños... Sigue siendo real, hermosa y maravillosa, como las colinas y el océano, y nadie puede destruir eso o echarlo a perder, por muy irritado y desdichado que se sienta. ¿Qué tenemos Maury y yo? ¿Qué podemos ofrecerle? Sólo moho. Algo que apesta al ayer, al pasado, no al mañana. Que apesta a edad, dolor y muerte.

—Amigo, creo que me voy a Seattle —le dije a Maury. No me respondió nada, sólo continuó leyendo el texto en la guía de televisión—. Francamente, ya no me importan los simulacros. Lamento decirlo, pero es la verdad. Sólo quiero ir a Seattle a ver cómo está. Quizá después...

—No volverás. Ninguno de los dos volveréis.

—A lo mejor sí.

—¿Te apuestas algo?

Me aposté diez dólares con él. Eso fue todo lo que pude hacer; no tenía sentido hacerle una promesa que probablemente no podría cumplir, y que acabaría por no cumplir.

—R&R ASOCIADOS se irá al garete —dijo Maury.

—Tal vez sea así, pero a pesar de eso, tengo que irme.

Esa noche me puse a hacer la maleta. Reservé un billete en un vuelo cohete TWA Boeing 900 para Seattle que salía a la mañana siguiente a las diez y cuarenta. No había nada que me detuviera. Ni siquiera me molesté en telefonar a Maury y decirle algo más. ¿Para qué perder el tiempo? Él no podía hacer nada. ¿Podría yo? Eso quedaba por ver.

Mi pistola del calibre 45 era demasiado grande, así que me llevé una más pequeña, una del 38, envuelta en una toalla junto a una caja de balas. Nunca había sido buen tirador, pero podía acertar a otro ser humano dentro de una habitación de tamaño normal, y a lo mejor al otro lado de un espacio público, como un club nocturno o un teatro. Y si llegaba a ocurrir lo peor, podría usarla contra mí mismo. Seguro que a eso podría acertarle: a mi propia cabeza.

Como no tenía nada más que hacer hasta la mañana siguiente, me puse cómodo para leer el ejemplar de *Marjorie Morningstar* que Maury me había prestado. Era el suyo, y muy posiblemente era el mismo ejemplar que Pris había leído años atrás. Creí que leyéndolo conocería mejor a Pris. No lo leí por placer.

A la mañana siguiente, me levanté temprano, me afeité y me lavé, tomé un desayuno ligero y me dirigí a Boise y al aeropuerto.

# 13

Si alguien se pregunta cómo sería San Francisco si no hubiera sufrido el gran terremoto ni los incendios posteriores, lo puede averiguar con sólo ir a Seattle. Se trata de una antigua ciudad portuaria levantada sobre colinas, con interminables calles serpenteantes de tipo cañón; nada es moderno, excepto la biblioteca pública, y en la parte de los barrios bajos todavía se ven adoquines y casas de ladrillo rojo, como en zonas de Pocatello, Idaho. Los barrios bajos se extienden a lo largo de kilómetros y están infestados de ratas. En el centro de Seattle hay una floreciente zona comercial, similar a una ciudad en sí, construida cerca de uno o dos de los grandes hoteles antiguos, como el Olympus. El viento sopla desde Canadá, y cuando el Boeing 900 aterriza en el aeródromo de Sea-Tac, se ven las montañas de las que procede. Son aterradoras.

Cogí una limusina en el aeropuerto para ir a la ciudad, ya que sólo costaba cinco dólares. La conductora avanzó a paso de tortuga a través del tráfico durante kilómetros hasta que llegamos al hotel Olympus. Es muy parecido a cualquier buen hotel de gran ciudad, con una galería comercial en la planta principal y con todos los servicios que un hotel debe ofrecer, además de una atención excelente. Cuenta con varios comedores. En realidad, es como sumergirte en un mundo propio, oscuro e iluminado de amarillo, dentro de un gran hotel de ciudad: un mundo hecho de alfombras y madera antigua barnizada, gente bien vestida que no deja de hablar, pasillos, ascensores y mujeres de la limpieza que trabajan a todas horas.

Una vez en mi habitación, preferí encender el hilo musical en lugar del televisor, miré por la ventana la calle de abajo, ajusté la calefacción, me quité los zapatos y caminé por la moqueta que cubría todo el suelo, luego abrí la maleta y comencé a deshacer el equipaje. Hacía sólo una hora estaba en Boise, y en ese momento estaba allí, en la Costa Oeste, casi en la frontera con

Canadá. Era mejor que conducir. Había ido de una gran ciudad a otra sin tener que soportar el paisaje que había entre las dos. Nada podía complacerme más.

Se puede decir que un hotel es bueno cuando encargas algo al servicio de habitaciones y el empleado no te mira en ningún momento al entrar en la estancia. Mira hacia abajo, a través de ti y más allá; eres invisible, que es precisamente lo que uno busca, aunque estés en pantalones cortos o incluso desnudo. El empleado entra en silencio, deja la camisa planchada, o la bandeja con comida, el periódico o una bebida; le das el dinero, dice «gracias» con un pequeño murmullo y se marcha. La forma en la que no te miran es casi japonesa. Te sientes como si nunca hubiera entrado nadie en tu habitación, ni siquiera el huésped anterior; es tuya por completo, incluso cuando te encuentras con las mujeres de la limpieza en el pasillo de fuera. Ellos, la gente del hotel, tienen tal respeto por tu privacidad que resulta hasta extraño. Por supuesto, cuando al final llega la hora de hacer cuentas en recepción, tienes que pagarlo. Te cuesta cincuenta dólares en lugar de veinte. Pero que nadie diga que no merece la pena. Una persona al borde de un brote psicótico podría recuperarse pasando unos días en un hotel de primera clase, con su servicio de habitaciones las veinticuatro horas y sus tiendas. Palabra.

Cuando llevaba un par de horas en mi habitación del Olympus, comencé a preguntarme por qué, antes que nada, me había puesto tan nervioso como para tener que hacer ese viaje. Me sentía como si estuviese disfrutando de unas muy merecidas vacaciones. Podría haberme quedado a vivir allí, disfrutando de la comida del hotel, afeitándome y duchándome en mi baño privado, leyendo el periódico, haciendo compras en las tiendas, hasta que se me acabara el dinero. Sin embargo, había ido por negocios. Eso es lo más difícil, salir del hotel, a esas frías, grises y ventosas calles y cumplir con tu objetivo. Ahí es donde comienza el dolor. Estás de vuelta en un mundo donde nadie te sostiene la puerta; te paras en la esquina con otras personas iguales que tú, todas igual de buenas que tú, a la espera de que cambie el semáforo, y otra vez eres un individuo corriente, que sufre, presa de cualquier dolencia pasajera. Es una especie de repetición constante del trauma del nacimiento, pero al menos puedes regresar al hotel una vez hayas acabado con tus asuntos.

Y con el teléfono de la habitación puedes encargarte de algunos de esos asuntos sin tener que salir. Solucionas todo lo que puedes así, es algo instintivo. De hecho, intentas que la gente acuda a verte, en vez de a la inversa.

Sin embargo, en aquella ocasión mis asuntos no podían abordarse dentro del hotel; ni siquiera me molesté en intentarlo. Simplemente, los pospuse todo

lo que pude: pasé el resto del día en la habitación y al caer la noche bajé al bar, luego fui a uno de los comedores, y después di un paseo por la sala de juegos y el vestíbulo, y regresé de nuevo recorriendo las tiendas. Deambulé por donde podía deambular sin tener que salir a la fría noche casi canadiense.

Durante todo el tiempo llevé la 38 en el bolsillo interior de la chaqueta.

Resultaba extraño hacer algo ilegal. Tal vez podría haberlo hecho todo de forma legal, haberle pedido al Lincoln que encontrara una forma de sacar a Pris de las garras de Barrows. Pero, en el fondo, me gustaba aquello, ir a Seattle, con el arma en la maleta y luego en la chaqueta. Me gustaba la sensación de estar solo, sin conocer a nadie, a punto de salir y enfrentarme al señor Sam Barrows sin nadie que me ayudara. Era como en una epopeya o una antigua película del Oeste de las que echan por televisión. Yo era el forastero, armado y con una misión que cumplir.

Entretanto, me tomé algo en el bar, regresé a la habitación, me tumbé en la cama, leí los periódicos, vi la televisión, pedí café caliente al servicio de habitaciones a media noche. Estaba en la cima del mundo. Ojalá aquello pudiera prolongarse...

«Mañana por la mañana iré a ver a Barrows —me dije—. Esto debe acabar. Pero no del todo, todavía».

Y entonces —eran casi las doce y media de la noche y estaba preparándome para irme a la cama— se me ocurrió: «¿Por qué no llamo a Barrows ahora mismo? Lo despierto, como solía hacer la Gestapo. Sin decirle dónde estoy, únicamente: “Voy a por ti, Sam”. Asustarlo de verdad. Podrá adivinar por la cercanía de mi voz que estoy en algún lugar de la ciudad».

¡Genial!

Me había tomado un par de copas; qué cojones, me había tomado seis o siete. Marqué y le dije a la operadora: «Póngame con Sam K. Barrows. No sé el número».

Era la operadora del hotel, y así lo hizo.

No tardé en oír sonar el teléfono de Sam.

Ensayé para mí lo que iba a decir: «Devuelva a Pris a R&R ASOCIADOS. La odio, pero debe estar con nosotros. Ella es la vida misma, en lo que a nosotros respecta».

El teléfono sonó una y otra vez; era evidente que no había nadie en casa, o que no había nadie despierto para responder. Terminé por colgar.

«¡Qué situación más desagradable para unos hombres adultos!», me dije mientras deambulaba sin rumbo por la habitación del hotel. ¿Cómo era posible que algo como Pris comenzara a representar la vida misma para

nosotros, según pretendía decirle a Sam Barrows? ¿Tan defectuosos estamos? ¿Es que estamos trastornados del todo? ¿No es eso tan sólo un indicio de la naturaleza de la vida, no de nosotros mismos? Sí, no es culpa nuestra que la vida sea así; nosotros no la inventamos. ¿O sí?

Y en éstas seguí. Debí de pasar un par de horas deambulando, sin otra cosa en la cabeza que esas confusas preocupaciones. Me encontraba en un estado terrible. Era como un virus de la gripe, una cepa que ataca el metabolismo del cerebro, el estadio previo a la muerte. O, en cualquier caso, así me lo pareció durante ese intervalo de tiempo. Había perdido todo el contacto con la realidad, incluso la del hotel; me había olvidado del servicio de habitaciones, de la galería de tiendas, de los bares y los comedores, incluso me rendí, durante un rato, y me quedé junto a la ventana de la habitación para mirar las luces y las calles iluminadas. Ésa es una forma de morir, perder así el contacto con la ciudad.

A la una en punto de la madrugada, mientras seguía dando vueltas por la habitación, sonó el teléfono.

—Hola —contesté.

No era Sam K. Barrows. Era Maury, que me llamaba desde Ontario.

—¿Cómo sabías que estaría en el Olympus? —le pregunté.

Estaba totalmente desconcertado; era como si hubiera usado algún tipo de poder oculto para localizarme.

—Sabía que estabas en Seattle, idiota. ¿Cuántos buenos hoteles hay allí? Sabía que querías el mejor. Apuesto a que estás en la suite nupcial con alguna señorita que te está volviendo loco.

—Mira, he venido aquí a matar a Sam K. Barrows.

—¿Con qué? ¿Con el cabezón que tienes? ¿Vas a ir corriendo hacia él y a golpearlo en el estómago hasta que lo mates?

Le dije a Maury que tenía la pistola del calibre 38.

—Escucha, amigo —dijo él en voz baja—. Si haces eso, estaremos todos acabados.

No respondí.

—Esta llamada nos está costando un montón —añadió Maury—, así que no voy a perder el tiempo rogándote como uno de esos pastores evangélicos. Duerme un poco y llámame mañana, ¿vale? Prométemelo o llamaré al departamento de policía de Seattle y te arrestarán en tu propia habitación, te juro por Dios que lo haré.

—No —le dije.

—Tienes que prometérmelo.

—Está bien, Maury. Prometo no hacer nada esta noche.

¿Cómo iba a poder hacer nada? Ya lo había intentado y había fracasado; sólo estaba dando vueltas de un lado a otro de la habitación.

—Me vale. Mira, Louis, esto no va a hacer que Pris vuelva. Ya lo he pensado. Si vas allí y le pegas un tiro a ese tío, sólo conseguirás arruinarle la vida a Pris. Piénsalo y te darás cuenta. ¿No crees que yo mismo lo haría si pensara que podría funcionar?

Negué con la cabeza.

—No lo sé. —Tenía jaqueca y estaba cansado—. Sólo quiero irme a la cama.

—Está bien, amigo. Descansa. Y escúchame: quiero que mires por la habitación. ¿Ves si hay algún tipo de mesa con cajones? ¿La hay? Mira en el primer cajón. Vamos, Louis. Hazlo mientras estoy al teléfono. Mira dentro.

—¿Para qué?

—Seguro que encontrarás una Biblia. Hay una sociedad religiosa que suele poner una ahí.

Colgué el teléfono de un golpe.

«Menudo cabrón —dije para mí—. Anda que darme un consejo como ése...».

Ojalá no hubiera ido a Seattle. Me sentía como el simulacro de Stanton, como una máquina que se impulsaba hacia un universo que no comprendía, buscando en Seattle un rincón familiar en el que poder desarrollar su actividad habitual. En el caso del Stanton, abrir un bufete de abogados. En mi caso... ¿Cuál era esa actividad en mi caso? Intentaba de alguna manera restablecer un ambiente familiar, por desagradable que fuera. Estaba acostumbrado a Pris y su crueldad; incluso había empezado a acostumbrarme a esperar encontrarme a Sam K. Barrows, con su amante y su abogado. Mis instintos me impulsaban desde lo desconocido hacia lo conocido. Era la única forma en la que podía funcionar. Era como una criatura ciega que aletea para desovar.

«¡Sé lo que quiero! —me dije—. ¡Quiero unirme a la organización de Sam K. Barrows! Quiero formar parte de todo eso, como Pris. ¡No quiero dispararle!

»Voy a pasarme al otro bando.

»Tiene que haber un lugar para mí —pensé—. Tal vez no en el baile lunar; no es eso lo que busco. No quiero ir a la televisión; no estoy interesado en ver mi nombre en letras de neón. Sólo quiero ser útil. Quiero hacer que el gran jefe les saque partido a mis habilidades».

Levanté el teléfono y le pedí a la operadora que me pasase con Ontario, Oregón. Le di a la operadora de Ontario el número de teléfono de la casa de Maury.

Sonó el teléfono, y Maury respondió con voz soñolienta.

—¿Qué has hecho, irte a la cama? —le pregunté—. Escucha, Maury, tenía que decírtelo, es lo correcto, tenías que saberlo. Voy a pasarme al otro bando: me voy a unir a Barrows y que os den a ti, a mi padre, a Chester y al Stanton, que, de todos modos, es un dictador y nos haría la vida imposible. Al único al que lamento hacerle esto es al Lincoln. Pero si es tan sabio y comprensivo lo entenderá y me perdonará, como Cristo.

—¿Perdón? —dijo Maury. No parecía comprenderme.

—Me he vendido —dije.

—No —repuso Maury—, te equivocas.

—¿Cómo puedo estar equivocado? ¿Qué quieres decir con que me equivoco?

—Si te vas con Barrows no existirá R&R ASOCIADOS, así que no habrá nada que vender. Simplemente nos retiramos, amigo. Y eso es todo. —Parecía bastante tranquilo—. ¿No son así las cosas?

—Me importa un carajo. Sólo sé que Pris tiene razón; no puedes conocer a un hombre como Barrows y luego olvidarte de que lo has conocido. Es una estrella, un cometa. O te arrastras siguiendo su estela o cedés ante todos los planes y propósitos de existencia. Es un ansia irracional dentro de mí, irracional pero real. Es un instinto. Te alcanzará a ti también, cualquier día de éstos. Barrows tiene algo mágico. Sin él, somos caracoles. En cualquier caso, ¿cuál es el propósito de la vida? ¿Arrastrarse por el polvo? Nadie vive para siempre. Si no puedes elevarte hasta las estrellas, estás muerto. ¿Recuerdas la pistola del 38 que tengo? Si no consigo unirme a la organización de Barrows, me volaré los sesos. No voy a quedarme atrás. Los instintos de una persona, ¡los instintos vitales!, son demasiado fuertes.

Maury se quedó en silencio. Pero podía oírlo respirar al otro lado.

—Mira —le dije—, siento haberte despertado, pero tenía que decírtelo.

—Estás paranoico —respondió Maury—. Voy a... Escucha, amigo, voy a llamar al doctor Horstowski.

—¿Para qué?

—Le diré que te llame al hotel.

—Está bien. Dejaré la línea libre.

Y colgué.

Me senté en la cama a esperar y, en efecto, unos veinte minutos más tarde, casi a la una y media de la madrugada, el teléfono volvió a sonar.

—Hola —dije al descolgar.

Una voz lejana contestó.

—Soy Milton Horstowski.

—Louis Rosen, doctor.

—Me ha llamado el señor Rock. —Se produjo una larga pausa—. ¿Cómo está, señor Rosen? El señor Rock me ha dicho que parecía estar molesto por algo.

—Mire, funcionario del gobierno. Esto no es asunto suyo. He tenido algunos problemas con mi compañero, Maury Rock, eso es todo. Ahora estoy en Seattle para unirme a una organización mucho más grande y progresista. ¿Se acuerda de que le hablé de Sam K. Barrows?

—Sé quién es.

—¿Tan descabellado es lo que digo?

—No —replicó el doctor Horstowski—. No lo parece.

—Le he dicho lo del arma a Maury para sacarlo de quicio. Es tarde y estoy un poco nervioso. A veces, cuando se rompe una asociación, resulta psicológicamente difícil. —Esperé, pero Horstowski no dijo nada—. Creo que me voy a ir ya a la cama. Tal vez cuando regrese a Boise me pase a verlo; todo esto es muy duro para mí. Pris se ha unido a la organización de Barrows, ¿lo sabe?

—Sí, lo sé. Sigo en contacto con ella.

—Es casi una niña —dije—. Estoy empezando a pensar que me he enamorado de ella. ¿Podría ser? Quiero decir, una persona con mi perfil psicológico...

—Es posible.

—Bueno, creo que eso es lo que ha pasado, seguramente. No puedo vivir sin Pris, por eso estoy en Seattle. Pero insisto en que me he inventado lo del arma; puede decírselo así a Maury, si eso lo tranquiliza. Sólo estaba tratando de demostrarle que voy en serio. ¿Me comprende?

—Sí, creo que sí —respondió el doctor Horstowski.

Hablamos de nada en concreto durante un rato más y luego colgó. En cuanto acabé de hablar, me dije: «Lo más probable es que el tipo llame a la policía de Seattle o al FBMH para que vengán aquí. No puedo arriesgarme. Podría hacerlo».

Así pues, comencé a recoger mis cosas lo más rápido que pude. Lo metí todo en la maleta y salí de la habitación, cogí el ascensor, bajé al vestíbulo y

pedí la cuenta en el mostrador de recepción.

—¿Ha habido algo que no haya sido de su agrado, señor Rosen? —me preguntó la recepcionista del turno de noche mientras preparaba la factura.

—No —respondí—. He logrado ponerme en contacto con la persona a la que he venido a buscar y quiere que pase la noche en su casa.

Pagué la cuenta, que era bastante moderada, y después llamé a un taxi. El portero sacó mi maleta y la metió en el maletero; le di un par de dólares y un momento después el taxi salió disparado hacia el tráfico sorprendentemente denso.

Cuando pasamos por un moderno motel de buen aspecto, memoricé la ubicación; hice que el taxi se detuviera unas calles más allá, le pagué al conductor y volví a pie. Le dije al propietario del motel que mi coche se había averiado, que venía a Seattle por asuntos de negocios, y me registré con el nombre de James W. Byrd, un nombre que me inventé en ese mismo momento. Pagué por adelantado, dieciocho con cincuenta, y después, llave en mano, me dirigí hacia la habitación número seis.

Era un sitio agradable, limpio y luminoso, justo lo que quería; me acosté y enseguida me quedé profundamente dormido. «Ahora ya no me atraparán — recuerdo haberme dicho a mí mismo mientras me quedaba dormido—. Estoy a salvo. Y mañana llamaré a Sam Barrows y le daré la noticia de que voy para allá».

Y, entonces, recuerdo que pensé: «Estaré de nuevo con Pris; formaré parte de su ascenso a la fama. Estaré allí para verlo todo. Tal vez nos casemos. Le diré lo que siento, que estoy enamorado de ella. Seguro que está el doble de guapa que antes, ahora que Barrows la ha reclutado. Y si Barrows quiere competir conmigo, acabaré con él. Lo destruiré con métodos hasta ahora desconocidos. No bromeo».

Con esos pensamientos, me quedé dormido.

El sol me despertó a las ocho de la mañana, con su luz bañando mi cuerpo, la cama y la habitación. No había echado las cortinas. Fuera, los coches aparcados en fila también reflejaban el sol. Parecía un día precioso.

¿En qué había estado pensando la noche anterior? Recordé todo lo que se me había pasado por la cabeza mientras me quedaba dormido. Ideas de chiflado, locuras, casarme con Pris y matar a Sam Barrows, ideas infantiles. Cuando te estás quedando dormido vuelves a la infancia, no cabe duda. Me sentí avergonzado.

Y, sin embargo, básicamente me mantuve en mis trece. Había venido a buscar a Pris, y si Barrows trataba de interponerse en mi camino... peor para él.

Estaba descontrolado, pero no tenía intención de dar marcha atrás. La cordura prevaleció, ahora que ya era de día; entré en el baño y me di una larga ducha fría, pero ni siquiera la luz del día disipó mis profundas convicciones. Sólo las repasé una y otra vez hasta que fueron más racionales, más convincentes, más prácticas.

Primero tenía que acercarme a Barrows de una manera educada; debía ocultar mis sentimientos reales, mis verdaderos motivos. Tenía que ocultar todo lo relacionado con Pris; le diría que quería trabajar para él, tal vez ayudar en el diseño del simulacro, ofrecerle todos los conocimientos y la experiencia que había acumulado durante mis años de trabajo con Maury y Jerome. Pero ni una pista sobre Pris, ya que si se diese cuenta de algo, entonces...

«Eres astuto, Sam K. Barrows —me dije—. Pero no me puedes leer la mente. Y no se me notará en la cara; tengo mucha experiencia y soy demasiado profesional para delatarme».

Mientras me vestía y me anudaba la corbata, practiqué frente al espejo. Mi rostro era completamente impassible; nadie hubiera imaginado que en mi interior algo me roía el corazón, devorado por el gusano del deseo: amor por Pris Frauentzimmer, o Womankind, o como quiera que se llamase ahora.

«Eso es lo que se entiende por madurez», me dije a mí mismo, y me senté en la cama para sacarle brillo a los zapatos. Ser capaz de ocultar los verdaderos sentimientos, ser capaz de crear una máscara. Ser capaz incluso de engañar a un gran hombre como Barrows. Si puedes hacer eso, lo has conseguido.

De lo contrario, estarás acabado. Y todo el secreto quedará al descubierto.

Había un teléfono en la habitación del motel. Salí y desayuné, jamón y huevos, tostadas, café, incluso zumo. Luego, a las nueve y media, regresé a la habitación del motel y cogí la guía telefónica de Seattle. Pasé mucho tiempo examinando las listas de las diversas empresas de Barrows, hasta que encontré la que pensé que debía de ser la correcta. Entonces marqué.

—Northwest Electronics —dijo la chica con voz risueña—. Buenos días.

—¿Ha llegado ya el señor Barrows?

—Sí, señor, pero está hablando por la otra línea.

—Esperaré.

—Lo voy a pasar con su secretaria —añadió la chica en tono alegre.

Se hizo una larga pausa y a continuación sonó otra voz, también de mujer, pero mucho más tranquila, más mayor.

—Oficina del señor Barrows. ¿Podría decirme quién llama?

—Me gustaría concertar una cita con el señor Barrows. Soy Louis Rosen, llegué anoche a Seattle desde Boise. El señor Barrows ya sabe quién soy.

—Un momento. —Una larga pausa. Y luego la mujer otra vez—: El señor Barrows hablará con usted ahora mismo. Adelante, señor.

—Hola —dije.

—Hola. —La voz de Barrows me resonó en el oído—. ¿Cómo estás, Rosen? ¿En qué puedo ayudarte?

Parecía contento.

—¿Cómo está Pris? —pregunté, sorprendido al verme hablando con él de verdad.

—Pris está bien. ¿Qué tal tu padre y tu hermano?

—Bien también.

—Debe de ser interesante tener un hermano con la cara del revés; ojalá lo hubiese conocido. ¿Por qué no te pasas por aquí un rato mientras estás en Seattle? Sobre la una de esta tarde.

—Sobre la una de esta tarde —repetí.

—Genial. Vale, hasta luego.

—Barrows —dije—, ¿vas a casarte con Pris?

No respondió.

—Voy a matarte —le solté.

—¡Oh, por el amor de Dios!

—Sam, tengo en mi poder una mina antipersona flotante encefalotrópica completamente transistorizada, fabricada en Japón. —Así me imaginaba mi arma del calibre 38—. Y voy a lanzarla en el área de Seattle. ¿Sabes lo que eso significa?

—Eeh, no del todo. Encefalotrópica... ¿Eso tiene algo que ver con el cerebro?

—Sí, Sam. Con tu cerebro. Maury y yo registramos tu patrón cerebral cuando estuviste en nuestra oficina de Ontario. Fue un error por tu parte ir allí. La mina te buscará y cuando te encuentre detonará. Una vez que la libere ya no habrá vuelta atrás: estarás muerto, Sam.

—¡No me jodas!

—Pris está enamorada de mí —continué—. Me lo dijo una noche cuando me llevó a casa. Aléjate de ella o estás muerto. ¿Sabes cuántos años tiene? ¿Quieres saberlo?

—Dieciocho.

Colgué el teléfono.

«Voy a matarlo —me dije—. De verdad. Tiene a mi chica. Sólo Dios sabe lo que estará haciendo con ella».

Marqué el número una vez más y respondió la misma operadora de voz alegre.

—Northwest Electronics, buenos días.

—Estaba hablando con el señor Barrows.

—Vaya, ¿y se ha cortado? Le paso de nuevo la llamada, señor, un momento.

—Dígale al señor Barrows que voy a buscarlo con mi tecnología avanzada. ¿De acuerdo? Adiós.

Volví a colgar.

«Recibiré el mensaje —me dije—. Tal vez debería haberle dicho que trajera a Pris aquí, o algo por el estilo. ¿Lo haría con tal salvar su pellejo? ¡Que te den, Barrows!».

«Estaba seguro de que lo haría», me dije. La entregaría para salvarse. Yo podría recuperarla en cualquier momento. Ella no significaba nada para él; sólo era otra muchacha joven y hermosa.

Yo era el único que de verdad estaba enamorado de Pris por lo que era en realidad.

Marqué una vez más.

—Northwest Electronics, buenos días.

—Páseme al señor Barrows otra vez, por favor.

Oí unos cuantos chasquidos.

—Aquí la señorita Wallace, la secretaria del señor Barrows. ¿Quién es?

—Soy Louis Rosen. Déjeme hablar con Sam de nuevo.

Una pausa.

—Un momento, señor Rosen.

Esperé.

—Hola, Louis —dijo la voz de Sam Barrows—. Bueno, la verdad es que estás tensando la cuerda un poco, ¿no? —Oí su risa entre dientes—. He llamado al arsenal que el ejército tiene en la costa y es verdad que existe algo llamado mina encefalotrópica. ¿Cómo has conseguido una? Me apuesto lo que quieras a que no tienes ninguna.

—Dame a Pris y te perdonaré —le respondí.

—Vamos, Rosen.

—No es ninguna broma. —La voz me tembló—. ¿Crees que esto es un juego? Ya no aguanto más; estoy enamorado de Pris y no me importa nada más.

—Dios.

—¿Lo harás? —chillé—. ¿O tendré que ir a buscarte? —Se me quebró la voz—. Tengo todo tipo de armas del ejército, de cuando estuve en el extranjero. ¡Hablo en serio!

En el fondo de mi mente, una parte tranquila de mí pensó: «El capullo este va a renunciar a ella. Sé lo cobarde que es».

—Cálmate —me respondió Barrows.

—Está bien, voy a ir a por ti, y con todos los avances tecnológicos que tengo a mi disposición...

—Mira, Rosen, escúchame. Supongo que Maury Rock te ha incitado para que hagas todo esto. Lo he hablado con Dave y me ha asegurado que la acusación por corrupción de menores no tiene validez si...

—¡Voy a matarte como hayas abusado de ella! —grité por el teléfono. Y, en el fondo de mi mente, la voz tranquila y sarcástica sonreía y decía: «Eso es, machaca a ese cabrón». La tranquila voz sarcástica reía encantada; se lo estaba pasando en grande—. ¡¿Me has oído?! —seguí gritando.

Al cabo de un momento, Barrows habló de nuevo:

—Estás loco, Rosen. Voy a llamar a Maury. Al menos él está en sus cabales. Mira, voy a llamarlo y a decirle que Pris va a coger un vuelo de regreso a Boise.

—¿Cuándo? —rugí.

—Hoy. Pero no contigo. Y creo que deberías ver a un psiquiatra del gobierno. Estás muy enfermo.

—Está bien —respondí con voz más tranquila—. Hoy. Pero me quedaré aquí hasta que Maury me llame y me diga que Pris está en Boise.

Y colgué.

Vaya.

Me alejé tambaleándome del teléfono, entré en el baño y me eché agua fría en la cara.

¡Comportarme de una manera tan incontrolada e irracional había dado resultado! Vaya cosas para aprender a mi edad. ¡Había recuperado a Pris! Lo había asustado haciéndole creer que estaba loco. ¿Y no era verdad? Estaba fuera de mí, sin duda; sólo había que ver mi comportamiento. La pérdida de Pris me había vuelto loco.

Después de calmarme, volví a coger el teléfono y llamé a Maury a la fábrica de Boise.

—Pris va a volver. Avísame en cuanto llegue. Yo me quedaré aquí. He asustado a Barrows. Soy más fuerte que él.

—Lo creeré cuando la vea —respondió Maury.

—Ese tipo me tiene pavor. Lo he dejado petrificado, con unas ganas locas de quitarse a Pris de encima. No te imaginas hasta qué punto el terrible estrés de la situación me ha hecho delirar como un maniaco.

Le di el número de teléfono del motel.

—¿Te llamó Horstowski anoche?

—Sí, pero es un incompetente. Como me dijiste, estabas malgastando un montón de dinero. Lo único que siento por él es desprecio, y cuando vuelva se lo diré.

—Admiro tu entereza —dijo Maury.

—Y bien que haces. Mi entereza, como tú la llamas, nos ha devuelto a Pris. Maury, estoy enamorado de ella.

Tras un largo silencio, Maury habló de nuevo:

—No te olvides de que es una niña.

—Pretendo casarme con ella. No soy un Sam Barrows cualquiera.

—¡No me importa quién o qué seas! —Ahora era Maury el que gritaba—. No puedes casarte con ella, es una niña. Tiene que retomar sus estudios. ¡Aléjate de mi hija, Louis!

—Estamos enamorados. No puedes interponerte entre nosotros. Llámame en cuanto ponga un pie en Boise, de lo contrario acabaré con Sam K. Barrows, y tal vez con ella y conmigo, si es necesario.

—Louis, necesitas ayuda de la Oficina Federal de Salud Mental. De verdad la necesitas —dijo Maury con voz tranquila—. No dejaría que Pris se casara contigo ni por todo el dinero del mundo, ni por ninguna otra razón. Ojalá hubieras dejado las cosas como estaban. Ojalá no hubieses ido a Seattle. Ojalá ella se hubiera quedado con Barrows; sí, prefiero que esté con Barrows a que esté contigo. ¿Qué tienes tú para ofrecerle? ¡Mira todo lo que Barrows puede darle a una mujer!

—La ha convertido en una prostituta, eso es lo que le ha dado.

—¡No me importa! —gritó Maury—. Es sólo una forma de hablar, una palabra, nada más. Vuelve a Boise. Puedes dar por disuelta nuestra sociedad. Tienes que salir de R&R ASOCIADOS. Voy a llamar a Barrows y le voy a decir que no tengo nada que ver contigo. Quiero que se quede con Pris.

—Que te den.

—¿Tenerte a ti de yerno? ¿Crees que la traje al mundo, por así decirlo, para que se casara contigo? No me hagas reír. ¡No eres absolutamente nada! ¡Aléjate de aquí!

—Es una lástima —dije, aunque me notaba aturdido—. Quiero casarme con ella —repetí.

—¿Le has dicho a Pris que te quieres casar con ella?

—No, aún no.

—Te escupiré en la cara.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? ¿Que a ti quién te va a querer? ¿Quién te va a necesitar? Sólo tu deforme hermano Chester y tu padre senil. Voy a pedirle a Abraham Lincoln que averigüe la forma de acabar con nuestra relación para siempre.

Sonó un clic en el teléfono. Me había colgado.

No me lo podía creer. Me senté en la cama sin hacer y me quedé mirando al suelo. Así que Maury, igual que Pris, iba detrás de la gran oportunidad, del dinero a lo grande. «Mala sangre —me dije—. Lo llevan en los genes».

Debería haberlo sabido. A Pris le tenía que haber llegado de alguna parte.

«¿Qué hago ahora? —me pregunté—. Volarme los sesos y hacerlos felices a todos. Pueden apañárselas bien sin mí, como me ha dicho Maury».

Pero no me apetecía hacerlo. La fría y calmada voz de mi interior, la voz de mi instinto, me decía que no: «Lucha contra todos ellos. Enfrentate a todos ellos... A Pris y a Maury, a Sam Barrows, al Stanton, al Lincoln... Levántate y pelea».

Era tremendo averiguar algo así sobre tu socio: cómo se siente en realidad en lo que a ti respecta, cómo te ve en secreto. Dios, qué cosa más terrible es saber la verdad.

«Me alegro de haberlo descubierto», me dije. No es de extrañar que se involucrara tanto en el proyecto de los simulacros-niñera de la guerra de Secesión. Se alegraba de que su hija se hubiera convertido en la amante de Sam K. Barrows. Estaba orgulloso. Él también había leído *Marjorie Morningstar*.

«Ahora sé cuál es el motor del mundo», me dije. Sé cómo son las personas, qué es lo que valoran en esta vida. Con eso basta para caerte muerto en el acto, o al menos para querer acabar con todo.

«Pero no pienso rendirme —me dije—. Quiero a Pris y la voy a alejar de Maury, de Sam Barrows y de todos los demás. Pris es mía, me pertenece. No me importa lo que ella piense, ni lo que piensen los demás. Me da igual qué

clase de premio diabólico estén buscando conseguir con tantas ansias. Lo único que sé es lo que me dicta la voz de mi instinto interior: “Aleja a Pris Fraenzimmer de todos y cástate con ella”».

Estaba destinada desde el principio a ser la señora de Louis Rosen, de Ontario, Oregón.

Ése fue mi juramento.

Levanté el teléfono y marqué una vez más.

—Northwest Electronics, buenos días.

—Páseme de nuevo con el señor Barrows. Soy Louis Rosen.

Se hizo una pausa. Luego se oyó la voz de otra mujer.

—Soy la señorita Wallace.

—Páseme con Sam, por favor.

—El señor Barrows se ha marchado. ¿Quién lo llama?

—Soy Louis Rosen. Dígale al señor Barrows que lleve a la señorita Fraenzimmer...

—¿A quién?

—A la señorita Womankind. Dígale al señor Barrows que la envíe a mi motel en un taxi. —Le di la dirección, que había leído en la llave de la puerta—. Dígale que no la mande a Boise en avión. Dígale que, si no hace lo que digo, iré allí a buscarla.

Hubo un silencio. Luego la señorita Wallace habló de nuevo:

—No puedo decirle nada porque no está aquí. El señor Barrows se ha ido a casa, de verdad.

—Entonces lo llamaré a casa. Deme el número.

Con voz chillona, la señorita Wallace me dio el número de teléfono; yo ya lo sabía, lo había llamado la noche anterior.

Colgué y al momento levanté de nuevo el auricular y marqué el número.

Pris respondió al teléfono.

—Soy Louis. Louis Rosen.

—Por el amor de Dios —dijo Pris, sorprendida—. ¿Dónde estás? Suenas muy cerca. —Parecía nerviosa.

—Estoy aquí, en Seattle. Volé anoche con la TWA. He venido a rescatarte de Sam Barrows.

—Ay, Dios mío.

—Escucha, Pris, quédate donde estás. Voy para allá ahora mismo. ¿Vale? ¿Me entiendes?

—Ah, no —respondió Pris—. Louis... —Su voz se endureció—. Espera un segundo. He hablado con Horstowski esta mañana. Me ha contado lo tuyo

y lo de tu ataque catatónico. Me ha advertido de lo que podías hacer.

—Dile a Sam que te meta en un taxi y te mande aquí ahora mismo.

—Creí que era Sam el que llamaba, no tú.

—Si no vienes conmigo, te mataré.

—No, no lo harás —dijo con voz dura y tranquila; había recuperado su frío aplomo mortal—. Sólo lo intentarás, vulgar baboso.

Me quedé de piedra.

—Escucha... —comencé a decir.

—Desgraciado. Memo. Anda y muérete, si crees que te vas a entrometer... Sé lo que estáis tramando, panda de vejstorios imbéciles. No podéis diseñar vuestro simulacro sin mí, ¿verdad? Por eso queréis que regrese. Pues os podéis ir a la mierda. Y si intentas acercarte por aquí, gritaré que me estás violando o matando y te pasarás el resto de la vida en la cárcel. Así que piénsatelo bien.

Se quedó callada, pero no colgó. Oía su respiración. Estaba esperando, ansiosa, oír lo que yo tenía que decir, si es que tenía algo que decir.

—Estoy enamorado de ti —le solté.

—Vete al carajo. Ah, vaya, Sam ha llegado. Cuelga. Y no me llames Pris. Mi nombre es Pristine, Pristine Womankind. Hazme un favor: vuelve a Boise y dedícate a tu pobre simulacro retrasado de segunda clase. —De nuevo esperó, y una vez más no se me ocurrió nada que decir, nada que mereciera la pena decir—. Adiós, pobre y vulgar don nadie —dijo Pris con voz dura—. Y, por favor, no me molestes más con tus llamadas. Guárdalas para una mujer sebosa que quiera que la manosees. Si consigues encontrar a una que sea tan sebosa, fea y vulgar como para ti.

Esta vez sonó el clic del teléfono. Al final había colgado, y yo me estremecí aliviado. Me sacudí y temblé al colgar el teléfono y alejarme de ella, de su tranquila voz familiar, punzante y acusadora.

«Pris —pensé—, te quiero. ¿Por qué? ¿Qué he hecho que me ha arrastrado hasta ti? ¿Qué instinto retorcido?».

Me senté en la cama y cerré los ojos.

# 14

Lo único que podía hacer era regresar a Boise.

Había sufrido una derrota, pero no a manos del poderoso y experimentado Sam K. Barrows, ni tampoco de mi socio Maury Rock, sino de Pris, con sus dieciocho años. No tenía sentido quedarme en Seattle.

¿Qué me esperaba ahora? Volver a R&R ASOCIADOS, hacer las paces con Maury y continuar donde lo había dejado. Volver a trabajar en el proyecto de simulacros de soldados-niñera de la guerra de Secesión. Volver a trabajar para el rudo, repelente y malhumorado Edwin M. Stanton. Volver a tener que aguantar al simulacro de Lincoln y sus interminables lecturas en voz alta de *Winnie the Pooh* y *Peter Pan*. Otra vez el olor de los puros Corina Lark, y de vez en cuando el aroma más dulce de los A&C de mi padre. El mundo que había dejado atrás, la fábrica de órganos y de espinetas electrónicas de Boise, nuestra oficina de Ontario...

Y siempre existía la posibilidad de que Maury no me dejara regresar, de que hablara en serio cuando me dijo que quería romper nuestra sociedad. Así que podría verme despojado de ese mundo monótono que había dejado y que ya conocía. A lo mejor ni siquiera tenía eso como futuro.

Tal vez había llegado el momento. El momento de sacar la 38 y volarme la tapa de los sesos. En lugar de regresar a Boise.

El metabolismo de mi cuerpo se aceleraba y se ralentizaba. Me estaba deshaciendo a causa de la fuerza centrífuga mientras tanteaba a mi alrededor, tratando de agarrarme a lo que fuese que tuviese cerca. Pris me había tenido en sus manos y, sin embargo, en el mismo instante en que me tuvo, me apartó bruscamente de ella, me lanzó lejos en un arrebató de maldiciones y reproches. Era como si el mismo imán atrajese partículas que a la vez repelía. Me había quedado atrapado en una oscilación mortal.

Mientras tanto, Pris seguía sin darse cuenta de nada.

Al fin tenía claro el significado de mi vida. Estaba condenado a amar algo más allá de la vida misma, algo cruel, frío y estéril: a Pris Fraenzimmer. Habría sido mejor odiar al mundo entero.

En vista de lo desesperado de mi situación, decidí probar con una última medida. Antes de rendirme, recurriría al simulacro de Lincoln. Había sido de utilidad antes, y tal vez pudiese ayudarme ahora.

—Soy Louis otra vez —dije al oír a Maury—. Quiero que lleves el Lincoln al aeropuerto y lo envíes ahora mismo a Seattle en un vuelo-cohete. Lo necesito en préstamo durante unas veinticuatro horas.

Rápidamente, se inició una discusión frenética y nos pasamos media hora gritándonos. Pero al final cedió. Cuando colgué el teléfono tenía su promesa de que el Lincoln estaría en el Boeing 900 de Seattle al anochecer.

Agotado, me recosté para recuperarme. «Si no es capaz de encontrar este motel —decidí—, probablemente no me será de ninguna utilidad... Me quedaré aquí acostado y descansaré».

Lo irónico era que lo había diseñado Pris.

«Ahora recuperaremos una parte de nuestra inversión», me dije. Nos costó mucho construirlo y no pudimos llegar a un acuerdo con Barrows, y lo único que hacía era pasarse los días sentado leyendo en voz alta y riéndose.

En algún lugar en el fondo de mi mente recordé una anécdota relacionada con Abe Lincoln y las mujeres, con una muchacha en particular de la que se había enamorado en su juventud. ¿Le había salido bien la historia? No conseguía recordar qué fue lo que pasó. Sólo me acordaba de que Lincoln había sufrido mucho.

«Igual que yo», me dije. Lincoln y yo teníamos mucho en común: las mujeres nos lo habían hecho pasar muy mal. Así que sabría comprenderme.

¿Qué me convenía hacer hasta que llegara el simulacro? Era arriesgado quedarme en la habitación del motel... ¿Ir a la biblioteca pública de Seattle y leer algo sobre el noviazgo de juventud de Lincoln? Le dije al encargado del motel dónde estaría si alguien parecido a Abraham Lincoln preguntaba por mí, luego llamé a un taxi y salí. Tenía un montón de tiempo disponible, sólo eran las diez de la mañana.

«Todavía hay esperanza —me dije mientras el taxi me llevaba a la biblioteca—. ¡No me voy a dar por vencido!».

No mientras tuviera al Lincoln para ayudarme a salir de mis problemas. Uno de los mejores presidentes de la historia de Estados Unidos, además de un excelente abogado. ¿Quién podría pedir más?

Si alguien podía ayudarme, ése era Abraham Lincoln.

Los libros de consulta de la biblioteca pública de Seattle no me ayudaron mucho a mantener el buen ánimo. Según contaban, Abe Lincoln había sufrido el rechazo de la mujer que amaba. Se desanimó tanto, que entró en un estado de melancolía rayano en lo psicótico durante meses. Aquel incidente estuvo a punto de acabar con él y le dejó cicatrices emocionales para toda la vida.

«Genial —pensé con amargura mientras cerraba los libros—. Justo lo que necesito: alguien aún más fracasado que yo».

Pero era demasiado tarde. El simulacro ya estaba en camino desde Boise.

«A lo mejor terminamos matándonos los dos —me dije mientras salía de la biblioteca—. Nos pondremos a mirar viejas cartas de amor y luego, pam, con la 38».

Por otro lado, después Lincoln había tenido éxito y se había convertido en presidente de Estados Unidos. Para mí, eso significaba que después de casi morir de dolor por una mujer era posible seguir adelante, sobreponerse, aunque, por supuesto, nunca olvidabas lo que te había pasado. Eso seguiría formando parte de tu vida y te convertiría en una persona más profunda, más reflexiva. Había observado esa melancolía en el Lincoln. Probablemente me iría a la tumba con el mismo tipo de semblante.

Sin embargo, pasarían años hasta entonces, y ahora debía pensar en el presente.

Caminé por las calles de Seattle hasta que encontré una librería que vendía libros de bolsillo, en la que compré una versión de Carl Sandburg de la vida de Lincoln. Me la llevé a mi habitación del motel, donde me relajé con un paquete de seis cervezas y una enorme bolsa de patatas fritas.

En particular, escudriñé la parte que trataba sobre la adolescencia de Lincoln y la muchacha en cuestión, Ann Rutledge. Sin embargo, había algo en la forma de escribir de Sandburg que seguía pasando por alto la cuestión principal; parecía abordar el asunto sólo marginalmente. Así que dejé los libros, la cerveza y la bolsa de patatas, y cogí un taxi para volver a la biblioteca y a su material de consulta. Ya casi era primera hora de la tarde.

El romance con Ann Rutledge. Tras su muerte por malaria en el año 1835, a la edad de diecinueve años, Lincoln cayó en lo que la Enciclopedia Británica denominaba un estado de depresión mórbida que parecía haber dado pie al rumor de que sufría un brote de locura. Al parecer, al propio Lincoln le daba pavor esa parte de su ser, un pavor que se revela en la más misteriosa de sus experiencias, varios años más tarde. Es decir, el incidente de 1841.

En 1840, Lincoln se comprometió con una preciosa mujer llamada Mary Todd. Tenía entonces veintinueve años. Pero de repente, el 1 de enero de

1841, rompió el compromiso. La fecha de la boda estaba fijada. La novia ya tenía el vestido y todo estaba listo. Lincoln, sin embargo, no se presentó. Los amigos fueron a ver qué había sucedido. Lo encontraron sumido en la locura, y su recuperación de este estado fue muy lenta. El 23 de enero le escribió a su amigo John T. Stuart:

Ahora mismo soy el hombre más triste del mundo. Si lo que siento se distribuyera por igual entre toda la raza humana, no habría una sola cara alegre en toda la faz de la tierra. No sé decir si alguna vez me sentiré mejor, pero me temo muchísimo que no. Pero continuar tal cual estoy es imposible: debo morir o mejorar, me parece.

Y en una carta anterior a Stuart, con fecha del 20 de enero, Lincoln dice:

En los últimos días he estado dando una indigna imagen de mi persona, mostrándome como un hipocondríaco, y, por lo tanto, tengo la impresión de que necesito tener cerca al doctor Henry. Se marchará de Springfield a menos que consiga ese puesto, así que podrás hacerte cargo de cuánto me interesa este asunto.

El «asunto» era conseguir que nombrasen al doctor Henry director de la Oficina de Correos de Springfield, con lo que permanecería cerca de Lincoln y podría seguir distrayéndolo con el fin de mantenerlo con vida. En otras palabras: Lincoln, en ese punto de su vida, estaba al borde del suicidio o la locura, o de ambas cosas a la vez.

Sentado en la biblioteca pública de Seattle, con todo el material de consulta a mi alrededor, llegué a la conclusión de que Lincoln era lo que hoy llamaríamos un psicótico maniaco-depresivo.

El comentario más interesante aparecía en la Enciclopedia Británica, y decía lo siguiente:

Durante toda su vida, Lincoln albergó un cierto aislamiento, algo que no le permitía ser plenamente realista, pero que estaba tan oculto tras un aparente realismo que las personas poco observadoras no reparaban en ello. A Lincoln no le importaba si el resto lo notaba o no: estaba dispuesto a dejarse llevar, a permitir que las circunstancias desempeñasen el papel principal a la hora de determinar su curso en la vida, sin detenerse a meditar si sus apegos terrenales surgían de percepciones realistas de afinidad o de una aproximación más o menos remota a los sueños de su espíritu.

Y, a continuación, la Enciclopedia Británica comenzaba con la parte sobre Ann Rutledge, y añadía:

Revelan la profunda sensibilidad, además de la vena de melancolía y reacción emocional desenfrenada que estuvo yendo y viniendo, alternada con una bulliciosa alegría, hasta el final

de sus días.

Más adelante, en sus discursos políticos, Lincoln se mostró muy dado al sarcasmo, un rasgo que, como descubrí al investigar más, es común en las personas maniaco-depresivas. Asimismo, la alternancia de la alegría bulliciosa con la melancolía es la base del diagnóstico maniaco-depresivo.

Sin embargo, lo que debilitó mi opinión fue el siguiente comentario ominoso:

La reticencia, que a veces degenera en secretismo, es una de sus características fijas.

Y también:

[...] Merece la pena reparar en su capacidad para lo que Stevenson llamó «una enorme y genial banalidad».

Aun así, la parte más inquietante de todas guardaba relación con su carácter indeciso, dado que eso no es un síntoma de la depresión maniaca, sino que, en caso de ser síntoma de algo, lo es de la psicosis introvertida. De la esquizofrenia.

Ya eran las cinco y media de la tarde, casi la hora de cenar. Estaba agarrotado, me dolían los ojos y la cabeza. Guardé los libros de consulta, le di las gracias al bibliotecario y salí a la fría calle, azotada por el viento, en busca de un lugar donde comer.

Estaba claro que le había pedido a Maury usar uno de los seres humanos más profundos y complicados de la historia. Mientras cenaba esa noche en el restaurante —una buena cena, por cierto—, le estuve dando vueltas a todo ello.

Lincoln era exactamente igual que yo. La de esos libros bien podría haber sido mi propia biografía; psicológicamente éramos tan parecidos como dos guisantes en una misma vaina, y al entenderlo a él, pude comprenderme a mí mismo.

Lincoln lo había pasado muy mal. Quizá mostrase cierto aislamiento, pero no estaba emocionalmente muerto; todo lo contrario. Así pues, era lo opuesto a Pris, una persona esquizoide y fría. Lincoln llevaba el dolor y la empatía emocional escritos en el rostro. Sentía todo el dolor de la guerra, todas y cada una de las muertes.

Por lo tanto, era difícil creer que lo que la Enciclopedia Británica llamaba «aislamiento» fuera un brote de esquizofrenia. Lo mismo ocurría con su

famoso carácter indeciso. Aparte de todo eso, yo había tenido mi propia experiencia con él, o, para ser más exactos, con su simulacro, y no había percibido en ésta alienación, el rechazo a los demás, que sí había observado en Pris.

Sentía una confianza y una simpatía natural por Lincoln, y eso era sin duda lo contrario a lo que sentía por Pris. Había algo innatamente bueno, cálido y humano en él, un carácter vulnerable. Y yo sabía, por mi propia experiencia con Pris, que un esquizofrénico no era vulnerable. Un esquizofrénico se retiraba a un lugar seguro, a un punto desde el que poder observar a otros humanos, desde el que poder analizarlos de una manera científica sin correr riesgos. La esencia de alguien como Pris radica en la cuestión de la distancia. Me daba cuenta de que su principal temor era la cercanía a otras personas. Y ese temor rayaba en la desconfianza, lo que provocaba ver en las acciones de los demás unos motivos que en realidad no existían. Ella y yo éramos muy diferentes. Me era fácil ver que Pris podía cambiar y volverse paranoica en cualquier momento; ella no conocía la auténtica naturaleza humana, ninguna de esas relaciones sencillas y cotidianas con otras personas que Lincoln había experimentado en su juventud. En un análisis final, eso era lo que los distinguía a los dos. Lincoln conocía las paradojas del alma humana, sus puntos fuertes y débiles, sus lujurias, su nobleza, todas las piezas irregulares que la componen en su variedad casi infinita. Lincoln se había dado a la desidia, mientras que Pris tenía una visión rígida y esquemática de la humanidad, como un cianotipo. Una abstracción. Y vivía dentro de ese marco.

No era sorprendente que fuese una persona imposible de alcanzar.

Acabé la cena, pagué la cuenta, dejé la propina y salí a la oscuridad de la noche. ¿Adónde iba a ir ahora? Al motel una vez más. Llamé a un taxi y no tardé en encontrarme atravesando la ciudad.

Cuando llegué al motel, vi que había luz en mi habitación. El encargado salió corriendo de su oficina y me saludó.

—Tiene visita. Dios mío, se parece a Lincoln, como usted dijo. ¿Qué es esto, una broma o algo así? Lo he dejado pasar.

—Gracias —le respondí, y entré en la habitación.

Allí, en una silla, reclinado hacia atrás y con las largas piernas extendidas, estaba sentado el simulacro de Lincoln. Parecía estar absorto leyendo la biografía de Carl Sandburg y no se percató de mi presencia. Junto a él, en el suelo, había una pequeña bolsa de tela: su equipaje.

—Señor Lincoln —dije.

Levantó la mirada de inmediato y me sonrió.

—Buenas noches, Louis.

—¿Qué opina del libro de Sandburg?

—Aún no he tenido tiempo de formarme una opinión. —Marcó la página del libro, lo cerró y lo dejó a un lado—. Maury me ha dicho que estás en graves dificultades y que necesitas de mi presencia y mi consejo. Espero no haber llegado demasiado tarde.

—No, llega usted a tiempo. ¿Cómo ha ido el vuelo desde Boise?

—Me he quedado atónito observando el rápido movimiento del paisaje que se veía debajo. Apenas habíamos despegado cuando ya estábamos aquí, aterrizando. La doncella me dijo que habíamos recorrido casi dos mil kilómetros.

No entendía a qué doncella se refería.

—¿La azafata?

—Sí, eso, disculpe mi estupidez.

—¿Le apetece beber algo?

Señalé las cervezas, pero el simulacro negó con la cabeza.

—Permíteme declinar tu ofrecimiento. ¿Por qué no me explicas qué te ocurre, Louis, y vemos qué se puede hacer?

Con una expresión de simpatía, el simulacro esperó que hablara.

Me senté frente a él. Pero dudé. Después de todo lo que había leído a lo largo del día, me pregunté si quería de verdad consultarle algo. No porque no tuviera fe en sus opiniones, sino porque mi problema podría despertar sentimientos que el Lincoln tuviese enterrados. Mi situación era muy parecida a la suya con Ann Rutledge.

—Vamos, Louis.

—Déjeme que coja una cerveza primero.

Cogí el abridor y me entretuve unos segundos mientras me preguntaba qué hacer.

—Bueno, tal vez debería hablar yo, entonces. Durante mi viaje desde Boise he reflexionado sobre la situación con el señor Barrows. —Se inclinó, abrió su bolsa de viaje y sacó varias hojas de papel rayado en las que había algo escrito a lápiz—. ¿Quieres luchar con todas tus fuerzas contra el señor Barrows? ¿Para que él mismo haga regresar a la señorita Frauenzimmer, quiera ella o no?

Asentí.

—Entonces, llama por teléfono a esta persona.

Me pasó un trozo de papel con un nombre:

Por mucho que me esforcé, no conseguí ubicar el nombre. Lo había oído antes pero no sabía dónde.

—Dile que te gustaría hacerle una visita en su casa para hablar de un tema delicado —continuó el simulacro en voz baja—. Un asunto que tiene que ver con el señor Barrows... Eso será suficiente. Te invitará a acudir de inmediato.

—¿Y después qué?

—Yo te acompañaré. No habrá ningún problema, creo. No hace falta que recurras a mentiras para hablar con ella. Cuéntale cuál es tu relación con la señorita Frauzzimmer, que representas a su padre y que tienes un profundo vínculo emocional con ella.

No entendía nada.

—¿Quién es esa Silvia Devorac?

—Es la enemiga política del señor Barrows. Es ella la que quiere derribar las viviendas de Green Peach Hat que son propiedad del señor Barrows y de las que ese hombre obtiene enormes beneficios. Es una señora con inclinaciones sociales, entregada a proyectos dignos. —El simulacro me pasó un puñado de recortes de los periódicos de Seattle—. Conseguí todo esto con la ayuda del señor Stanton. Como puedes ver, la señora Devorac es incansable. Y bastante astuta.

—Me está diciendo que el hecho de que Pris esté por debajo de la edad de consentimiento y tutelada por el gobierno por una enfermedad mental...

—Te estoy diciendo, Louis, que la señora Devorac sabrá qué hacer con la información que le des.

Pasado un momento, hablé de nuevo.

—¿Merece la pena? —Me sentía agobiado—. Hacer algo así...

—Sólo Dios puede saberlo con seguridad.

—¿Cuál es su opinión?

—Pris es la mujer de la que estás enamorado. ¿No es ésa la clave de la cuestión? ¿Qué hay en el mundo más importante para ti? ¿No te jugarías la vida por esto? Creo que ya lo has hecho, y tal vez, si Maury está en lo cierto, las vidas de otros.

—Joder, el amor es todo un culto en Estados Unidos. Nos lo tomamos demasiado en serio. Es prácticamente una religión nacional. —El simulacro no dijo nada, sino que se quedó meciéndose adelante y atrás—. Para mí es serio, desde luego.

—Entonces, eso es lo que debes tener en cuenta, no si es lo bastante serio para los demás. Creo que sería inhumano retirarse siendo rentista, como hará

el señor Barrows. ¿No es verdad que él es todo lo contrario a ti? Precisamente por eso saldrás airoso: para él, sus sentimientos por la señorita Pris no son nada serio. ¿Y eso es bueno? ¿Es eso más moral o racional? Si él sintiera lo que tú sientes, permitiría a la señora Devorac obtener la orden de demolición, se casaría con Pris y él mismo pensaría que había conseguido un buen acuerdo. Pero no es eso lo que el señor Barrows pretende, y así se aparta de su humanidad. Tú no actuarías igual. Tú pondrías toda la carne en el asador por esto, y es lo que estás haciendo. Para ti, la persona de la que estás enamorado es lo más importante de todo, y creo que tienes razón y que el señor Barrows se equivoca.

—Se lo agradezco. Debo admitir que sabe usted reconocer de verdad cuáles son los valores importantes de la vida. Me he topado con mucha gente en mi vida, pero usted sabe ir directo al meollo de las cosas.

El simulacro se acercó y me dio una palmadita en el hombro.

—Creo que estamos unidos de algún modo, Louis. Tú y yo tenemos mucho en común.

—Lo sé. Somos iguales.

Los dos nos habíamos emocionado mucho.

# 15

El Lincoln dedicó un tiempo a instruirme sobre qué debía decir exactamente cuando hablase por teléfono con la señora Silvia Devorac. A pesar de haberlo puesto en práctica una y otra vez, me abrumaba un terrible presentimiento.

Aun así, al final me sentí preparado. Encontré el número en la guía telefónica de Seattle y lo marqué. De inmediato, una melodiosa voz de señora refinada de mediana edad me llegó al oído.

—¿Sí?

—¿Señora Devorac? Disculpe que la importune. Estoy interesado en Green Peach Hat y en su proyecto para acabar con él. Me llamo Louis Rosen y soy de Ontario, Oregón.

—No tenía idea de que nuestro comité hubiese captado la atención de lugares tan alejados...

—Quería preguntarle si podría llegarme por su casa con mi abogado y charlar con usted unos minutos.

—¡Su abogado! Cielo santo. ¿Hay algún problema?

—Sí que lo hay, pero no con su comité, sino con... —Clavé la mirada en el Lincoln, quien asintió afirmativamente con la cabeza—. Verá, se trata de un problema con Sam K. Barrows —añadí en tono grave.

—Entiendo.

—Conocí al señor Barrows por una desafortunada relación comercial que establecimos en Ontario. He pensado que, tal vez, pueda usted ayudarme de algún modo.

—Ya cuenta usted con su abogado, según me ha dicho... No se me ocurre qué podría hacer yo que él no pueda. —La voz de la señora Devorac sonaba firme y comedida—. De todos modos, son ustedes bienvenidos si quieren pasar por aquí, siempre que no me ocupen más de una media hora. Espero invitados a las ocho.

Colgué tras darle las gracias.

—Has sabido cumplir de un modo satisfactorio, Louis —me dijo el Lincoln, y se puso en pie—. Deberíamos marcharnos de inmediato, en taxi.

Se dirigió hacia la puerta.

—Espere.

Se detuvo en el umbral y me miró fijamente.

—No puedo hacerlo.

—En ese caso, vayamos a dar un paseo —respondió el simulacro. Sostuvo la puerta abierta para permitirme el paso—. Disfrutemos de la brisa nocturna. Huele a montaña.

Juntos caminamos por la acera en penumbra.

—¿Qué crees que será de la señorita Pris? —me preguntó el simulacro.

—Estará bien. Se quedará con Barrows. Él le proporcionará todo cuanto desee en la vida.

El simulacro se detuvo en una estación de servicio.

—Tendrás que volver a llamar a la señora Devorac para decirle que no iremos.

Había una cabina telefónica ahí al lado.

Me lancé al interior de la cabina y marqué de nuevo el número de la señora Devorac. Me sentí incluso peor que en la ocasión anterior; a duras penas logré acertar con los dedos en los números correctos.

—¿Sí? —me contestó la misma voz en tono cortés.

—Soy el señor Rosen de nuevo. Discúlpeme, pero me temo que aún no he puesto del todo en orden mis asuntos, señora Devorac.

—¿Y desea posponer la visita?

—Así es.

—No hay problema ninguno. Cuando a usted le venga bien. Señor Rosen, antes de que cuelgue, ¿ha estado alguna vez en Green Peach Hat?

—No.

—Se encuentra en unas condiciones bastante lamentables.

—No me sorprende.

—Por favor, trate de visitarlo.

—De acuerdo, así lo haré.

La señora Devorac colgó el teléfono. Me quedé allí de pie, con el auricular en la mano, hasta que al fin colgué y salí de la cabina telefónica.

No veía al Lincoln por ninguna parte.

«¿Se habrá marchado? —me pregunté—. ¿Estoy solo ahora?». Escudriñé la oscuridad de la noche de Seattle.

El simulacro estaba sentado dentro de la estación de servicio, en una silla situada frente al chico de uniforme blanco, charlando amigablemente mientras balanceaba la silla hacia delante y hacia atrás. Abrí la puerta.

—Vamos —le dije.

El simulacro le dio las buenas noches al chico y nos marchamos caminando en silencio.

—¿Por qué no nos acercamos a visitar a la señorita Pris? —me preguntó el simulacro.

—Ah, no —respondí horrorizado—. A lo mejor hay algún vuelo a Boise esta noche. De ser así, deberíamos cogerlo.

—Le tienes miedo. A Pris. De todas formas, ni ella ni el señor Barrows estarán en casa. Seguro que han salido a dejarse ver y pasarlo bien. El chaval de la estación de servicio me ha contado que vienen a actuar a Seattle famosos del mundo del espectáculo de talla internacional, algunos incluso desde Europa. Creo recordar que ha dicho que Earl Grant está hoy aquí. ¿Está bien considerado?

—Mucho.

—El muchacho me ha dicho que, por lo general, actúan tan sólo una noche y luego se van. Dado que el señor Grant está aquí esta noche, supongo que no estuvo anoche y que el señor Barrows y la señorita Pris irán a verlo actuar.

—Es un cantante, y muy bueno.

—¿Tenemos suficiente dinero para acudir?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no vamos?

Hice un gesto con la mano. ¿Por qué no?

—Porque no quiero —respondí.

El simulacro me habló con suavidad:

—He recorrido una distancia enorme para servirte de ayuda, Louis. Considero que, en agradecimiento, podrías hacerme ese favor. Me encantaría escuchar al señor Grant interpretando las canciones de su repertorio. ¿No te sientes en deuda suficiente conmigo como para acompañarme?

—Está usted exponiéndome deliberadamente.

—Quiero que acudas al lugar en el que, con toda probabilidad, te encontrarás con el señor Barrows y la señorita Pris.

Era obvio que no tenía elección.

—Está bien. Vamos.

Con una sensación amarga, comencé a buscar un taxi a ambos lados de la calle.

Una multitud ingente había acudido a escuchar al legendario Earl Grant, y apenas éramos capaces de deslizarnos entre ellos. Sin embargo, no había ni rastro de Pris ni de Sam Barrows. Nos sentamos en la barra del bar, pedimos unas copas y vimos el espectáculo desde allí. «Probablemente no aparezcan», me dije. Me sentí un poco mejor. Había una posibilidad entre un millón...

—Canta de maravilla —dijo el simulacro en el descanso.

—Así es.

—Los negros llevan la música en las venas.

Le clavé la mirada. ¿Estaba siendo sarcástico? Menudo comentario tan banal y estereotipado. Sin embargo, mostraba una expresión seria en el rostro. Quizá en su época ese comentario no significase lo mismo que hoy día. Habían transcurrido demasiados años.

—Recuerdo mis viajes a Nueva Orleans cuando era niño —continuó el simulacro—. Fue allí donde me percaté por primera vez de las condiciones lamentables en las que vivía la gente de color. Creo que fue en 1826. Me dejó perplejo el carácter español de aquella ciudad, era completamente diferente al de la América en la que me había criado.

—¿Fue entonces cuando lo reclutó Denton Offcutt? ¿Aquel vendedor ambulante?

—Estás muy bien informado acerca de los primeros años de mi vida.

Parecía desconcertarlo el que yo lo supiese.

—Joder, es que lo he buscado. En 1835 falleció Ann Rutledge. En 1841...

Me detuve en seco. ¿Por qué había mencionado aquello? Me habría corrido a mí mismo a patadas por toda la manzana. El rostro del simulacro, aún en la penumbra del bar, mostraba una conmoción profunda y un sufrimiento que lo invadía por entero.

—Lo siento —me apresuré a decir.

Entretanto, y gracias a Dios, Grant había comenzado otra canción, aunque era un *blues* triste y sereno. Me fui poniendo cada vez más nervioso. Le hice un gesto con la mano al camarero para que se acercase y pedí un whisky doble para mí.

El simulacro estaba encorvado sobre su asiento, cabizbajo. Tenía recogidas las piernas para poder apoyar los pies en el travesaño del taburete. Earl Grant había acabado su canción, pero él permanecía en silencio, como si no fuese consciente de lo que lo rodeaba. Tenía el rostro pálido y demudado.

—Siento haberlo deprimido —le confesé.

Estaba empezando a preocuparme.

—No ha sido culpa tuya. A veces me sobreviene este estado de ánimo. Soy, como ya sabes, terriblemente supersticioso. ¿Es eso reprochable? En cualquier caso, no puedo evitarlo, es mi manera de ser.

Pronunció las palabras vacilante, como si le supusiese un esfuerzo inmenso; como si, pensé yo, a duras penas encontrase la energía suficiente para hablar.

—Tómese otra copa —le sugerí, y me percaté entonces de que ni siquiera había probado la primera.

El simulacro negó con la cabeza, en silencio.

—Escuche —añadí—. Salgamos de aquí y vayámonos en el cohete. Regresemos a Boise. —Me bajé de un salto del taburete—. Vamos.

El simulacro ni siquiera se movió de donde estaba.

—No se venga abajo de esa manera. Debí haberme dado cuenta. El *blues* afecta a todo el mundo de ese modo.

—No es por lo que ha cantado el hombre de color —me explicó el simulacro—. Es mi propio modo de ser. No lo culpes a él, Louis, ni tampoco a ti mismo. Durante el vuelo hacia aquí contemplé los bosques silvestres y pensé para mis adentros en mis primeros años y en los viajes de mi familia, en especial en la muerte de mi madre y en nuestro viaje a Illinois desde Oxen.

—Por el amor de Dios. Este lugar es demasiado triste. Cojamos un taxi al aeropuerto Sea-Tac y...

Me callé de golpe.

Pris y Sam habían entrado en la sala, un camarero los conducía hacia una mesa reservada.

Al verlos, el simulacro sonrió.

—Vaya, Louis, debí haberte hecho caso. Ahora me temo que es demasiado tarde.

Me quedé petrificado, de pie al lado de mi taburete.

## 16

El simulacro de Lincoln me habló al oído en voz baja:

—Louis, deberías sentarte de nuevo en el taburete.

Asentí y volví a sentarme a tientas. Pris... estaba resplandeciente, impresionante, con uno de los vestidos de la nueva temporada de Total Glimpse. Llevaba el pelo mucho más corto, peinado hacia atrás, y lucía una peculiar sombra de ojos que los hacía enormes y oscuros. Barrows, con esa cabeza afeitada similar a una bola de billar y la jovialidad de sus modales histriónicos, estaba como siempre. Con su enérgico aire de emprendedor y una exagerada sonrisa, agarró la carta que le ofrecían y se puso a pedir.

—Pris está adorable, asombrosa —me dijo el simulacro.

—Sí.

A nuestro alrededor, los hombres que había sentados en la barra —y también las mujeres— se habían detenido para mirarla de arriba abajo. No se los podía culpar.

—Tienes que hacer algo —me urgió el simulacro—. Me temo que ahora no puedes marcharte ni tampoco quedarte tal cual. Voy a acercarme a su mesa y a decirles que estás citado esta noche con la señora Devorac. Es lo único que puedo hacer por ayudarte. El resto, Louis, depende de ti.

Se alejó del taburete con pasos largos y recorrió la distancia que nos separaba de ellos antes de que me diese tiempo a detenerlo.

Llegó a la mesa de Barrows, se inclinó, con una mano apoyada en el hombro del tipo, y le dijo algo aproximándose a su oído.

Barrows se volvió de golpe para mirarme. Pris también se dio la vuelta, con un fulgor en sus gélidos ojos negros.

El Lincoln volvió a la barra.

—Vayamos con ellos, Louis.

Bajé del taburete como un autómatas y me abrí paso entre las mesas hasta Barrows y Pris. Se me quedaron mirando fijamente. Es probable que creyesen

que llevaba encima el revólver, pero no era así. Lo había dejado en el motel.

—Sam, estás acabado. Tengo toda la información preparada para Silvia —le dije. Miré mi reloj de pulsera—. Lo siento por ti, pero ya es demasiado tarde. Tuviste tu oportunidad y la desperdiciaste.

—Siéntate, Rosen.

Me senté a la mesa.

El camarero trajo unos martinis para Barrows y Pris.

—Hemos construido nuestro primer simulacro —me comunicó Barrows.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué personaje?

—George Washington, el padre de nuestra nación.

—Una pena ver cómo todo tu imperio se viene abajo hasta convertirse en ruinas.

—No sé a qué te refieres, pero me alegra haber coincidido contigo —continuó Barrows—. Es la ocasión perfecta para aclarar unos cuantos malentendidos. —Se dirigió a Pris—. Siento tener que tratar asuntos de negocios, querida, pero ha sido toda una suerte toparnos con Louis aquí, ¿no crees? ¿Te importa?

—Sí, me importa. O se va, o tú y yo hemos terminado.

—Te sulfuras demasiado, querida. Se trata de una minucia, pero una minucia interesante que me gustaría aclarar ahora mismo con Rosen. Si tan disgustada estás, puedo mandarte a casa en un taxi.

Pris le contestó con un tono de voz inexpresivo y distante.

—No vas a deshacerte de mí. Si tratas de librarte de mí, te voy a arrastrar por los suelos tan rápido que ni lo vas a ver venir.

Los dos nos quedamos mirándola. Tras el precioso traje, el peinado y el maquillaje, estaba la misma Pris de siempre.

—Creo que te voy a mandar a casa —dijo Barrows.

—No —replicó ella.

Barrows le hizo un gesto a la camarera.

—¿Podrían llamar un taxi...?

—Me follaste delante de testigos —dijo Pris.

Barrows palideció y le indicó a la camarera que se retirase con un gesto de la mano.

—Escúchame bien. ¿Podrías hacer el favor de quedarte quietecita y tomarte la *vichyssoise* en silencio? ¿Crees que podrías?

—Diré lo que quiera cuando me parezca.

—¿De qué testigos hablas? —Barrows forzó una sonrisa—. ¿Dave Blunk? ¿Colleen Nild? —Su sonrisa tomó firmeza—. Adelante, querida, habla.

—Eres un viejo verde al que le gusta levantar las faldas de las jovencitas —respondió Pris—. Deberías estar entre rejas. —El volumen de su voz, a pesar de no ser demasiado elevado, llamaba lo bastante la atención como para que varias personas de las mesas de alrededor se volviesen a mirarnos—. Ya me la has metido demasiadas veces. Y una cosa te voy a decir: me sorprende que consigas que se te levante, con lo pequeña y flácida que la tienes. Aunque todo tú enterito eres viejo y flácido, marica.

El rostro de Barrows se contrajo de disgusto y se retorció en una mueca de sonrisa forzada.

—¿Algo más?

—No —contestó Pris—. Tienes a toda esa gente comprada, así que no testificarán contra ti.

—¿Algo más?

Pris negó con la cabeza, respirando fuerte.

Barrows se dirigió entonces a mí.

—Bueno, continúa.

Parecía conservar la calma. Resultaba asombroso; era capaz de aguantar lo que fuese.

—¿Me pongo en contacto con la señora Devorac o no? De ti depende.

Barrows echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Me gustaría consultarlo con mi equipo jurídico. ¿Te molesta si llamo a Dave Blunk y le digo que venga?

—En absoluto —contesté, a sabiendas de que Blunk le aconsejaría que diese su brazo a torcer.

Barrows se disculpó y se marchó para hacer la llamada. En su ausencia, Pris y yo nos sostuvimos la mirada sin mediar palabra. Cuando por fin regresó, Pris lo recibió con una expresión de suspicacia y desolación.

—¿Qué clase de mezquindad te traes entre manos, Sam? —le preguntó.

Sam Barrows no contestó. Se recostó en su silla con aire despreocupado.

—Louis, Sam ha hecho algo —me dijo Pris, lanzando a su alrededor una mirada furtiva cargada de furia—. ¿No te das cuenta? ¿Es que no lo conoces lo suficiente para verlo claro? ¡Venga ya, Louis!

—No te preocupes —contesté.

De todos modos, comencé a inquietarme y me percaté de que, en la barra, el Lincoln se estremecía de nerviosismo y fruncía el ceño. ¿Me estaría equivocando? Ya era demasiado tarde, concluí.

—¿Le importaría acercarse? —le dije al simulacro. Se levantó de inmediato, vino y se inclinó para escuchar lo que tenía que decirle—. El señor

Barrows se encuentra a la espera de consultar con su abogado.

Mientras tomaba asiento, el simulacro reflexionó.

—Supongo que eso no tiene nada de malo.

Todos permanecemos a la espera. Media hora más tarde, apareció Dave Blunk, caminando directamente hacia nosotros. Lo acompañaba Colleen Nild, con un atuendo muy profesional, y tras ella venía una tercera persona: un joven rapado con pajarita y una ansiosa expresión de alerta en el rostro.

«¿Quién es ese hombre? —me pregunté—. ¿Qué está ocurriendo?».

Mi inquietud se acrecentó.

—Disculpen la tardanza —se excusó Blunk, mientras acomodaba en una silla a la señorita Nild.

Tanto él como el joven de la pajarita tomaron asiento a continuación. Nadie se ocupó de hacer las presentaciones.

«Debe de ser un empleado de Barrows —me dije—. ¿Será éste el pordiosero encargado de cumplir con la formalidad de casarse con Pris?».

Al verme con la mirada fija en el joven, Barrows comenzó a hablar:

—Éste es Johnny Booth. Johnny, quiero presentarte a Louis Rosen.

El joven asintió con impaciencia.

—Encantado de conocerlo, señor Rosen. —Saludó a los demás inclinando la cabeza—. ¿Qué hay? ¿Qué tal? ¿Cómo está?

—Un segundo. —Sentí que se me helaba la sangre—. ¿Éste es John Booth? ¿John Wilkes Booth?

—Ha dado en el clavo —contestó Barrows.

—Pero no se parece en nada a John Wilkes Booth.

Era un simulacro, pero muy poco logrado. Justo hacía nada había estado hojeando los libros de consulta en la biblioteca, y sabía que John Wilkes Booth tenía un aspecto exageradamente teatral. El individuo que yo tenía delante no era más que otro de tantos lacayos, un pusilánime, la clase de tipo que te encuentras en los distritos financieros de toda gran ciudad de Estados Unidos.

—Venga ya —le dije—. ¿Éste es su primer intento? No sé si se han dado cuenta, pero va a ser mejor que lo intenten de nuevo.

Sin embargo, mientras le hablaba mantuve la mirada clavada en el simulacro, preso del terror, puesto que cumplía con su objetivo a pesar de su estúpida apariencia. Era un éxito en el aspecto técnico y un aterrador presagio para nosotros, para todos nosotros. ¡El simulacro de John Wilkes Booth, el asesino del presidente Lincoln! No pude evitar desviar la mirada hacia el Lincoln para ver su reacción. ¿Sería consciente de lo que aquello suponía?

El Lincoln no había pronunciado ni una palabra, pero en su rostro se habían intensificado las líneas de expresión, la suave penumbra de melancolía que siempre lo cubría en mayor o menor grado. Parecía saber qué le esperaba, qué supondría para él este nuevo simulacro.

No podía creer que Pris hubiese diseñado tal cosa. Entonces me percaté de que, por descontado, no había sido ella. Aquella era la razón por la que el simulacro no tenía un rostro real. Tan sólo había participado Bundy. Gracias a él, habían desarrollado la maquinaria interna y después la habían embutido en aquel contenedor humano en bruto que estaba sentado a la mesa, sonriendo y asintiendo con la cabeza. El típico hombre que consiente con todo, un *Ja-Sager*, que a todo dice sí. Ni siquiera habían intentado recrear la auténtica apariencia de Booth. Tal vez ni siquiera les importase. Habían trabajado a toda prisa para cumplir con un propósito muy concreto.

—Ya podemos continuar con nuestra conversación —declaró Barrows.

Dave Blunk asintió con la cabeza y así lo hizo también John Wilkes Booth. La señorita Nild revisaba la carta. Pris tenía la mirada clavada en el simulacro, como petrificada. Así pues, había acertado: para ella también había sido una sorpresa. Mientras la agasajaban con comidas y bebidas, con ropas nuevas, belleza y noches de cama, Bob Bundy había estado en alguno de los talleres de la organización Barrows dando martillazos para crear ese artefacto.

—Genial. Prosigamos —contesté.

Barrows se dirigió a su simulacro.

—Por cierto, Johnny, este señor alto con barba es Abe Lincoln. Estuve hablándote sobre él, ¿lo recuerdas?

—Claro que sí, señor Barrows —contestó el Booth al instante, asintiendo exageradamente con la cabeza—. Lo recuerdo a la perfección.

—Barrows, lo que has traído aquí es una estafa. Esta cosa no es más que un asesino al que has llamado Booth. Ni habla como el original ni se le parece, y lo sabes. Es falso, falso y ruin de la cabeza a los pies, y me está dando asco. Me das vergüenza ajena.

Barrows se encogió de hombros.

—Recita algo de Shakespeare —le dije al Booth.

Aquella cosa me devolvió una sonrisa con su estúpido aire de hombre atareado.

—Algo en latín, entonces. —Insistí.

Volvió a sonreír.

—¿Cuántas horas habéis tardado en crear toda esta nada? —le pregunté a Barrows—. ¿Media mañana? ¿Dónde ha quedado la fidelidad por el detalle?

¿Adónde habéis mandado la artesanía? Aquí sólo hay chatarra, el instinto asesino contenido en este artefacto, ¿no es así?

—Supongo que querrás retirar tu amenaza de informar a la señora Devorac en vista de que Johnny Booth está aquí presente —respondió Barrows.

—¿Qué pretende hacer la cosa ésta? —quise saber—. ¿Usar un anillo lleno de veneno? ¿Recurrir a la guerra bacteriológica?

Dave Blunk se echó a reír. La señorita Nild sonrió. El Booth los imitó con su sonrisa vacua obedeciendo las señas que le hacía su jefe. El señor Barrows los tenía a todos atados como marionetas y tiraba de las cuerdas con todas sus fuerzas.

El rostro de Pris, que permanecía con la mirada clavada en el simulacro de Booth, se había tornado casi irreconocible. Tenía la cara demacrada, el cuello tieso como una gallina y los ojos parecían vidriosos, como si la luz se hiciera añicos dentro de ellos.

—Escucha —dijo Pris, y señaló al Lincoln—. Eso lo he construido yo. Barrows la miraba fijamente.

—Es mío —continuó ella antes de dirigirse al Lincoln—. ¿Lo sabía usted? ¿Que mi padre y yo lo construimos?

—Pris, por amor de Dios... —la interrumpí.

—Cállate —me cortó.

—Mantente al margen de esto —le advertí—. Esto es algo entre el señor Barrows y yo. —Me temblaba todo—. Sé que tus intenciones son buenas, y soy consciente de que no tienes nada que ver con el Booth. Y tú...

—Por el amor de Dios —volvió a interrumpirme Pris—. Cierra la boca. —Miró a Barrows a la cara—. Has puesto a Bob Bundy a construir esta cosa para destruir al Lincoln y has sido muy precavido para evitar que yo me enterase. Escoria. Jamás te lo perdonaré.

—¿Qué es lo que te corroe tanto por dentro, Pris? No me digas que estás teniendo una aventura con el simulacro de Lincoln —dijo Barrows frunciendo el ceño.

—No quiero ver cómo asesinan a mi creación —le respondió Pris.

—Pues a lo mejor lo ves —replicó Barrows.

El Lincoln habló en tono grave:

—Señorita Pris, creo firmemente que el señor Rosen está en lo cierto. Debería usted dejar que él y el señor Barrows encuentren la solución a su problema.

—Puedo resolverlo yo misma —le aclaró Pris.

Se inclinó hacia delante y buscó a tientas algo bajo la mesa. No podía imaginar qué estaba haciendo, ni tampoco Barrows. De hecho, todos nos quedamos petrificados en el asiento. Pris se incorporó con uno de sus zapatos de tacón de aguja en la mano, blandiéndolo con esa pieza de metal en posición amenazante.

—Vete a la mierda —le dijo a Barrows.

Barrows hizo el amago de levantarse de la silla.

—¡No! —exclamó levantando el brazo.

El zapato impactó en la cabeza del simulacro Booth y se clavó en el cráneo de aquella cosa, justo detrás de una oreja.

—Ahí lo tienes —le dijo Pris a Barrows, con los ojos húmedos, brillantes, y la boca como una delgada y frenética línea retorcida.

—Gláp —balbució el simulacro.

Las manos del Booth se agitaron espasmódicas en el aire y los pies tamborilearon el suelo. Después, dejó de moverse. Un vendaval interno lo sacudió, las extremidades le temblaron y se retorcieron. Quedó inerte.

—No vuelvas a golpearlo, Pris —dije.

No me sentía capaz de soportar nada más. Barrows estaba diciendo básicamente lo mismo, murmurando aturdido con tono monótono.

—¿Para qué iba a golpearlo de nuevo? —contestó Pris con total naturalidad.

Extrajo el tacón de la cabeza del simulacro, se agachó y volvió a colocarse el zapato. Las personas de las mesas aledañas nos miraban con estupefacción.

Barrows cogió una servilleta de tela blanca y se secó la frente. Hizo el amago de decir algo, cambió de opinión y permaneció en silencio.

El simulacro de Booth comenzó a deslizarse poco a poco de su asiento. Me levanté e intenté colocarlo de forma que permaneciese erguido. Dave Blunk también se puso en pie, y entre los dos nos las arreglamos para enderezarlo y que no se cayera. Pris le dio un sorbo a su bebida con rostro inexpresivo.

Blunk se dirigió a las personas de las mesas cercanas:

—Es un muñeco. Es un muñeco de tamaño natural, para exposiciones. Es mecánico.

Para que se tranquilizasen, les mostró el interior de metal y plástico del cráneo del simulacro que no resultaba visible. A través del agujero, pude ver algo que brillaba, la mónada directora dañada, supuse. Me pregunté si Bob Bundy sería capaz de arreglarlo. Me pregunté si realmente me importaba que lo arreglasen o no.

Barrows se apartó el cigarrillo de la boca y le dio un trago a su copa. Luego, con voz ronca, le habló a Pris:

—Has quemado todos los puentes que tenías conmigo haciendo esto.

—Pues adiós —respondió Pris—. Adiós, Sam Barrows, marica sucio y repugnante.

Se puso en pie y volcó la silla a propósito. Se alejó de la mesa, de todos nosotros. Caminó a través del resto de mesas y las dejó atrás hasta llegar al guardarropa, donde cogió el abrigo que le tendía la chica del mostrador.

Ni Barrows ni yo nos movimos.

—Ha salido por la puerta —dijo Dave Blunk de pronto—. Puedo ver la puerta mejor que vosotros. Se ha marchado.

—¿Qué voy a hacer con esto? —le dijo Barrows a Blunk refiriéndose al fallecido simulacro de Booth—. Habrá que sacarlo de aquí.

—Podemos sacarlo entre los dos —contestó Blunk.

—Echaré una mano —intervine yo.

—No volveremos a verla. Aunque puede que esté de pie ahí fuera, en la acera, esperando —comentó Barrows y luego se dirigió a mí—. ¿Tú qué crees? Yo no sé qué decir, no logro comprenderla.

Me precipité por el pasillo situado junto a la barra, pasé junto al guardarropa, empujé la puerta y salí. Allí, de pie, estaba el portero uniformado. Incluyó la cabeza al verme como gesto de cortesía.

No había ni rastro de Pris.

—¿Hacia dónde ha ido la chica que acaba de salir? —le pregunté.

El portero gesticuló.

—No lo sé, señor. —Señaló el tráfico, la multitud de taxis, a los grupos de gente que parecían enjambres, todo lo que había cerca de la puerta del club—. Lo siento, no sabría decirle.

Miré a un lado y otro de la acera, e incluso eché a correr un pequeño tramo en cada dirección, esforzándome por entreverla en medio de la gente.

Nada.

Al final, regresé al club y fui hasta la mesa donde Barrows y los demás estaban sentados junto al simulacro deteriorado e inerte.

En ese momento, estaba inclinado hacia un costado tras deslizarse del asiento. Tenía la cabeza caída a un lado y la boca abierta. Volví a enderezarlo con la ayuda de Dave Blunk.

—Lo has perdido todo —le dije a Barrows.

—No he perdido nada.

—Sam tiene razón —dijo Dave Blunk—. ¿Qué es lo que ha perdido? Bob Bundy puede hacer otro simulacro si es preciso.

—Ha perdido a Pris. Eso lo es todo.

—Joder, es imposible saber por dónde va a salir Pris. Creo que ni ella misma lo sabe.

—Supongo —contesté. Sentí que la lengua me aumentaba de tamaño y se me encajaba en la boca. Moví la mandíbula a uno y otro lado. No sentía dolor. No sentía nada en absoluto—. Yo también la he perdido.

—Obviamente —me confirmó Barrows—. Pero estás mejor sin ella. ¿Serías capaz de soportar algo así todos los días?

—No.

Mientras seguíamos allí sentados, el gran Earl Grant apareció de nuevo. El piano comenzó a sonar y todo el mundo guardó silencio. Así lo hicimos nosotros también.

*Tengo la almohada llena de saltamontes, cariño,  
Y la comida cubierta de grillos.*

Me lo estaba cantando a mí. ¿Me habría visto allí sentado? ¿Habría visto la expresión de mi rostro? ¿Sabía cómo me sentía? Era una canción vieja y triste. A lo mejor me había visto, o a lo mejor no, era imposible saberlo a ciencia cierta. Pero lo parecía.

«Pris es un ser salvaje», pensé. No era como nosotros. Su sitio era otro. Pris era prístina, en el más desagradable de los sentidos: las cosas que ocurren entre las personas, lo que está pasando aquí, no le llegaban. Al mirarla, uno ve el pasado más lejano. Uno ve al ser humano en sus inicios, hace un millón, dos millones de años.

La canción que estaba cantando Earl Grant era una de las maneras de domarnos, de crearnos y modificarnos gradualmente una y otra vez en innumerables iteraciones. El Creador seguía trabajando en su obra, moldeando lo que en la mayoría de nosotros permanecía maleable. Pero no ocurría así con Pris, no había quién la moldease ni le diese forma, ni tan siquiera Él.

«He visto al “otro”», me dije cuando vi a Pris. Y ahora, ¿qué me queda? Tan sólo esperar la muerte, como le pasó al simulacro de Booth al quitarse ella el zapato. El simulacro de Booth, al fin, había recibido su merecido un siglo más tarde. Antes de su muerte, Lincoln soñó con el asesinato. Vio en sus sueños un ataúd forrado de satén negro y largas procesiones de plañideras.

¿Recibió este simulacro algún augurio la noche anterior? ¿Soñó de alguna manera mecánica, mística?

A todos nos llegará ese momento. Chucuchú chucuchú. El ataúd forrado de satén negro dentro del tren que atraviesa los campos de gramíneas. La gente que sale a su encuentro y se quita el sombrero. Chucuchú chucuchú.

El tren de color negro con el ataúd custodiado por soldados de uniforme azul, sosteniendo sus armas, inmóviles todo el tiempo que duró, desde el inicio hasta el fin, aquel largo viaje.

—Señor Rosen.

Alguien a mi espalda me estaba hablando. Una mujer. Sobresaltado, alcé la mirada. Era la señorita Nild la que se dirigía a mí.

—¿Podría ayudarnos? El señor Barrows ha salido a por el coche y queremos sacar el simulacro de Booth para llevárnoslo.

—Ah, claro —dije asintiendo.

Mientras me ponía en pie, miré al Lincoln para ver si iba a echarnos una mano. Pero, cosa rara en él, se quedó sentado sumido en la más profunda de las melancolías, sin prestar ni la más mínima atención a lo que estábamos haciendo. ¿Estaba escuchando a Earl Grant? ¿Se sentía turbado por aquel *blues*? No lo creí así. Estaba encorvado; en realidad, estaba doblado de forma que parecía que todos sus huesos se hubieran fundido formando uno solo. Permanecía en absoluto silencio, parecía que ni tan siquiera respirase.

«Una especie de plegaria», pensé al verlo. Y aun así, no era una oración en absoluto. La obstrucción de una oración, su interrupción. Blunk y yo le dimos la vuelta al Booth y comenzamos a levantarlo. Pesaba mucho.

—El coche es un Mercedes Benz —jadeó Blunk cuando comenzamos a caminar por el pasillo—. Blanco con la tapicería de piel roja.

—Os abriré la puerta —dijo la señorita Nild, que venía detrás de nosotros.

Llevamos al Booth hasta la entrada del club a través del estrecho pasillo. El portero se nos quedó mirando con curiosidad, pero ni él ni nadie más movieron un dedo para detenernos, ayudarnos o preguntarnos qué estaba ocurriendo. Sin embargo, sí que nos sostuvo la puerta abierta, lo cual le agradecemos, ya que así la señorita Nild pudo salir a la calle para hacerle señas al coche de Sam Barrows.

—Ahí viene —dijo Blunk, señalando con la cabeza.

La señorita Nild nos abrió la puerta del coche, y entre Blunk y yo nos las apañamos para meter el simulacro en el asiento trasero.

—Será mejor que venga con nosotros —me indicó la señora Nild cuando comencé a alejarme del coche.

—Buena idea —añadió Blunk—. Vamos a tomar una copa, ¿de acuerdo, Rosen? Llevaremos al Booth al taller y luego nos iremos al apartamento de Collie, allí tenemos los licores.

—No —respondí.

—Venga —dijo Barrows, sentado al volante—. Entrad, socios, y marchémonos. Eso te incluye a ti, Rosen, y naturalmente a tu simulacro. Vuelve al club y tráelo.

—No, no. Gracias —repetí—. Id vosotros.

Blunk y la señorita Nild cerraron la puerta tras de sí. El coche se puso en marcha y desapareció en el denso tráfico del anochecer.

Regresé al club con las manos metidas en los bolsillos, recorrí el pasillo hasta la mesa en la que aún estaba sentado el Lincoln, con la cabeza gacha, envolviéndose con los brazos en absoluta inmovilidad.

¿Qué podría decirle? ¿Cómo podría animarlo?

—No debe permitir que un incidente como éste lo hunda —le dije—. Debe intentar sobreponerse a esta situación. —El Lincoln no contestó—. Muchos pocos hacen un mucho.

El simulacro levantó la cabeza. Me miró, abatido.

—¿Qué significa eso?

—No sé —admití—. No lo sé.

Entonces, los dos nos quedamos sentados en silencio.

—Mire —dije al cabo de unos momentos—. Voy a llevarlo de vuelta a Boise y lo acompañaré a ver al doctor Horstowski. No lo va a perjudicar y puede que él sea capaz de hacer algo con esa depresión. ¿Le parece bien?

El Lincoln pareció calmarse. Sacó un gran pañuelo de bolsillo de color rojo y se sonó la nariz.

—Gracias por preocuparte —dijo tras el pañuelo.

—Tomemos una copa. O una taza de café, o algo de comer.

El simulacro dijo que no con la cabeza.

—¿Cuándo notó por primera vez el comienzo de esta depresión? —le pregunté—. Quiero decir, en su juventud. ¿Le apetece hablar de ello? Cuénteme qué le pasa por la cabeza. Qué asociaciones de ideas hace. Por favor. Tengo la sensación de que puedo hacerlo sentir mejor.

El Lincoln se aclaró la garganta.

—¿Van a volver el señor Barrows y sus acompañantes?

—Lo dudo. Nos han invitado a reunirnos con ellos. Van al apartamento de la señorita Nild.

El Lincoln me devolvió una larga y pausada mirada de extrañeza.

—¿Por qué van allí y no a la casa del señor Barrows?

—Allí tienen las bebidas. Al menos eso es lo que me ha dicho Dave Blunk.

El Lincoln se aclaró de nuevo la garganta, bebió un poco de agua del vaso que tenía frente a sí en la mesa. Su rostro continuaba mostrando aquella mirada de extrañeza, como si hubiese algo que no lograba comprender. Como si se sintiera confuso y, al mismo tiempo, estuviese teniendo una revelación.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

Hubo un silencio y, entonces, el Lincoln dijo de repente:

—Louis, vete al apartamento de la señorita Nild. No pierdas más tiempo.

—¿Por qué?

—Ella debe de estar allí.

Sentí un hormigueo en el cráneo.

—Creo que ha estado viviendo allí con la señorita Nild. Voy a volver al motel ahora mismo. No te preocupes por mí. Si es preciso, mañana puedo volver a Boise por mi cuenta. Márchate de una vez, Louis, antes de que lleguen los demás.

Di un par de pasos dubitativos.

—Yo no...

—Puedes conseguir la dirección consultando la guía telefónica.

—Sí. Es verdad. Gracias por el consejo. Se lo agradezco de veras. Tengo la sensación de que acaba usted de tener una buena idea. Nos veremos pronto. Hasta la vista. Y si...

—Márchate ya.

Y me fui.

Consulté la guía telefónica en un supermercado abierto las veinticuatro horas. Encontré la dirección de Colleen Nild, salí a la calle y paré un taxi. Por fin estaba en camino.

El edificio era un gran bloque de apartamentos de ladrillo oscuro. Tan sólo se veía luz en unas cuantas ventanas, aquí y allá. Encontré su número y presioné el botón correspondiente. Tras un largo rato, el pequeño altavoz emitió un ruido y una voz femenina distorsionada preguntó quién era.

—Louis Rosen. ¿Está Pris? ¿Puedo pasar? —contesté.

La pesada puerta negra de hierro forjado y vidrio emitió un zumbido. Di un salto para alcanzarla y la empujé. En un instante, había cruzado el desértico vestíbulo y estaba subiendo la escalera hasta el tercer piso. Fue una larga subida, y al llegar a la puerta jadeaba de cansancio.

La puerta estaba abierta. La golpeé, titubeante, y luego entré en el apartamento.

En un sofá de la sala de estar vi sentada a la señorita Nild con una copa en la mano, y frente a ella estaba Sam Barrows. Los dos me miraban fijamente.

—¿Qué tal, Rosen? —Barrows indicó con la cabeza una mesita en la que había una botella de vodka, limones, una coctelera, zumo de lima, hielo y vasos—. Adelante, sírvete tú mismo.

Sin saber qué otra cosa podía hacer, me acerqué y me serví una copa.

Mientras lo hacía, Barrows me habló:

—Tengo novedades para ti. Aquí hay alguien a quien aprecias mucho. — Señaló con el vaso—. Ve a mirar al dormitorio.

Tanto él como la señorita Nild sonrieron.

Dejé la copa y corrí en dirección a la puerta.

—¿Cómo es que has cambiado de parecer y has venido? —me preguntó Barrows mientras le daba vueltas a su bebida.

—Al Lincoln se le ocurrió que Priscilla estaría aquí —respondí.

—Vaya, Rosen. Odio decirlo, pero en mi opinión te ha hecho un flaco favor. Tienes que estar tarado para dejarte enganchar por una chica como ésa.

—No estoy de acuerdo.

—Joder, eso es porque estás loco. Los tres lo estáis: Priscilla, el Lincoln y tú. Hazme caso, Rosen, Johnny Booth vale más que un millón de Lincolns. Creo que lo que haremos será repararlo y utilizarlo en nuestra promoción de la Luna. Después de todo, Booth es un buen apellido familiar, americano de toda la vida. No hay motivo por el cual tus vecinos de al lado no puedan apellidarse Booth. Te digo una cosa, Rosen: deberías venir a la Luna un día de éstos y ver lo que hemos hecho. No tienes ni la más remota idea, ni idea. No te ofendas, pero es imposible concebirlo desde aquí, hay que ir allí.

—Eso es cierto, señor Rosen —confirmó la señorita Nild.

—Un hombre de éxito no debería tener que perder tiempo con engatusamientos.

—¡Engatusamientos! —exclamó Barrows—. Joder, era un intento de empujar a la gente a hacer lo que de todos modos van a acabar haciendo algún día. Ya está, no quiero discutir. Ya he tenido bastante por hoy. Estoy cansado. No le guardo rencor a nadie. —Me dedicó una amplia sonrisa—. Si tu pequeña empresa se hubiera vinculado a la nuestra... Seguro que tenías alguna intuición de lo que eso podría haber supuesto. Vosotros me elegisteis a mí, no yo a vosotros. Pero ahora eso es agua pasada para ti. Sin embargo, no

es así para mí. Nosotros seguiremos adelante y llevaremos a cabo el plan. Probablemente haciendo uso del Booth. Sea como sea, lo haremos.

—Eso lo sabe todo el mundo, Sam —dijo la señorita Nild para adularlo.

—Gracias, Collie —respondió Barrows—. Es que detesto ver a este tipo así, sin objetivos, sin ambición. Es desolador. Eso es lo que es.

No respondí.

La señorita Nild se dirigió a mí:

—Por favor, pase. Haría bien en entrar.

Agarré el pomo y abrí la puerta.

El dormitorio estaba a oscuras. Pude distinguir en el centro el contorno de una cama y, sobre la cama, una figura tendida. Tenía la cabeza sobre la almohada y fumaba un cigarrillo. ¿Era un cigarrillo u otra cosa? La habitación olía a humo de puro. Me apresuré a buscar un interruptor y encendí la luz.

En la cama estaba mi padre, fumando un habano y contemplándome con el ceño fruncido y expresión pensativa. Llevaba puesto el pijama y la bata. Al lado de la cama había dejado sus zapatillas de piel vuelta. Junto a ellas se encontraba su maleta, con la ropa primorosamente doblada.

—Cierra la puerta, *mein Sohn* —me dijo con su acento alemán en tono apacible.

Desconcertado, obedecí de inmediato. Cerré la puerta a mi espalda sin la premura suficiente como para bloquear el paso a las carcajadas procedentes de la sala de estar, las risotadas de Sam Barrows y la señorita Nild. Menuda broma me habían estado gastando todo este tiempo: toda esa charla solemne y pretenciosa sabiendo que Pris no estaba allí, que no estaba en el apartamento, y que el Lincoln se había equivocado.

—Es una vergüenza, Louis —siguió diciendo mi padre, que claramente supo interpretar la expresión de mi rostro—. A lo mejor debí haber salido para poner fin a la burla, pero sentía curiosidad por lo que decía el señor Barrows. No iba del todo desencaminado, ¿no es verdad? Es un gran hombre, en algunos aspectos. Siéntate.

Señaló con la cabeza la silla que había junto a la cama y lo obedecí.

—¿No sabes dónde está? —le pregunté—. ¿Tampoco tú puedes ayudarme?

—Me temo que no, Louis.

Ni siquiera merecía la pena levantarme y marcharme de allí. Aquello era todo lo lejos que iba a llegar, a aquella silla, al lado de la cama de mi padre mientras él fumaba un puro. La puerta se abrió de golpe y apareció un hombre

con el rostro al revés: mi hermano Chester, bullicioso y con aires de persona importante.

—He conseguido una habitación para nosotros, papá —dijo, y entonces me vio y sonrió de la alegría—. De modo que estás aquí, Louis. Después de todo lo que nos ha costado, al final te hemos encontrado.

—En varios momentos me he visto tentado de corregir al señor Barrows, pero a un hombre como él no se lo puede volver a educar, así que, ¿para qué perder el tiempo? —añadió mi padre.

No podía soportar la idea de aguantar una de las diatribas filosóficas de mi padre. Me hundí en la silla e imaginé que no lo oía, convirtiendo sus palabras en el zumbido de una mosca. En el estupor de mi decepción, imaginé cómo habrían sido las cosas si no me hubiesen gastado esa broma. Si hubiese encontrado de verdad a Pris en aquella habitación, tendida en la cama.

Pensé en cómo habría sido. La habría encontrado dormida, tal vez borracha. La hubiese cogido entre los brazos para incorporarla. Le hubiera apartado el pelo de la cara con una caricia, le habría besado la frente. Me la imaginaba estremeciéndose al volver a la vida conforme yo la despertaba de su ebrio sueño.

—No me estás prestando atención —me regañó mi padre.

En efecto, así era. Estaba a años luz de aquella decepción deprimente, estaba en mi ensoñación con Pris.

—Sigues persiguiendo a ese fuego fatuo —añadió con el ceño fruncido.

En mi sueño de una vida más feliz besé de nuevo a Pris, y ella abrió los ojos. Volví a recostarla, me tumbé sobre ella y la abracé.

—¿Cómo se encuentra el Lincoln? —murmuró su voz en mi oído.

No la sorprendió en absoluto verme, ni que la hubiese envuelto entre mis brazos o la hubiese besado. De hecho, no mostró ninguna reacción, pero así era Pris.

—Tan bien como cabría esperar. —Le acaricié el pelo con torpeza mientras permanecía tumbada, mirándome fijamente en la oscuridad. Apenas podía distinguir su contorno—. No —rectifiqué—. En realidad, se encuentra fatal. Está atravesando una depresión psicótica. ¿Por qué te preocupas? Tú lo hiciste así.

—Yo lo salvé —replicó Pris con voz distante y lánguida—. ¿Me pasas un cigarrillo?

Encendí uno y se lo di. Se quedó tumbada mientras fumaba.

Me llegó la voz de mi padre.

—No hagas caso de esa introspección soñada, hijo mío. Te está alejando de la realidad, tal y como te dijo el señor Barrows, ¡y esto es serio! A esto es a lo que el doctor Horstowski denominaría, y discúlpame la expresión, «enfermedad». ¿Es que no lo ves?

Oí como a lo lejos la voz de Chester.

—Se trata de esquizofrenia, papá, como les ocurre a esos adolescentes. Hay millones de norteamericanos que la padecen sin saberlo, y nunca llegan a solicitar ayuda médica. Lo contaban en un artículo que leí.

—Eres buena persona, Louis —dijo Pris—. Siento pena por ti, de que te hayas enamorado de mí. Estás perdiendo el tiempo, pero supongo que te da igual. ¿Puedes explicar qué es el amor? ¿Un amor como éste?

—No —contesté.

—¿Por qué no lo intentas? —continuó ella—. ¿Está echado el pestillo de la puerta? Si no lo está, ve y cierra la puerta del todo.

—Joder —dije abatido—. No puedo echarlos. Los tenemos encima. Nunca nos libraremos de ellos, nunca estaremos solos tú y yo. Lo sé.

De todos modos, fui a cerrar la puerta con el pestillo, sabiendo lo que sabía.

Cuando regresé a la cama, vi que Pris estaba de pie, bajándose la cremallera de la falda. Se sacó la blusa por la cabeza y la tiró lejos, sobre la silla. Estaba en ropa interior. Entonces, se quitó los zapatos de una patada.

—¿Quién más podría enseñarme, Louis, si no eres tú? —dijo—. Abre la cama. —Comenzó a quitarse la ropa interior, pero la detuve—. ¿Por qué no?

—Me estoy volviendo loco. No puedo soportarlo. Tengo que regresar a Boise y ver al doctor Horstowski. No podemos seguir, no con mi familia aquí, en la misma habitación.

—Mañana volaremos a Boise —me respondió Pris con dulzura—. Pero no ahora. —Apartó la colcha, las mantas y la sábana, se tendió en la cama, cogió de nuevo el cigarrillo y se quedó allí tumbada, desnuda. No se cubrió, sencillamente permaneció allí tumbada—. Estoy tan cansada, Louis. Quédate conmigo esta noche.

—Es que no puedo —contesté.

—Entonces, llévame donde estés alojado.

—Tampoco puedo hacer eso. El Lincoln está allí también.

—Louis, tan sólo quiero dormir. Acuéstate y tápanos. No nos molestarán. No les tengas miedo. Siento que el Lincoln tuviese uno de sus ataques. No me culpes por ello, Louis. Los tiene de todas formas. Yo le salvé la vida. Es mi hijo... ¿no?

—Supongo que se podría decir que sí.

—Yo le di la vida. Yo lo he criado, y estoy muy orgullosa de ello. Cuando vi aquella cosa repugnante, el Booth... deseé asesinarlo allí mismo. Al verlo, supe enseguida cuál era su propósito. ¿Puedo ser una madre también para ti? Ojalá te hubiese dado la vida como se la di a él. Ojalá hubiese dado vida a todo tipo de personas... a todo el mundo. Yo doy vida, y esta noche se la he arrebatado a alguien. Y no está mal, si eres capaz de sobrellevarlo. Requiere mucha fortaleza quitarle la vida a una persona, ¿no crees, Louis?

—Sí —contesté, y volví a sentarme en la cama, a su lado.

En la penumbra, estiró el brazo y me apartó el pelo que me caía sobre los ojos.

—Tengo ese mismo poder sobre ti: el de darte la vida o arrebatártela. ¿Te da miedo? Sabes que es cierto.

—Ya no me asusta. Me dio miedo en una ocasión, cuando me percaté de ello por primera vez.

—A mí nunca me asustó —dijo Pris—. Si fuese así, perdería mi poder, ¿no crees, Louis? Y debo conservarlo, alguien debe tenerlo.

No contesté. El humo de puro se arremolinaba a mi alrededor, me hacía sentir náuseas. Me hacía ser consciente de mi padre y de mi hermano, ambos observándome con atención.

—Un hombre debe atesorar ciertas ilusiones —dijo mi padre, y dio unas cuantas caladas rápidas—. Pero esto es ridículo.

Chester asintió vigorosamente con la cabeza.

—Pris —dije en voz alta.

—¡Escúchalo, escúchalo! —gritó mi padre, sumamente alterado—. La está llamando por su nombre, ¡está hablándole!

—Marchaos de aquí —les ordené a mi padre y a Chester agitando el brazo, pero no surtió ningún efecto y ninguno de los dos se movió.

—Entiéndeme, Louis, yo me pongo en tu lugar, de verdad, y veo en ti lo que el señor Barrows no ve: la nobleza de tu búsqueda —dijo Jerome.

A través de la oscuridad y el murmullo de sus voces, volví a distinguir a Pris. Estaba sentada en el borde de la cama, abrazada al bulto que había formado con su ropa.

—¿Importa de verdad lo que el resto pueda decir o pensar de nosotros? Yo no me preocuparía por ello, no dejaría que las palabras cobrasen tal entidad. Todos los de ahí fuera están molestos con nosotros, Sam, Maury y los demás. El Lincoln no te habría enviado aquí de no ser lo apropiado... ¿no te das cuenta? —me dijo.

—Pris, sé que todo irá bien. Tenemos por delante un futuro dichoso.

Ella me devolvió una sonrisa y vi el resplandor de sus dientes en la oscuridad. Había en aquella sonrisa gran sufrimiento y pesar, y me dio la impresión, tan sólo por un instante, de que lo que había visto en el simulacro procedía de ella: quedaba totalmente evidenciado allí, en aquel momento, en la pena que Pris sentía. Ella se la había añadido durante su creación, tal vez sin pretenderlo, tal vez sin tan siquiera saberlo.

—Te quiero —le dije.

Pris se puso en pie, delgada, serena y desnuda. Me puso las manos a un lado y otro de la cabeza y me hizo agacharme.

—*Mein Sohn* —le decía mi padre a Chester en esos momentos—, *er schläft in dem Freiheit der Liebesnacht...* Mi hijo está dormido en la libertad de una noche de amor, no sé si me entiendes.

—¿Qué van a decir cuando regresemos a Boise? —quiso saber Chester con voz irritada—. Quiero decir, ¿cómo vamos a volver a casa con él en este estado?

—¡Aj! Cierra la boca, Chester, tú no entiendes la profundidad de su psique ni lo que él encuentra ahí. La psicosis mental tiene dos caras, es también un retorno a la fuente original de la que todos nos hemos alejado. Será mejor que lo tengas en cuenta, Chester, antes de cerrar el pico.

—¿Los oyes? —le pregunté a Pris.

Allí, de pie contra mí, su cuerpo se arqueó para separarse del mío. Pris soltó una dulce carcajada cargada de compasión. Se quedó mirándome con fijeza, inexpresiva, y aun así poniendo en ello todos sus sentidos. Para ella, el cambio y la realidad, los eventos de la vida, el tiempo en sí mismo, todo se había detenido en aquel instante.

Pensativa, alzó las manos hasta mi rostro y me acarició las mejillas con la punta de los dedos.

Muy cerca de la puerta, se oyó claramente decir a la señora Nild:

—Nos vamos de aquí, señor Rosen, le dejamos el apartamento.

Desde lejos, oí a Sam Barrows murmurar:

—Esa chica tiene un retraso madurativo. Todo le resbala. ¿Se puede saber qué hace en el dormitorio? ¿Con ese cuerpo flacucho...?

La voz se desvaneció.

Ni Pris ni yo dijimos nada. Escuchamos atentos cómo se cerraba la puerta principal del apartamento.

—Ha sido un detalle por su parte —dijo mi padre—. Louis, al menos deberías haberles dado las gracias. Ese señor Barrows es un caballero, a pesar

de las cosas que dice. Se conoce mejor a una persona por lo que hace que por lo que dice.

—Debes estarles agradecido a ambos —refunfuñó Chester.

Tanto éste como mi padre me fulminaban con una mirada cargada de reproches. Jerome mascaba nerviosamente el puro.

Estreché a Pris contra mi cuerpo. Para mí, era lo único que importaba.

Cuando, al día siguiente, mi padre y Chester me llevaron de vuelta a Boise, se encontraron con que el doctor Horstowski no podía, o no quería, seguir tratándome. No obstante, me sometió a varias pruebas psicológicas para elaborar un diagnóstico. Una de las que recuerdo consistía en escuchar una grabación en la que se oía a lo lejos el murmullo de varias voces, y tan sólo se distinguían bien unas pocas frases de vez en cuando. Mi tarea era escribir de qué trataban las sucesivas conversaciones.

Creo que Horstowski determinó su diagnóstico a partir de los resultados que obtuve en esa prueba, porque lo que yo oí fue que todas las conversaciones trataban sobre mí. En concreto, oí cómo destacaban mis defectos y debilidades, cómo analizaban mi manera de ser, cómo diagnosticaban mi comportamiento... Oí cómo nos insultaban a Pris y a mí y ridiculizaban nuestra relación.

Horstowski no dijo más que unas pocas palabras:

—Louis, cada vez que has oído la palabra ‘di’ has creído que estaban diciendo ‘Pris’. —Aquello parecía entristecerlo—. Y lo que has pensado que era ‘Louis’ eran, por lo general, dos palabras: ‘lo vi’.

Se quedó mirándome, desolado. A partir de ahí, se lavó las manos conmigo.

Sin embargo, no me libré de las garras del gremio de la psiquiatría, ya que el doctor Horstowski me derivó al director de la Oficina Federal de Salud Mental del área quinta, el Noroeste del Pacífico. Había oído hablar de él. Era el doctor Rangland Nisea y su trabajo consistía en determinar el veredicto definitivo de los diagnósticos emitidos en su región. Desde 1980, había enviado sin ayuda de nadie a varios miles de perturbados a las clínicas estatales distribuidas por todo el país. Se lo consideraba un psiquiatra brillante experto en diagnosis, y desde hacía años, todo el mundo bromeaba con

acabar, más tarde o más temprano, cayendo en las manos de Nisea. Era una broma común que en cierto porcentaje de nosotros se convertía en realidad.

—Ya verás que el doctor Nisea es amable y muy capaz —me dijo Horstowski mientras me llevaba en su coche a la oficina estatal en Boise.

—Es muy amable por su parte llevarme hasta allí —contesté.

—Voy todos los días a ese sitio. Tenía que hacer el viaje de todas maneras. Sólo te estoy ahorrando el fastidio de pasar por el juzgado y pagar las costas judiciales... Como sabes, de todas formas es Nisea el que emite el diagnóstico definitivo, y estarás mejor en sus manos que en las de un jurado popular.

Asentí con la cabeza. Era cierto.

—No te opones a que hagamos esto, ¿verdad? —me preguntó Horstowski—. Que te internen en una clínica del gobierno no es ninguna lacra... Ocurre a cada minuto del día. Una de cada diez personas sufre alguna enfermedad mental que la incapacita y le imposibilita...

Continuó con su perorata. No le presté la más mínima atención. Ya había oído todo aquello con anterioridad, en los innumerables anuncios de la televisión, en la infinita cantidad de artículos de revistas.

Pero, en realidad, le guardaba rencor por haberse lavado las manos conmigo y entregarme a la gente de Salud Mental, aun siendo yo consciente de que estaba obligado por ley en caso de sospechar que sufría una psicosis. Empecé a sentir rencor hacia todo el mundo, incluidos los dos simulacros, mientras conducíamos por las soleadas y familiares calles de Boise entre su consulta y la oficina. Sentí que todos me habían traicionado y que eran mis enemigos, que estaba rodeado de un mundo ajeno y despreciable.

Todo eso y mucho más salió, cómo no, en las pruebas a las que Horstowski me había sometido. Por ejemplo, en el test de Rorschach, interpreté que cada mancha y dibujo estaban cargados de golpes y choques de una maquinaria dentada que había sido diseñada en el origen de los tiempos para mecerse en un frenético balanceo letal cuyo propósito era el de causarme heridas corporales. De hecho, en el trayecto por carretera hacia la consulta del doctor Nisea, distinguí hileras de coches que nos seguían, sin duda, con motivo de mi regreso a la ciudad. La gente que conducía los coches había sido informada en el preciso instante en que mi avión aterrizó en el aeropuerto de Boise.

—¿Podrá ayudarme el doctor Nisea? —le pregunté a Horstowski cuando nos fuimos deteniendo junto al bordillo, frente a un gran edificio de oficinas de aspecto moderno, con muchas plantas y ventanas. En aquel momento

comencé a sentir un pánico punzante—. Quiero decir, que esta gente cuenta con un montón de técnicas novedosas de las que ni siquiera usted dispone, con todos los últimos...

—Depende de qué entiendas por ayuda —dijo Horstowski mientras abría la puerta del coche y me indicaba por señas que lo acompañase al interior del edificio.

Así que allí estaba, al fin, en el mismo lugar al que habían llegado tantos antes que yo: el edificio de la Oficina Federal de Salud Mental, en el Departamento de Diagnóstico. Tal vez, el primer paso de una nueva era en mi vida.

Cuán acertada estuvo Pris al decirme que guardaba en mi interior una profunda veta de inestabilidad que algún día me causaría problemas. Delirante, hastiado y sin esperanzas, al fin fui arrastrado por las autoridades, al igual que habían hecho con ella unos cuantos años atrás. No conocía el diagnóstico de Horstowski, pero no necesitaba preguntarle para saber que había detectado síntomas de esquizofrenia en mis respuestas... En el fondo, yo también los notaba. ¿Por qué negar la evidencia?

Era afortunado por disponer de ayuda a una enorme escala colectiva. Bien sabía Dios que me encontraba en un estado lamentable, al borde del suicidio o de un colapso absoluto del cual no habría recuperación posible. Además, lo habían detectado muy a tiempo; sin duda, para mí aún había esperanza. En concreto, me percaté de que me encontraba en el estadio temprano de excitación catatónica anterior al establecimiento de cualquier patrón de desajuste permanente, tal como las temidas hebefrenias o paranoias. Padecía la enfermedad en su forma simple y primigenia, en el estadio en que aún era abordable mediante terapia.

Podía estar agradecido a mi padre y mi hermano por tomar cartas en el asunto a tiempo.

Pero aun así, a pesar de ser consciente de todo aquello, entré en la consulta junto al doctor Horstowski temblando de pavor, consciente aún de mi propio rencor y del que percibía a mi alrededor. Lo veía claro y, al mismo tiempo, no. Una parte de mí era consciente de ello y lo comprendía, pero el resto bullía como un animal enjaulado ansioso por regresar a su hábitat, a los lugares que le pertenecían y le resultaban familiares.

En aquellos momentos, tan sólo podía responder de una pequeña porción de mi mente. El resto iba por libre. Aquello me hizo ver con claridad las razones por las cuales la Ley McHeston era tan necesaria. Un individuo

verdaderamente psicótico, como yo, nunca sería capaz de pedir ayuda por sí solo. Tenía que obligarlo la ley. Eso era lo que significaba ser un psicótico.

«Pris —pensé—. Tú eras así en otro tiempo. Te cogieron en la escuela, te sacaron de allí y te separaron de los demás, te sacaron a rastras igual que me están sacando a rastras a mí, y se las arreglaron para devolverte a la sociedad. ¿Tendrán el mismo éxito conmigo?»

»¿Seré como tú al finalizar la terapia? ¿Qué estado anterior y más centrado de mi historia será el que restauren en mí?»

»¿Cuáles serán entonces mis sentimientos hacia ti? ¿Me acordaré de ti? Y, de ser así, ¿te querré como lo hago ahora?».

El doctor Horstowski me dejó en la sala de espera y me quedé allí sentado una hora, junto al resto de desconcertados enfermos, hasta que por fin llegó una enfermera y me llamó. Me presentaron al doctor Nisea en una pequeña consulta sin ventanas. Resultó ser un hombre bien parecido, no mucho mayor que yo, de tiernos ojos marrones, cabellera abundante y bien peinada, y esos modales cautos, como si se disculpase por todo, que nunca he visto más que en los oficios de la veterinaria o la medicina. El hombre se mostró de inmediato amablemente interesado, como modo de asegurarse de que no me sintiera incómodo y entendiese el motivo por el cual me encontraba allí.

—Estoy aquí porque ya no dispongo de ningún fundamento que me permita comunicar mis deseos y sentimientos a otros seres humanos —le dije. Mientras esperaba, había tenido tiempo suficiente para preparar aquel comentario con exactitud—. De modo que, para mí, ya no hay posibilidad alguna de satisfacer mis necesidades en el mundo de las personas reales. En lugar de ello, he tenido que volcarme hacia mi interior, hacia una vida imaginaria.

Recostándose sobre su asiento, el doctor Nisea me estudió con aire reflexivo.

—Y desea que eso cambie.

—Quiero alcanzar la satisfacción, pero quiero que sea real.

—¿No tiene usted nada en común con otras personas?»

—En absoluto. Mi realidad recae por entero fuera del mundo que otros experimentan. Del suyo, por ejemplo. Le parecería una fantasía si se lo cuento. Si le hablo de ella, quiero decir.

—¿Quién es ella?»

—Pris.

El médico esperó a que siguiera, pero yo no continué hablando.

—El doctor Horstowski me habló un poco sobre su caso por teléfono — dijo tras unos instantes—. Aparentemente, sufre usted el dinamismo de dificultad que nosotros denominamos esquizofrenia de tipo Magna Mater. No obstante, estoy obligado por ley a realizarle primero el test de refranes de James Benjamin y, a continuación, el test de bloques del soviético Vigotsky-Luria. —Hizo un gesto de asentimiento y, detrás de mí, apareció una enfermera con un bloc de notas y un lápiz—. Ahora voy a mostrarle varios refranes y debe decirme qué significan para usted. ¿Está preparado?

—Sí.

—Cuando el gato no está, los ratones bailan.

Reflexioné antes de contestar.

—En ausencia de autoridad, surgen comportamientos dañinos.

Continuamos así, y fui respondiendo bien, hasta que el médico llegó a lo que resultó ser para mí el fatídico proverbio número seis.

—Un canto rodado no acumula musgo.

Por más que lo intenté, no logré recordar el significado. Al final, me arriesgué.

—Bueno, significa que una persona que siempre está activa y nunca se detiene a reflexionar... —No, aquello no me sonaba acertado. Lo intenté de nuevo—. Significa que un hombre que siempre está activo y continúa creciendo en estatura intelectual y moral envejecerá bien. —El médico me observó con mayor atención, así que, a modo de aclaración, añadí—: Es decir, que un hombre activo que no deja crecer la hierba bajo sus pies llegará lejos en la vida.

—Entiendo —respondió el doctor Nisea, y supe que había revelado, a efectos del diagnóstico jurídico, un desorden esquizofrénico.

—¿Qué significa? —pregunté—. ¿Lo he entendido al revés?

—Me temo que sí. Todo el mundo entiende el proverbio al revés de como lo ha hecho usted. Lo normal es deducir que la persona que...

—No hace falta que me lo explique —lo interrumpí—. Ahora lo recuerdo. En realidad, ya lo sabía. Una persona inestable jamás conseguirá nada que valga la pena.

El doctor Nisea asintió y pasó al siguiente refrán. Pero yo ya encajaba en lo estipulado por ley. Había mostrado oficialmente una incapacidad mental. Tras la prueba de los refranes, lo intenté con la prueba de clasificación de bloques, pero sin éxito. Tanto el doctor Nisea como yo nos sentimos aliviados cuando me rendí y di un manotazo a los bloques.

—Bueno, hemos terminado —declaró Nisea. Hizo un gesto con la cabeza a la enfermera para que se retirase—. Ya podemos continuar y rellenar los formularios. ¿Tiene usted alguna preferencia respecto a la clínica? En mi opinión, la mejor de todas es la de Los Ángeles, aunque puede que sea porque es la que mejor conozco. La clínica Kasanin, de Kansas City...

—Mándeme allí —dije con ansia sin dejarlo acabar.

—¿Tiene algún motivo en especial?

—Varios amigos míos muy cercanos han estado allí —respondí de forma evasiva. Me miró como si se diese cuenta de que existía un motivo ulterior—. Y, además, es que tiene buena reputación. Casi todas las personas que sé positivamente que han recibido ayuda de una institución de salud mental han estado en Kasanin. No es que las demás clínicas no sean buenas, es que es la mejor. Mi tía Gretchen, que está ingresada en la clínica Harry Stack Sullivan de San Diego, fue la primera persona con una enfermedad psiquiátrica que conocí. Por supuesto, he conocido a muchas más desde entonces, dado que una gran parte de la población padece alguna enfermedad así, tal como se nos advierte todos los días por televisión. También está mi primo Leo Roggis, que sigue ingresado en una clínica, no sé dónde. Mi profesor de inglés del instituto, el señor Haskins, falleció en una clínica. Había un señor mayor italiano, George Oliveri, que vivía en una pensión de mi calle y sufría de agitación catatónica, y se lo llevaron. Recuerdo también a uno de mis colegas del ejército, Art Boles, que sufría esquizofrenia y lo ingresaron en la clínica Fromm-Reich en Rochester, Nueva York. Estaba también Alys Johnson, una compañera de universidad, ingresada en la clínica Samuel Anderson, que se encuentra en el área metropolitana de Baton Rouge, Luisiana. Un hombre para el que trabajé, Ed Yeats, contrajo una esquizofrenia que derivó en paranoia aguda. Waldo Dangerfield, otro de mis colegas. Gloria Milstein, una chica que conocí y que estará Dios sabe dónde, y a la que diagnosticaron por un test que tuvo que realizar como parte de una entrevista de trabajo de mecanógrafa. La gente del gobierno federal se la llevó; era bajita, morena... muy atractiva. Nadie se lo hubiese imaginado hasta que hizo aquel test. Está también John Franklin Mann, un vendedor de coches de segunda mano al que conocí, y cuyas pruebas demostraron que padecía una esquizofrenia de tipo desorganizado o hebefrénica; se lo llevaron, creo que a Kasanin, porque tenía familiares en Misuri. También Marge Morrison, otra conocida mía. Ella ya ha salido, y estoy seguro de que la curaron en Kasanin. De entre todos ellos, los que estuvieron en Kasanin salieron como nuevos. En mi opinión, si no es la mejor, se puede decir al menos que no sólo cumple los requisitos de la Ley

McHeston, sino que cura de verdad a los pacientes. Al menos, ésa es la impresión que yo tengo.

El doctor Nisea escribió Clínica Kasanin, Kansas City, en el formulario del gobierno y suspiré aliviado.

—Sí —murmuró—. Se dice que Kansas City es buena. El presidente pasó dos meses allí, como usted sabe.

—Sí, lo sé, lo sé.

Todo el mundo conocía la heroica historia de la lucha del presidente contra su enfermedad mental en su adolescencia, y su posterior triunfo siendo veinteañero.

—Ahora, antes de que nos despedamos, me gustaría explicarle un poco en qué consiste la esquizofrenia de tipo Magna Mater —dijo el doctor Nisea.

—Bien. Estaré encantado de escucharlo.

—A decir verdad, es mi especialidad —me explicó—. He publicado varias monografías sobre el tema. Ya conoce usted la teoría de Anderson que identifica cada tipo de esquizofrenia con un tipo de religión.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza. La visión de Anderson sobre la esquizofrenia se había difundido en la práctica totalidad de revistas de Estados Unidos. Estaba de moda.

—La primera forma que adquiere la esquizofrenia es el heliocentrismo, la adoración al sol por la cual la estrella se convierte en una deidad y se la identifica con el padre del paciente. Usted no ha experimentado eso. La forma heliocéntrica es la más primitiva y concuerda con la religión más antigua que se conoce, la adoración al sol, que incluye el gran culto heliocentrista del Imperio romano, el mitraísmo. También aparece en el culto al sol del Imperio persa temprano, la adoración de Mazda.

—Así es —dije sin dejar de asentir.

—Pues bien, la Magna Mater, la forma que usted manifiesta, era la gran deidad femenina del Mediterráneo en tiempos de la civilización micénica. Istar, Cibele, Attis, más tarde, la misma Atenea... hasta llegar a la Virgen María. Lo que a usted le ha ocurrido es que su ánima, es decir, la forma corpórea que toma su consciencia, su arquetipo, se ha proyectado fuera de su mente, hacia el cosmos, de manera que se puede percibir y adorar.

—Entiendo.

—Una vez ahí, se lo percibe como un ser peligroso, hostil e increíblemente poderoso, y aun así, atractivo. Se trata de la personificación de todos los antagonismos: posee la vida en su totalidad, y a pesar de ello, está muerta; todo el amor, pero es fría; toda la inteligencia, pero con tendencia a

ser destructivamente analítica, sin ninguna creatividad; y a pesar de ello se la identifica con la fuente misma de todo lo creativo. Éstos son los antagonismos que yacen en el subconsciente, y sobre los que trasciende el todo que constituye la conciencia. Cuando esos antagonismos se experimentan de manera directa, tal como le está ocurriendo a usted, llega un momento en que quiebran el ego y lo aniquilan, ya que, como usted sabe, en origen son arquetipos y el ego no puede asimilarlos.

—Entiendo —repetí.

—De modo que esta batalla constituye el gran conflicto de la mente consciente que trata de llegar a un entendimiento con la colectividad de sus propias facetas, su subconsciente, y está condenada al fracaso. Los arquetipos del subconsciente han de experimentarse de manera indirecta, a través del ánimo, y de una forma benévola que carezca de sus cualidades bipolares. Para que esto suceda, debe usted mantener una relación completamente distinta con su subconsciente. Tal y como están las cosas, usted es un sujeto pasivo y su subconsciente posee todo el poder de decisión.

—Así es —le confirmé.

—Su consciencia se ha visto mermada hasta el punto de no poder actuar. No tiene autoridad, salvo la que deriva del subconsciente, del que en estos momentos se encuentra escindida. Por tanto, no puede establecerse relación alguna a través del ánimo —concluyó el doctor Nisea—. Presenta usted una esquizofrenia relativamente leve, pero a pesar de ello es una psicosis y requiere tratamiento en una clínica federal. Me gustaría volver a verlo cuando regrese de Kansas City. Estoy seguro de que su mejoría será espectacular.

Me sonrió con una calidez sincera y le devolví la sonrisa. Se puso en pie, extendió el brazo y nos dimos un apretón de manos.

Se había iniciado mi camino hacia la clínica Kasanin de Kansas City.

En una audiencia formal en presencia de testigos, el doctor Nisea me leyó una citación en la que se me preguntaba si existía algún motivo por el cual no debían enviarme de inmediato a Kansas City. Aquellos formalismos legales tenían un tinte espeluznante que me hacía ansiar más que nunca ponerme en camino. Nisea me ofreció un período de veinticuatro horas para dejar arreglados mis asuntos, pero decliné la oferta. Quería partir de inmediato. Al final, lo dejamos en ocho horas. El personal que trabajaba para Nisea me reservó un billete de avión y abandoné la consulta en taxi de vuelta a Ontario, donde esperaba a que llegase el momento de emprender mi viaje crucial hacia el Este.

Pedí al taxista que me llevase a casa de Maury, donde había dejado gran parte de mis pertenencias. Al poco rato estaba ante la puerta llamando al timbre.

No había nadie. Probé a girar el pomo. La puerta estaba abierta, así que entré en la casa, desierta y silente.

Allí, en el baño, estaba el mural de mosaico de azulejos en el que vi trabajar a Pris aquella primera noche. Ya estaba acabado. Me quedé allí de pie un rato, maravillado ante los colores y el diseño en sí; la sirena y los peces, y el pulpo con ojos de canicas brillantes por fin terminado.

Un azulejo había quedado un poco suelto. Lo arranqué, limpié el mortero que tenía por detrás y me lo guardé en el bolsillo del abrigo.

«Por si te olvidó —pensé para mis adentros—. A ti y a tu mural del baño, tu sirena con pechos de azulejos rosados, los numerosos monstruos adorables que has creado y que se balancean bajo la superficie del agua como si estuviesen vivos. La eterna placidez del agua...».

Ella había trazado la línea de la superficie por encima de mi cabeza, a dos metros y medio al menos. Y más arriba, el cielo. Una franja escasa. El cielo no tenía importancia alguna en aquel esquema de la creación.

Estando allí de pie, oí que llamaban a la puerta principal, golpeándola una y otra vez. Alguien me buscaba, pero yo me quedé donde estaba. ¿Qué más daba? Aguardé y, al poco, Maury Rock entró apresuradamente, jadeando. Al verme, se detuvo en seco.

—Louis Rosen —dijo—. Y en el baño, ni más ni menos.

—Estaba a punto de marcharme.

—Una vecina me ha llamado a la oficina. Te vio bajar de un taxi y entrar, y sabía que yo no estaba en casa.

—Estaba espiándome. —No me sorprendió—. Todos lo hacen donde quiera que vaya.

Continué allí de pie, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en la colorida pared.

—Ha creído oportuno informarme, nada más. Me figuré que serías tú. —Entonces reparó en las maletas y en las cuatro cosas que había recogido—. Estás como una cabra. Pero si acabas de llegar de Seattle. ¿Cuándo has llegado? No ha podido ser antes de esta mañana, ¿y ahora te marchas de nuevo a no sé dónde?

—Tengo que irme, Maury. Me obliga la ley.

Se quedó con la mirada clavada y abrió la boca poco a poco. Entonces se sonrojó.

—Lo siento, Louis. Por haber dicho que estás como una cabra.

—Ya. Pero lo estoy. Hoy he hecho el test de refranes de Benjamin y la cosa ésa de los bloques y no he superado ninguna de las dos. Ya me han asignado un sitio en el que ingresar.

—¿Quién te ha delatado? —preguntó frotándose la mandíbula.

—Mi padre y Chester.

—Por el amor de Dios. Gente de tu propia sangre.

—Me han salvado de acabar paranoico. Una cosa, Maury... —Me volví hacia él— ¿Sabes dónde está Pris?

—Si lo supiese, te lo juro por Dios, Louis, te lo diría. Aun siendo consciente de lo que te han diagnosticado.

—¿Sabes adónde me van a enviar para el tratamiento?

—¿A Kansas City?

Asentí.

—A lo mejor te la encuentras allí. A lo mejor los de salud mental la han encontrado, la han hecho regresar y se les ha olvidado comunicármelo.

—Sí, puede que sí.

Se me acercó y me dio unas vigorosas palmadas en la espalda.

—Buena suerte, hijo de perra. Estoy seguro de que vas a salir de ésta. Supongo que tienes esquizofrenia. Es lo típico hoy día.

—Tengo una esquizofrenia de tipo Magna Mater. —Eché mano al bolsillo del abrigo, saqué el azulejo y se lo enseñé—. Es para recordarla. Espero que no te moleste. Al fin y al cabo, es tu casa... y tu mural.

—Llévatelo. Llévate un pez entero, un pecho... —Se quedó mirando fijamente la sirena—. Lo digo en serio, Louis. Hagamos palanca para soltar un azulejo rosa de modo que te lo puedas llevar allá adonde vayas, ¿te parece?

—Con esto vale.

Nos quedamos frente a frente un rato, un tanto incómodos.

—¿Cómo se siente uno teniendo esquizofrenia? —preguntó Maury al fin.

—Mal, Maury, muy muy mal.

—Eso pensaba. Es lo que Pris decía siempre. Se alegraba de haberlo superado.

—Lo de ir a Seattle... ha sido el desencadenante. Lo que llaman agitación catatónica: una sensación de urgencia, de que tienes algo que hacer. Siempre acaba siendo lo menos apropiado, no consigues nada, y en algunos momentos te entra el pánico, y es entonces cuando desarrollas la verdadera psicosis. Oigo voces y veo... —Me callé.

—¿Qué ves?

—Veo a Pris.

—¡No fastidies!

—¿Me llevarías al aeropuerto?

—Claro que sí, amigo, claro que sí —contestó mientras asentía enfáticamente.

—No tengo que marcharme hasta bien entrada la noche, así que podríamos cenar juntos. No me apetece volver a ver a mi familia después de lo ocurrido. Estoy algo avergonzado.

—¿Cómo es que puedes hablar de un modo tan racional teniendo esquizofrenia?

—Ahora mismo no me encuentro bajo presión, así que soy capaz de centrar la atención. En eso consiste un ataque de esquizofrenia, en un debilitamiento de la atención tal que permite a los procesos del subconsciente cobrar superioridad y tomar el control. Conquistaban la conciencia procesos muy primitivos, arquetípicos, que los no esquizofrénicos no desarrollan desde los cinco años.

—¿Así que se te ocurren locuras, como que todo el mundo está en tu contra y que eres el centro del universo?

—No. El doctor Nisea me ha explicado que ésa es la esquizofrenia heliocéntrica...

—¿Nisea? ¿Ranglard Nisea? Ah, claro, por ley tiene que verte él. Fue él el que diagnosticó a Pris al principio, la sometió a la prueba de Vigotsky-Luria en su propia consulta, en persona. Siempre he querido conocerlo.

—Un hombre brillante, y muy humano.

—¿Eres peligroso?

—Tan sólo cuando me sulfuro.

—¿Debería dejarte tranquilo entonces?

—Supongo. Pero te veo luego aquí, en casa, para cenar. Sobre las seis, así nos dará tiempo de llegar al vuelo.

—¿Puedo hacer algo por ti? ¿Traerte algo?

—No, pero gracias de todas formas.

Maury estuvo deambulando por la casa durante un rato y luego oí cerrarse la puerta principal. Todo volvió a quedar en silencio. Estaba solo, como al principio.

Unos instantes más tarde, volví a preparar mi maleta sin prisa alguna.

Maury y yo cenamos juntos y después me llevó al aeródromo de Boise en su Jaguar blanco. Yo observaba las calles por las que íbamos pasando, y todas

las mujeres que veía, al menos durante un instante, parecían ser Pris. En todas las ocasiones creí que se trataba de ella, pero no. Maury se percató de mi ensimismamiento, aunque no dijo nada.

El billete que me habían sacado los del Departamento de Salud Mental era para un vuelo en primera clase en el nuevo cohete australiano, el C-80. Desde luego, pensé, el departamento dispone de abundantes fondos públicos para gastos. Tan sólo tardamos media hora en llegar al aeropuerto de Kansas City, de modo que antes de las nueve de esa misma noche estaba bajándome del cohete, buscando a los empleados que el Departamento de Salud Mental había enviado para recogerme. Al pie de la rampa, se me acercaron un chico y una chica jóvenes. Ambos vestían abrigos de lana a cuadros escoceses de alegres colores vivos. Eran mis acompañantes. En Boise me habían indicado que los buscara por los abrigos.

—El señor Rosen, supongo —dijo con expectación el joven.

—Así es —respondí mientras comenzaba a caminar hacia el edificio del aeropuerto, con uno a cada lado.

—Hace un poco de frío esta noche —comentó la muchacha.

Ambos debían de tener alrededor de veinte años. Dos jóvenes de ojos claros que, sin duda, se habían unido al FBMH colmados de ideales y estaban cumpliendo con su heroica tarea en aquel preciso instante. Caminaban con pasos enérgicos, ansiosos, para conducirme a la zona de equipajes, entre conversaciones banales sobre nada en particular... Aquello habría servido para relajarme de no ser porque, bajo el brillo de las balizas que guiaban las naves, pude apreciar que la chica se parecía a Pris de un modo asombroso.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Julie. Y él es Ralf.

—¿Conocisteis... Recordáis a una paciente que estuvo aquí hace unos cuantos meses, una joven de Boise llamada Pris Fraenzimmer?

—Lo siento —se disculpó Julie—. Llegué a la clínica Kasanin la semana pasada. Los dos llegamos al mismo tiempo. —Señaló a su compañero—. Acabamos de incorporarnos al Cuerpo de Salud Mental esta primavera.

—¿Os gusta? —quise saber—. ¿Ha resultado ser lo que esperabais?

—Sí, es de lo más gratificante —respondió Julie casi sin tomar aire—. ¿No es así, Ralf? —Él asintió—. No lo dejaríamos por nada del mundo.

—¿Sabéis algo sobre mí? —pregunté mientras aguardábamos de pie a que la cinta transportadora del equipaje trajese mis maletas.

—Tan sólo que el doctor Shedd será su médico —contestó Ralf.

—Es magnífico —añadió Julie—. Le va a encantar, y hace mucho por la gente. ¡Ha logrado curar a un montón de personas!

Aparecieron mis maletas. Ralf agarró una y yo la otra, y comenzamos a atravesar el edificio en dirección a la salida.

—Éste es un buen aeropuerto —dije—. Nunca lo había visto.

—Lo han acabado este año —me contó Ralf—. Es el primero con capacidad para gestionar tanto vuelos domésticos como vuelos extraterrenos. Se podrá salir hacia la Luna desde aquí mismo.

—No seré yo el que lo haga —dije, pero Ralf no me oyó.

Poco tiempo después, estábamos a bordo de un helicóptero propiedad de la clínica Kasanin, sobrevolando los tejados de Kansas City. El aire frío parecía crepitar y, por debajo de nosotros, un millón de luces centelleaban en innumerables dibujos y constelaciones sin propósito aparente, que no eran en absoluto dibujos sino tan sólo agrupaciones luminosas.

—¿Creéis que cuando alguien muere una nueva luz centellea en Kansas City? —pregunté.

Tanto Julie como Ralf sonrieron ante mi ocurrencia.

—¿Sois conscientes de que eso podría haberme ocurrido a mí si no existiese el programa obligatorio de salud mental? —añadí—. En estos momentos estaría muerto. Todo esto me ha salvado la vida, literalmente.

Ambos respondieron de nuevo con una sonrisa.

—Gracias a Dios, el Congreso aprobó la Ley McHeston.

Los dos sonrieron con solemnidad.

—No os imagináis lo que es esto, padecer una urgencia catatónica así, una necesidad como la mía. Es una cosa que te arrastra cada vez más hasta que colapsas de repente. Sabes que no estás del todo bien de la cabeza, vives en un reino de sombras. Estando mi padre y mi hermano delante, tuve relaciones con una chica que tan sólo existe en mi mente. Oía a la gente hacer comentarios sobre nosotros al otro lado de la puerta mientras lo hacíamos.

—¿Lo hicieron a través de la puerta? —preguntó Ralf.

—Se refiere a que oía las voces al otro lado de la puerta —le explicó Julie—. Las voces que evaluaban lo que estaba haciendo y mostraban su desaprobación. ¿No es así, señor Rosen?

—Sí, y el que hayas tenido que aclararle eso supone una medida de la merma en mi capacidad de comunicación. En otro tiempo, podría haber expresado lo mismo de una manera clara, sin ningún problema. No fue hasta que el doctor Nisea llegó a la parte del canto rodado cuando me di cuenta del cisma que se había producido entre mi lenguaje personal y el de mi sociedad.

Entonces comprendí todos los problemas que había estado teniendo hasta ese momento.

—Ah, ya —dijo Julie—, el refrán número seis de la prueba de refranes de Benjamin.

—Me pregunto en qué refrán erró Pris años atrás —comenté—. Ésa fue la causa de que Nisea la pusiera bajo tratamiento.

—¿Quién es Pris? —me preguntó Julia.

—Diría que es la chica con la que mantuvo relaciones —apuntó Ralf.

—Has dado en el clavo —le confirmé—. Ella estuvo aquí, hace tiempo, antes de que llegaseis vosotros. Ahora está bien de nuevo. Le dieron la libertad provisional. El doctor Nisea dice que ella es mi Gran Madre. Mi vida está consagrada a idolatrar a Pris como si fuese una deidad. He proyectado su arquetipo hacia el universo y no veo más allá de ella. Para mí, todo lo demás es irreal. Este viaje que estamos haciendo, vosotros dos, el doctor Nisea, la clínica en Kansas City... no son más que sombras.

Una vez hube dicho eso, me pareció que ya no había modo alguno de continuar la conversación, de modo que recorrimos el resto del trayecto en silencio.

## 18

Conocí al doctor Albert Shedd a las diez en punto de la mañana del día siguiente, en la sauna de la clínica Kasanin. Los pacientes holgazaneaban desnudos, sumergidos en las ondulantes nubes de vapor, mientras los miembros del personal marcaban el paso vestidos con un traje de baño azul: un claro signo de estatus, el distintivo del departamento. Desde luego, una muestra de que eran distintos a nosotros. El doctor Shedd se me acercó, emergiendo de entre las nubes de vapor blanco mientras me dedicaba una sonrisa amistosa. Era mayor, tenía al menos setenta años y de la cabeza, redonda y arrugada, le sobresalían unos mechones de pelo blanco que se torcían como alambres. Su piel, al menos en aquel baño de vapor, era de un rosa brillante.

—Buenos días, Rosen —dijo ladeando la cabeza y con la mirada socarrona propia de un pequeño gnomo—. ¿Qué tal su viaje?

—Muy bien, doctor.

—Asumo entonces que ningún otro avión lo ha seguido hasta aquí —dijo riendo entre dientes.

Tuve que reconocer que había tenido gracia, pues ese comentario significaba que el doctor Shedd daba por hecho que, en algún lugar de mi mente, existía un elemento que conservaba en esencia la cordura, y al cual apelaba él a través del humor. Ridiculizaba mi paranoia, y al hacerlo, la estaba comenzando a derrotar de manera sutil.

—¿Se sentirá cómodo si hablamos en este ambiente más o menos informal? —preguntó el doctor Shedd.

—Sí, desde luego. Iba con frecuencia a una sauna finlandesa cuando vivía en el área de Los Ángeles.

—Veamos. —Se puso a consultar su portapapeles—. Es usted vendedor de pianos. También de órganos electrónicos.

—Correcto. Órganos Electrónicos Rosen... Los mejores del mundo.

—Se encontraba usted en Seattle por un asunto de negocios, visitando a un tal señor Barrows, cuando dio comienzo su interludio esquizofrénico, según la declaración de sus familiares.

—Exacto.

—Tenemos los resultados de sus pruebas y parece ser que no había mostrado usted antes ninguna dificultad... Llegan hasta los diecinueve años, y a continuación tenemos los registros del servicio militar, en los que tampoco aparece ningún problema. Ni con posterioridad, en sus solicitudes de empleo. Parece, entonces, que se trata de una esquizofrenia puntual, más que de un proceso que se haya estado desarrollando durante toda su vida. He de suponer que se vio usted sometido, allí en Seattle, a un estrés de lo más intenso.

—Así es —contesté asintiendo vigorosamente con la cabeza.

—Puede que no vuelva a ocurrirle jamás en la vida. Sin embargo, sí es una advertencia: una señal de alarma, por lo que debemos tomar cartas en el asunto. —Durante un momento, me examinó con la mirada a través de las ondulantes columnas de vapor—. Bien, dado su caso, es posible que podamos ayudarlo para que se enfrente a su entorno con éxito a través de lo que llamamos «terapia de fuga controlada». ¿Ha oído hablar de ella en alguna ocasión?

—No, doctor —respondí, aunque me gustaba cómo sonaba.

—Se le suministrarán drogas alucinógenas, fármacos que le inducirán un episodio psicótico y le provocarán alucinaciones. Lo haremos así todos los días durante un período de tiempo muy limitado. Con ello, quedarán satisfechos los anhelos primitivos de su libido, que actualmente son demasiado fuertes como para que los pueda soportar. A continuación, iremos disminuyendo de manera muy gradual el período de fuga, con la esperanza de eliminarlo al fin. Algunos de esos períodos los pasará usted aquí. Confiamos en que más tarde pueda regresar a Boise, a su trabajo, para recibir allí el tratamiento a distancia como paciente ambulatorio. Como sabrá, aquí en Kasanin estamos más que saturados.

—Lo sé.

—¿Le gustaría probar este método?

—¡Sí!

—Implicará nuevos episodios esquizofrénicos que ocurrirán bajo supervisión, en condiciones controladas.

—No me importa, quiero intentarlo.

—¿Le incomoda que otros miembros del personal y yo estemos presentes para ser testigos de su comportamiento durante esos episodios? En otras

palabras: se trata de una invasión de su intimidad...

—¡No! —lo interrumpí—. No me incomoda. No me importa quién lo esté observando.

—Su tendencia a la paranoia no debe de ser muy severa cuando no se siente intimidado ante el hecho de que lo observen —dijo meditabundo el doctor Shedd.

—No me intimida lo más mínimo.

—Bien. —Pareció complacido—. Eso es señal de que el pronóstico es bueno.

Tras decir aquello, se adentró entre las blancas nubes de vapor, con su traje de baño azul y el portapapeles bajo el brazo. La primera entrevista con mi psiquiatra en la clínica Kasanin había concluido.

A la una de aquella misma tarde me llevaron a una gran sala blanca en la que me esperaban varias enfermeras y dos doctores. Me ataron a una camilla forrada de piel y me suministraron drogas alucinógenas por vía intravenosa. Los doctores y las enfermeras, todos muy atareados pero amistosos, dieron unos pasos atrás y quedaron a la espera. Yo también aguardé, atado a la camilla con mi bata de hospital, los brazos a cada lado y los pies descalzos sobresaliendo por delante.

Las drogas surtieron efecto varios minutos más tarde. Me encontraba en el centro de la ciudad de Oakland, California, sentado en un banco de la plaza Jack London. Sentada a mi lado, echando pan seco a una bandada de palomas de color gris azulado, se encontraba Pris. Vestía unos pantalones tobilleros y un jersey verde de cuello vuelto. Llevaba el pelo recogido en una coleta con un pañuelo rojo a cuadros y parecía completamente absorta en lo que estaba haciendo. Aparentemente, no era consciente de mi presencia allí.

—Eh —le dije.

Volvió la cabeza y me contestó con voz pausada:

—Joder, te he dicho que te estés callado. Si hablas las espantarás y entonces les dará de comer aquel señor mayor de allí en vez de yo.

En otro banco cercano del sendero estaba sentado el doctor Shedd, que nos contemplaba sonriente mientras sostenía su propio paquete de trozos de pan seco. Ése era el modo con el que mi psique había abordado su presencia; lo había incorporado a la escena.

—Pris —dije en voz baja—. Tengo que hablar contigo.

—¿Por qué? —Me miró de frente con su expresión fría y distante—. Es importante para ti, pero ¿lo es para mí? ¿O es que eso te da igual?

—Claro que no me da igual —contesté, descorazonado.

—Pues demuéstralo con hechos, no con palabras, y quédate callado. Estoy muy a gusto haciendo lo que estoy haciendo.

Volvió a darles de comer a los pájaros.

—¿Tú me quieres? —le pregunté.

—¡Por Dios! ¡No!

Y, sin embargo, yo sentía que sí me quería.

Permanecimos sentados en el banco un rato más, y a continuación el parque, el banco y Pris se desvanecieron y me vi de nuevo tumbado en la camilla, amarrado y observado por el doctor Shedd y las atareadas enfermeras de la clínica Kasanin.

—Ésta ha ido mucho mejor —dijo el doctor Shedd mientras me desataba.

—¿Mucho mejor que el qué?

—Que las dos veces anteriores.

No recordaba ninguna de las veces anteriores y así se lo comuniqué.

—Claro que no las recuerda, porque no tuvieron ningún éxito. No se activó ninguna fantasía vital, sencillamente se quedó usted dormido. Pero a partir de ahora, podemos esperar resultados siempre.

Me llevaron de vuelta a mi habitación. A la mañana siguiente, volví a hacer acto de presencia en la sala de terapia para recibir mi dosis correspondiente de fantasía vital: mi hora junto a Pris.

Mientras me ataban a la camilla, entró el doctor Shedd y me saludó.

—Rosen, voy a hacer que lo incorporen a la terapia de grupo, para reforzar lo que estamos haciendo aquí. ¿Comprende lo que es la terapia de grupo? Tendrá que exponer sus problemas frente a un grupo de pacientes para que ellos los comenten... Estará sentado junto a sus compañeros mientras ellos hablan de usted y de en qué punto parece haber perdido el rumbo de sus pensamientos. Ya verá que todo se desarrolla en una atmósfera relajada y amigable. Por lo general, suele ayudar bastante.

—Muy bien.

Había empezado a sentirme solo, allí en la clínica.

—¿Tiene usted algún inconveniente en que facilitemos al grupo las anotaciones de sus períodos de fuga?

—No, claro que no. ¿Por qué habría de tenerlo?

—Entonces, sacaremos copias y las repartiremos entre los miembros del grupo antes de cada sesión de terapia... Es usted consciente de que estamos grabando todas sus fugas para analizarlas y, con su permiso, utilizarlas en la terapia de grupo, ¿verdad?

—Por supuesto que cuentan con mi permiso. —Insistí—. No tengo inconveniente alguno en que un grupo de compañeros conozca el contenido de mis fantasías, sobre todo si ellos pueden explicarme en qué punto he comenzado a desvariar.

—Podrá comprobar que no hay nadie en el mundo con mayor deseo de ayudarlo que el resto de pacientes —dijo el doctor Shedd.

Me administraron entonces la inyección de alucinógenos y, una vez más, caí en el estado de fuga.

Iba al volante de mi Chevrolet modelo Magic Fire entre el intenso tráfico de una autopista, volviendo a casa al final de la jornada. En la radio, el locutor de un programa dedicado a los conductores que realizan largos trayectos por motivos de trabajo me advertía sobre un atasco unos kilómetros más adelante.

—Confusión, construcción o caos —comentaba el locutor—. Yo te guiaré, querido amigo.

—Gracias —dije en voz alta.

En el asiento del copiloto, Pris dio un respingo y habló irritada.

—¿Siempre le has contestado a la radio? Eso no es una buena señal. Siempre he sabido que tu estado mental no era de lo mejorcito.

—Pris, a pesar de lo que dices, sé que me quieres. ¿No nos recuerdas juntos en el apartamento de Colleen Nild en Seattle?

—No.

—¿No recuerdas que hicimos el amor?

—Aaarrg —exclamó como muestra de su repulsión.

—Sé que me quieres. No me importa lo que digas.

—Si vas a seguir diciendo esas cosas, deja que me baje ahora mismo, aunque sea en mitad del tráfico. Se me está revolviendo el estómago.

—Pris. ¿Porqué vamos juntos en este coche? ¿Vamos a casa? ¿Estamos casados?

—Por favor —protestó.

—Contéstame —le dije con la mirada fija en el camión que teníamos delante.

No lo hizo. Se retorció y apoyó la espalda contra la puerta, con lo que quedó lo más alejada de mí que le resultó posible.

—Estamos casados. —Insistí—. Sé que lo estamos.

Cuando salí del estado de fuga, el doctor Shedd parecía contento.

—Está usted mostrando una tendencia al progreso. Creo que no me equivoco si digo que está usted consiguiendo una catarsis externa efectiva para manejar su libido inmadura, y eso es lo que cuenta.

Me dio ánimos con una palmada en la espalda, tal como lo había hecho mi compañero Maury Rock poco tiempo atrás.

En la siguiente fuga controlada, Pris parecía mayor. Los dos íbamos caminando despacio, bien entrada la noche, por la gran estación de trenes de Cheyenne, Wyoming. Pasamos por debajo de las vías para cruzar al otro lado, donde permanecemos en silencio los dos juntos. Su rostro, pensé, parecía más formado, como si hubiese madurado. Definitivamente, había cambiado. Estaba más rellenita y parecía más serena.

—¿Cuánto tiempo llevamos casados? —le pregunté.

—¿Es que no lo sabes?

—O sea, que lo estamos —dije con el corazón colmado de alegría.

—Pues claro que lo estamos, ¿o es que crees que estamos viviendo en pecado? Pero ¿qué es lo que te pasa? ¿Es que tienes amnesia o algo por el estilo?

—Vayamos a ese bar que hemos visto frente a la estación, parece animado.

—Está bien —me contestó. Cuando comenzamos a bajar de nuevo para cruzar bajo el metro, volvió a hablar—: Me alegro de que me hayas alejado de esas vías desiertas... Me estaban deprimiendo. ¿Sabes en qué estaba empezando a pensar? Me preguntaba cómo se debe una sentir al ver la locomotora aproximarse y, entonces, caer delante de ella, sobre las vías, y que el tren te pase por encima y te corte por la mitad... Me preguntaba cómo debe de ser acabar con todo de esa manera, tan sólo dejándote caer hacia delante, como si te quedases dormida.

—No hables así —dije, pasándole el brazo por encima y abrazándola.

Estaba rígida y entumecida, como siempre.

El doctor Shedd tenía el semblante serio cuando me sacó del estado de fuga.

—No me agrada mucho ver que hay elementos macabros en la proyección de su ánimo. Sin embargo, era de esperar: es una señal del largo trayecto que aún tenemos por delante. En el próximo intento, la decimoquinta fuga...

—¡La decimoquinta! —exclamé—. ¿Quiere decir que ésta era la número catorce?

—Ya lleva aquí un mes. Soy consciente de que sus episodios se fusionan entre sí, como es lógico, ya que en ocasiones no hay ningún progreso y el mismo material se repite una y otra vez. No se preocupe por ello, señor Rosen.

—Está bien, doctor —respondí, abatido.

En el siguiente intento, o lo que a mi mente confusa le pareció el siguiente intento, estaba sentado de nuevo junto a Pris en un banco del parque Jack London, en Oakland, California. En aquella ocasión, estaba callada y parecía triste. No daba de comer a ninguna de las palomas que merodeaban por allí, sino que permanecía sentada sin más, con las manos juntas, los dedos entrelazados y la mirada gacha.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté tratando de atraerla hacia mí.

Una lágrima le rodó por la mejilla.

—Nada, Louis. —Sacó un pañuelo del bolso, se secó las lágrimas y se limpió la nariz—. Tan sólo es que me siento algo muerta y vacía, eso es todo. Puede que esté embarazada. Tengo un retraso de una semana.

Me sentí eufórico. La estreché entre mis brazos y le besé los fríos e insensibles labios.

—¡Es la mejor noticia que he oído hasta el momento!

Ella alzó unos ojos grises llenos de tristeza.

—Me alegro de que estés contento, Louis.

Me dio una palmadita en la mano con una débil sonrisa.

Pude notar que, definitivamente, había cambiado. Alrededor de los ojos tenía una serie de arrugas visibles, lo que le daba un aspecto sombrío y cansado. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuántas veces habíamos estado juntos hasta ese momento? ¿Una docena? ¿Ciento? No podía saberlo, el tiempo había desaparecido de mi vida. Era una cosa que ya no fluía, sino que se movía a base de sacudidas espasmódicas. Se activaba, se estancaba por completo y, vacilante, reanudaba la marcha de nuevo.

Yo también me sentía mayor y mucho más cansado. Y aun así... qué buenas noticias eran.

Tan pronto como estuve de vuelta en la sala de terapia, le conté al doctor Shedd que Pris estaba embarazada. Él también estaba contento.

—¿Ve usted, señor Rosen, cómo sus fugas van mostrando más madurez, más elementos propios de una búsqueda responsable de la realidad por su parte? En un momento dado, su madurez coincidirá con la correspondiente a su edad cronológica actual, y habremos obtenido entonces la mayor parte de los beneficios de la fuga.

Bajé la escalera para reunirme con mi grupo de compañeros en un estado de ánimo jovial, dispuesto a escuchar sus explicaciones y preguntas acerca de este novedoso e importante avance. Sabía que cuando leyeran la transcripción de esta sesión tendrían mucho que decir.

En mi quincuagésima segunda fuga logré ver a Pris y a mi hijo, un bebé sano y hermoso de ojos grises como los de Pris y el pelo muy similar al mío. Pris estaba en el salón, sentada en un sillón mullido, dándole el biberón con una mirada absorta en el rostro. Me senté frente a ellos inmerso en un estado de felicidad absoluta, como si todas mis tensiones, todas mis ansiedades y mis aflicciones me hubiesen abandonado.

—Malditas tetinas de plástico —dijo Pris mientras agitaba el biberón enojada—. Se obstruye cuando succiona. Debe de ser por el modo en el que las esterilizo.

Fui corriendo a la cocina para coger un biberón limpio del esterilizador.

—¿Cómo se llama, amor mío? —inquirí al regresar de la cocina.

—¿Que cómo se llama? —Pris me miró con resignación—. ¿Dónde tienes la cabeza, Louis? Tener que preguntar el nombre de tu hijo, por el amor de Dios... Se llama Rosen, igual que tú.

No me quedó más remedio que sonreír tímidamente y disculparme.

—Perdóname.

—Te perdono, ya estoy acostumbrada a ti. —Suspiró—. Por desgracia.

«Pero ¿cuál era su nombre de pila?», me pregunté. Tal vez lo averiguase la próxima vez, o quizá en la centésima ocasión. Tenía que enterarme, o de lo contrario no significaría nada para mí y todo aquello sería en vano.

—Charles —le murmuró Pris al bebé—. ¿Te has hecho pipí?

Se llamaba Charles. Estaba contento, era un buen nombre. Tal vez lo había elegido yo. Era un nombre que yo hubiese elegido.

Al día siguiente de esa fuga, mientras bajaba la escalera corriendo hacia la sala en la que me reunía con mi grupo de terapia, vi a un grupo de mujeres que estaban entrando en el ala femenina del edificio. Una de ellas tenía la melena corta y negra y una figura esbelta y atlética, bastante más baja que el resto de mujeres que la rodeaban: todas parecían balones comparadas con ella. «¿Es Pris? —me pregunté, y me detuve—. Por favor, date la vuelta —le rogué, clavándole los ojos en la espalda».

Justo al cruzar la puerta, se dio la vuelta durante un segundo. Pude ver su insolente nariz respingona, los gélidos y calculadores ojos grises... Era Pris.

—¡Pris! —grité, agitando los brazos.

Me vio. Agudizó la vista, con el ceño fruncido y los labios apretados. Entonces, muy levemente, sonrió.

¿Era un fantasma? La muchacha, Pris Frauenzimmer, había entrado ya en la sala, había desaparecido de mi vista. «Estás aquí de nuevo, en la clínica Kasanin —me dije—. Sabía que acabaría ocurriendo más tarde o más

temprano. Esto no es una ilusión, no es una fuga, ni controlada ni sin controlar. Te he encontrado en la realidad, en el mundo real, en el mundo que no es producto de una libido inmadura ni de las drogas. No te he vuelto a ver desde aquella noche en el club de Seattle en la que golpeaste con tu zapato al simulacro de Johnny Booth en la cabeza. ¡Cuánto tiempo ha pasado! Cuánto, cuantísimo he visto y hecho desde entonces. Hecho en vacío, hecho sin ti, sin la verdadera y auténtica tú. Satisfecho con un mero fantasma en lugar de la realidad... Pris. Gracias a Dios que te he encontrado, sabía que lo conseguiría, algún día».

No fui a reunirme con mi grupo de terapia. En lugar de ello, me quedé allí, en el vestíbulo, a la espera, observando.

Por fin, horas más tarde, salió de nuevo. Vino directa hacia mí, cruzando el patio descubierto, con el rostro sereno y despejado. Un leve brillo le encendió los ojos, en lo que parecía más bien una muestra de regocijo irónico que de cualquier otra cosa.

—Hola —la saludé.

—Así que te han atrapado, Louis Rosen —me contestó—. Al final, tú también desarrollaste esquizofrenia. No me sorprende.

—Pris, llevo meses aquí.

—Bueno. ¿Te estás curando?

—Sí. Eso creo. Me están sometiendo a terapia de fuga controlada todos los días. Siempre sueño contigo, Pris. En todas las ocasiones. Estamos casados y tenemos un hijo llamado Charles. Creo que vivimos en Oakland, California.

—Oakland —repitió ella arrugando la nariz—. Algunos sitios de Oakland son bonitos, otros son espantosos. —Comenzó a alejarse de mí por el vestíbulo—. Ha sido agradable verte, Louis. Puede que vuelva a encontrarme contigo por aquí.

—¡Pris! —La llamé desesperado—. ¡Vuelve!

Pero siguió adelante y se perdió tras las puertas que mantenían siempre cerradas al final del pasillo.

Cuando la vi en mi siguiente fuga controlada, definitivamente había envejecido. Su figura era más corpulenta y tenía sombras profundas y permanentes bajo los ojos. Estábamos los dos de pie en la cocina lavando los platos de la cena. Pris fregaba mientras yo iba secando. Bajo el brillo de la luz cenital, su piel parecía reseca, recorrida por unas delgadas y diminutas arrugas. No llevaba maquillaje. Su pelo, en concreto, había cambiado. Parecía también seco, como la piel, y ya no era negro. Era de un marrón rojizo muy

bonito. Lo toqué y lo encontré tieso, pero, aun así, estaba limpio y era agradable al tacto.

—Pris. Ayer te vi en el vestíbulo. Aquí, donde me encuentro yo, en la clínica Kasanin.

—Pues mira qué bien —contestó sin más.

—¿Fue real? ¿Más real que esto?

Vi que Charles estaba sentado en el salón frente al televisor en color en tres dimensiones, con los ojos cautivados por las imágenes.

—¿Recuerdas habernos reencontrado después de tanto tiempo? ¿Fue tan real para ti como lo fue para mí? ¿Es esto real para ti? Por favor, contéstame. Ya no entiendo nada.

—Louis —respondió mientras frotaba una sartén—. ¿Es que no puedes tomar la vida tal como viene? ¿Tienes que filosofar con todo? Te comportas como un estudiante de segundo año de universidad. No me dejas más remedio que plantearme si algún día vas a madurar.

—Es que ya no sé qué dirección tomar —repliqué, desolado, aunque reanudé de inmediato mi tarea de secar los platos.

—Disfruta de mí allá donde me encuentres —dijo Pris—. Tal como me encuentres. Conténtate con eso, no hagas preguntas.

—Está bien. Así lo haré, o lo intentaré, al menos.

Cuando salí del estado de fuga, el doctor Shedd, una vez más, estaba allí presente.

—Se equivoca usted, Rosen. No puede haberse encontrado con la señorita Pris Frauentzimmer aquí en Kasanin. He comprobado los registros cuidadosamente y no he encontrado a nadie con ese nombre. Me temo que eso que ha tomado usted por un encuentro con ella en el vestíbulo no fue más que un breve episodio involuntario de psicosis. Es posible que no estemos consiguiendo una catarsis de los anhelos de su libido tan completa como creíamos. Tal vez deberíamos aumentar el tiempo de duración de sus regresiones diarias controladas.

Asentí en silencio, aunque no lo creía. Sabía que había estado de verdad con Pris en aquel vestíbulo, que no había sido una fantasía esquizofrénica.

A la semana siguiente, volví a verla en Kasanin. En esta ocasión, miré hacia abajo y la vi a través de una de las ventanas del solárium. Estaba fuera, jugando al voleibol con un equipo de chicas. Todas vestían pantalones cortos y camisetas de deporte de color azul claro.

Ella no me vio, estaba concentrada en el juego. Durante un largo rato, me quedé allí de pie, bebiéndome su imagen, sabiendo que era real... Y entonces

la pelota rebotó desde la cancha hasta el edificio y Pris se acercó corriendo tras ella. Al agacharse para recogerla, pude ver el nombre cosido con letras de colores en su camiseta de deporte.

#### ROCK, PRIS

Aquello lo explicaba todo. Había ingresado en la clínica Kasanin bajo el apellido de su padre, no el suyo. Por eso el doctor Shedd no la había encontrado en los archivos, porque había buscado el apellido Frauenzimmer, que era el nombre con el que yo la recordaba siempre, sin importar cómo se presentase ella.

«No se lo voy a contar —me dije—. Me guardaré muy bien de mencionarlo durante mis fugas controladas. De ese modo, nunca lo sabrá y tal vez, en alguna ocasión, pueda volver a hablar con ella».

Y entonces, pensé: «A lo mejor todo esto forma parte de un plan del doctor Shedd. A lo mejor es una técnica para sacarme de mis fugas y traerme de vuelta al mundo real, ya que estos brevísimos destellos de la Pris real han llegado a ser para mí más valiosos que todas las fugas juntas. En esto consiste su terapia, y está funcionando».

No sabía si debía sentirme bien o mal.

No fue hasta después de mi sesión de terapia de fuga controlada número doscientos veinte cuando logré hablar con Pris de nuevo. Ella salía de la cafetería de la clínica cuando yo entraba. La vi antes de que ella me viese a mí. Estaba absorta en una conversación con otra mujer joven, una amiga.

—Pris —la saludé mientras le cortaba el paso—. Por el amor de Dios, déjame hablar contigo unos minutos. A ellos no les importa, sé que esto forma parte de la terapia. Por favor.

La otra chica se apartó consideradamente y Pris y yo nos quedamos solos.

—Pareces mayor —dijo Pris pasado un rato.

—Tú estás estupenda, como siempre.

Deseaba rodearla entre mis brazos, ansiaba estrecharla contra mí. Pero, en lugar de eso, me quedé a unos pocos centímetros de ella, sin hacer nada.

—Te alegrará saber que van a dejarme salir de aquí un día de éstos —me comentó Pris, como si nada—. Recibiré terapia ambulatoria, como la otra vez. Estoy progresando estupendamente, según dice el doctor Ditchley, que es el mejor psiquiatra que hay aquí. Lo veo casi todos los días. Te he buscado en los archivos, te está llevando el doctor Shedd. No es muy... Es un viejo idiota, por lo que me han contado.

—Pris, podríamos marcharnos juntos de aquí. ¿Qué me dices? Yo también estoy progresando.

—¿Por qué íbamos a marcharnos juntos?

—Te quiero, y sé que tú a mí también.

No me contestó, sino que se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Lo ves viable? —pregunté—. Conoces este lugar mucho mejor que yo. Prácticamente te has pasado la vida aquí.

—Una parte de mi vida.

—¿Podrías planearlo?

—Planéalo tú, que eres el hombre.

—Si lo hago, ¿te casarás conmigo?

Gruñó.

—Claro, Louis. Lo que tú quieras. Casarnos, vivir en pecado, un revolcón informal... Lo que tú digas.

—Casarnos —respondí.

—¿También tener hijos? ¿Como en tu fantasía? ¿Un niño llamado Charles?

Sonrió de medio lado.

—Sí.

—Bueno, pues planéalo. Habla con el cabeza cuadrada de Shedd, el tontorrón de la clínica. Él puede dejarte salir, tiene autoridad para hacerlo. Te voy a explicar un truco: cuando vayas a tu próxima fuga, no entres de inmediato. Diles que ya no estás seguro de si estás sacando algo en claro de todo esto. Luego, en la fuga, cuéntale a tu compañera sexual de aquel mundo, a la Pris Fraenzimmer que te has montado en ese pequeño y retorcido cerebro tuyo, que ya no la encuentras tan convincente. —Sonrió con esa mueca característica suya que me resultaba tan familiar—. Y a ver adónde te lleva eso: a lo mejor sales de aquí, o a lo mejor no... A lo mejor sólo sirve para hundirte aún más.

—Tú no me... —dije vacilante.

—¿Tomarte el pelo? ¿Engañarte? Prueba a hacer lo que te he dicho y lo averiguarás. —Su rostro mostró entonces una gravedad profunda—. El único modo que tienes de saberlo es echarle valor y seguir adelante.

Se dio la vuelta y se alejó de mí rápidamente.

—Ya nos veremos —me dijo por encima del hombro—. Tal vez.

Una última sonrisa fría, alegre y serena, y se marchó. Había más gente yendo y viniendo entre Pris y yo, gente que entraba en la cafetería a almorzar.

«Confía en ti», me dije.

Ese mismo día, tras la cena, me encontré en el vestíbulo con el doctor Shedd. No mostró objeción alguna cuando le dije que me gustaría disponer de un momento de su tiempo.

—¿Qué le pasa por la cabeza, Rosen?

—Doctor, cuando me levanto para asistir a mis sesiones de fuga siento como si estuviese estancado. Me parece que ya no estoy sacando nada en claro de todo esto.

—¿Puede repetirlo? —dijo el doctor Shedd frunciendo el ceño.

Repetí lo que le había dicho. Él me escuchó con gran expectación.

—Y mi compañera sexual en la fantasía ya no me parece tan convincente —añadí a continuación—. Sé que ella no es más que una proyección de mi subconsciente, sé que no es la Pris Frauenzimmer real.

—Interesante... —comentó el doctor Shedd.

—¿Qué significa... lo que le acabo de decir? ¿Es indicativo de que estoy mejorando o empeorando?

—Sinceramente, no lo sé. Lo veremos en la próxima sesión de fuga. Tendré más información cuando pueda observar su comportamiento durante la sesión.

Asintió como gesto de despedida y continuó su camino por el pasillo.

En mi siguiente sesión de fuga, me vi deambulando por un supermercado con Pris, haciendo la compra semanal.

Estaba mucho más mayor, pero seguía siendo Pris. Seguía siendo la misma mujer de ojos claros, atractiva y firme, a la que siempre había amado. Nuestro niño correteaba por delante de nosotros, buscando lo que necesitaba para el fin de semana de acampada que estaba a punto de disfrutar con su tropa de *boy scouts* en el parque natural Charles Tilden, en las colinas de Oakland.

—Si que estás calladito, para variar —me dijo Pris.

—Estoy pensando.

—Preocupándote, querrás decir. Te conozco. Me doy cuenta.

—Pris, ¿es esto real? —le pregunté—. ¿Es suficiente con esto, con lo que tenemos aquí?

—Ya no lo soporto más. No aguanto escucharte filosofar eternamente: o aceptas tu vida o te suicidas, pero deja ya de parlotear sobre ella.

—Está bien. A cambio, quiero que te guardes tus constantes opiniones despectivas sobre mí. Me tienes ya cansado.

—Lo que pasa es que te da miedo escucharlas... —comenzó a decir.

Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, ya había levantado el brazo y la había abofeteado. Pris se tambaleó y estuvo a punto de caerse. Se hizo a un lado de un salto mientras se presionaba la mejilla con una mano y me miraba fijamente, presa del desconcierto y el dolor.

—Vete a la mierda. No voy a perdonarte esto en la vida —dijo con la voz quebrada.

—Es que ya no soporto tus opiniones despectivas.

Se quedó con la mirada clavada en mí, después se volvió y salió corriendo por el pasillo del supermercado sin mirar atrás, agarró a Charles y continuó corriendo.

De repente, me percaté de que el doctor Shedd estaba de pie a mi lado.

—Creo que ya hemos tenido bastante por hoy, Rosen.

Vi cómo el pasillo del supermercado, con sus estantes de envases y cajas de cartón, fluctuaba y se desvanecía.

—¿He obrado mal? —Lo había hecho sin pensar, sin haberlo planeado. ¿Lo había estropeado todo?—. Ésta es la primera vez en mi vida que le pongo la mano encima a una mujer.

—No se preocupe —contestó, absorto en su cuaderno. Dirigió a las enfermeras un gesto con la cabeza—. Levántenlo. Creo que vamos a cancelar la sesión de terapia de grupo de hoy. Llévelo de vuelta a su habitación, puede quedarse allí de momento. —Se dirigió a mí de repente—: Rosen, hay algo extraño en su comportamiento que no logro comprender. No es propio de usted en absoluto.

No dije nada. Tan sólo agaché la cabeza.

—Casi diría... —comentó el doctor Shedd pausadamente— que está usted fingiendo.

—¡No, en absoluto! —Protesté—. Estoy enfermo de verdad. Habría muerto de no haber venido aquí.

—Creo que lo voy a citar mañana en mi despacho, me gustaría someterlo yo mismo al test de refranes de Benjamin y a la prueba de bloques de Vigotsky-Luria. Es más importante quién realiza las pruebas que las pruebas en sí mismas.

—Estoy de acuerdo —respondí, inquieto y nervioso.

A la una de la tarde del día siguiente, superé con éxito tanto el test de refranes de Benjamin como la prueba de bloques de Vigotsky-Luria. De acuerdo con la Ley McHenson, era legalmente libre, podía marcharme a casa.

—Me pregunto si en algún momento fue necesario ingresarlo —comentó el doctor Shedd—. Con la cantidad de gente que hay en este país a la espera de una plaza y nuestro personal saturado... —Firmó el alta y me la entregó—. No sé lo que pretendía usted conseguir viniendo aquí, pero debe regresar y enfrentarse de nuevo a su vida, sin poner como excusa una enfermedad mental que dudo mucho que padezca o haya padecido jamás.

Con esa brusca observación, me expulsaron formalmente de la clínica Kasanin del gobierno federal en Kansas City, Misuri.

—Hay aquí una chica que me gustaría ver antes de marcharme —le solicité al doctor Shedd—. ¿Podría hablar con ella un momento? Su apellido es Rock. No sé cuál es su nombre de pila —añadí con cautela.

El doctor Shedd pulsó un botón de su escritorio.

—Lleven al señor Rosen a visitar a una tal señorita Rock por un período de tiempo no superior a diez minutos. Luego, condúzcanlo a la puerta principal y expúlsenlo. Su estancia aquí ha terminado.

Un fornido celador me condujo a la habitación que Pris compartía con otras seis chicas en la residencia femenina. Estaba sentada en la cama, arreglándose las cutículas de las uñas. Apenas alzó la mirada cuando entré.

—¿Qué tal, Louis? —murmuró.

—Pris, he tenido el valor suficiente. Fui y les conté lo que me dijiste. —Me incliné para cogerle una mano—. Soy libre. Me han dado el alta. Puedo irme a casa.

—Pues vete.

No la comprendí al principio.

—¿Y tú?

—He cambiado de opinión —me dijo con parsimonia—. No he solicitado que me dejen salir, tengo ganas de quedarme unos cuantos meses más. Me siento a gusto ahora mismo... Me están enseñando a usar el telar y estoy tejiendo una alfombra de lana negra de oveja, lana virgen. —Entonces, de repente, suspiró con aire desolado—. Te he mentado, Louis. No estoy como para que me dejen marchar. Estoy demasiado enferma. Tendré que estar mucho más tiempo aquí. Tal vez deba permanecer ingresada para siempre. Siento haberte dicho que podría marcharme. Perdóname.

Me cogió la mano un instante, para luego soltarla.

No fui capaz de decir nada.

Un instante después, el celador me condujo a través de los pasillos de la clínica hasta la puerta y me dejó allí, en la acera, con cincuenta dólares en el bolsillo, cortesía del gobierno federal. La clínica Kasanin quedaba a mi

espalda, ya no formaba parte de mi vida, era cosa del pasado y jamás volvería a aparecer en mi mundo, o al menos eso esperaba yo.

«Estoy bien», me dije. Había vuelto a superar las pruebas a la perfección, como cuando era niño, en la escuela. Podía regresar a Boise con mi padre y mi hermano Chester, Maury y mi negocio. El gobierno me había curado.

Lo tenía todo, salvo a Pris.

En algún lugar, dentro de los grandes edificios que conformaban la clínica Kasanin, Pris Frauentzimmer estaba sentada ante un telar, cardando y tejiendo lana negra pura de oveja, abstraída por completo, sin dedicar ni uno de sus pensamientos a mí ni a ninguna otra cosa.